

Mujeres organizadas en el Alto Mezquital y la Sierra Alta hidalguense:

La vida en tres cooperativas dirigidas por mujeres campesinas e indígenas (1990-2016)

Jozelin María Soto Alarcón



UAEH[®]
Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo



CONSEJO
EDITORIAL

ISBN: 978-607-482-670-8



9 786074 826708

**Mujeres organizadas en el Alto Mezquital y la Sierra Alta
hidalguense:**

La vida en tres cooperativas dirigidas por mujeres campesinas e indígenas
(1990-2016)

Instituto de Ciencias Económico Administrativas

Área Académica de **Economía**



**CONSEJO
EDITORIAL**
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DEL ESTADO DE HIDALGO

Mujeres organizadas en el Alto Mezquital y la Sierra Alta hidalguense:

La vida en tres cooperativas dirigidas por mujeres campesinas e indígenas
(1990-2016)

Jozelin María Soto Alarcón



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Pachuca de Soto, Hidalgo, México

2022

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Adolfo Pontigo Loyola
Rector

Saúl Agustín Sosa Castelán
Secretario General

Marco Antonio Alfaro Morales
Coordinador de la División de Extensión de la Cultura

Jesús Ibarra Zamudio
Director del Instituto de Ciencias Económico Administrativas

Fondo Editorial

Asael Ortiz Lazcano
Director de Ediciones y Publicaciones

Joselito Medina Marín
Subdirector de Ediciones y Publicaciones

Créditos de la imagen de portada: Vanesa Soz

Primera edición electrónica: 2022

D.R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Abasolo 600, Col. Centro, Pachuca de Soto, Hidalgo, México, C.P. 42000

Dirección electrónica: editor@uaeh.edu.mx

El contenido y el tratamiento de los trabajos que componen este libro son responsabilidad de los autores y no reflejan necesariamente el punto de vista de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

ISBN: 978-607-482-670-8

Esta obra está autorizada bajo la licencia internacional Creative Commons Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by-nc-nd) No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas. Para ver una copia de la licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.



Hecho en México/*Printed in México*

Este libro fue dictaminado por pares académicos.

Cuando somos sensibles, cuando nuestros poros no están cubiertos de las implacables capas, la cercanía con la presencia humana nos sacude, nos alienta, comprendemos que es el otro el que siempre nos salva. Y si hemos llegado a la edad que tenemos es porque otros nos han ido salvando la vida, incesantemente.

Ernesto Sabato, *La resistencia* (2000)

Índice

Prólogo	10
Introducción	13
Capítulo I. Los territorios campesinos e indígenas del Alto Mezquital y la Sierra Alta	21
Introducción	21
1.1. El territorio campesino e indígena diferenciado por género	22
1.2. Los territorios: un acercamiento histórico	26
1.2.1. El territorio histórico medioambiental	26
1.2.2. Las formas de propiedad y autoridad comunitarias	28
1.2.3. Las principales actividades campesinas vinculadas al territorio	33
1.2.4. La intermediación en el territorio del Mezquital y el papel de las cooperativas	35
1.2.5. Actores gubernamentales y civiles: intermediación con las cooperativas	40
1.2.6. El fenómeno migratorio en el Alto Mezquital y la Sierra Alta de Hidalgo	40
Capítulo II. La composición de los colectivos femeninos y sus transformaciones	44
Introducción	44
2.1. El actor, la agencia y los enigmas de la acción colectiva	46
2.2. La historia organizativa previa a las cooperativas	47
2.3. El camino de la organización de mujeres: su punto de partida	53
2.4. Las tres cooperativas lideradas por mujeres rurales	59
2.5. Organización interna	62
Capítulo III. La socioeconomía campesina de los hogares	75
Introducción	75
3.1. Los hogares y el espacio social	76
3.2. Variables sociodemográficas de los hogares	78
3.3. La diversidad de actividades campesinas: hombres y mujeres trabajando	81
3.3.1. Gastos de las socias de la Milpa Maguey	82
3.3.2. Las fuentes de ingreso de los hogares en la Milpa Maguey	87
3.3.3. Balance de ingresos y gastos de las socias de la Milpa Maguey Tierno de la Mujer	93
3.3.4. Ingresos-gastos en la Unión de Mujeres San José de las Manzanas	93
3.3.5. Balance ingreso-gasto en la Unión de Mujeres San José de las Manzanas	96
3.3.6. Ingresos-gastos en El Doní	97
3.3.7. Balance ingreso-gasto en El Doní	99
3.4. De la participación de las mujeres en actividades que les interesan y les preocupan	100
3.4.1. En la Milpa Maguey	100
3.4.2. En Las Manzanas	105
3.4.3. En el grupo El Doní	107

3.5. De los ingresos y los gastos en los hogares de los grupos	108
Capítulo IV. Los procesos productivos	110
Introducción	110
4.1. La ecología política feminista, la organización y el sistema campesino de conocimientos	112
4.2. Los recursos naturales negociados por las socias de las cooperativas	118
4.2.1. Las mujeres en la milpa: su acceso a recursos y flujo del excedente	118
4.2.2. El proceso productivo en lo colectivo	129
4.2.3. La generación de valor y los componentes del precio	138
4.2.4. La interfaz: espacios para el ejercicio de la subjetividad individual y colectiva	140
Capítulo V. La economía campesina moral comunitaria para la provisión de medios sustentables de vida	147
Introducción	147
5.1. La economía campesina moral comunitaria	149
5.2. Practicando la economía campesina moral comunitaria	151
5.2.1. Las cooperativas en relación con los hogares, las comunidades y el ambiente	152
5.2.2. Los hogares en relación con las cooperativas	158
5.2.3. Las comunidades en relación con los hogares y las cooperativas	160
5.3. Principales hallazgos	162
Conclusiones	165
Referencias	181

Prólogo

Este libro se ha escrito escuchando, interrogando, consultando investigaciones, asistiendo a cursos, y ha ido abriendo un sendero bien trazado hacia los problemas y las realizaciones de mujeres integrantes de tres cooperativas rurales e indígenas. Este sendero ha sido obra de Jozelin María Soto Alarcón.

Cada página introduce de manera inteligente, inquisitiva y comprometida a la vida y el trabajo de las integrantes de las comunidades y los grupos con los que ha colaborado por años. El espíritu abierto y crítico le lleva —y nos puede conducir— a planos conceptuales de un feminismo lúcido y militante. Nos señala nuevos enfoques más apropiados para comprender y participar en las problemáticas y las estrategias posibles en las relaciones de género vividas por mujeres y hombres hñähñús y de la Sierra Alta hidalguesa.

Esta obra logra una renovación intelectual y moral. Cada capítulo presenta un marco teórico armado y bruñido con honestidad mental que raya en un enfrentamiento inquisitivo para alcanzar a comprender con mayor claridad los procesos intergéneros y los organizativos femeninos, siempre con la mira en alianzas con el género complementario, en beneficio de la colectividad.

Las categorías analíticas que estructuran este estudio son aplicadas a las cooperativas concretas, en tres niveles o arenas, cuyas integrantes moldean su persona, su capacidad organizativa y entramados relacionales locales, municipales y estatales. En esas arenas podremos descubrir las relaciones de género marcadas no por orígenes fatales, sino por limitaciones y subordinaciones tradicionales, modificables a través de proyectos consolidados, surgidos de sus necesidades, sus aspiraciones y su capacidad para alcanzar metas progresivas.

En la medida en que las participantes negocian, insisten, ensayan y muestran resultados organizativos y económicos, conquistan el reconocimiento social. Su existencia se abre espacio al obtener productos de calidad en cantidad suficiente para ser distribuidos en mercados competidos. Los ingresos ganados contribuyen de manera creciente, aun con variaciones temporales, a complementar la economía familiar, generalmente al conjuntarse con los jornales de otros miembros de la familia.

A la vez, este estudio está relacionado con el contexto histórico de las comunidades. De ahí surge la decisión de sobrevivir, superando el despojo, la servidumbre, la explotación y el engaño. Por eso las mujeres organizadas no se conforman con dádivas elegidas por los poderosos. Buscan y se afanan en crear sus propios bienes, ampliar sus horizontes para su condición femenina en vías de liberación.

En capítulos posteriores, la autora presenta el seguimiento personal, organizativo y económico de las etapas vividas por cada participante y cada grupo. Logran identificarse como “actoras” en formación continua. Este proceso de perfeccionamiento y adaptación a condiciones cambiantes produce a la vez una diferenciación comunitaria, acompañada de transparencia, comunicación y servicio entre ciudadanos.

Resulta por demás interesante el estudio de los hogares de las cooperativas, que muestra precisamente las estrategias diferenciadas por género en la búsqueda del bienestar conjunto. Llega a hacer patente que la distribución de las funciones familiares no se limita a tiempos y resultados, sino que surgen de motivaciones diferentes por género, marcadas sin duda por la responsabilidad maternal, adaptada al crecimiento de los hijos y al comportamiento del cónyuge, combinando fuerza y dulzura, gozo y dolor.

El horizonte de esta investigación abarca el estatus de las mujeres, adquirido por su arte culinario, lucido especialmente durante las fiestas comunitarias. Advierte los cambios producidos, aun con sus limitaciones, por el mayor acceso a la escuela, no solamente primaria, sino secundaria y en algunos casos preparatoria, activando un factor más de equidad entre géneros. Profundiza en el análisis del proceso productivo grupal. Descubre su fundamento en el conocimiento campesino del medio ambiente y de las formas de obtener mayor usufructo, sin deterioro de su poder generativo. Interviene aquí la toma de consciencia de las productoras para lograr un desarrollo recíproco, conservando o restaurando parcelas y pastizales comunes. A la vez, revalorizan propiedades de las plantas tradicionales, en peligro de abandono al incrementarse la emigración campesina.

Atraen nuestra atención la exposición de la economía moral campesina y comunitaria como “derecho de subsistencia” y la vigencia de las normas de reciprocidad. La primera es la afirmación de la vida humana, plena de potencialidades, por encima de obstáculos y limitaciones; la segunda es el impulso que mantiene la comunidad y el grupo como tejido familiar extenso y específico, con obligaciones y derechos. Ambos mandatos legitiman la existencia de las cooperativas y por ello mismo su derecho a recibir apoyos, a cambio de su papel como mujeres productoras de excedentes en la producción y el comercio, que también atienden sus tareas reproductivas.

El contenido de este libro es tanto más sólido cuando está sustentado no solo en una amplia y actualizada bibliografía especializada, sino por la trama de la investigación, basada en el método sociológico cualitativo, precisado con información cuantitativa. Ambos son reanimados por las ilustraciones textuales recabadas por numerosas encuestas y entrevistas. De esta manera enriquecedora, la autora argumenta, interesa y convence con tantas voces que nos exponen el complejo bordado de la vida comunitaria, familiar y grupal de estas mujeres. Cada día de trabajo produce no solamente derivados

de su medio ambiente y de su tradición, sino lazos de aceptación y de cooperación, para muchas de ellas de más de un cuarto de siglo.

En síntesis, esta obra de acuciosa investigación feminista fue preparada en poco más de un lustro. Ahora nos entrega, como la transcribe la autora, “una figura representativa”: las cooperativas que muestran su estructuración persistente y cotidiana, permitiendo elaborar una teoría para la acción y para futuras búsquedas de caminos personales y colectivos con perspectiva de género. Así podemos continuar fortaleciendo “el proceso de construcción de un movimiento feminista amplio —hasta las comunidades campesinas e indígenas— que tiene que ver con la constitución del sujeto mujer en la lucha por el poder como libertad compartida.” (Beatriz Canabal C., *Revista Mexicana de Sociología*, IIS-UNAM, 1994/2, p. 102).

Mtro. CE y SD Enrique Gómez Levy

Ciudad de México, abril de 2019

Introducción

Durante más de dos décadas, tres grupos integrados mayoritariamente por mujeres se han organizado para producir y generar sustento en el Alto Mezquital y la Sierra Alta del estado de Hidalgo: Milpa Maguey Tierno de la Mujer, Sociedad de Solidaridad Social (Milpa Maguey, en adelante) de San Andrés Daboxtha en Cardonal produce miel de maguey (néctar de agave), la Unión de Mujeres San José de las Manzanas (Las Manzanas, en adelante) de Las Manzanas en Tlahuiltepa elabora medicina natural y pan, y por último el grupo familiar de El Doní, en El Dexthi San Juanico de Ixmiquilpan, produce champuses. El y las integrantes de la Milpa Maguey y el Dexthi son hñähñús (otomíes), mientras que las mujeres de Las Manzanas son mestizas.

El objetivo de los tres grupos ha sido generar una fuente de empleo remunerado a partir de sus recursos locales y culturales. En su historia, los colectivos han enfrentado retos organizativos en sus hogares, al interior de los colectivos, con autoridades comunitarias y gubernamentales y en los mercados. Los grupos son cooperativas de producción cuyas prácticas están incrustadas en contextos sociales situados. La organización productiva repercute en la vida cotidiana de las socias, de sus familiares y en sus comunidades, en un momento histórico particular: el de las políticas económicas mexicanas neoliberales de ajuste estructural implementadas desde 1982.

El territorio donde se desarrollan las tres cooperativas, el Alto Mezquital y las Montañas de Tlahuiltepa (Sierra Alta), ha sido fértil en la organización de cooperativas y grupos de mujeres desde la década de los ochenta. Se tienen registros de las cooperativas de mujeres artesanas de lechuguilla (Las Abejas, Las Hormigas), talleres de costura y molinos, hasta la construcción de casas y proyectos de comercialización más amplios como La Flor del Valle. Sin embargo, no todos los proyectos productivos dirigidos a mujeres rurales continúan.

La formación de grupos de productoras definidos acordes a los criterios de agencias externas es problemática, ya que se imponen necesidades ajenas a los contextos de las mujeres (Buvinic, 1986). En el caso de México se fomentan el clientelismo y la dependencia a los programas gubernamentales (Pineda *et al.*, 2006), además de generar división al interior de las comunidades (Angulo, 2000). Una de las causas de la discontinuidad de los grupos refiere a la poca relación entre el esfuerzo de las socias y su remuneración (Buvinic, 1986). Además, en la mayoría de los casos no existe un programa de seguimiento comercial, de modo que lo producido se comercializa con bajo valor agregado y no contribuye propiamente al sustento de manera prolongada (Pérez *et al.*, 2008). Por otro lado, la formación organizativa para las integrantes, además de ser casi nula, desconoce las particularidades locales de sus tareas (Buendía *et al.*, 2008). El trabajo para la formación de

grupos de productoras requiere invertir tiempo, en muchos casos no remunerado, y contribuye a triplicar las jornadas de las mujeres, reforzando así la percepción del bajo valor de su trabajo (L. Martínez *et al.*, 2005).

En los estudios sobre proyectos productivos para mujeres se ha encontrado que estos no son determinantes para empoderarlas pese a la necesidad de generar ingresos y espacios de desarrollo, y fomentar sus capacidades productivas. Dichas acciones no solo se justifican por el contexto socioeconómico contemporáneo de feminización de la pobreza, sino también porque las políticas públicas utilizan a los proyectos productivos como estrategia de desarrollo para las mujeres, en particular en el campo (ver el catálogo de programas que apoyan el emprendimiento femenino del Instituto Nacional de las Mujeres, 2009). El problema con los proyectos productivos radica en que las necesidades de las mujeres deben ajustarse a los programas, tiempos de los gobiernos y exigencias de las agencias de desarrollo. Además, es limitado suponer que únicamente a través de los programas de fomento a las actividades productivas de mujeres rurales se generan transformaciones positivas en la convivencia entre los géneros y se promuevan condiciones para su empoderamiento y bienestar.

El presente libro es resultado de una investigación con un enfoque feminista de los procesos sociales asociados a proyectos productivos y comerciales en tres cooperativas, mayoritariamente integradas por mujeres. La investigación comprende un periodo de 1990 a 2016, que coincide con el cambio en la política pública y la aplicación de ajustes estructurales en México.⁽¹⁾ Desde este enfoque, la construcción de la agencia (Sato, 2014) se da en contextos de economías diversas (Gibson-Graham, 2006), que reconocen las particularidades locales y diferencias por género, con formas de organización económica que no se centran únicamente en la acumulación y la ganancia, en donde se promueven formas solidarias y recíprocas (no capitalistas) como el cuidado y la recreación de la vida comunitaria indígena y campesina, no aisladas de sus contextos históricos. De esta forma, la investigación se desmarca del enfoque del empoderamiento por dos razones: dicho enfoque desconoce los procesos históricos que envuelven al fenómeno y lo simplifica, ya que, a través de un análisis de relaciones causa-efecto, despoja al fenómeno de toda complejidad.⁽²⁾ En el libro, el enfoque se centra en las actoras y las implicaciones de los procesos que emprenden, más allá del estudio productivo y comercial aislado.

La pesquisa central es analizar los factores que contribuyen al acceso de recursos y mercados para las tres cooperativas y generan procesos de autoformación y organización de largo plazo, y de qué modo estos procesos han modificado las relaciones de poder en sus hogares y comunidades entre 1990 y 2016. La hipótesis de trabajo señala que la organización de los grupos de productoras y productores influye positivamente en el vivir cotidiano de sus integrantes en aspectos económicos, ya que genera un ingreso adicional, utilizado principalmente para complementar el gasto doméstico. Además, se promueve el desarrollo de habilidades productivas, administrativas y ambientales que generan cierta capacidad de

negociación al interior de sus unidades familiares y de agencia como actoras, ya que han buscado dialogar y participar con las entidades comunitarias, como las asambleas y los gobiernos municipales principalmente.

La investigación implicó caracterizar las historias de los grupos desde sus entornos comunitarios, identificar en las trayectorias de vida colectiva los principales problemas a los que se han enfrentado y las estrategias para resolverlos, analizar los factores que han facilitado y modificado el acceso a recursos monetarios y naturales en cada grupo, estudiar las estrategias que dan continuidad a sus procesos organizativos y, por último, indagar cuáles son las repercusiones de los procesos, sobre todo en cuanto a las relaciones de poder en los hogares y las comunidades, a partir de los poderes más representativos y simbólicos.

La ruta de investigación analiza las condiciones en las que emergieron las cooperativas. Para ello se discuten sus sistemas de género, económicos, políticos y culturales, los cuales dan cuenta del contexto y configuración social desde donde han diseñado estrategias organizativas. Y, por otro lado, se estudian los cambios en las relaciones de poder al tiempo que identifican los elementos que motivan a las mujeres para modificar sus condiciones iniciales así como las implicaciones de dichas prácticas para sus hogares, cooperativas y comunidades. Para ello, la investigación está organizada en cinco capítulos y un apartado para las consideraciones finales que recoge el debate teórico y empírico capitular.

En cada capítulo se desarrolló una introducción y un marco teórico-conceptual para problematizar el uso de conceptos como herramientas y reflexionar sobre las realidades de las cooperativas. En la tercera sección de cada capítulo se usan los conceptos para estudiar la evidencia empírica recopilada por cerca de catorce años de trabajo de campo. En todos los capítulos las herramientas conceptuales son utilizadas a partir de sus límites y aportaciones a las realidades campesinas. Finalmente, en las conclusiones se redimensionan los conceptos teóricos a la luz de la experiencia de los colectivos.

El enfoque de género es el eje central transversal de la investigación, entendido como un proceso complejo y contradictorio. Por un lado, está formalizado e institucionalizado desde estructuras que delimitan el acceso a la propiedad y la división sexual del trabajo, patrones de comportamiento que contribuyen en la desigual relación entre los géneros (Agarwal, 1997), como un sistema de dominación simbólica y material (Bourdieu, 2012) que da cuenta de una determinada configuración social (Elias, 1994) en la que los géneros utilizan distintas estrategias para moverse entre los desequilibrios de las relaciones de poder. Complementariamente, su proceso es también performativo y modificable (Butler, 1988) a través de repetidos actos individuales y colectivos en ciertos contextos. Esta conceptualización permite reconocer los aspectos contradictorios que se instituyen en las prácticas de género (Tufuor y Sato, 2017) que emprenden las mujeres integrantes de las cooperativas en distintas arenas: hogares, cooperativas, comunidades, mercados y procesos de intervención con

agencias de desarrollo e intermediarios gubernamentales. Dichas prácticas, a su vez, transforman las normas de género, aunque al mismo tiempo reproducen algunos aspectos atribuidos a sus roles tradicionales.

En el enfoque de género está implícito el estudio de las relaciones de poder materializadas en las prácticas. En cada capítulo el debate conceptual y empírico es guiado por este enfoque; además de estudiar las condiciones iniciales diferenciadas por género, se busca entender cómo las integrantes de las cooperativas han modificado su vida cotidiana a partir de su participación en los colectivos, como un proceso. La premisa que guía el análisis es la siguiente: debido a la complejidad de las relaciones entre los sexos, sus alteraciones obedecen a más de una variable. Las relaciones de género implican imbricación de fuerzas, herencias y tradiciones que son reforzadas por las instituciones, en este caso las asambleas, los delegados, el grupo de ejidatarios, las escuelas y la Iglesia, entre otros. En la investigación se indagan las formas en que se expresan las relaciones de género y de poder al interior de las familias, cooperativas y comunidades y se identifican los aspectos de los procesos organizativos que contribuyen a la redefinición de tareas diferenciadas por género en las tres arenas.

En los capítulos se desarrollan categorías analíticas para comprender a las cooperativas en los hogares, su organización interna y sus implicaciones en sus comunidades. Aunque en cada capítulo se desarrollan temas diferentes, las aristas bajo las cuales se observan sus impactos son constantes en toda la investigación, razón por la cual en algunos capítulos se reiteran las arenas. La finalidad es mostrar que en los tres espacios delimitados en el estudio intervienen variables complejas cuyas implicaciones no son unilaterales.

En el Capítulo I se explora el territorio campesino e indígena del Alto Mezquital y la Sierra. El territorio se aborda desde la disponibilidad de los recursos naturales. La visión histórica ilustra el conjunto de prácticas campesinas e indígenas diferenciadas por género. En esta visión del territorio histórico se analizan los momentos coyunturales en los que se reestructuran las relaciones de poder y género en los territorios, en el periodo colonial y durante la lucha por el reparto agrario. En ambos momentos se construyen las figuras con mayor autoridad comunitaria. También se delimitan los mecanismos de intervención e intermediación política en el contexto local durante el periodo neoliberal. Esta última coyuntura camina paralela a un intenso proceso migratorio en la región que ha contribuido en redefinir el papel de las mujeres frente a las actividades comunitarias más apremiantes.

En el Capítulo II se abordan los antecedentes de los colectivos femeninos desde la década de los noventa, a partir de un proceso de intervención de organizaciones civiles y subsidios gubernamentales e internacionales. Los conceptos centrales son la formación del actor, los mecanismos para sortear los enigmas de la acción colectiva y transitar de la movilización comunitaria a grupos más reducidos con estrategias y controles que les permitieron la convivencia en el largo plazo y los

vínculos desarrollados con otras organizaciones a partir de procesos de interfaz o interacción entre actores involucrados en una actividad determinada en el que negocian a partir de sus mundos de vida. Dicha interacción muestra un mapa de la diferencia cultural a partir de un proceso delimitado (Long, 2007).

En el Capítulo III se examinan los hogares de las socias. Principalmente, se delimitan las estrategias campesinas diferenciadas por género en la búsqueda del bienestar conjunto. Aunque las cooperativas son una organización autónoma, también son una más dentro de las estrategias de sustento de los hogares campesinos estudiados. Así, la economía campesina no es una entidad homogénea e igualitaria: da cuenta de tiempos de trabajo, aportaciones y motivaciones diferentes por género. En su interior existen procesos jerárquicos donde intervienen variables no económicas, como el papel de las mujeres en la comunidad y en las fiestas, y sus niveles de formación y escolaridad. Las socias han contado con estos elementos para generar mecanismos de bienestar personal, familiar y comunitario, y no solo de exceso de trabajo. Se analizan también las estrategias y su peso en el espacio social donde se mueven las mujeres integrantes de las cooperativas.

En el Capítulo IV son estudiados los procesos de producción actuales a partir de tres ejes interconectados bajo la lupa de la ecología política feminista: los procesos de género, el acceso a recursos naturales y la cultura situada de las campesinas. El acceso a recursos es organizado en los colectivos con mecanismos formales e informales de autorregulación, en donde los conocimientos campesinos para el manejo del entorno ambiental son considerados sistemas abiertos y complejos. Aquí, el conocimiento campesino se construye como un proceso heurístico y holístico que le dota de una capacidad de adaptación lenta, en el que se ponen en juego múltiples variables. A partir de este proceso, las mujeres integrantes de las cooperativas no solo acceden a recursos y generan excedentes, sino también han modificado sus subjetividades que se concretan en formas de trabajo específicas sobre los recursos naturales: maguey, lechuguilla y plantas medicinales.

En el Capítulo V se examina la interrelación entre las cooperativas, los hogares y las comunidades. En este proceso se analiza la economía comunitaria y el papel que juegan en ella las cooperativas a partir de seis coordenadas: las necesidades, el consumo, el flujo de los excedentes, el encuentro entre actores humanos y no humanos (como los recursos naturales), las finanzas y el manejo de los comunes. Estas coordenadas interactúan con la economía moral de los hogares y de las cooperativas: las motivaciones de las integrantes no se reducen exclusivamente a un mero acto de producción y comercio, sino que en sus decisiones intervienen variables como la importancia del cuidado de su familia, su disponibilidad de tiempos, el manejo de los excedentes en su parcela y sus obligaciones morales generalmente afines a su rol de madre. La economía moral campesina es analizada a partir de dos elementos: el derecho a la subsistencia y las normas de reciprocidad; ambas delimitan un piso común con el que las cooperativistas negocian tierra, servicios, apoyos para los colectivos y hogares.

Los mecanismos de recopilación de información y técnicas de investigación incluyen instrumentos cualitativos y cuantitativos, que esclarecen las relaciones sociales en que se involucran las socias y la evolución de las cooperativas. La información recolectada aporta datos sobre la formación de los grupos, la relación entre ellos e instituciones comunitarias, así como los impactos en la vida de las mujeres. A lo largo de la investigación se prioriza al análisis cualitativo; el análisis cuantitativo busca enriquecer al primer enfoque.

El análisis cualitativo consta de un estudio histórico de las experiencias organizativas que incorpora las perspectivas de los actores. Para ello se realizaron entrevistas a profundidad, foros de discusión grupal (FDG) entre 2013 y 2014, reuniones con las promotoras y cuestionarios, así como una revisión de la literatura sobre el tema y la región. Como parte del análisis cuantitativo, se analizan los aportes de los distintos grupos en ámbitos familiares y comunitarios, respecto de su relación con el medio ambiente, el mercado y las estructuras de poder comunitarias y microrregiones, así como su capacidad de reinversión en sus cooperativas, a través de encuestas socioeconómicas y evaluaciones grupales.

La autora colaboró con la organización Enlace Rural Regional, A. C. y participó en la mayoría de los proyectos reportados en la investigación. La organización civil autorizó la utilización parcial de algunos de sus materiales, tanto de su archivo histórico como de informes de proyectos.⁽³⁾ Por otro lado, los tres grupos de producción autorizaron el uso parcial de su información, a excepción de sus recetas de producción, estados financieros, costos de producción y algunos nombres que consideraron innecesarios.

Unos de los principales recursos utilizados para la recopilación de información fueron las encuestas y las entrevistas a las socias, autoridades comunitarias, familiares de las socias y representantes de agencias para el desarrollo vinculadas con los grupos. El diseño de las entrevistas ha sido formulado con anticipación para guiar la discusión. Las encuestas han sido diseñadas a partir de modelos de encuestas socioeconómicas como la encuesta ingreso-gasto del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi). Ambas situaciones metodológicas implican imposición a los entrevistados, lo que Bourdieu (2013) llama violencia simbólica (p. 528). El asunto para Bourdieu (2013) —y que en esta investigación se comparte— no es negar la violencia que implica la confrontación cara a cara entre el entrevistador, quien establece las preguntas, los parámetros y los tiempos de respuesta, y el entrevistado. No es suficiente con la buena voluntad del entrevistador, sino que propone una práctica reflexiva y metódica que permita percibir y controlar sobre la marcha, en la realización misma de la entrevista, los efectos de la estructura social, que se perciben en los distintos capitales culturales y económicos que traen consigo el entrevistador y el entrevistado. Para contrarrestar la violencia simbólica, Bourdieu propone (2013):

La comunicación no violenta que respete las necesidades de los entrevistados, para lo cual es necesario una relación de escucha activa y metódica [...] También ayuda la proximidad social y/o familiaridad, la existencia de lazos de solidaridad, la complicidad entre mujeres, que permiten en más de un caso superar los obstáculos vinculados a las diferencias entre las condiciones (p. 531).

Tal disposición “no se reduce a un estado de ánimo benevolente, sino que se ejerce cuando el interrogatorio y la situación tiene sentido para el entrevistado y para la problemática propuesta” (p. 532). Para este trabajo de investigación, los puntos de reflexión en las entrevistas, los cuestionarios y las reuniones de producción se centraron en las necesidades de las cooperativas y de sus integrantes. Es decir, que tuviera sentido para ellas lo que los expositores planteaban, así como las preguntas. Cabe aclarar que no se abusa del acompañamiento, ya que la información presentada fue discutida con las cooperativistas. Además, con la finalidad de guardar el anonimato de las entrevistadas, sus nombres fueron cambiados. En todo momento se privilegió el encuentro dialógico para repensar colectivamente estrategias.

La investigación da cuenta de un proceso de colaboración ininterrumpida de cerca de catorce años desde el enfoque de la participación-acción con las cooperativas, además del trabajo de la organización civil presente en los colectivos desde hace más de 25 años. Esta relación laboral, de compañerismo y amistad con las socias, condiciona el proceso de reflexividad. Para ello, se presentan en cada capítulo diversos instrumentos de investigación: entrevistas (realizadas entre 2002-2016), encuestas (2008-2016), foros de discusión grupal (2012-2016), charlas informales (2002-2016), investigación documental (2014-2016), planes de organización (2014-2016), minutas de trabajo y, en menor grado, se incorpora la observación participante (2002-2016) con el objetivo de analizar y problematizar los eventos que le ocurren a las socias desde su óptica y percepción, en la medida de lo posible. Aunque el proceso de reflexividad está condicionado por la relación entre la investigadora y los colectivos organizados, la cercanía con las cooperativistas permite indagar y problematizar fenómenos que son sentidos por las socias; de esta forma, la investigadora no es un ente ajeno a las problemáticas que enfrentan los colectivos, sino, como en la observación participante y en el enfoque de la investigación en co-labor, el involucramiento de los investigadores en los problemas que afectan a los sujetos de estudio no se limita a conocer el fenómeno, sino que aspira a transformar la realidad social desde la óptica de los afectados (Fals, 1999). Desde esta perspectiva, la relación del investigador y los sujetos que viven las problemáticas es dialógica, es decir, la experiencia y saberes —en este caso de las cooperativistas— es reconocida y valorada por la investigadora. Estos conocimientos guiaron los diversos encuentros vinculados con el proceso de investigación.

El estudio de las cooperativas en su contexto histórico, económico, político, de género y geográfico guía la discusión. Las cooperativas son una figura representativa que dirige el conocimiento, al estilo del modelo heurístico propuesto por Wacquant (1985), cuya “función es doble, provee un conjunto teórico, desde una perspectiva que permita ordenar la percepción del mundo empírico, es decir, dirige un esquema para una construcción teórica y posteriores investigaciones. No es una teoría por sí misma, pero sirve como una plataforma de lanzamiento para emprendimientos teóricos” (p. 19).

El objetivo de esta investigación también es doble; desarrollar una propuesta teórica denominada *economía moral campesina y comunitaria*, que ilumina un proceso histórico, económico y social liderado por mujeres y desde una óptica feminista. Por otro lado, se propone una serie de categorías, como el tiempo de pobreza y las responsabilidades morales asociadas a la maternidad, que alertan sobre la implementación de proyectos productivos aislados como una estrategia de desarrollo centrada en las mujeres campesinas y que en algunas situaciones sobrecarga su trabajo. La *economía moral campesina y comunitaria* ilumina la importancia de los colectivos en sus comunidades y hogares por más de quince años.

Poner en el centro a las socias y a las cooperativas tiene como finalidad destacar la larga lucha que han emprendido para mejorar sus vidas. Esto no implica que sea suficiente con la voluntad de las socias para sobreponerse a condiciones de inequidad: viven en una configuración social que desconoce la aportación de las mujeres rurales al bienestar colectivo y comunitario. Sin embargo, las cooperativas han buscado y creado espacios y rutas para transformar dicha situación. De esas historias pendulares da cuenta este libro.

CAPÍTULO I

Los territorios campesinos e indígenas del Alto Mezquital y la Sierra Alta

Introducción

Las tres cooperativas de producción rural mayoritariamente femeninas puestas en marcha desde finales de 1990 objeto de esta investigación se desarrollan en un territorio situado: el Alto Mezquital y la Sierra Alta, entre el norte de Ixmiquilpan, oeste de Cardonal y sur de Tlahuiltepa, en el estado de Hidalgo (Figura 1): Milpa Maguey —en San Andrés Daboxtha, Cardonal— produce néctar de aguamiel; El Doní —en el Dexthi San Juanico, Ixmiquilpan— produce champú; Manzanas —en Las Manzanas, Tlahuiltepa— produce medicina natural. El territorio está integrado por características geográficas y biológicas que delimitan las prácticas del trabajo campesino así como los intereses políticos, identitarios y sociales de los actores que intervienen en él. Las políticas gubernamentales contribuyen en la configuración del territorio, particularmente en el contexto de transición de modelo económico en 1982. Así, el territorio es entendido como “un espacio sociocultural, socioeconómico y sociopolítico” (Espinosa, 2010, p. 26) donde se expresan las tensiones entre los actores que representan intereses en conflicto y con diferentes sentidos de pertenencia.

Analizar el territorio a partir del lugar que ocupan las cooperativas en él ilumina los procesos enfrentados por las socias para mantener sus talleres de producción en un contexto histórico, biológico, social, económico y político específico. En este capítulo se analizan historia e identidad, intermediación política y fenómeno migratorio en el territorio, sin perder de vista el lugar que ocupan las mujeres en general, y en específico las socias de las cooperativas. Con ello se resalta la diferencia de género y sus implicaciones en la organización colectiva. Reflexionar sin romantizar las prácticas de las socias en distintas arenas implica estudiar sus características contradictorias-ambivalentes y la forma en que utilizan las coyunturas para, de alguna forma, ejercer autoridad y poder.



Figura 1. Municipios de Cardonal, Ixmiquilpan y Tlahuiltepa, en el estado de Hidalgo. Fuente: Elaboración propia.

1.1. El territorio campesino e indígena diferenciado por género

El territorio es analizado, bajo la propuesta de Espinosa (2010), como un espacio de conflicto entre proyectos antagónicos y relaciones sociales confrontadas que buscan dominar los recursos materiales y simbólicos. Este enfoque estudia los conflictos cotidianos que disputan recursos, aún sin representar proyectos antagónicos, por ejemplo, al interior de los hogares o en las posiciones comunitarias diferenciadas por género. A esta conceptualización de territorio se incorpora un enfoque histórico del Alto Mezquital y la Sierra Alta, asociado a la identidad étnica y campesina que delimita las prácticas de los habitantes en un proceso dinámico. Así “el territorio les pertenece, es de ellos, pero ellos pertenecen a su territorio, son de ahí” (Espinosa, 2010, p. 26).

En la historia del territorio se resaltan los vínculos entre la propiedad de la tierra, las costumbres, las tradiciones y el ejercicio del poder como núcleos duros de la identidad. Sin embargo, como afirma Sierra (1997) las costumbres no son herencias congeladas de un pasado, sino históricamente construidas y modificadas, en las que se dan procesos de

acomodamiento. Estos cambios, afirma Sierra, no se generan sin conflicto entre actores que viven la identidad desde diferentes escenarios, por ejemplo, los más jóvenes frente a la población adulta.

La identidad étnica es una herramienta que ilumina las prácticas colectivas y orienta las conductas sociales y políticas de los hñähñús en relación con su historia particular (Bartolomé, 2006, p. 44). La identidad étnica se vincula al entorno biológico del lugar. Por ello se incorpora la noción de identidad campesina, relacionada al manejo de los recursos naturales y las actividades de sustento en pequeña escala de los habitantes rurales. Lo que caracteriza a los campesinos frente a otros actores en el territorio, de acuerdo con A. Bartra (2008), es “su base mudable y compleja sobre la que delimitan sus prácticas de sustento, de modo que la diversidad les resulta estructuralmente consustancial” (p. 10).

Los indígenas y los campesinos, hombres y mujeres, comparten formas de producir y sociabilizar su cultura, y construyen un proyecto de futuro que gira en torno a “la defensa de la tierra como medio de trabajo, el control del territorio, la posesión colectiva de los recursos naturales, la autogestión política y la recreación de la economía moral, de la producción-distribución justas y solidarias de los bienes” (A. Bartra, 2008, p. 12). Comprender el territorio como un espacio histórico nos permite discutir los procesos identitarios indígenas y campesinos vinculados con los sistemas de cargos y autoridad a partir de la propiedad de la tierra, las festividades religiosas y las actividades campesinas más apremiantes, en las cuales las mujeres tienen un papel central y relacional con los hombres y autoridades, que ha impactado la vida de las cooperativas en distintos momentos.

En el territorio se dan cita intereses más allá de los límites geográficos y condiciones biológicas situadas. Dos condiciones son relevantes en este proceso: las políticas públicas dirigidas al campo a partir de 1982 en el modelo neoliberal y los mecanismos de intermediación regionales que dan cuenta de un proceso histórico vinculado a formas de representación no formales, como los caciques y líderes comunitarios. Este proceso destaca la relación entre la población en general, y las cooperativas de mujeres en particular, con las autoridades formales y no formales para hacerse llegar recursos y expresar sus necesidades desde el nivel territorial más inmediato: la comunidad.

Al estudiar los mecanismos de intermediación se desvela la relación entre los brókeres políticos con la población y un tercero en cuestión, representado por las normas institucionales y los recursos públicos disputados (Guerra, 1998, 1999; Buve, 2003). La intermediación se expresa dentro un sistema político clientelar más amplio (Paré 1972, 1975), caracterizado por “jerarquías que encarnan autoridad pobladas por actores de poder y estatus desigual que están vinculados por nexos de reciprocidad” (Knight, 2000, p.16) y han evolucionado en el contexto del neoliberalismo mexicano (Knight, 2000; Buve, 2003; Pansters, 2005; Combes, 2011). El clientelismo como sistema de participación política implica una relación de intercambio de favores entre actores, en el sentido de la doble verdad del don: dar y recibir que genera un compromiso

mutuo, más allá del “utilitarismo de la acción racional y de la simple manipulación de los dominados y los dominadores” (Combes, 2011, p. 29).

De esta forma, los intermediarios desvelan los mecanismos del juego de poder político, económico y social. Por un lado, muestran su imprescindible presencia como brókeres políticos entre la población y el gobierno, y por otro lado se pone de manifiesto la naturaleza de un Estado fragmentado, opaco y descentralizado que da cuenta de un sistema político predominantemente corrupto y violento (De Vries, 2002). En el proceso de intermediación se considera necesario “comprender lo que se intercambia, cómo se intercambia, así como la naturaleza y diversidad de los incentivos” (materiales, simbólicos, afectivos, relacionales) que dan lugar a una serie de relaciones de reciprocidad de largo plazo (Combes, 2011, p. 29). Estos aspectos han estado históricamente presentes en la región, sobre todo desde el periodo postrevolucionario. Así, resulta necesario analizar la historia de intermediación política en la región, para posteriormente describir la forma en que las cooperativas y los pobladores de las comunidades se relacionan con ella, y el papel de actores no gubernamentales como intermediarios en la gestión de recursos para las cooperativas.

Por otro lado, el territorio del Alto Mezquital y la Sierra Alta ha estado marcado por la movilidad-emigración como una estrategia de sustento recurrente, diferente de los nahuas hidalguenses, por los lugares de destino y por la organización comunitaria de los que se quedan (Quezada, 2008). En los últimos treinta años, el fenómeno migratorio ha alcanzado dimensiones que han impactado a las cooperativas y a la vida en el campo en general. Es posible inferir la importancia de la migración internacional en la región por los testimonios documentados en esta sección y por los porcentajes de intensidad migratoria, que pondera la población que emigra y la población total respectiva, así como los datos de hogares que reciben remesas. Solís y Fortuny (2010) calcularon que en 2006 había cerca de 250,000 hidalguenses en Estados Unidos (cerca del 8% de la población total del estado de aquellos años). Los hñähñús del Mezquital se instalaron en Las Vegas, Nevada, en Atlanta, Georgia, y en Clearwater e Immokalee, Florida.

La emigración se manifiesta principalmente por el flujo de remesas a los hogares y la ciudadanía transnacional que “implica la movilidad permanente de personas entre dos países y da como resultado la formación de relaciones sociales que van más allá de las fronteras regionales y nacionales” (Rivera y Quezada, 2011, p. 17). Los emigrantes, aunque ausentes físicamente, aportan a la organización comunitaria (Rescher, 2006); esta ciudadanía transnacional repercute en las relaciones de género, generando tensión en las relaciones de poder entre los sexos y por el vacío que deja la ciudadanía masculina y la representación de las mujeres en la asamblea (Rivera, 2006).

La representación y participación de las mujeres en la asamblea no ha sido pacífica; es tensa por las visiones del mundo confrontadas y por los espacios tradicionales que se ven amenazados principalmente por las mujeres y los migrantes. Esto

aspectos se analizan a partir de la evolución del fenómeno migratorio en las dos microrregiones, el papel de las mujeres y las cooperativas en las asambleas comunitarias, la faena, las fiestas comunitarias y las remesas. Y, por otro lado, se discute el impacto del fenómeno migratorio al interior de las empresas colectivas. El objetivo es analizar dos ámbitos: el de la vida pública en la comunidad y los microprocesos que operan a escala familiar y colectiva.

En las tres arenas se estudian las relaciones de poder de los actores que intervienen en el territorio. Así, el territorio es jerárquico por las condiciones históricas asociadas a la construcción de la autoridad. En este proceso histórico las mujeres mantienen una relación desigual ligada a su acceso a la propiedad, medios de trabajo y representación tanto en sus hogares como en la comunidad, que atraviesa el acceso a recursos materiales y simbólicos, así como su papel en la producción de excedentes, situación en desventaja que no es ajena a otros contextos geográficos (Agarwal, 1997).

El poder y su representación en la autoridad son analizados como un proceso relacional, en el que los sujetos (Foucault, 1988) no son únicamente objeto de decisiones autoritarias, sino que tienen posibilidades de activar sistemas de respuesta en formas de resistencia, con herramientas que les proporciona su contexto. Esta práctica “permite poner en evidencia las relaciones de poder” a partir del estudio de las estrategias (p. 5), como un modo de acción de algunos sobre algunos otros. Así, las socias se confrontan y diseñan estrategias de resistencia y modifican sus prácticas en las tres arenas problematizadas a lo largo de la investigación: los hogares, al interior de las cooperativas y en sus comunidades.

Las relaciones de poder donde se involucran las socias no han sido de confrontación explícita contra una autoridad específica (autoridades comunitarias, esposos, líderes o caciques, por ejemplo), es decir, no han actuado “de manera directa e inmediata sobre los otros, sino sobre sus acciones” (Foucault, 1988, p. 14). Así, han buscado transformar sus condiciones iniciales de trabajo, implementar nuevas formas de organización y ejercicio de la autoridad. Esto no es originado exclusivamente por las acciones en las cooperativas; por ello se problematizan las coyunturas migratoria, gubernamental y de intermediación política. Es decir, son prácticas de ejercicio del poder situadas que dan cuenta de una configuración social compleja (Elias, 1994) que integra sistemas legales, de herencias, políticos y costumbres diferenciados por género.

El fuerte desequilibrio de poder entre hombres y mujeres en un determinado momento histórico expresa la estructura de la sociedad en “la que todas las capacidades humanas, la fuerza física y el poder” juegan una función social importante (Elias, 1994, p. 133). Analizar desde el enfoque de la configuración social al territorio permite comprender la función social que ocupan las mujeres en distintos niveles (subjetivos, comunitarios, regionales y nacionales), la correlación de fuerzas en la que participan y las coyunturas que enfrentan. De esta forma, el poder es analizado relacionamente en distintos niveles: dentro de las cooperativas y en la interacción con otros agentes.

1.2. Los territorios: un acercamiento histórico

El Alto Mezquital, donde se ubican la Milpa Maguey y El Doní, es una microrregión del Valle del Mezquital que se caracteriza por su aridez y baja precipitación pluvial (Fabre, 2004). Dadas las condiciones biológicas de esta microrregión, las actividades campesinas históricamente se han vinculado a la siembra y cosecha de agaves, como la lechuguilla y el maguey pulquero (Lanks, 1938; Boege, 1989; Gómez, 2013), que se alterna con la siembra de maíz, frijoles, calabazas y avena.

Las Manzanas se localiza en el municipio serrano de Tlahuiltepa, entre las montañas de la Sierra Norte Oriental. Su clima es templado seco con precipitación pluvial media de 900 mm. La siembra es de temporal y el principal cultivo es el orégano. El Alto Mezquital es habitado mayoritariamente por indígenas hñähñús, mientras que en el municipio serrano de Tlahuiltepa la presencia indígena es menor al 40% (catálogo de población indígena de la CDI, 2010).

1.2.1. El territorio histórico medioambiental

El entorno medioambiental del Alto Mezquital delimita las prácticas campesinas y las estrategias de sustento vinculadas al aprovechamiento del maguey en las regiones menos secas, y la lechuguilla en las más áridas (Gómez, 2013). La región da cuenta de procesos históricos que han transformado el medio ambiente y repercuten en el manejo del territorio actual, esto es, en 2016. En el siglo XVI había “dos Mezquitales: la región seca, que constituía una agricultura en transición y la recolección tenía mayor relevancia, mientras que en el Mezquital verde había una agricultura más fuerte” (López, 2005, p. 39), con acceso a sistemas de riego de baja intensidad (Mendizábal, 1941).

Durante el siglo XVI. el paisaje en el Valle del Mezquital se transformó. Hubo una conversión en el uso del suelo y una transición ambiental, asociadas al colapso de la población indígena, la introducción de ganado menor, los cambios ecológicos del sobrepastoreo y la transformación en las normas del manejo del suelo definidas durante la Colonia por los españoles (por ejemplo, la prohibición de quema de parcelas y bosques). La transición ambiental implicó “deforestación, erosión de suelos, conversión y abandono de tierras de cultivo de las laderas a los pastizales y una subsecuente invasión de los pastizales por especies áridas como la lechuguilla, yuca, cactus, arbustos espinosos, mezquites y cardones” (Melville, 1990, p. 28). Esta transición tuvo consecuencias nocivas para la población indígena: sus jagüeyes se contaminaron y los rebaños de los españoles invadían los territorios indígenas. La ocupación española se apropió de las mejores tierras para la ganadería y la agricultura y mermó las cosechas para la población indígena, ya que sus territorios se ubicaban en condiciones climáticas extremas (Mendizábal, 1941, p. 164).

Para 1600, el suelo se había erosionado o no era apto para la agricultura por el rápido incremento de la vegetación semiárida (Melville, 1990, pp. 35-41). En menos de cien años, el periodo colonial cambió el paisaje como consecuencia de la sobreexplotación de los suelos y dio pie a nuevas formas de organización productiva: los latifundios. Estos se caracterizaron por un uso extensivo de la tierra debido a la deforestación, al tiempo que demandaron más leña y madera para la minería de Cardonal y la producción ganadera. Este proceso dio cabida a una clase emergente de personas que monopolizaban la tierra (p. 51).

Las propiedades rústicas de los españoles se concentraban en la ganadería extensiva y la minería, mientras que la población indígena se enfocó en la producción de pulque y maguey, y la jarciería de la fibra del maguey y la lechuguilla. Hasta finales del siglo XVIII, a pesar de las prohibiciones de la Corona, el consumo de pulque se mantuvo vigente. El valor del pulque para finales de este siglo se repartía entre el productor (25%), el Estado (25%) y para transporte e intermediarios (50%), señala Mendizábal (1941, p. 187). Las cuerdas hechas de fibra vegetal se utilizaban para la minería y agricultura de la región; esta industria aumentó en los siglos XVI, XVII y XVIII a ritmo de la minería (p. 166). Entre los indígenas hñähñús se trabajaba el maguey pulquero, mientras que la lechuguilla era aprovechada en su forma silvestre.

De manera versátil, el maguey se trenzó con la historia hñähñú desde tiempos inmemoriales tanto en estado silvestre como cultivado (Mendizábal, 1941). Los hñähñús han recolectado la savia y el aguamiel, elaboran mieles, vinagre y pulque. El meyote o corazón lo utilizan para endulzar, como material de construcción y apiario; las pencas, para cardar, coser, en actividades rituales, para la elaboración de fibras, como recipientes, para obtener papel mixiote, como material de construcción de casas, como medicina, combustible y para elaborar mantas; el quiote o tallo floral, como alimento y construcción; la planta, entera como combustible y para la retención del suelo en las terrazas de cultivo (López, 2005).

La era del latifundio en el Valle del Mezquital durante el siglo XVIII se manifiesta en las haciendas. En la región existían seis haciendas: Juandó, Dominyó, Axuchitlan, La Florida, Vetza (Ocotzá) y San Pablo, administradas por cuarenta familias españolas (Mendizábal, 1941, p. 171). La consolidación de la hacienda fue resultado, según Herrera (1995), de dos elementos: el hacendado se constituyó como intermediario y la hacienda proveía lo que el campesino necesitaba. La población en este periodo estaba compuesta por 74% de población indígena y 26% de población española, criolla y mulata. Los mayorazgos con mayor población indígena eran San Juanico (13,750 individuos) y Orizaba (4,725 individuos), según Mendizábal (1941).

La hacienda de la Florida —donde se localiza actualmente San Andrés Daboxtha— abarcaba al municipio del Cardonal y formaban parte de ella los ranchos de Pozuelos, La Mesa, Santa Cruz, Jaguey de Vázquez y Devodé. Las haciendas

del Valle del Mezquital pertenecían a los jesuitas, hasta que fueron expulsados y sus propiedades vendidas a particulares (Mendizábal, 1941, p. 175) entre 1576 y 1737 (López, 2005).

En la Sierra Alta, los datos de organización económica en la época de la Conquista se centran en el aprovechamiento minero y forestal. La hacienda más cercana a Las Manzanas era la de Iztamichapa, ubicada en las montañas, fuera de la región del Mezquital.

1.2.2. Las formas de propiedad y autoridad comunitarias

Los daños causados a la población hñähñú del Mezquital se agravaron a medida que la ganadería se desarrollaba. Prueba de ello son las cédulas reales que buscaban una solución parcial a los abusos de los españoles (Mendizábal, 1941, p. 165). Para 1600 las comunidades indígenas se quedaron con menor tierra comunal. Sin embargo, los caciques indígenas mantenían un tercio de las estaciones de ganado en el Valle del Mezquital. De manera contradictoria, las comunidades indígenas perdían tierras comunales, pero los caciques indígenas se beneficiaban del sistema legal español que les permitía poseer tierras (Melville, 1990, p. 44).

Frente a las injusticias, los indígenas se levantaron con reclamos sobre derechos agrarios y explotación de trabajo con cierta regularidad: 1849, 1861, 1877, 1878 (Meyer, 1973, p. 14). Y, por otro lado, desarrollaron múltiples estrategias de sustento: definieron patrones de asentamiento y movilidad que les permitieran el abasto de agua y alimentos. Las mujeres recorrían hasta siete kilómetros diarios desde sus hogares hasta los jagüeyes y se explotaba de manera racional la vegetación del desierto que almacenaba grandes cantidades de agua, además del conocimiento de su medio (López, 2005).

Aunque la demanda por tierras ha sido constante en la historia de los hñähñús, no es hasta el triunfo de la Revolución Mexicana que se materializa. Para los años treinta, 13,444 hacendados con más de mil hectáreas cada uno monopolizaban el 83% del total de la tierra, mientras que 60 mil pequeños y medianos campesinos poseían el resto” (Canabal y Martínez, 1973, p. 34, en Fabre, 2004, p. 28). La hacienda de Pozuelos —parte de la hacienda de la Florida— fue objeto del reparto agrario. De la primera demanda de tierra se formó el ejido en Pozuelos; de la segunda demanda de tierras se formó el ejido de San Andrés Daboxtha. En esta comunidad se solicitaron tierras en los años 1928, 1931 y 1939. La dotación de tierras del 29 de noviembre de 1940 fue de 335 hectáreas, de las cuales 24 eran de agostadero y 331 de tipo cerril pastoril, que correspondían a las secciones III y IV de la hacienda de Pozuelos (Folio 70409, expediente 10668, legajo 1. Registro Agrario Nacional).

Sin embargo, la dotación no fue efectiva por los recursos impuestos por los hacendados, de modo que en 1948 Bernabé Neria y Leopoldo Rómulo gestionaron a través del Partido Nacional Revolucionario una nueva revisión de sus expedientes (Folio 70411, expediente 10668, legajo 3. Aviso de instauración del expediente. Resolución positiva del presidente de la República. Aviso de posesión. Registro Agrario Nacional). Ya antes, en 1941, la Reforma Agraria había resuelto a favor de la dotación de tierra para los hñähñús de San Andrés Daboxtha. La hacienda pertenecía a la familia Badillo; en la región, al menos otras seis haciendas fueron sujetas al reparto agrario para distintos pueblos hñähñús en un radio de siete kilómetros cercanos a San Andrés Daboxtha: las haciendas de Santa Rosa la Florida, Pozuelos, Devodé, Rancho Daboxtha, Rancho el Sauz, Ranchería el Botho y Rancho el Cubo. Las haciendas de Santa Rosa la Florida y Ocozda eran propiedad del señor Athie, de nacionalidad sirio-libanesa; la hacienda del Devodé, de Roberto García, Franco Urías, Raúl García, R. de la Concha y Alicia García; la hacienda de Pozuelos, de la familia Badillo (Archivos del Registro Agrario Nacional. Expediente 10668).

Los detractores de la dotación de tierras argumentaron que los hñähñús no eran pueblo por su condición nómada, argumento presentado por Roberto García, apoderado del dueño de la hacienda del Daboxtha (Archivos del Registro Agrario Nacional, el 28 de noviembre de 1932). También los presidentes municipales estaban en contra de la dotación de tierras: Pablo Moreno García, en 1955, como presidente municipal, escribió: “hace constar que los del Daboxtha son flojos e indolentes [.] por eso no siembran y se dedican sólo a la lechuguilla y el maguey”. Los hñähñús también buscaron que otras haciendas dotaran de tierras al pueblo del Daboxtha. Ante la constante demanda de los campesinos hñähñús, para 1957 se amplió el ejido a 200 hectáreas, más 174 para pequeña propiedad y 168 hectáreas anexas, con las que se formaron 21 parcelas y se dotó el terreno para la escuela (publicado en el *Diario Oficial* del 24 de enero de 1957. Archivo del Registro Agrario Nacional). De esta forma, los ejidatarios, como los primeros poseedores de tierra, se fueron construyendo como autoridad e intermediarios. Los campesinos que no recibieron tierra la tomaron y regularizaron sus papeles con las frecuentes visitas de los ingenieros de la Reforma Agraria. La familia Badillo vendió parte de las tierras a los campesinos que usualmente trabajan a “medias”, es decir, pagaban un tributo en especie a los dueños de las haciendas. Así se formó la pequeña propiedad. En tanto, la propiedad ejidal se constituyó con predios tomados por campesinos que posteriormente regularizó la Reforma Agraria.

La propiedad comunitaria está representada por los cerros cercanos a San Andrés Daboxtha, a los cuales todos los ciudadanos tienen acceso. Para principios de 2011, en San Andrés Daboxtha la propiedad privada era mayor que la ejidal y comunitaria, aunque no por ello la organización colectiva es menos importante en el pueblo (Entrevista a María Concepción Pérez Martínez, septiembre de 2011). Los ejidatarios han demandado ampliación del ejido posterior al

periodo postrevolucionario desde 1979, sin éxito. En 1981 los ejidatarios no solo demandaron ampliación del ejido, sino también servicios topográficos para urbanizar los predios y proveerse de energía eléctrica (Expediente y Folio: 25/10668. Registro Agrario Nacional).

La lucha por la tierra es diferenciada entre los hñähñús de San Andrés, los del Dexthi y los campesinos mestizos de Las Manzanitas. Así, por ejemplo, en Cardonal, territorio hñähñú, se formaron quince núcleos agrarios; cerca del 77% del total de la tierra se destina al uso común, 22% es tierra parcelada y el 1% al asentamiento humano. Aunque en el municipio de Ixmiquilpan se formaron 20 núcleos agrarios, en la comunidad del Dexthi, donde se ubica el grupo de El Doní, no hay presencia de propiedad colectiva y la comunal está representada por el centro de salud, las escuelas y las canchas. El núcleo agrario más cercano es el de San Juanico. En El Dexthi, la totalidad de la tierra es propiedad privada.

En Tlahuiltepa, el único núcleo agrario registrado es el de Iztamichapa. Este no es colindante con la comunidad de Las Manzanitas, donde se ubica la cooperativa. En Las Manzanitas la propiedad de la tierra es privada, incluso los cerros y los bosques.

La autoridad en las comunidades campesinas e indígenas está anclada a la propiedad de la tierra —tenencia y uso—, título necesario para la definición de ciudadanía y distribución de cargos comunitarios importantes, como la representación en los comités de agua. En las tres comunidades han existido comités autónomos que gestionan la distribución del agua, como un común. Algunas veces son supervisados por las autoridades estatales, pero conservan su autodeterminación comunitaria. La organización para la gestión del agua en las tres comunidades recae en los ciudadanos con experiencia y vida destacada.

El acceso al agua para consumo doméstico en el Valle del Daboxtha ha sido producto del esfuerzo colectivo de ocho pueblos por administrar el común. La organización de la Casa de Agua de San Miguel Tlazintla data de los años cincuenta. Su tarea consistió en identificar un manantial, y transportar y distribuir el agua a los pueblos del Daboxtha. En ese entonces se organizaron los de Tlazintla y buscaron un ojo de agua conocido como Manantial Salinas, en las montañas cercanas a la cabecera municipal de Cardonal. La odisea de entubarlo requirió de trabajo colectivo y colaboración gradual de más pueblos. Para la década de los setenta, la línea principal llegaba al centro de San Andrés y pasaba por El Sauz, Santa Teresa, Durango, Tlazintla y Cuesta Blanca. A pesar de que no se beneficiaba a todos los ciudadanos, existía la posibilidad de ampliar la red.

Para el año 2011, el proyecto de abasto de agua alcanzó a los ocho pueblos y a la mayoría de sus manzanitas. La red comprende 18.2 kilómetros. El mantenimiento y la ampliación de la red es financiada por los pagos de los beneficiarios a los comités locales, encargados de la vigilancia sobre el uso del recurso. Estos informan al comité central, el cual

distribuye el trabajo por faenas obligatorias para todos los beneficiarios del sistema. El mantenimiento de la línea de agua en Las Manzanas se comparte con el pueblo de El Roble. Todos los ciudadanos contribuyen en las faenas para limpiar el manantial, cuidar de su tubería y arreglar desperfectos. A diferencia de la organización comunitaria de San Miguel Tlazintla, el comité de agua de Las Manzanas es más pequeño y la representación de la autoridad no se alterna con frecuencia. Por su parte, entre los hñähñús del Daboxtha, formar parte del comité de agua es una responsabilidad grande que debe ser renovada cada dos años. El comité de San Miguel Tlazintla negocia con las autoridades estatales (no municipales) recursos monetarios.

En El Dexthi, hasta 2013 mantenían un comité entre cinco pueblos del norte de Ixmiquilpan (Puerto Dexthi, La Palma, San Juanico, Bojay y El Dexthi). Su gestión era autónoma, sin embargo, uno de los pueblos bloqueó el tránsito del agua (Puerto Dexthi) y se perdió el bombeo. Esta situación interrumpió la organización intercomunitaria a pesar de la intermediación del presidente municipal. Para principios de 2017, la comunidad de El Dexthi encontró un pozo de agua y recuperó el abasto; el manejo es autónomo (entrevista anónima, El Dexthi San Juanico, 2 de marzo de 2017). Lo que da peso a la organización comunitaria en los tres pueblos es la fuerza de la ciudadanía que presiona el cumplimiento de los cargos. Entre los hñähñús de Cardonal, las obligaciones ante la comunidad deben ser cumplidas, mientras que en El Dexthi este compromiso es más llevadero. En Las Manzanas, debido a sus dimensiones poblacionales, la ciudadanía y sus responsabilidades están más ligados al vínculo familiar.

La autoridad y su ejercicio no se limitan exclusivamente a la propiedad, aunque sí a la representación familiar. Actividades cotidianas como las fiestas patronales y celebraciones campesinas más apremiantes dan cuenta de las costumbres y tradiciones con los que se recrea la vida comunitaria. En ella, el papel de los delegados y representantes de los distintos comités comunitarias es relevante para organizar las actividades.

En San Andrés, la fiesta patronal es incluso más grande que en la cabecera municipal. El 30 de noviembre festejan a San Andrés, el 2 de febrero a la Candelaria, el 15 de mayo a San Isidro Labrador, el 12 de diciembre a la Virgen de Guadalupe y las posadas. Todas las celebraciones están ligadas a la tradición católica y campesina (bendición de las parcelas). En ellas, las procesiones por las cuatro manzanas que componen al pueblo son fundamentales. En cada manzana hay convivio. En la fiesta patronal, el sistema de cargos delimita las funciones de cada familia y aunque solo se festeje un día, su organización toma un año completo y la celebración se extiende por semana y media. La comunidad pide a sus mayordomos asistencia a la iglesia, pláticas a los jóvenes casaderos, y a los padres que bautizarán les demanda buen comportamiento, además de recursos económicos. Ser mayordomo es un honor no solo para el representante, sino también para la familia.

En El Dexthi, la fiesta patronal es el día 8 de diciembre. Se festeja a la Virgen de la Inmaculada Concepción. La fiesta es preparada con anticipación por el comité de feria, electo en asamblea, y el comité de la iglesia. Como es tradición en varias comunidades del Mezquital, el intercambio de imágenes es muy importante. Los santos patronos de comunidades cercanas visitan a la Virgen de la Concepción. Se celebran varias misas que festejan la visita y se alimenta a los visitantes que acompañan a los santos. En las misas se cantan rezos en hñähñú. Dentro de las actividades se distingue la “talla de la lechuguilla”, un concurso donde se pone a prueba quién raspa o extrae mejor y más rápido la fibra de la lechuguilla. Además, están las celebraciones religiosas y campesinas que se comparten con los pueblos católicos. En Las Manzanas, el día 19 de marzo se festeja al santo patrono San José. Lo pobladores celebran con misas y una comida comunitaria. Otra fiesta importante es la Navidad: las posadas se animan con cantos y rezos, y al final se comparten alimentos fuera de la iglesia.

En las tres comunidades el sistema de cargos es anual y elegido en asamblea comunitaria. Para la elección de los mayordomos y auxiliares en las distintas fiestas, se considera la honorabilidad de su familia, su compromiso con la iglesia, los recursos monetarios y tiempo disponibles. No hay posibilidad de retractarse una vez electo para las tareas comunitarias. En este sistema se delimitan las tareas o faenas para conservar desde los comunes más básicos (agua, carreteras, comités de escuelas y salud) hasta la recreación de la vida cultural (fiestas comunitarias y normas de reciprocidad). En ellas, las mujeres han jugado un rol importante que se ha modificado con el tiempo y por las coyunturas por las que atraviesan tanto sus comunidades como sus hogares.

Aunque las mujeres no tengan acceso directo a la propiedad, por herencia o compra del bien sí acceden a ella y la usan en conjunto con sus familiares masculinos o en representación de ellos. Así, las faenas que les corresponden como ciudadanas son por representación o en sustitución de sus familiares masculinos. Además de las actividades que históricamente han caracterizado a las mujeres, vinculadas con su rol de madres y cuidadoras de sus hogares, así como en la provisión de alimentos y en las fiestas religiosas, son las organizadoras principales, aunque los esposos sean mayordomos. Esta situación ocurre principalmente en San Andrés y El Dexthi por la alta emigración masculina y la necesidad de conservar los vínculos comunitarios.

Aunque el ejercicio de la autoridad en las comunidades recae mayoritariamente en la figura masculina, representada por los delegados, los ejidatarios, los integrantes de la asamblea comunitaria, los mayordomos y los auxiliares de la iglesia, las mujeres han aumentado su participación visible en todas las actividades como integrantes de los comités de las escuelas, en salud, en la faena como representantes de sus hogares y también en las fiestas. Por las distintas coyunturas (migratorias,

económicas, incremento en el nivel de estudios de los ciudadanos más jóvenes), las mujeres han tomado un rol más visible en la toma de decisiones comunitarias que afectan su vida cotidiana.

A veces los delegados deciden por nosotras, piensan que tenemos todo el tiempo para estar fuera. No se dan cuenta de todas las tareas que tenemos, de Oportunidades [posteriormente Prospera], del comité de la escuela o del preescolar, además del quehacer en la casa. Por eso les decimos que ya no queremos más tareas sin saber de qué se trata (integrante de San Andrés Daboxtha, septiembre de 2015).

A veces no dejan hablar a las mujeres en la asamblea. Se piensa que no sabemos. Pero sí opinamos porque nos quieren dejar todas las tareas de la comunidad (socia de la cooperativa, San Andrés, julio 2016).

Aunque esta situación no se generaliza para El Dexthi y Las Manzanas, las mujeres se cuestionan sobre el uso de su tiempo por las autoridades comunitarias y la necesidad de que les pregunten si quieren o pueden participar en actividades que les afecten directamente antes de decidir por ellas.

1.2.3. Las principales actividades campesinas vinculadas al territorio

La propiedad y el uso de la tierra ha delimitado las principales actividades campesinas. Los indígenas hñähñús históricamente se han vinculado a su territorio para recrearlo y proveerse el sustento. El manejo del maguey y la lechuguilla, así como el pastoreo de pequeña escala, han sido actividades preponderantes. A lo largo de los años, la diversidad biológica del maguey se mantiene. En San Andrés Daboxtha, por ejemplo, se han identificado al menos 25 especies distintas de magueyes (Rangel, 1987). De acuerdo a Soto-Alarcón (2011):

La importancia de los agaves se expresa en la clasificación que hacen de ellos de acuerdo a su color, morfología y usos.

En la región, el maguey cultivado se conoce como hoga uadà, el maguey silvestre también identificado por su color lo llaman vit'uadà, y pueden tener las siguientes variedades: c'anguada, bot'a y taxuada (p. 15).

A pesar del manejo campesino del maguey y la lechuguilla en el Alto Mezquital, el precio de los productos derivados de estos se ha mantenido bajo. En el estudio de Lanks (1938), las actividades económicas campesinas de los hñähñús de la región árida giraban en torno al aprovechamiento de la fibra de lechuguilla (como en el caso de El Dexthi). En el proceso de limpieza de esta fibra trabajaban dos hombres limpiando 50 pencas, durante seis y ocho horas al día. El pago de este trabajo eran diez centavos mexicanos, aunque este ingreso diario se reducía en un 70% por los costos del corte,

de trabajo y el traslado. El trabajo era realizado únicamente por hombres, porque era considerado pesado, aunque cuando necesitaban cocer las pencas como segundo método, las mujeres participaban (Lanks, 1938, p. 187).

Un racimo de 275 gramos de fibra se vendía a diez centavos mexicanos de aquel tiempo; 10% era para el impuesto, 25% se destinaba a pagar las pencas (en caso de que no fuera dueño el campesino) y el 8% representaba el coste de transporte, lo que le dejaba al campesino un 57% del ingreso por venta para pagar el trabajo. Un hombre apenas podía hacer cinco racimos de fibra al día y recibía apenas 30 centavos por trabajo (p. 188).

Otra alternativa para los campesinos hñähñús era la elaboración de artesanías con la fibra de la lechuguilla, realizada principalmente por mujeres. Aunque el ayate era importante por las actividades campesinas de carga, su venta y la de las artesanías no eran frecuentes en la región. Las mujeres, además de realizar las actividades domésticas, apoyaban a los esposos con el proceso de producción de la fibra de lechuguilla: cocinaban las pencas, ayudaban en el hilado, hacían ropa para la familia y los domingos acompañaban al esposo al mercado. En tanto, los esposos exclusivamente se dedicaban al trabajo duro de cortar las pencas, transportarlas, lavarlas y extraer la fibra; en sus tiempos libres visitaban a los amigos. Estas actividades se realizaban de lunes a domingo (Lanks, 1938, p. 190).

En las condiciones de trabajo y mercado citadas en 1938, los hñähñús apenas lograban adquirir una canasta de consumo de 26 kilos de maíz, seis kilos de frijoles, un kilo de chile, un kilo de cebolla, ajo y sal. Esta dieta semanal rendía para una familia de cinco integrantes, además del consumo de pulque: catorce litros para los padres y 17 litros para los hijos (p. 192). La precariedad de las actividades campesinas de sustento entre los hñähñús les llevó a enfrentar problemas con la recolección de lechuguilla (Boege, 1989). Esta actividad les demandaba recorrer trayectos largos para encontrarla en cantidad y calidad, mientras que en la venta se enfrentaban a acaparadores que los explotaban en el precio y la cantidad, además del maltrato y la discriminación que caracterizaba a los intercambios comerciales entre el campesino indígena y el comprador mestizo.

La introducción de fibras artificiales al mercado, como el plástico, redujo severamente la demanda de las naturales, como el ixtle tallado y la fibra de maguey. Sin embargo, aún a mediados de la década de los ochenta estas actividades eran centrales para la economía campesina de la microrregión hñähñú. Existían diferencias en las condiciones de vida y economía de las familias que se dedicaban a la lechuguilla o al maguey; las primeras vivían en condiciones de mayor precariedad, puesto que el precio de venta era más bajo que el litro de aguamiel o pulque. De acuerdo a los estudios técnicos y económicos del Enlace Rural Regional, A. C. (ERRAC):

El principal recurso natural —la lechuguilla— apenas si les proporciona la tercera parte de su ingreso semanal. El resto necesita ser extraído del trabajo asalariado y de la ovinocultura. Mientras que los campesinos magueyeros, al producir y vender pulque, obtienen una cantidad ligeramente superior al ingreso de los lechuguilleros por la fibra y la pulpa; sólo que los primeros alcanzan ese nivel de remuneración cada día a la semana (ERRAC, 1989, p. 3).

Aún en 2013, agaves como la lechuguilla y el maguey siguen siendo relevantes para campesinos y campesinas del Alto Mezquital, ya sea por las fibras que obtienen de ellos o por sus derivados, como el aguamiel, el pulque, la penca, etcétera, que son una fuente de ingreso monetario precario pero persistente que contribuye a la economía familiar. Actividades como el raspado de la lechuguilla y la fibra de maguey son efectuadas en su mayoría por mujeres, que elaboran prendas y artesanías para la venta. En los talleres de procesamiento de lechuguilla fabrican cepillos de cerdas naturales y artesanías con ixtle; los dueños compran la fibra en greña (granel sin procesamiento) a los campesinos lechuguilleros de la región norte de Ixmiquilpan a precios bajos. A principios de 2015, el kilo de fibra tallada de lechuguilla se compra a quince pesos, como en el pueblo de El Dexthi San Juanico (entrevista a lechuguillero, 11 de febrero de 2015).

El patrón de comercio que describió Boege en 1989 aún se mantiene vigente. Los bienes generalmente sin procesamiento que producen los campesinos, como el ixtle tallado, el aguamiel, el pulque, se venden a precios bajos. La economía campesina en desventaja histórica motivó a los campesinos, a finales de la década de 1980, a organizarse y hacer algo diferente con los recursos disponibles en las microrregiones, al principio con participación comunitaria y posteriormente en los grupos de producción liderados por mujeres. La historia de organización vinculada a las cooperativas data de 1988, cuando algunos campesinos y organizaciones civiles empezaron a trabajar conjuntamente en reforestaciones sistemáticas de lechuguilla, maguey y sábila: primero el Instituto de Promoción Rural, A. C. (Inprac) y posteriormente el ERRAC.

1.2.4. La intermediación en el territorio del Mezquital y el papel de las cooperativas

En el Mezquital hidalguense, el cacicazgo y la intermediación han estado presentes. Los intermediarios buscan poseer capital económico, político y social para mantener a la población bajo un determinado control. La intermediación como un fenómeno de participación política se analiza, para esta investigación, a partir del periodo postrevolucionario. Los líderes y caciques se asumían como portavoces y gestores de las demandas colectivas, especialmente vinculadas al reparto agrario en la década de 1930. Algunos de ellos lograron despertar en sus comunidades cierta admiración y respeto, aunque conservaban el control de la violencia. A pesar de mantener el poder político regional hasta finales de 1950, este

se veía amenazado por la modernidad: vías de comunicación, mayor información y presencia de profesionistas en las comunidades (Herrera, 1991).

La eficacia de los liderazgos comunitarios estaba en función de la balanza de poder entre los grupos locales y los organismos federales (Calvo, 1972). Los campesinos del Valle del Mezquital estaban integrados al sistema caciquil y clientelar, a través de distintos mecanismos de representación y organización política. Los caciques lograron controlar a la población a costa de “castrar la participación política de las clases populares” (Gutiérrez, 1975, p. 62) y centralizar el poder político. Los caciques luchaban por los recursos para, de esta forma, mantener y fortalecer el control de la intermediación.

En esta estructura de mediación, las clases poderosas se apoyaron y aprovecharon de las masas populares y desprotegidas (Boege y Calvo, 1975). Los intermediarios aseguraban su rol como negociadores únicos o exclusivos al controlar los principales canales de comunicación hacia el exterior y mantener vínculos con personajes de la política estatal y nacional. En los estudios se resaltaba la idea de que a medida que avanzara el capitalismo en las áreas rurales se transformarían la organización política de las comunidades. Esta situación llevaría a la proletarianización de los campesinos y al fortalecimiento de una clase empresarial agraria (R. Bartra, 1975; Boege y Calvo, 1975; Gutiérrez, 1975; Paré, 1975).

La vida política, económica y social en el país, el estado de Hidalgo y el Valle del Mezquital ha cambiado desde entonces y a partir de la desaparición de poderes de 1975. En los estudios analizados, la presencia del Estado era determinante y directa para mantener bajo cierto control a la población, a los intermediarios y a los gobernantes. Sin embargo, a partir de 1982 en el país se inaugura un régimen económico y político en el cual las funciones del Estado son limitadas, se opta por una reducida intervención económica y las políticas de fomento no son el eje rector de la política pública hacia el campo, al tiempo que se introduce masivamente un sistema de subsidios y apoyos al campo con orientación principalmente social (Robles, 2013). No obstante, en la organización política se mantienen elementos del sistema corporativo a partir del control del partido político que en algunos municipios sigue siendo hegemónico: el Revolucionario Institucional (Paré, 1972, 1975; Calvo, 1972; Boege y Calvo, 1975).

En este contexto, la presencia de los intermediarios políticos se ha reducido en número, aunque no en importancia política. De acuerdo a las entrevistas con algunos pobladores, “ya no hay caciques como antes”; al parecer, han perdido algunas de sus características tradicionales, como el liderazgo, la presencia en las comunidades de base y el control de los medios de producción. Sin embargo, la intermediación se ha ampliado y diversificado: ya no solo participan los líderes locales, sino también organizaciones civiles locales y nacionales que buscan acceder a los recursos públicos y trabajar con la población rural.

El ejercicio de las prácticas corporativas, como los sistemas de favores y los arreglos entre los delegados y los presidentes municipales, se conservan. Juegan un rol muy importante organizaciones como el Consejo Supremo Hñähñú (CSH) o el Frente Indígena Revolucionario (FIR) que operan para el Partido Revolucionario Institucional (PRI) (González, 2008), con al menos 40 años de antigüedad el primero y 19 el segundo. En el CSH se negocian presupuestos públicos, servicios tan importantes en el Alto Mezquital y la Sierra como la construcción de pozos de agua o se regalan bienes a la población en la defensa del indigenismo hñähñú. El CSH conserva al menos una característica importante del sistema de intermediación: la exclusividad en la jerarquía política y burocrática. Pero, por otro lado, este intermediario se enfrenta a las situaciones previstas por Herrera (1991), como la mejora en las vías de comunicación, mayor flujo de información y la ampliación del nivel de educación; dichas condiciones limitan su autoridad y contribuyen para que la población no confíe en los intermediarios regionales y también del partido que representan.

El CSH no solo necesita conservar los canales de intermediación política, sino además hacerse presente de manera festiva y con ello manifestar su fuerza política. En su tradicional fiesta anual del 1 de mayo en el balneario él Te-Pathé, en Ixmiquilpan, se dan cita el gobernador en turno, exgobernadores, diputados, secretarios de estado y funcionarios; así mismo, acuden campesinos, productores, microempresarios y artesanos. Es una fiesta abierta al público, donde también se festeja el cumpleaños de su fundador y líder moral, el profesor Roberto Pedraza Martínez, como una especie de negociador evanescente (De Vries, 2002). El CSH se adapta con mayor dinamismo a las necesidades de los pueblos que las instituciones gubernamentales y los políticos nacionales; por ejemplo, ante el fenómeno migratorio presta servicios y asesora a comunidades de migrantes en Estados Unidos en la gestión de sus trámites:

Cuando los procesos migratorios empezaron a convertirse en un fenómeno de masa, esta organización respondió rápidamente a las necesidades y al mismo tiempo a una amenaza de independencia de migrantes que vivían en el norte, [...] organizó agentes en las comunidades de migrantes, [...] ofreciendo ayuda en diversos aspectos relacionados con el proceso migratorio (Rescher, 2006, p. 243).

En este ejercicio del poder informal y jerárquico, los delegados municipales juegan un papel fundamental, ya que a pesar de ser electos en asamblea con la obligación de buscar el bien de la comunidad y responder positivamente al sistema de cargos tradicional, conservan su filiación política y familiar. Aunque en Las Manzanitas, Tlahuiltepa, los últimos delegados han buscado el desarrollo de la comunidad en su mayoría (2010-2015), comparten con el Mezquital una historia en la que algunos delegados se han caracterizado por buscar su interés particular antes que el comunitario, usando a su favor sus relaciones familiares y patriarcales.

Esto no significa que los delegados sean pequeños caciques o conserven con seguridad una palanca (conocer a un personaje importante en la política) en el sistema burocrático gubernamental, pero son los agentes que negocian directamente con los presidentes municipales. Esto los coloca en uno de los primeros escalones para que el sistema de intermediación opere. Su gestión es prioritaria para solicitar proyectos al presidente municipal, dar permisos u organizar la faena, y en general representan a sus comunidades en organizaciones más amplias como los comités intercomunitarios de agua San Miguel Tlazintla y el de Puerto Dexthi, para San Andrés Daboxtha y El Dexthi, respectivamente.

Para algunos pobladores de San Andrés Daboxtha, El Dexthi y Las Manzanas, en sus comunidades no se tiene registro de caciques. En San Andrés Daboxtha los hubo cuando fue el reparto agrario y muy pocas familias lograron hacerse de más de 50 hectáreas (dichas tierras se trabajaron antes de que la emigración se masificara). Más que ser caciques, eran familias que daban empleo y vida económica a las comunidades. Para los de El Dexthi, la única familia que tiene dinero en su comunidad lo ha conseguido con su propio trabajo (el señor es maestro jubilado, tiene una tienda y renta maquinaria) y no por “palancas” o por ser cacique. De los líderes del CSH dicen: “No han visto ni una calle, a pesar de ser vecinos del lugar de nacimiento de su fundador, Orizabita”. Por otro lado, el presidente municipal negocia con delegados afines a su partido, pero no escucha las necesidades de la población respecto del problema de escasez de agua en El Dexthi.

En Las Manzanas, los caciques no han visitado a la comunidad, y aunque hay liderazgos, estos no tienen contactos en la política municipal o su relación con esta esfera es muy reducida, en parte por la lejanía de su cabecera municipal. En las tres comunidades, los entrevistados expresan que los caciques no han tenido interés en sus comunidades porque no hay riqueza que tomar. Ello, sin embargo, no anula la intermediación que se da principalmente a través de los delegados y de los liderazgos que se han forjado, entre ellos el de las mujeres socias de las cooperativas; estos liderazgos en algunos casos se han tornado comunitarios. En este contexto se desenvuelven las tres cooperativas.

Estas cooperativas se han vinculado con organizaciones políticas o del gobierno municipal que abanderan una causa partidista. Por ejemplo, Las Manzanas se relacionó con la Unión de Trabajadores Agrícolas para gestionar un proyecto de una panadería. La Milpa Maguey ha demandado a los políticos que las visitan más apoyo para su taller, sin que importe el partido político al que pertenezcan. Las han visitado agentes de los partidos Revolucionario Institucional (PRI), Acción Nacional (PAN), de la Revolución Democrática (PRD) y Nueva Alianza, al menos. Las socias y los socios de El Doní, aunque identifican el ejercicio de poder desigual hacia los pobladores por parte de los políticos e intermediarios, expresan: “Aquí así funcionan las cosas, hay que ir a ver al presidente municipal para que nos apoye como artesano[s], aunque sabemos que nos va a pedir que apoyemos a su partido” (integrante del grupo, julio 2015).

Las tres cooperativas y algunos campesinos organizados han encontrado coyunturas en las que demandan nuevas formas de relacionarse con la jerarquía política formal (partidos políticos y burocracia gubernamental). Un caso es el de la Milpa Maguey. Una socia explica su posición: “Nosotras hemos exigido al presidente que si viene como candidato y promete algo, debe cumplir. Por eso lo vamos a ver, porque él se comprometió a ayudarnos cuando estuvo en su campaña y debe cumplir” (miembro de la Milpa Maguey, agosto de 2013).

Esta forma de relacionarse con la jerarquía política proviene del aprendizaje que han logrado en años de interacción. En este caso fueron varias las visitas que realizaron las socias a la presidencia municipal para que el presidente cumpliera con su promesa. Finalmente, con este subsidio la cooperativa pudo mejorar parte de sus instalaciones. Esta situación no se limita al apoyo por parte de los presidentes municipales, sino que se extiende a los mecanismos que han delimitado para hacerse escuchar:

Sabemos que si vamos pocas no nos hacen caso. Debemos ir todas a exigir. Así le hemos hecho para lo del agua y es así como nos escuchan. Sí nuestro representante del agua no es fuerte, entonces nos afecta a todos porque los de las otras comunidades abusan y usan más agua o tenemos que pagar con más faenas. Además, cuando toca la asamblea anual y hay ir a ver al presidente municipal o al gobernador y no nos ven unidos, entonces aprovechan. Aquí debemos ir todos a solicitar apoyos. Por eso se les pide a las compañeras que asistan todas a las reuniones (entrevista a socia de la Milpa Maguey, octubre de 2014).

La manifestación directa ha sido la estrategia recurrente ante la negativa de las autoridades por escuchar las necesidades de campesinas, campesinos e indígenas hñähñús. Esta estrategia es paralela a un ejercicio de intermediación que descansa en la construcción de liderazgos comunitarios (como el sistema de cargos para la fiesta patronal, los ejidatarios y/o vínculos con agentes políticos externos a la comunidad o emigrantes reconocidos en la comunidad).

En la Sierra, la participación política también está vinculada al amplio sistema de subsidios gubernamentales, pero, por su lejanía, las visitas de los candidatos o intermediarios regionales es menos frecuente, a tal grado que algunos campesinos perciben el olvido por parte de la burocracia y de otras agencias de desarrollo: “Qué bueno que vienen y hablan de la organización aquí. Por acá nadie viene, nos dejan solos y luego ya no sabemos qué hacer para que el campo dé un poco”, es la expresión de un campesino de Las Manzanas durante 2012, año en que se realizaron doce reuniones comunitarias en diferentes comunidades de la Sierra y el Alto Mezquital. Finalmente se desarrollaron planes de organización productiva con perspectiva de género que se pusieron en práctica en 2013 y 2014, el proyecto fue financiado por el Instituto de Desarrollo Social (ERRAC, 2012).

A pesar de esta lejanía geográfica y política, la organización campesina en Tlahuiltepa ha emprendido distintos proyectos autónomos, como la gestión de agua, con actores externos para la producción de orégano (con Nuhuseje, A. C.); en lo electoral, el municipio de Tlahuiltepa ha sido gobernado en los últimos dos sexenios por el PRI, a diferencia de Ixmiquilpan y Cardonal, en donde han gobernado diversos partidos políticos.

1.2.5. Actores gubernamentales y civiles: intermediación con las cooperativas

Además de las organizaciones con intenciones expresamente político-electorales, organismos civiles de distintos ámbitos y escalas han trabajado en la región con fines muy variados: lingüísticos, educativos, territoriales, ambientalistas, económicos, políticos, étnicos y de investigación, principalmente. Desde 1970 las figuras asociativas han mostrado una tendencia creciente, concentrándose principalmente en Ixmiquilpan en el quinquenio 1991-1996, la mayoría con fines ambientalistas (Fabre, 2004, p. 45).

El Instituto de Promoción Rural, A. C. (Inprac) trabajó en campañas de reforestación de agaves en la década de los ochenta; Sedac, A. C. en proyectos de vivienda, fondos semillas, proyectos productivos, educativos, etcétera, de finales de los 1980 a la fecha; ERRAC ha promovido actividades de traspatio, reforestaciones, producción local y comercialización, etcétera, desde finales de 1980 hasta la fecha; Bioplaneta (ya extinta) participó durante desde finales de los noventa y a principios del 2000. Y así podríamos continuar con la Red Indígena Hñähñú, Nuhuseje, A. C. y Hñähñú Batsi, entre otras muchas de las que no se tiene registro aún.

Las tres cooperativas se han vinculado desde sus inicios a organizaciones civiles con las que han trabajado una diversidad de proyectos y subsidios. Para inicios del año 2014, han llegado a los talleres de producción cada vez más organizaciones y escuelas, buscando trabajar con las cooperativas. En la mayoría de las situaciones las mujeres en sus asambleas y reuniones discuten la pertinencia de las propuestas de estos actores externos. El proceso de intervención no se limita a las organizaciones civiles, sino que se amplía a las escuelas y las secretarías del gobierno federal y municipal. También están presentes los prestadores de servicios profesionales certificados ante el gobierno, quienes gestionan (son intermediarios) entre los grupos de producción y el presupuesto público.

1.2.6. El fenómeno migratorio en el Alto Mezquital y la Sierra Alta de Hidalgo

La formación de las cooperativas femeninas se genera paralelamente al proceso intermitente de alta emigración internacional. Antes de 1990, la participación comunitaria era mayoritariamente masculina y la representación de los

hogares se atribuía al esposo, padre o hijo soltero de mayor edad en capacidad de ejercer la faena o trabajo comunitario. Al intensificarse la emigración masculina, las esposas, madres o hijas asumieron las responsabilidades de los hogares en las distintas actividades campesinas e indígenas.

Es así como la Milpa Maguey en sus inicios albergó a más de 60 mujeres, Las Manzanas a 40 socias y en El Dexthi la organización daba cabida a cerca de quince familias de ocho distintas comunidades, todas buscando un sustento que mitigara la ausencia de recursos monetarios en la región. Sin embargo, no todas las que iniciaron permanecieron en los trabajos colectivos; muchas salieron por múltiples razones: presiones familiares de la suegra o del esposo que aun ausente ejercía un control a través de sus lazos de parentesco, excesivas cargas de trabajo, las dificultades de la vida colectiva y los bajos ingresos de sus incipientes ventas. Por ello, se afirma que la migración masculina ha sido una coyuntura, aunque no la única, que algunas mujeres de los grupos de producción usaron a su favor para reorganizar su vida pública en los negocios, la asamblea, las tareas comunitarias, para ejercer cargos y también para que se incrementen sus jornadas de trabajo: domésticas, remuneradas y comunitarias, en las tres comunidades. Esto ocurre en otros estudios para el caso de México (Appendini, 2010).

1.2.6.1. El fenómeno migratorio y sus implicaciones en la vida pública comunitaria. Entre los hñähñús, los estudios sobre la migración nacional e internacional han sido recurrentes y la destacan como una estrategia para el sustento familiar (Mendoza, 1999). La migración data de inicios del siglo XX. El destino de los migrantes eran los centros urbanos nacionales, aunque se encontraron casos aislados de migración internacional entre 1942 y 1964, con el programa Bracero (Álvarez y Rodríguez, citadas en Solís y Fortuny, 2010). Durante 1930 y 1970 la emigración representó un fenómeno sin repercusiones para las familias y comunidades (Rivera y Quezada, 2011).

La emigración internacional se intensifica entre 1982 y 1990 con las políticas de ajuste estructural y el debilitamiento de las economías locales no solo en Ixmiquilpan, sino también en Cardonal y en todo el Valle del Mezquital. La población comenzó a emigrar a lugares no tradicionales para migrantes, como Georgia, Florida o Carolina del Sur, en Estados Unidos (Rivera y Quezada, 2011; Serrano, 2006). Después de diez años de la masificación del fenómeno, este ya no solo obedecía a la búsqueda del sustento, sino también por el capital social que trae consigo, ya que esta experiencia les permite a los migrantes acceder a un nivel de vida material y de movilidad de mayor calidad y reconocimiento (Rodríguez, 23-25 de octubre de 2003).

El fenómeno de alta intensidad migratoria generó cambios en las microrregiones, relacionados con la organización comunitaria: se modificaron las reglas, las cuotas para la administración de la faena y las relaciones de género. Las mujeres asumen roles cada vez más importantes en las comunidades (Rivera, 2006). En la sierra de Tlahuiltepa, la emigración es frecuente entre los hombres jóvenes, quienes inician su travesía hacia Estados Unidos de América (EUA) desde los trece años, sin terminar su educación secundaria. Como entre los hñähñús, es una estrategia familiar que implica la logística del viaje, la búsqueda de empleo en el “Norte”, así como el envío de remesas. Los destinos migratorios son California y Carolina del Norte; también existe migración nacional, aunque de menor impacto en la región, en cuyo caso el destino más recurrente es la capital del país (entrevistas a jóvenes migrantes 2014, Las Manzanas, Tlahuiltepa, Hidalgo).

Para los hñähñús, el flujo migratorio era itinerante antes de 2008 y se endureció con los controles migratorios. Esto dificultó el tránsito, ya que la mayoría de los emigrantes son ilegales. El periodo de ausencia oscila entre los cuatro y los diez años; algunos tienen la posibilidad de regresar a EUA. El deseo de permanencia de los hñähñús en sus comunidades se explica en parte por “la identidad colectiva, que es un aspecto fundamental para la conformación de su comunidad transnacional, la cual es aún más fuerte que la identidad basada en asociaciones de migrantes. La relación entre el migrante y su comunidad de origen se da en ámbitos cotidianos” (Rescher, 2006, p. 232).

La identidad transnacional es trascendente para la vida comunitaria: fiestas, proyectos de luz, drenaje... Estas actividades requieren cooperaciones monetarias elevadas, difíciles de conseguir si no se cuenta con remesas dentro de la familia. Es así que el rol de las mujeres como intermediarias en las asambleas comunitarias y faenas es indispensable para conservar el vínculo entre el migrante, su comunidad y familia (Rivera, 2006).

Entre los mestizos, el retorno de los migrantes es más prolongado. Algunos no han regresado a la comunidad desde al menos quince años (entrevista a socia con hijos en EUA, septiembre 2014). El envío de remesas entre los serranos se centra en la unidad familiar. En Las Manzanas no hay necesidad de que el migrante pague con trabajo comunitario su pertenencia a la comunidad, ni de que las esposas, madres o hermanas representen a su familia: basta con que el migrante regrese a construir su casa y vivir ahí. Sin embargo, las esposas de migrantes participan en las labores comunitarias: limpieza de los caminos y escuela, mantenimiento de la casa de salud, principalmente por el compromiso que implica vivir en la comunidad y por los lazos morales (religiosos y festivos) y familiares.

La participación de las mujeres socias de las cooperativas en la vida comunitaria a partir del fenómeno migratorio ha cobrado importancia desde varios ejes, como representantes de sus esposos o hijos y jefas de familia: en la Milpa Maguey, el 95% de las mujeres tienen a un esposo, hijo, hija, nieto o sobrino migrante; en Las Manzanas, el 85%, aunque solo el 50% recibe remesas; y en El Doní, el 29% en 2014, aunque en este último caso la emigración ha sido central para sostener

a las familias en años pasados. Además, su participación en la comunidad se ha modificado por la vida en los colectivos de producción, ya que las cooperativas, al ser parte de la comunidad, contribuyen con los gastos y tareas comunitarias, pero también negocian derechos como acceso a tierra, autorizaciones y recursos públicos frente a la asamblea comunitaria. Es así que no están exentas de las tensiones que se generan por la participación de las mujeres en la vida pública en la coyuntura migratoria.

1.2.6.2. Las cooperativas y las tensiones ante el fenómeno migratorio. Las tensiones que origina el fenómeno migratorio respecto a la participación de las mujeres en la vida pública provienen de distintos flancos: los grupos que se ven amenazados por que las mujeres manden, los ciudadanos varones y mujeres de edad más avanzada que consideran que el papel de las mujeres es exclusiva al interior de sus hogares, agentes con cierto poder como los maestros, maestras y los exmigrantes exitosos, además de algunas mujeres para las que la ciudadanía implica mayores cargas de trabajo. Por otro lado, se van creando grupos de mujeres más experimentadas, que participan activamente en la comunidad y han ganado autoestima. A estos grupos se suma la participación de familias que desean relaciones más igualitarias, los migrantes que necesitan del vínculo femenino para conservar sus derechos o los jóvenes que encuentran una posibilidad de cambio cuando más agentes participen en ella. La interacción entre estos grupos genera conflictos que transgreden el antiguo orden de espacios y obligaciones entre hombres y mujeres y les exige flexibilidad de largo plazo (Rivera, 2006).

En este contexto se desarrollan las tres cooperativas de mujeres. En el siguiente capítulo se presentan a detalle la historia de las tres cooperativas y los acompañamientos que dan cuenta de un proceso de interacción entre distintos actores, como organizaciones públicas y privadas y autoridades comunitarias, que han apoyado a los colectivos.

CAPÍTULO II

La composición de los colectivos femeninos y sus transformaciones

Introducción

La participación de las mujeres rurales en la vida pública de sus respectivas comunidades ha sido más visible desde la década de los ochenta. Esta situación ha sido promovida por las políticas públicas y las dinámicas económicas y sociales del campo mexicano. Desde la política pública, con la reforma de 1971, el Estado promovió la creación de las Unidades Agrícolas Industriales de la Mujer (UAIM) en los ejidos. Con las UAIM, las mujeres no ejidatarias mayores a 16 años accedieron a tierra colectiva para proyectos agroindustriales. La estrategia resultó insuficiente por la disponibilidad de tierra, los patrones de género locales sobre su control, lo limitado de los créditos y que los proyectos no generaron suficientes ingresos (Arizpe y Botey, 2014). A esta reforma se suma la del periodo neoliberal, con la cual las mujeres perdieron la posibilidad de heredar tierra o acceder a un fragmento de ella (Hamilton, 2002). También se promovió la incorporación individual de las mujeres rurales a las actividades comunitarias remuneradas y no remuneradas, como maestras bilingües, trabajadoras sociales, enfermeras, principalmente. La Iglesia católica impulsó la participación de más mujeres en cargos religiosos y creó cooperativas de mujeres (Rivera, 2006).

Las políticas de ajuste estructural y la apertura comercial impulsadas desde 1982 por el Estado neoliberal han repercutido en los espacios rurales (Quintana, 2000). El modelo neoliberal potenció la exportación de cultivos altamente rentables, lo cual ha debilitado la situación económica de la población rural con reducidos medios de trabajo (De Grammont, 2001; Polaski, 2004). Frente a las políticas de austeridad, los hogares diversificaron sus estrategias de sustento; en ellas, las mujeres rurales han tomado mayores responsabilidades económicas, ambientales y sociales, además de las domésticas (Appendini, 2010).

Algunos proyectos productivos destinados a potenciar el papel económico de las mujeres rurales fomentaron su asociación y la formación de grupos. La estrategia de proyectos productivos para colectivos integrados por mujeres ha sido recurrente como política pública. En la literatura se destaca un patrón: los grupos se organizan a partir de las necesidades burocráticas de los programas oficiales (Pineda *et al.*, 2006), aunque también se encuentran experiencias más antiguas apoyadas por el gobierno, pero que hicieron camino propio (L. Martínez *et al.*, 2005), como las bordadoras de Yucatán (Rejón, 1998), las productoras de Chiapas (Enríquez *et al.*, 2003) y las productoras de flores en el Estado de México

(Mingo, 1997). Para los grupos autónomos fue necesario modificar su estructura organizativa para acceder a subsidios y programas. La estrategia representa un esfuerzo de mujeres rurales para demandar mayor seguimiento de los programas gubernamentales (Mingo, 1997).

Aunque los proyectos productivos para mujeres rurales se mantienen vigentes en las políticas públicas, no se ha explorado a profundidad el papel que juega en la organización la trayectoria de los grupos, ya que se ha priorizado un enfoque de eficiencia centrado en el análisis costo-beneficio de corto plazo bajo los criterios de los programas.

En este capítulo se analizan los mecanismos implementados por las tres cooperativas estudiadas para constituirse como actores consolidados, desde sus antecedentes históricos y estrategias desarrolladas para ganar agencia frente a programas gubernamentales e instituciones. Para tal fin se analizan las condiciones de género y el peso de la identidad indígena y campesina en los procesos organizativos de largo plazo.

Se encuentra una pista en el manejo conceptual del enfoque del actor y la interfaz de Long (2007). El proceso organizativo de los grupos se sustenta en un proyecto común a partir de la cual las socias modifican sus prácticas cotidianas y se vinculan con actores externos en procesos de negociación no equitativos; estas inequidades dan cuenta de fallas burocráticas e institucionales. Se incorpora el análisis de la organización interna, centrándose en las estrategias para solucionar parcialmente los enigmas de la acción colectiva (Ostrom, 2000); se destaca el concepto de autoorganización productiva, administrativa y comercial. La autoorganización les permite obtener beneficios y evitar el abuso por parte de sus integrantes a través reglas claras y supervisión frecuente.

Sin embargo, los conceptos de actor e interfaz, y los enigmas de la acción colectiva, no capturan adecuadamente los procesos organizativos. Existe el peligro de sobreenfatizar las subjetividades y protagonismos locales y difuminar la relevancia de procesos sociales complejos, como la identidad indígena y campesina, incrustados en las prácticas colectivas. Por tanto, es importante reestablecer en el análisis la visión histórica y organizativa de los pueblos (A. Bartra, 2008). Para ello, se sitúa a las socias y a sus grupos históricamente, ya que, por alejados que parezcan los acontecimientos pasados, la historia los narra en relación con las necesidades y las situaciones presentes, porque aquellos repercuten en los acontecimientos contemporáneos (Croce, 2010).

A continuación se delimita el marco conceptual. Posteriormente se analizará la historia de los colectivos y se presentará la organización contemporánea.

2.1. El actor, la agencia y los enigmas de la acción colectiva

Las cooperativas han generado un proceso organizativo de más de quince años (al 2016) y se han construido como un actor colectivo que produce desde sus recursos naturales locales, y cubre sus necesidades productivas y de consumo doméstico. También han superado dificultades organizativas y con actores externos, como sus familiares y autoridades comunitarias. En los procesos de negociación, aunque las cooperativas comparten un objetivo común, no se desconocen las particularidades de cada una de sus integrantes, de sus mundos de vida e intereses. En la negociación al interior y con externos, se analizan las formas sociales o arreglos particulares que surgen y se consolidan o retribujan en las vidas cotidianas de las personas. A partir de la interacción entre las socias, sus discursos y prácticas individuales y colectivas, se delimita un mapa de la diferencia cultural, de género y de autoridad en sus contextos.

El uso conceptual de interfaz es pertinente ya que captura las interacciones entre actores, quienes entrecruzan diferentes y conflictivos modos de vida y campos sociales, a partir de un encuentro específico. Con el uso de la teoría del actor y el estudio de la interfaz (Long, 2007), es posible analizar la identidad colectiva de los grupos, construida desde las experiencias y mundos de vida de las socias. Además, se incorporan los aprendizajes y las estrategias utilizadas para negociar con actores externos, como agencias no gubernamentales y gubernamentales, para conseguir presupuestos y permisos, elementos fundamentales para su continuidad.

La discusión de los enigmas de la acción colectiva permite la comprensión de las estrategias organizativas para diseñar acuerdos creíbles, reglas y mecanismos de supervisión mutua. En los tres colectivos se diseñan y administran prácticas de trabajo de acuerdo a experiencias y tiempos disponibles, y en función de sus roles de género en sus hogares y en la comunidad. Se identifican tres niveles en la delimitación de reglas: las que afectan las decisiones cotidianas (como los procesos productivos), las reglas de elección colectiva y las reglas de elección constitucional, donde se formulan, gestionan, adjudican y modifican las decisiones constitucionales (Ostrom, 2000).

El enigma del compromiso creíble implica un estudio complejo del balance para trabajar colectivamente y obtener en el futuro cercano ventajas de dichas acciones: “Cumpliré con mi compromiso si ustedes cumplen con el suyo” (Ostrom, 2000, p. 85). Con el compromiso creíble se han evitado hasta la fecha la injusticia en la distribución y la sobrecarga de las tareas, sin la necesidad de un agente externo que coaccione su actuar, y a pesar de la constante intervención de organizaciones civiles y educativas. La supervisión mutua depende del tipo de compromisos asumidos por las socias; su cumplimiento y eficacia aún genera conflictos. Así, la autoorganización (Ostrom, 2000) es medular para comprender el desarrollo de los grupos y sus impactos, ya que implica definir conscientemente un rumbo y sus estrategias. Es un motor

de cambio. La noción de los enigmas de la acción colectiva permite comprender la organización interna de largo plazo en los tres colectivos.

Para reflexionar los enigmas de la acción colectiva se discuten normas sociales más allá de los colectivos, sustentadas en las tradiciones, la confianza y el sentido de comunidad, que son la base para proveer reglas funcionales en acciones interdependientes para las socias. De esta forma se propone recuperar una visión comprensiva de lo social y lo histórico (A. Bartra, 2008), ya que las tres cooperativas son parte de procesos históricos no limitados a las experiencias aisladas e individuales (Gómez, 2013). Aunque los colectivos tienen un proyecto económico común, las relaciones sociales construidas no se explican únicamente por incentivos económicos, las relaciones económicas están empotradas en normas sociales o institucionales no económicas (Polanyi, 2014).

A continuación se presentan los antecedentes históricos de las cooperativas que comprenden el movimiento de estrategias de sustento desde 1988 financiado por organizaciones civiles y de base comunitaria. Posteriormente se analizará cómo este movimiento contribuyó a la formación de grupos de mujeres y las acciones que estos colectivos emprendieron para autoorganizarse por más de quince años.

2.2. La historia organizativa previa a las cooperativas

La organización vinculada a los grupos de mujeres data de 1988, cuando campesinos y organizaciones civiles trabajaron conjuntamente en reforestaciones de lechuguilla, maguey y sábila con el Instituto de Promoción Rural, A. C. (Inprac) y posteriormente con ERRAC, organización civil que fomentó acciones colectivas dirigidas a mejorar las condiciones de vida de las familias campesinas (Figura 2). En 1988, ERRAC colaboró con diez localidades: 160 hñähñús reforestaron con lechuguilla y se proveyeron instrumentos de trabajo. Los campesinos superaron los 150,000 hijuelos de lechuguilla trasplantados (Gómez, 2013).

Por el lado sur de Cardonal, los campesinos estaban organizados en la Unión de Productores de Maguey y Nopal. Trabajaron en la construcción de viveros de maguey y nopal, en El Sauz y en San Andrés Daboxtha. ERRAC apoyó con el material de cercado, agaves y asesoría técnica y administrativa. Para 1989 los proyectos de carácter participativo donde colaboraban el Inprac y el ERRAC trabajaban con 200 talladores con una oferta de 16 toneladas anuales, mientras que los magueyeros eran 230 campesinos (Gómez, 2013). Para 1997 la reforestación era alentada por el Instituto Hidalguense para el Desarrollo Cultural, el ERRAC, el Instituto Nacional Indigenista, la Universidad Autónoma de Hidalgo, el gobierno estatal y la Secretaría del Medio Ambiente, Recursos Naturales y Pesca (Semarnap). Después de diez años de campañas de

reforestación, trabajaban de manera coordinada los pueblos de San Andrés Daboxtha, Durango Daboxtha y Pozuelos, del municipio de Cardonal, y Cerro Blanco, Naxthey, Usthejé, Boxuadá, Taxtho, Botho-Chalmita, Nandho, Bojay y Orizabita, en el municipio de Ixmiquilpan. Albergaban a 455 campesinos y campesinas de 19 comunidades, y habían trasplantado 285,000 plantas xerófitas (principalmente lechuguilla, sábila y maguey), además de 2,255 árboles frutales en las cañadas más húmedas de la región (Gómez, 2013).

Línea del tiempo: acciones colectivas vinculadas a la formación de grupos

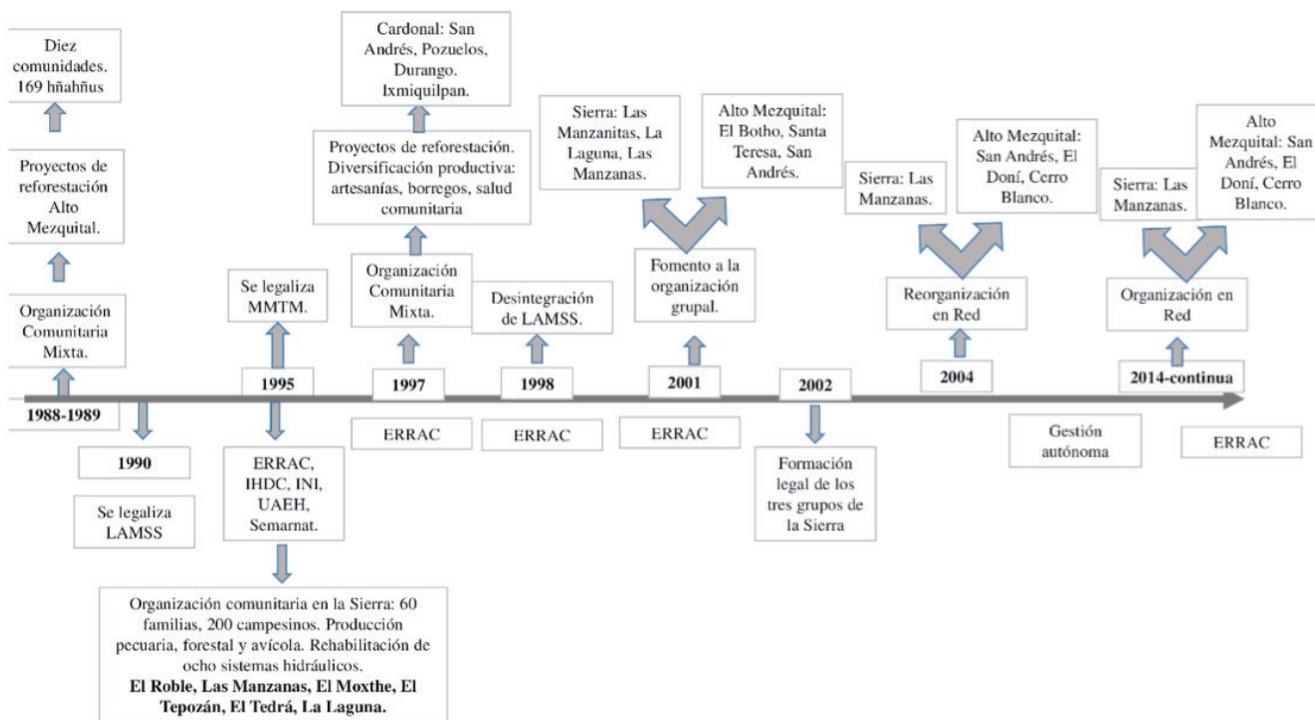


Figura 2. Fuente: elaboración propia a partir de Gómez (2013).

Satisfacer un conjunto de necesidades productivas fue el motor inicial para la organización. El proceso productivo no se genera aisladamente con respecto de la cotidianidad del trabajo, sino que este contribuye en la formación y la reproducción biológica y social de las comunidades (Zemelman, 2011). Por ello, las acciones colectivas se basaron en los comités comunitarios, en los cuales cada campesino representaba a su familia. Con los comités se conformó la Directiva de la Unión de Reforestadores, cuyos miembros coordinaban la disponibilidad de plantas, así como la calidad y eficacia en las reforestaciones, y gestionaban fondos. La directiva estaba integrada por los representantes más activos: líderes comunitarios. Además de la reforestación de agaves, se impulsó la elaboración y comercialización de artesanías de fibras naturales, los campesinos se capacitaron en el cuidado de aves de traspatio, borregos y cabras, y mejoraron la esperanza

de vida de los animales y su herencia genética: así ganaron precios de venta más elevados en el mercado. Los campesinos también se capacitaron para elaborar champú y miel de maguey, actividades que anteceden a las cooperativas analizadas.

Reforestación en el Alto Mezquital (preparación siembra de maguey)



Foto 1. Fuente: Fotografía recuperada del proyecto trianual de reforestación en el Alto Mezquital de Hidalgo, México. 1997-2000. ERRAC.

Reforestación de lechuguilla en el Alto Mezquital hidalguense

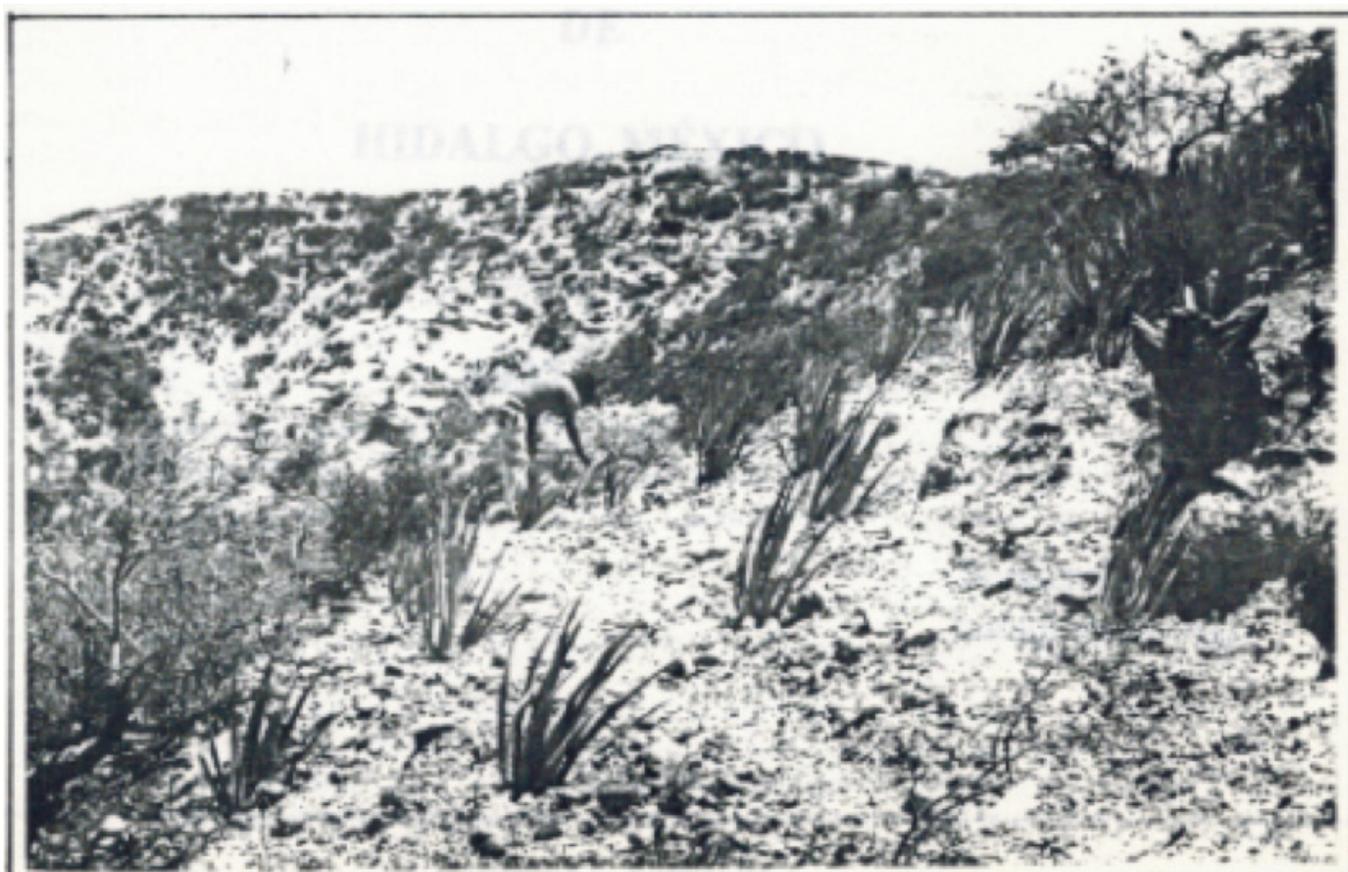


Foto 2. Fuente: Fotografía recuperada del proyecto trianual de reforestación en el Alto Mezquital de Hidalgo, México. 1997-2000. ERRAC.

En la región serrana, entre el norte del municipio de Cardonal y el sur de Tlahuiltepa, los antecedentes organizativos de las cooperativas se remontan a 1995, con la promoción de doce asambleas entre las comunidades serranas y el personal del ERRAC. Los campesinos plantearon la necesidad de trabajar en la conservación de suelos y agua. Se formaron grupos de protección ecológica durante algo más de siete años. Reforestaban con maguey y sembraban árboles frutales en los huertos familiares. Participaban 60 familias de El Moxthe, Las Manzanas, El Roble, El Tepozán, El Tedrá y La Laguna, así como cerca de 200 campesinos, organizados en catorce grupos, también de producción pecuaria y avícola. Adicionalmente, se capacitaron en sanidad animal, alimentación mejorada y mejoramiento genético a partir de la introducción de borregos y reses de mejor especie. También se organizaron para la construcción y rehabilitación de ocho sistemas hidráulicos de uso doméstico y en campañas sanitarias para mejorar la alimentación infantil. La participación era mixta, pero las más

interesadas y hábiles en el manejo de la sanidad y la alimentación animal fueron las mujeres (Gómez, 2013). Algunos testimonios citados en Gómez (2013) manifiestan la satisfacción provocada por los grupos de producción campesina:

El programa nos trajo mucha novedad. Me abrió los ojos sobre la posibilidad de aprovechar el tiempo, a veces no tenía nada que hacer. Además, a los que no entraron al programa, nosotros podemos ayudarles. Esto es un apoyo para todos los vecinos (Librado, El Moxthe).

Nosotras tampoco teníamos borregos buenos. Ahí nomás andaba con mis animales todavía chiquitos (degenerados por consanguinidad). Cuando se enferman, tenía que ir a Ixmiquilpan... Todo para que, al llegar, ya los animales estaban muertos (Martina, El Roble (en Gómez, 2013, pp. 72-73); entrevistas para evaluación del programa realizadas en 2003).

Las mujeres serranas se organizaron para exponer sus principales problemas de salud, buscar sus orígenes y los medios para superarlos. En los foros se encontró que el consumo de alcohol entre los hombres, la insuficiente alimentación, la falta de higiene, la limitada disponibilidad de agua y su mala calidad eran las causas de las principales enfermedades (Gómez, 2013). El foro condujo a una serie de capacitaciones para apreciar y aprovechar los alimentos y las plantas curativas de la región. Fue el comienzo de los grupos de mujeres productoras de medicina natural. La capacitadora de origen oaxaqueño (Alfonsa) vivió con las mujeres cerca de doce meses. Alternaba su estancia entre las comunidades de Las Manzanas, Las Manzanitas, La Laguna y El Tepozán. Esta es la capacitación con mayor aceptación para las socias (ERRAC, 2012). Algunos testimonios sobre los grupos de mujeres en su etapa inicial fueron recolectados por Gómez (2013):

No conocíamos tanta planta que tenemos, para que [sic] sirven y como [sic] prepararlas. Hemos aprendido como [sic] curarnos con nuestras plantas en la casa (Estefana, Las Manzanitas).

Ahora sabemos que nuestras medicinas naturales son mejores. Aunque no se nos quita siempre la enfermedad, nuestras medicinas nos sirven para controlarla. Antes nos enfermábamos más seguido (Antonina, La Laguna).

Ya sabemos cómo tener: rábano, betabeles, acelgas... Sentimos más confianza a las verduras. Creíamos que no alimentaban. Ahora estamos mejor: nos han enseñado a no aburrir comiendo siempre lo mismo (Benita, Las Manzanas; entrevistas realizadas en 1999, citadas en Gómez, 2013, p. 74).

Al principio, participaban en la capacitación de medicina cerca de 40 mujeres en la sierra de Tlahuiltepa y Cardonal (Gómez, 2013; Gil y Sánchez, 2013); había grupos en las comunidades de Las Manzanas, La Laguna, Las Manzanitas, El Tepozán y El Tedrá. Después de siete años, los colectivos estaban organizados con diez mujeres en Las Manzanas, seis en La Laguna y cuatro en Las Manzanitas. Colectivamente administraban un fondo. La directiva era electa cada dos años y alternaban el puesto entre los tres grupos.

El movimiento de organización campesina con participación comunitaria, y eventualmente financiado por el gobierno estatal y apoyado por organizaciones civiles, se mantuvo cerca de quince años en la microrregión del Alto Mezquital. ERRAC concluyó su colaboración en el Alto Mezquital en 1997, después de diez campañas de reforestación; el Inprac había ya desaparecido. En la microrregión serrana, ERRAC permaneció de 1995 hasta 2001. La organización campesina se mantenía, aunque la base comunitaria se transformaba de acuerdo a las necesidades familiares. Los comités buscaron ser participativos: habían construido colectivamente una alternativa y labraron caminos propios y diversos. Se reorganizaron, en su mayoría dejaron de ser comunitarios y se volvieron grupos de producción. Lechuguilleros del Alto Mezquital, Sociedad de Solidaridad Social (LAMSSS) y la agrupación de productores de ovinos regresaron a su base familiar, mientras que la base organizativa desarrollada para gestionar el acceso a los manantiales y distribución de agua entre los pueblos siguió siendo comunitaria.

Los campesinos y las campesinas desarrollaron en su práctica cotidiana, en la praxis productiva y organizativa, la posibilidad de transformar su realidad, y la transformaron. Así, diversificaron su producción campesina, procesaron fibras naturales, aprendieron y mejoraron técnicas de conservación de alimentos y manejo de plantas medicinales, y elaboraron derivados de las plantas locales y agaves, además de emprender reforestaciones sistemáticas que sustentaban las mejoras productivas.

Concluida la participación de ERRAC, la Asociación de Comités de Reforestación quedó vinculada con la delegación de la Secretaría del Medio Ambiente de Hidalgo, que limitó las tareas de reforestación a campañas esporádicas, fragmentando el arduo trabajo en red entre los pueblos. Además, la competencia por los recursos entre algunos delegados municipales que favorecían a sus familias desvirtuó el trabajo colectivo. La división histórica entre los pueblos de la región tuvo consecuencias en la directiva de la asociación y la competencia por recursos mermó la capacidad de agencia lograda como red (Gómez, 19 de agosto de 2014).

La Unión de Reforestadores fue impactada por la economía local, que enfrentaba una desvalorización constante de la lechuguilla y de sus derivados frente al mercado del plástico. Además, el precio del pulque era cada vez más bajo. Frente a ello, los hombres centraron sus esfuerzos en actividades con mayor remuneración, como el jornaleo en la región y la

emigración hacia EUA: “Querían dinero rápido y por eso se salieron. La reforestación era de esperar” (entrevista a socia de El Dexthi, 2014.) Algunas mujeres se responsabilizaron de las actividades de reforestación, ya que posibilitaba un ingreso sin la necesidad de emigrar, aunque se mantenía la desconfianza por parte de los esposos. Aún en la adversidad, fueron las mujeres principalmente las que decidieron continuar con el trabajo colectivo: “Los hombres no tienen interés en superarse en grupo sino individual, en cambio nosotras vimos mejor estar juntas, hacer un trabajo entre varias compañeras” (V. Martínez *et al.*, 2001, p. 33).

A pesar de la incipiente participación de mujeres, la mayoría de ellas tenía un antecedente organizativo por las capacitaciones de reforestación, sanidad animal y en el trabajo de las artesanías, el jabón líquido y la miel de maguey. Los pocos grupos que decidieron continuar organizados fueron de mayoría femenina: La Milpa Maguey en San Andrés Daboxtha, Las Manzanas en Las Manzanas, La Laguna y sus Raíces en La Laguna y Las Manzanitas y sus Raíces, en Cieneguilla. El grupo de El Doní también persistió, aunque sus mecanismos de emancipación fueron más radicales: dejar Lechuguilleros del Alto Mezquital para conformar su propia organización.

2.3. El camino de la organización de mujeres: su punto de partida

Los comités de producción de base comunitaria presentaban dificultades: dividir con equidad las plantas, trabajar en las faenas con justicia y enfrentar la burocracia gubernamental para acceder a programas de seguimiento. Ante las dificultades de los comités intercomunitarios, los grupos mayoritariamente femeninos que continuaron organizados centraron sus actividades en incrementar valor a su producción local. Frente a los mercados que abarataban el precio de la lechuguilla la alternativa fue procesar jabón líquido. Uno de los grupos más autónomos fue el comité de lechuguilleros: sus integrantes, con la ayuda de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, aprendieron y estandarizaron la fórmula para elaborar champús en varias comunidades. Para 1990, el grupo legalizó sus estatutos y se constituyó en la Sociedad Lechuguilleros del Alto Mezquital, SSS (LAMSSS) con una directiva que integraba a representantes de varios grupos. Una de las socias fundadoras explicó en entrevista:

Primero, fue lograr una sola fórmula del champú. Practicamos y practicamos allá en la Universidad del Estado. Yo personalmente iba hasta Pachuca con el Dr. Filardo. Salía desde temprano durante tres meses, porque iniciaba a las nueve de la mañana, pero se logró. Aprendimos a manejar los instrumentos. Las fórmulas que teníamos en la comunidad se mejoraron y conseguimos un solo color del champú entre las más de ocho comunidades que empezamos a elaborar

champú. Ya después fuimos trabajando en la organización. Ahí fue donde fallamos como grupos, porque los hombres nos fueron dejando todo el trabajo de vender. Ellos ya no querían salir a vender pero sí querían gastar lo poco que habíamos ganado (entrevistas a socia fundadora, Dexthi San Juanico, 2015).

En LAMSSS trabajaron coordinados en la producción de champú de sangre de grado, sábila y mixto ocho pueblos durante aproximadamente ocho años. La historia de LAMSSS también ha sido brevemente documentada en el artículo de Vargas (2001). En él, informa que LAMSSS se organizan en 1990 con la promoción de ERRAC. Estaba integrada por catorce comunidades y benefició indirectamente a 2,000 personas. Participaban directamente como productores menos de 20 familias y adquirían recursos locales de lechuguilla y sábila. Las fórmulas fueron diseñadas por los hñähñús y mejoradas con la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo a través del Instituto de Química y Biología (IQB). Con la intermediación de ERRAC, el IQB apoyó a LAMSSS en la transferencia de tecnología y elaboraron champú sobre la base del conocimiento campesino en el manejo de la lechuguilla (Díaz *et al.*, 2005). La participación de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH) concluyó cuando las fórmulas se estabilizaron y homogeneizaron en todos los grupos. Lo mismo ocurrió con las fórmulas de la crema y las mermeladas. Posteriormente promovieron la comercialización nacional y la exportación a Francia. Con la venta y el apoyo de organizaciones locales adquirieron infraestructura, construyeron varios talleres, compraron utensilios e insumos y un automóvil a crédito. El pago dependía de sus ventas. La finalidad era la comercialización autónoma. En Francia compraban el champú con regularidad, a un buen precio y con ventaja por el tipo de cambio.

Durante este periodo, LAMSSS emprendió, gestionó y comercializó. Después de algunos años, por errores logísticos y falta de mercado en Francia, la exportación cesó. Este fue el comienzo de un proceso de división en LAMSSS. A la problemática productiva se sumó la organizativa: los socios masculinos no promovían la venta y la delegaron a las mujeres. Fue la excesiva e inequitativa carga de trabajo la que motivó a las socias a finiquitar su participación en el grupo. Finalmente, LAMSSS cerró y la producción del champú se concentró en colectivos comunitarios. Sin embargo, aún en el interior de cada comunidad había conflicto para que las mujeres accedieran a los recursos que generó la extinta LAMSSS:

Tuvimos un problema con un socio [anónimo]: nos hizo la malora de cambiar el taller. Ya se había puesto de acuerdo con otro socio [anónimo] para sacarnos a las mujeres, especialmente a mí. Casi nos agarrábamos del chongo. Yo me defendí. Nosotras bien listas, bien machas, agarramos cinceles, marros y [fuimos] con toda nuestra familia. Tumbamos el

block que ya estaba construido y lo pasamos a un terreno donde nosotras teníamos propiedad, porque se compró entre el grupo. En quince días teníamos construido el taller en un terreno propio del grupo. En el grupo de la comunidad había diez mujeres y seis o siete hombres; por eso nos querían sacar a las mujeres. Nosotras luchamos por nuestro taller, trabajamos de las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde. Así se construyó el taller. El apoyo se obtuvo de la embajada (entrevista a socia fundadora de LAMSS, El Dexthi, 21 de junio y 23 de agosto de 2013).

Cuando LAMSSS concluye sus actividades, la expresidenta y dos socias deciden empezar de nuevo en su propio grupo familiar: El Doní. La Milpa Maguey nace en la comunidad de San Andrés Daboxtha, al sur de Cardonal, en 1990, y se legaliza en 1995. Inicia cuando varias mujeres campesinas deciden participar en un proyecto para el cuidado de borregos (Foto 3).

Cuando jamás había habido un grupo de mujeres en esta región que les interesara cambiar, a nosotras nos apoyaron con los animales y nos dieron un crédito. Yo vi que hubo un cambio. Un cambio de sistema en el trabajo y en la casa, pues teníamos que tomar curso desde las ocho de la mañana hasta las doce o una del día y pues era un tiempo ocupado en la capacitación y no en la casa. Bueno[,] tuvimos muchos problemas[,] hubo hasta lagrimas [*sic*] [,] así lo siento yo, porque la ropa no estaba o la comida (V. Martínez *et al.*, 2001, p. 43).

Mujeres vacunando cabras en el Alto Mezquital



Foto 3. Fuente: Fotografía recuperada del documento *Programación para el año de 1990 en apoyo a la sobrevivencia campesina en zonas desérticas del Alto Mezquital* (ERRAC, Ref. 1624).

El financiamiento provenía de la Fundación Ebert para los campesinos de Durango Daboxtha, al cual las campesinas de San Andrés Daboxtha se sumaron. Los pocos hombres que participaron del crédito no lo concluyeron; sus esposas tomaron ese papel como representantes. Ellas terminaron la capacitación y mejoraron la salud de sus borregas, adaptándolas a la alimentación del maguey, las vacunaron y las desparasitaron. Posteriormente, las mujeres se organizaron para comprar más borregos a través de un nuevo crédito y se convirtieron en titulares de la organización, liquidando el crédito previo.

A nosotras sí [*viz*] nos interesó mucho y ellos después estaban arrepentidos de dejar a las mujeres. Nosotras dijimos —pues ya de aquí no nos quitan—[,] nosotras vamos a estar al frente de la organización y ya fuimos dando de baja el nombre de los señores para que quedaran las esposas (V. Martínez *et al.*, 2001, p. 9).

Una vez que se capacitaron en el mejoramiento de ganado, las mujeres buscaron trabajar con los recursos locales más importantes: el maguey y el aguamiel. El incipiente colectivo se capacitó en el Centro de Bachillerato Tecnológico Agropecuario no. 67 en El Tephé, Ixmiquilpan, Hidalgo. Esta actividad era una alternativa a la producción y venta de aguamiel y pulque. En los inicios, eran más de 40 mujeres. Para 2002, había 36 socias, y a partir de 2014 la sociedad está integrada por 20 mujeres y un hombre. Los principales objetivos de la sociedad son:

La creación de fuentes de trabajo, la práctica de medidas que tiendan a la conservación y mejoramiento del medio ambiente y la ecología, la explotación racional de los recursos naturales, la producción, industrialización y comercialización de los bienes y servicios que sean necesarios (Acta constitutiva, 2002).

Desde entonces, la Milpa Maguey se mantiene organizada y no ha variado la cantidad de sus integrantes. La participación en el colectivo dificultó para algunas socias sus relaciones intradomésticas.

Mi esposo les decía a mis hijos que me abrieran la puerta grande porque no cabía con tantas cosas que había comprado de mi trabajo. Yo me aguanté, pero me dio coraje, porque no llevaba ni un peso, todavía no vendíamos nada (entrevista a socia en San Andrés Daboxtha, 15 de noviembre de 2014).

Las socias hicieron frente a la oposición de algunos esposos por trabajar fuera del espacio doméstico sin supervisión. La estrategia más usada por las socias fue “no hacer caso de los chismes”. No confrontar las dudas, sino darles vuelta, como explican: “lograr entendimiento”, a veces conversando, algunas otras soportando indirectas y burlas. No es que las mujeres no trabajaran fuera de la casa, las hñähñús de mayor edad salían desde jóvenes, algunas desde los ocho años, para trabajar en casas de la Ciudad de México como ayudantes o empleadas domésticas. Las socias relatan que la “señora de

la casa” les enseñaba a “hacer el quehacer” y en algunos casos a hablar español. Otras se empleaban como jornaleras en los campos de riego de Capula; iban hombres y mujeres de la región, y era de los pocos trabajos remunerados (entrevistas a profundidad a socias de la Milpa Maguey en San Andrés Daboxtha, 2012). El trabajo en el taller fue diferente desde el principio: eran actividades en las que la familia no tenía control, aun cuando estaban suegras y nueras en el grupo. Las decisiones se tomaban en colectivo.

En la Sierra Alta, para finales de 2001, los grupos de mujeres productores de medicina natural eran Las Manzanas, La Laguna y sus Raíces y Las Manzanitas y sus Raíces. Estos formaron una red con fondos comunes y mantenían una bodega en Cieneguilla, Cardonal. Los grupos eran apoyados por el ERRAC y en 2002 se constituyeron legalmente. El objetivo de la red era promover la comercialización. Comenzaron a vender con facturas a nombre de Las Manzanas; los otros dos grupos compartirían los gastos de facturación. No solo la administración de los fondos era colectiva, sino también la comercialización. Debido a que los tres grupos procesaban los mismos productos, acordaron dividir los pedidos. Sin embargo, algunos tenían mayor demanda. Dicha situación generó descontento y desconfianza entre los grupos.

El trabajo en red demandó tiempos y concesiones entre los colectivos. Las diferencias en las formas de trabajo y el manejo de los inventarios generaron incertidumbre. Para finales de 2003, la administración en red de los fondos comunes se diluyó y los inventarios se repartieron en partes iguales entre los grupos. Las socias gestionaron con el Instituto Nacional Indigenista un fondo para la compra de materias primas; se capitalizaron los grupos de la Laguna y Sus Raíces y Las Manzanas. La comercialización en red se mantenía; no se imponía exclusividad porque cada grupo vendía por su cuenta. Los tres grupos compartían etiquetas, lo cual dificultó el control de calidad de los productos y la trazabilidad. Además, había diferencias al interior de los colectivos.

En La Laguna, por ejemplo, el grupo estaba integrado por siete mujeres y la lideresa ejercía un control estricto sobre las socias: organizaba la producción sin considerar la opinión de las integrantes y se encargada de cobrar y distribuir la venta. Por otro lado, la calidad de la medicina no cumplía con los controles de calidad acordados en red, por lo que su venta se rezagó. Finalmente, su forma de trabajo generó descontento entre los grupos de Las Manzanas y Las Manzanitas, que se dividieron y desmotivaron. Una de las exsocias de La Laguna y sus Raíces explicó parte de su descontento:

Me dice mi esposo que por qué me manda ella y no trabaja como todas. Solo nos dice cuándo tenemos que hacer y ya no regresa a trabajar; solo quiere la ganancia, pero no viene a preparar la medicina, solo manda (entrevista a socia de La Laguna, febrero de 2012, en La Laguna, Tlahuiltepa, Hidalgo).

El grupo de Las Manzanitas y sus Raíces estaba integrado por cuatro mujeres. Compartían un taller en el barrio de Las Manzanitas de la comunidad de Cieneguilla, en Cardonal. El taller se construyó con fondos gestionados por el ERRAC y el terreno fue donado por las autoridades comunitarias. Su producción era regular y cumplía con las normas de la red. Sin embargo, había conflictos en la administración interna y dificultades para lograr acuerdos con los dos grupos. Finalmente se separaron de la incipiente red en 2005 y comenzaron a trabajar de forma independiente, comercializando en Ixmiquilpan y Cardonal.

En las comunidades de Las Manzanitas y La Laguna, el apoyo familiar y comunitario para el trabajo de las mujeres fue complejo. En Las Manzanitas, los familiares (esposos e hijos) inhibían la participación de las mujeres en los grupos; incluso hubo violencia física hacia una de sus integrantes, a tal grado que emigró para evitar la violencia. En La Laguna, la prohibición del trabajo de las mujeres se originó desde la autoridad comunitaria. Los delegados hicieron compleja la donación de terreno y las firmas de autorización para gestionar recursos ante el Instituto Nacional Indigenista y el programa de apoyo de culturas indígenas y populares del estado de Hidalgo. A partir del año 2008, la cooperativa de Las Manzanitas organiza su producción y venta independiente de los otros dos colectivos. La separación, a pesar de las dificultades del trabajo en red, fue pacífica: “existió comprensión”, aclaró una integrante de Las Manzanitas; “si nos vemos en Cieneguilla no hay problema, nos saludamos”.

2.4. Las tres cooperativas lideradas por mujeres rurales

Para 2015, la Milpa Maguey es la cooperativa más grande; produce néctar de aguamiel, que venden en el mercado nacional. Está integrada por 20 mujeres y un hombre, todos hñähñús, y se localiza en San Andrés Daboxtha, Cardonal, Hidalgo, desde 1998. Las socias y el socio constituyen la asamblea, que es el órgano de mayor autoridad. Pasó de ser una sociedad de solidaridad social (SSS) a una cooperativa (Foto 4). Las Manzanitas está conformada por siete mujeres mestizas que producen medicina natural desde el 2002, a partir de plantas medicinales, y pan en Las Manzanitas, Tlahuiltepa, Hidalgo (Foto 5). La medicina se vende regionalmente y el pan solo en su comunidad. La organización productiva ha ganado reconocimiento en su comunidad ya que al producir medicina natural, y ante la escasez de servicios de salud, los vecinos la consideran una alternativa viable y a bajo costo para curar algunas de sus dolencias (Gil y Sánchez, 2013).

Socias de la Milpa Maguey con invitados de la CDI, representante del municipio de Cardonal, delegado municipal de San Andrés y estudiantes de la Universidad LaSalle Cd. de México (2015)



Foto 4. Fuente: Fotografía propia, 2015 (taller remodelado).

La Unión de Mujeres San José de las Manzanas con clientes solidarios



Foto 5. Fuente: Fotografía propia, 2014.

El Doní es un grupo familiar integrado por cuatro mujeres y dos varones hñähñús. Tres son socias fundadoras, dos son los hijos varones y una es nueva integrante. Producen champú, cremas y jabones en El Dexthi, San Juanico, Ixmiquilpan, Hidalgo. Lo venden en ciudades cercanas.



Foto 6. Fuente: Fotografía propia, 2014.

2.5. Organización interna

En la Milpa Magüey la organización administrativa recae en tres figuras (Soto-Alarcón, 2011): el comité de representantes, el consejo de vigilancia y las vocales (Figura 3). El comité es el órgano operativo más importante del grupo; sus funciones son: invertir en el mantenimiento del taller y los insumos para la producción, administrar las instalaciones, supervisar el trabajo de las compañeras y la calidad del néctar de aguamiel, solucionar conflictos, promover el producto, distribuir los ingresos por sus ventas y supervisar la reforestación anual de magüey.

Organigrama Milpa Maguey Tierno de la Mujer

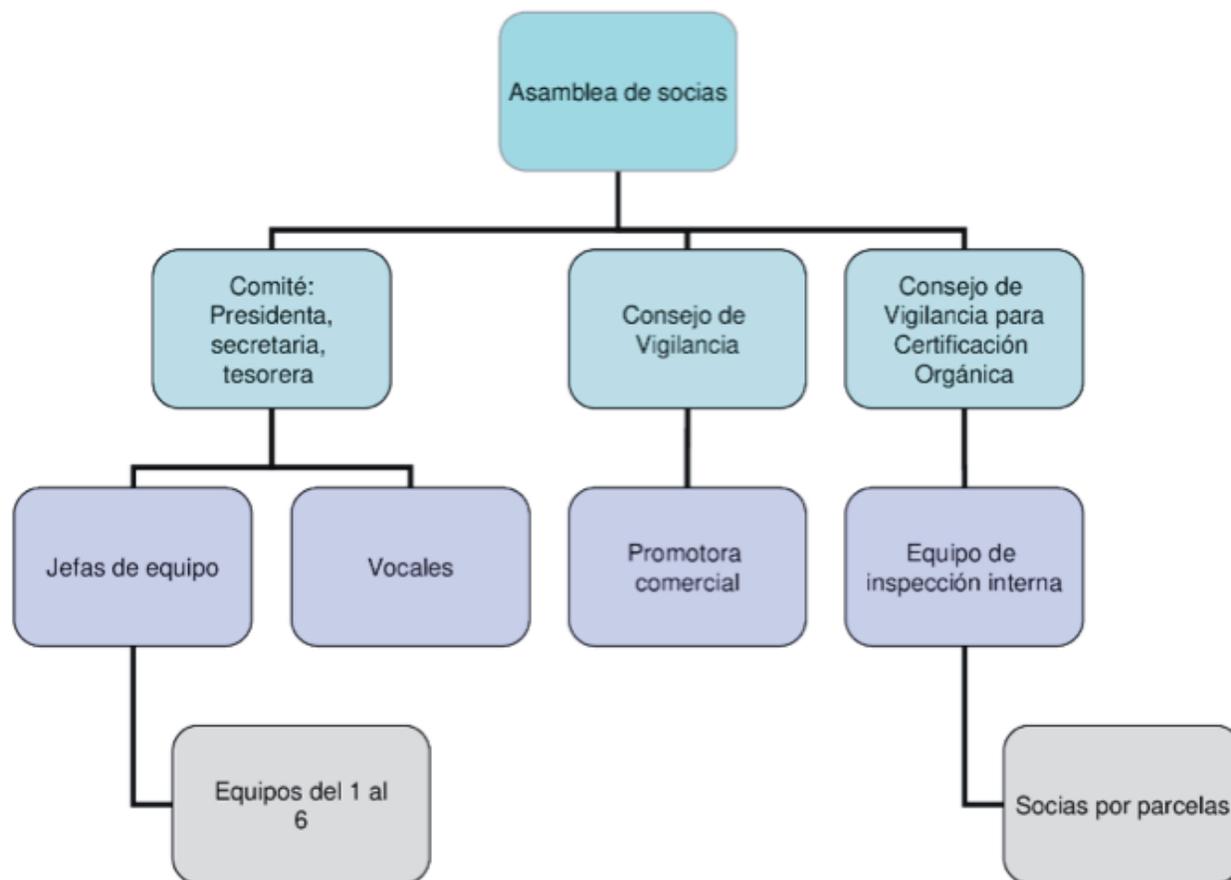


Figura 3. Fuente: Soto-Alarcón (2011, p. 91).

El consejo de vigilancia es el órgano que supervisa al comité. La promotora de las ventas es un puesto de reciente creación (2011) que distribuye los pedidos entre los equipos de producción. Tienen un Equipo de inspección interna para la Certificación Orgánica que supervisa el trabajo orgánico en las milpas de las socias. Las vocales son cinco mujeres y notifican a las integrantes que viven por rumbos de las reuniones próximas. Todos los puestos son honorarios. En general, las socias están de acuerdo con los comités que han elegido; sin embargo, también han existido comités que no les satisficieron.

También ha habido malos comités, que no trabajan con nosotras, solo mandan para que ellas no trabajen. Como que no hacen las cosas bien para todas, solo para ellas. Tuvimos un comité malo. Lo que hicimos fue cambiarlo, sin generar

problemas con él. Pero al final, la que era presidenta decidió salirse del grupo varios años después de que fue comité (entrevista a socia de Milpa Maguey, FDG, 2013).

Para producir se han organizado en cinco equipos integrados por cinco y seis socias; alternan los días de producción. Cada equipo tiene una jefa, quien supervisa la calidad del producto, la limpieza del taller y la provisión de insumos. Su papel es vital para coordinar la producción, mantener un cierto nivel de calidad, lograr la armonía al interior de su equipo y ser el enlace con el comité. En general, las socias están de acuerdo con la organización interna que han logrado:

Las jefas de equipo han trabajado mucho. Se encargan de distribuir las tareas y registran todo lo que se procesa, supervisan la limpieza. Llevan 100% el reglamento de producción. Se dialoga entre el equipo; si hay algún problema y la socia no puede asistir el día que le toca procesar, debe buscar quien la reemplace y asegurarse que sepa cómo trabajar. Las socias deben traer todo su equipo de trabajo y venir con limpieza y ganas de trabajar. Muchos de nuestros reemplazos son nuestras nietas e hijas, aunque a veces es difícil que se quieran meter a trabajar porque como que ellas quieren otra cosa, o estudian, cualquier cosa fuera de la comunidad (comentario de socia, FDG, 2013).

En la mayoría de los equipos de producción las reglas se negocian y el taller ha sido un espacio productivo donde se comparten experiencias. La armonía del equipo depende de la habilidad de la jefa para solucionar conflictos cotidianos vinculados sobre todo con responsabilidades compartidas, como la limpieza del taller y el uso de insumos, como el gas. “Para este equipo no hay muchos conflictos al interior. Sin embargo, sí observamos que en grupo las socias no han cuidado mucho la limpieza y aún falta compromiso. Siempre tienen prisa y no se hacen responsables de lo que ocurre en el taller” (comentario de socia, FDG, 2014).

En este tipo de conflictos las jefas recomiendan tener mayor cuidado, supervisar continuamente y ante todo conversar con los otros equipos para que las reglas cotidianas de producción se cumplan. En caso de que la falla persista, se toman otras medidas, como trabajo extra. Las y el integrantes del grupo organizan la vida productiva a través de un reglamento que delimita funciones y responsabilidades. Este exige de sus socias puntualidad, asistencia, limpieza y supervisión constante del proceso: “Todas sabemos nuestro reglamento. Lo ponemos en práctica cuando procesamos. Si alguna no cumple, es porque no quiere, no porque no sepa” (FDG, 2014).

La provisión de estas reglas está respaldada en relaciones de confianza y reciprocidad que han sido construidas sobre los lazos de parentesco y cercanía en la comunidad. El mayor conflicto proviene cuando no hay transparencia en la distribución de las ventas y en las responsabilidades compartidas entre los equipos, que implican interdependencia, como la limpieza. La reciprocidad en algunas tareas y la provisión de insumos ha sido un proceso de negociación prolongado, que algunas veces no se cumple. Cuando la contribución es positiva, ayuda a mantener la delicada estabilidad interna. Para la Milpa Maguey, la organización interna ha sido una necesidad prioritaria y en constante construcción. “Si tuviera que calificar a mi grupo, le pondría un siete. Porque nos falta organizarnos, echarle ganas todas y no solo unas cuantas. Pero hay unas que ya no cambian” (entrevista a socia, 16 de noviembre de 2016). Por su parte, el comité expresa que no todas tienen el mismo compromiso. Para ellas, el comité termina haciendo todas las gestiones. “Ha sido un estire y afloje, pero aquí estamos desde hace ya casi veinte años. Nos hemos mantenido y en parte porque, como sea, sacamos adelante los problemas y las cosas que hagan falta” (presidenta, 16 de diciembre, 2016).

En Las Manzanas, las decisiones colectivas se toman en reuniones mensuales. Cada cuatro años eligen nuevo comité o mantienen al anterior, de acuerdo a su eficacia. Su figura legal es una sociedad de responsabilidad limitada microindustrial. Su principal objetivo es elaborar y comercializar productos medicinales: jarabes, pomadas, jabones, tinturas y pan. La producción de medicina y pan son dos procesos distintos que involucran espacios productivos independientes. En Las Manzanas, sus estatutos definen al comité como una gerencia representada por dos socias. En el grupo, la división de tareas es más limitada ya que solo una persona, la secretaria, sabe escribir y hacer operaciones aritméticas; además, es auxiliar de la enfermera y encargada de la casa de salud comunitaria. La relación entre la secretaria y la tesorera es muy cercana: se ayudan en la administración de las ventas y la compra de insumos. La rotación de las responsabilidades es más pausada: solo han tenido tres diferentes gerencias desde que iniciaron. Su reglamento interno regula la asistencia, la puntualidad y la división de tareas, cuida el proceso de producción con calidad y exige registrarlo. En general, tienen una opinión positiva de trabajo grupal, aunque enfrentan algunos problemas respecto a la asistencia.

Yo no puedo decir nada porque algunas veces no puedo venir al taller y trabajar con el grupo, pero estoy consciente de que ese día no trabajé y no se me debe pagar el día, aunque yo ayudo en otras cosas, como hacer cuentas. Cuando se trata de salir a representar al grupo, pues yo voy e informo a todas las compañeras. Son trabajos distintos, pero estoy consciente de que a veces no trabajamos igual (FDG, 2013).

Han resuelto parcialmente sus conflictos de división de tareas a partir de comprensión y apoyo, aun cuando las actividades no estén contempladas en sus reglamentos. La inconformidad en el cumplimiento de normas equitativamente entre las socias resulta un conflicto persistente.

Pero hay un problema: no todas trabajamos igual. Por ejemplo, cuando toca hacer jabón, cada una se reparte la cantidad de jabón que debe rayar en su casa, pero después de un tiempo que quedamos para hacer jabones, resulta que no todas traen el jabón que les toca, y así unas trabajan más que otras. También hay unas que nada más llegan al final o ya de a tiro no bajan al taller que porque están muy enfermas. Bueno, nada más es una, doña B__; siempre ha sido conflictiva, pero ahora dice que está enferma y ya no quiere ir a trabajar, pero sí quiere recibir el dinero cuando se vende el producto (FDG, 2013).

Para Las Manzanas, la organización interna debe mejorarse, pues el tiempo de trabajo dedicado al taller no es equitativo. La presidenta propone llevar un control por horas y con base en él dividir los pagos. Así podrían superar las inequidades en el trabajo y no perder la delicada armonía al interior del grupo (entrevista, 17 de diciembre de 2016). Aunque las socias de Las Manzanas han visto cada vez más ingresos por sus ventas, les preocupa la inequidad con la que se dividen los pagos y consideran prioritario resolver el problema de la organización interna para posteriormente fomentar las ventas. “Si no logramos llegar a que todas nos paguemos de acuerdo al trabajo que dedicamos en el taller, puede haber más problemas entre las socias” (socia de Las Manzanas, 16 de diciembre de 2016). En el foro de discusión expresaron: “Cuando se trabajan los jarabes o las pomadas, nos repartimos las plantas entre varias. Tal que se lleven de cada rumbo, algunas veces la planta ya se tiene en la casa. Así es más fácil. Algunas veces no y se tiene que ir al cerro a cortarla. Ya se saben cuándo florea una planta, cuándo cortarla y cuándo no” (FDG, 2013).

La responsabilidad compartida entre las socias ha provocado desequilibrio interno ya que depende de varios factores: las actividades dentro del taller no desconocen el rol de las socias como madres responsables de su hogar y de las tareas comunitarias, además de la edad promedio de las socias, que es de 59 años, razón por la cual enfrentan cada vez mayores problemas de salud. A pesar de dichas dificultades se han mantenido trabajando ininterrumpidamente desde el 2002.

El grupo de El Doní durante diez años ha albergado también a los hijos de las socias fundadoras. A pesar de su antigüedad como grupo independiente, no han delimitado las tareas del comité ni tienen una estructura interna definida. Así explica el proceso organizativo una de las socias fundadoras:

Para nosotras ha sido un trabajo de mucho esfuerzo para salir adelante, porque nos enfrentamos al problema de que los hombres en LAMSSS querían aprovecharse de nosotras porque querían que trabajáramos más que ellos (socia fundadora, FDG, 2014).

Dada su experiencia, el grupo se ha resistido para tomar mayores responsabilidades legales y fiscales. La organización para el trabajo está basada en la confianza y los lazos familiares entre sus integrantes. Todas y todos participan del proceso de producción. La venta se organiza de manera individual y las integrantes se comprometen a regresar el costo de los insumos. La fuerza de trabajo se incorpora en la comisión por ventas.

Nosotras nos organizamos para procesar el champú. Tratamos de trabajar todas por igual y también informamos del trabajo a las integrantes. Sucede que algunas veces alguien no pueda trabajar, entonces le informamos cuánto hicimos, cuánto se gastó de insumos y cómo se vende. El chiste es que informemos siempre. Nosotras escribimos todo lo que hacemos y vendemos. La venta es más personal: nos dividimos la venta y se promueve individualmente, porque depende de cómo nos movemos es que se gana algo de dinero (socia, FDG, 2013).

La confianza generada entre las socias se basa adicionalmente en el proceso de comunicación que han mantenido y la transparencia en el manejo de sus insumos y ventas. Un factor relevante para la permanencia de los grupos ha sido mantener un espacio productivo propio: los talleres de producción y el resguardo de los fondos comunes, que dependen de la acción interdependiente de todas las socias. En general, la figura de la faena (trabajo no remunerado) ha estado presente en la obtención de los terrenos, la construcción de los talleres y su mantenimiento. A pesar de que dichas labores no se encuentran en los reglamentos, forman parte de los acuerdos internos grupales.

Reunión en el taller de la Milpa Maguey



Foto 7. Fuente: Fotografía propia, 2007.

En la Milpa Maguey es posible distinguir diversas etapas de negociación con autoridades comunitarias, colectivas y municipales, e instituciones gubernamentales y no gubernamentales para la construcción de su taller. En la primera fase negociaron con los ejidatarios la propiedad de una parte de la tierra donde construir su taller; además cada socia aportó 122 pesos (ERRAC, 1998). Construyeron dos habitaciones, una para procesar y otra como bodega; los cuartos fueron techados con lámina de asbesto para reducir el calor que produce el vapor de agua, ya que del 100% del aguamiel, el 90% se evapora.

Remodelación 2014 Milpa Maguey



Foto 8. Fuente: Fotografía propia, 2014.

En la construcción del taller también participaron los esposos de las socias, quienes aportaron trabajo para limpiar el terreno, construir los cimientos y acarrear el material. Esta construcción se realizó con el apoyo del ERRAC y el financiamiento de la organización Socorro Católico. La segunda fase consistió en mejorar el área de procesamiento: se abrieron ventanas y ventiladores para disminuir el calor. El seguimiento lo realizó Bioplaneta, A. C. Una tercera fase en la construcción consistió en una remodelación más grande y significativa en 2008, con la que se cercó el terreno, se construyó una habitación para colocar seis fogones o estufas que funcionan con energía solar a través de espejos solares, se techó una sala para juntas, se amplió la bodega y se construyó el baño.

En 2012, la presidenta en turno logró una nueva ampliación del taller a través de una donación de la presidencia municipal de Cardonal, con la que fue posible construir el área de producción y una oficina, y se amplió la bodega. Sin

embargo, el proceso de producción exige mantenimiento constante, ya que la alta emisión de vapor de agua contribuye a la formación de hongos, lo que limita y pone en riesgo el proceso de inocuidad alimentaria requerida. A pesar de las limitaciones, esta ampliación contribuyó a disminuir los riesgos de contaminación para el néctar de aguamiel y a mejorar la ventilación del área de producción. La ampliación ayudó a que las socias no enfrentaran los cambios de temperatura al salir del taller, sobre todo en el frío clima del semidesierto del Alto Mezquital.

Ampliación y remodelación de Milpa Maguey en 2015



Foto 9. Fuente: Fotografía propia, 2015.

Para marzo de 2015, la Milpa Maguey solicitó un crédito al Fondo Regional de Ixmiquilpan, como socias cumplidoras con otros créditos. Con él ampliaron el taller: bodega, área de procesamiento, área de recepción y oficinas. El crédito debía pagarse con los ingresos por sus ventas. Las socias pagaron el crédito con una prima de descuento por pronto pago. “Ahora sí ya se ve el taller como debe de estar, aunque ahora nos endeudamos. Confiamos en que con la venta de nuestra miel saldrá para pagar la deuda. El taller ya se ve serio y se trabajará en buenas condiciones para todas las socias” (FDG, 2014).

La obtención de un espacio productivo propio da cuenta de un largo proceso de negociación de las socias en sus hogares, comunidades, con el municipio e instituciones gubernamentales y no gubernamentales (ONGs), a través de los cuales han conseguido trabajo en especie e inversiones. Este proceso ha posibilitado la formación de un actor colectivo que solicita créditos y tiene la capacidad para pagarlos. La estrategia recurrente utilizada ha sido la responsabilidad compartida y el compromiso creíble, ya que dividen los riesgos entre las socias, lo cual facilita el compromiso individual. El objetivo final es mantener un espacio, no solo en condiciones regulares, sino óptimas para su desarrollo productivo, organizativo y comercial.

En Las Manzanas, al inicio no contaban con un espacio propio: eran 36 integrantes y trabajaban en las cocinas particulares y el patio de la escuela. Su proceso se limitaba a la elaboración de jabones. Invertían dinero, tiempo e instrumentos de trabajo: cacerolas y parrillas para el proceso productivo (Gil y Sánchez, 2013). Para 1998, el grupo albergaba a veinte integrantes. Ese año la comunidad les presta un terreno para construir su taller con la finalidad de que el grupo contribuyera al bienestar comunitario. La presidencia municipal de Tlahuiltepa también donó dinero para su construcción. Vecinos, esposos, hijos e hijas trabajaron con las socias en su edificación. Además, lograron un apoyo del Programa de Culturas Populares del estado de Hidalgo, con el cual adquirieron insumos e instrumentos de trabajo. Con estas acciones el grupo fue construyendo un espacio físico y adquiriendo material para trabajar.

Para el año 2000 permanecían nueve integrantes: en ese periodo, el ERRAC cooperó con el grupo en la construcción de un vivero para hortalizas y plantas medicinales. Las que persistían en el trabajo visitaron a otros productores de medicina con plantas en Santuario Cardonal, el Distrito Federal y Toluca. También la Unión Nacional de Trabajadores Agrícolas les ofreció gestionar un apoyo económico en la Secretaría de Agricultura: lo obtienen en 2007 y construyen su panadería. Sin embargo, la percepción del grupo sobre este apoyo es negativa:

Si hubiera sabido lo que costaba sacar un proyecto con ellos, no participábamos. Nos llevaron a marchas en México, en Pachuca, sin un taco, caminé y caminé bajo el sol, y a cada rato. Se quedaron con una parte del dinero del proyecto,

claro, nos avisaron, ese era el acuerdo. Solo por gestionar se ganaron cerca de 30,000 pesos, además de que nosotras no vimos ni un centavo de ese dinero, porque ellos... todo lo compraron ellos (FDG, 2013).

Finalmente, en el terreno del grupo hay dos espacios separados destinados a la producción: en uno producen la medicina natural, y tiene tres habitaciones medianas; en el segundo espacio producen la panadería. Son espacios independientes, diseñados así para no combinar utensilios y cuidar la limpieza de cada proceso. Ambos lugares cuentan con el material rústico suficiente para trabajar. Además, tienen un pequeño invernadero en donde siembran algunas hortalizas y dos tanques de agua con capacidad de 5,000 litros cada uno, que les permiten mantener un pequeño sistema de riego para plantas medicinales domesticadas, frutales y hortalizas. El mantenimiento del taller se realiza con faenas de las mujeres, mientras que los gastos, como pintura, mano de obra, impermeabilizantes y herrería, son pagados con su fondo común y con la ayuda de sus esposos.

La Unión de Mujeres San José de las Manzanas preparando pan



Foto 10. Fuente: Fotografía propia, 2014.

El grupo de El Doní dispone de un taller que simboliza la lucha femenina por acceder a un espacio productivo propio. La propiedad da cuenta de un difícil proceso de negociación con autoridades municipales y exintegrantes de LAMSSS. El taller tiene dos habitaciones: en una procesan y en la segunda envasan y almacenan insumos y el producto final. El Doní no ha remodelado el taller; las condiciones de trabajo no son óptimas, ya que el calor se encierra y complica la estancia. Este colectivo no dispone de un espacio para la reforestación, sin embargo, cada socia mantiene un patio de donde obtienen la planta: sábila, lechuguilla y sangre de grado.

En los tres colectivos, la defensa de estos espacios físicos y conseguir inversiones han sido campos de batalla contra las ideologías tradicionales de género que asignan como única labor de las mujeres las actividades domésticas dentro

de los hogares y no fomentan su acceso a medios de producción. Las negociaciones con autoridades municipales han demandado múltiples visitas a las cabeceras municipales a fin de insistir en la necesidad de programas de apoyo y probar que son un grupo de mujeres con voluntad para trabajar. En este caminar han aprendido a negociar presupuestos y créditos de manera autónoma. Las socias han ganado agencia y encontraron oportunidades en las interfaces entre sistemas culturales diversos y adversos para hacerse llegar de recursos.

El gobierno sabe que nosotras aprovechamos muy bien lo que nos dan. No desperdiciamos. Cada peso que invierten en el grupo está bien invertido, por eso con la frente en alto vamos y exigimos al presidente municipal, porque si el taller sale adelante mucha gente puede venir a vender su aguamiel y tener un poco de dinero, porque en la comunidad no hay fuentes de empleo. Nosotras sí estamos generando trabajo. Además, tenemos derecho a trabajar en un lugar en buenas condiciones (discurso de la señora María Concepción Pérez Martínez pronunciado el miércoles 10 de junio de 2015, San Andrés Daboxtha, Cardonal, Hidalgo).

En estos procesos las socias han fortalecido su percepción sobre su trabajo, autoestima y libertad para exigir que se faciliten condiciones óptimas de producción, a partir del reconocimiento de su trabajo colectivo. Con el mantenimiento y la ampliación de los tres talleres se ha buscado generar capital productivo en el campo. Las mujeres promueven fuentes de empleo directas para ellas, y producen y generan excedentes a partir de sus necesidades y recursos locales. Con las inversiones de largo plazo han logrado, en el caso de la Milpa Maguey, duplicar su capacidad productiva y diversificar sus medios de producción, mientras que en Las Manzanas han aumentado en 50% su capacidad productiva, y aunque El Doní no ha incrementado su capacidad instalada, se ha mantenido por cerca de veinte años produciendo y comercializando champú en distintas presentaciones.

CAPÍTULO III

La socioeconomía campesina de los hogares

Introducción

Después de más de quince años, las cooperativas han logrado incidir en las decisiones de ingresos y gastos de los hogares de sus integrantes. Las negociaciones al interior del hogar sobre el control de los recursos no se dan por sentadas, sino que se vinculan con el ciclo de vida de los integrantes, los dependientes económicos, las actividades de cuidado, las variables sociodemográficas, las actividades económicas cotidianas y las preferencias de gasto de las socias, no limitadas al ámbito económico del hogar, sino entrelazadas con las responsabilidades comunitarias.

De esta forma, en los hogares se dan cita inequidades vinculadas a la posición de sus integrantes: relaciones de género, económicas y jerarquías sociales (Folbre, 1986). Analizar la economía doméstica de los hogares de las socias no se limita al ámbito del hogar, pues el papel que juegan las socias en la comunidad influye en las decisiones que toman dentro de sus hogares. La mayoría de ellas participa intensamente en las actividades comunitarias, en representación de su familia y por interés personal. Estudiar la dinámica en los hogares de las socias y sus vínculos comunitarios provee ciertas pistas para comprender la permanencia de las socias en los proyectos colectivos.

Los estudios de proyectos productivos para mujeres no disponen de información sobre sus efectos en la dinámica dentro de los hogares por el periodo de tiempo estudiado ni sobre las variables utilizadas enfocadas en la medición de la rentabilidad de corto plazo. En cambio, en los estudios de largo plazo analizar la trayectoria de los grupos ilumina las estrategias de género asociadas al trabajo remunerado y no remunerado de los hogares campesinos para subsistir, generar excedente y permanecer (Wolf, 1990; Deere, 2002). En los últimos diez años, en México, las estrategias de los hogares rurales se han diversificado: las actividades de sustento son agropecuarias, mercantiles con trabajo remunerado y no remunerado (Appendini, 2002).

En este capítulo se analizan las repercusiones del trabajo en las cooperativas al interior de los hogares de sus miembros, se estudian los mecanismos implementados para generar recursos diferenciados por género y se analizan los trabajos, los gastos y las preferencias de los integrantes de los hogares, asociados a su posición fuera del hogar, es decir, en sus

comunidades. Para su discusión, se utiliza el concepto de hogares a partir de la crítica feminista (Folbre, 1986; Fraad *et al.*, 1994; Deere, 2002; Cameron y Gibson-Graham, 2003), ya que ilumina la serie de estrategias diferenciadas por género de los hogares y las jerarquías en su interior a partir de lazos morales que posibilitan la extracción del excedente y las decisiones de gasto. Por otro lado, las mujeres ejercen agencia en múltiples y variados campos y redefinen las actividades atribuidas a su género, en un proceso que también posibilita nuevas formas de ser (Butler, 1988). Sin embargo, este proceso no es únicamente subjetivo, sino también colectivo, relacional y estructural, ya que las socias se enfrentan a marcos legales comunitarios desde donde acceden a recursos y en torno a los cuales se define la percepción social sobre sus actividades (Agarwal, 1997).

El espacio social propuesto por Bourdieu (2008) es una categoría analítica que visibiliza el encuentro dentro de los hogares. Los agentes (integrantes de las familias) ejercen roles asociados con sus capitales económicos, simbólicos y culturales en sus contextos comunitarios. Tanto la descripción de los hogares como los procesos de género y el espacio social analizados aisladamente no dan cuenta de las múltiples estrategias de las socias; la combinación de los tres conceptos permite comprender la posición de las socias en sus hogares y los procesos de negociaciones involucrados.

Analizando datos cualitativos y cuantitativos se intenta comprender mejor las repercusiones económicas de las socias de las cooperativas en sus hogares y comunidades. A continuación se delimita el marco conceptual y se analizan las variables sociodemográficas y las actividades que realizan los familiares para sostener a los hogares. También se incorpora la percepción que las socias tienen sobre su trabajo en el taller, su rol en las actividades comunitarias y los principales gastos e ingresos familiares diferenciados por género.

3.1. Los hogares y el espacio social

El concepto de hogares ha variado a través del tiempo. Implica la coresidencia ampliada de sus miembros, no reducida a los vínculos matrimoniales y familiares, y es geográficamente diferenciada (De Oliveira, 1988; Niehof, 2011). Desde la escuela económica neoclásica, el hogar es concebido como un agente individual entrelazado con las decisiones de mercado cuya finalidad es la maximización de su interés o beneficio. En el marco de la corriente institucionalista se desarrolló la teoría económica de los hogares; para ella, los hogares se comportan como firmas y sus integrantes operan implícitamente más que explícitamente, como las empresas en los mercados. Para la teoría marxista, que se centra en el estudio de la clase en términos de la propiedad de los medios de producción y a pesar de enfocarse en el estudio de conflicto, el eje son las clases sociales, y los hogares son entidades que no muestran diferencias al interior (Folbre, 1986). Las tres corrientes

teóricas dejan fuera el análisis de los hogares como una entidad compleja y no homogénea (Niehof, 2011).

Las críticas a la noción de hogares como una unidad homogénea sugieren que los miembros se enfrentan a diferentes problemas simultáneos de cooperación y de conflicto (Sen, 1990) y operan sobre la base de asimetrías de género a partir de los cuales delimitan tareas, asignan recursos e influyen en sus posibilidades de negociación (Folbre, 1986; Agarwal, 1997; Appendini, 2002).

Desde la crítica feminista, los hogares son espacios donde existen espadas y corazones. El altruismo asignado al interior no puede darse por sentado; en algunas ocasiones puede explicarse a partir de la reciprocidad, aunque también los hogares son susceptibles de explotación (Folbre, 1986) ya que los excedentes se los apropia el jefe de la familia con base en ideologías de género (Fraad *et al.*, 1994). De esta forma, las relaciones intradomésticas son gobernadas por relaciones de dominación y subordinación, jerarquía y desigualdad, lucha y conflicto (Deere, 2002; Pedrero, 2004).

Además, considerar esferas separadas al interior del hogar como actividades productivas y reproductivas no permite la comprensión de procesos sociales desde una visión de conjunto. La base de las actividades productivas son las actividades de trabajo doméstico y de cuidado, consideradas reproductivas y atribuidas a la maternidad (Cameron y Gibson-Graham, 2003). El ejercicio académico de reconocerlo no se limita a su cuantificación, ya que están entrelazadas con compromisos morales que Folbre (1986), Cheal (1989) y Tufour *et al.* (2015) llamaron economía moral de los hogares, y no responden a un análisis costo-beneficio, como en la teoría neoclásica. Lo que sí implica su reconocimiento es abrir la discusión de la economía como diversa, que da cuenta de actividades no capitalistas en las cuales el excedente social es producido comunitariamente y distribuido sobre la base de principios éticos (Gibson-Graham, 2006).

Las condiciones al interior de los hogares no se encuentran aisladas: forman parte del conjunto de instituciones como un sistema con importantes ideologías, elementos económicos y modos de producción (Folbre, 1986), a los que se suman los marcos jurídicos, que en el caso de los hogares campesinos delimitan el acceso a la tierra, la educación y las normas sociales que influyen en las posibilidades de negociación de sus miembros (Agarwal, 1997).

A partir de dichas consideraciones, el espacio social en el cual los agentes juegan con capitales culturales, económicos y simbólicos, desde donde se posicionan y negocian en distintas esferas (Bourdieu, 2008), puede ser redimensionado al problematizar las actividades domésticas diferenciadas por género que posibilitan nuevas formas de negociación de las socias en sus hogares y en la comunidad. A continuación se presentan los datos empíricos sobre tres ejes: las variables sociodemográficas de los hogares, la diversidad de actividades campesinas a partir de una encuesta gastos e ingresos de los hogares y la participación de las socias en las actividades comunitarias.

3.2. Variables sociodemográficas de los hogares

Al cierre de 2015, la Milpa Maguey tenía nueve socias de entre 38 y 50 años, que representaban el 43% de la plantilla; cuatro socias tenían entre 50 y 60 años y representaban el 19%; ocho socias de más de 60 años representaban el 38%. Dos socias hablan hñähñü y comprenden español; ellas no asistieron a la escuela y ambas tienen más de 65 años. Siete socias cursaron algún grado en la primaria, pero no la terminaron; también son las de mayor edad (entre 58 y 69 años). Dos terminaron la primaria y diez socias concluyeron sus estudios de secundaria en el sistema de educación para adultos; son las más jóvenes, a excepción de la señora Manuela Quiterio, quien concluyó los estudios de secundaria cuando tenía 72 años, en 2015. El 48% de las integrantes de la cooperativa están casadas, el 14% se han separado, 10% se han divorciado, 19% viven en unión libre y 10% son viudas. El estado civil es importante ya que está fuertemente vinculado con la calidad de ciudadano en la asamblea del pueblo. Siete mujeres son jefas de familia y responsables de todos los gastos familiares. Este concepto tiene doble significado: frente a la asamblea es la responsable de las faenas y en la casa es proveedora de los ingresos familiares. Todas las integrantes son madres, la mayoría ya tiene nietos y casi la mitad tiene cuatro hijos (43%), en tanto que el 10% tienen tres hijos, 14% tienen cinco hijos, 19% tienen siete hijos y 9% tienen ocho hijos. 29% de las socias tienen hijos menores de edad a los que sostienen económicamente, aunque 38% de las socias cuidan de sus nietos ya que los padres trabajan fuera de la comunidad o han emigrado hacia EUA. En total, 67% de las socias aún tienen a su cargo niños menores de edad (Tabla 1).

Datos sociodemográficos de las integrantes de las cooperativas

	%	Rango de edad	No. de hijos	Educación formal	Jefa de hogar	Casada	Divorciada	Viuda
<i>Milpa Maguey</i>								
Fundadoras	33%	65-72	5-9	Primaria inconclusa	10%	23%	5%	5%
Segunda generación	48%	45-62	Menos de cuatro	Primaria terminada	19%	33%	10%	5%
Sucesoras	19%	45-62		Preparatoria terminada	5%	14%	5%	0%
<i>Las Manzanas</i>								
Fundadoras	70%	50-70	5-7	60%, primaria inconclusa; 10%, inconclusa.	0%	60%	0%	10%
Sucesoras	30%	25-30	1	Preparatoria terminada	10%	10%	10%	0%
<i>El Doní</i>								
Fundadoras	50%	50-70	5-7	66%, primaria inconclusa.	50%	0%	16%	16%
Sucesores	50%	35-49	4	66% concluyó educación para profesor. 34% concluyó bachillerato	50%	16%	0%	0%

Tabla 1. Fuente: Elaboración propia con datos de encuestas socioeconómicas (2014-2015).

La mayoría de las socias tienen casa propia, sea por herencia de sus padres o como parte del patrimonio familiar. Dos socias no tienen casa ni terreno alguno a su nombre o de alguno de sus hijos; esto se debe a que no son originarias de la comunidad, pero su pareja era originaria de San Andrés. Estas dos socias han construido sus casas en terrenos de la familia de su exesposo, porque en ambos casos sus parejas han emigrado hacia EUA y tienen más de cinco años que no los han visto (entrevistas y pláticas con socias, 11 de febrero de 2015).

El 43% de las integrantes del grupo viven con cinco o más personas, el 52% de las socias viven con tres y cuatro personas, mientras que una socia vive sola (es una de las mujeres de mayor edad), sus familiares viven cerca y siempre es visitada. En general, las condiciones de la vivienda han mejorado desde que la migración se convirtió en una alternativa laboral: las viviendas tienen más habitaciones para albergar a familias más numerosas. Más de la mitad de las socias tienen tres habitaciones exclusivas para dormir, su cocina es independiente y toda su casa está hecha con material de concreto. Las socias tienen agua potable gracias al sistema de San Miguel Tlazintla, integrado por ocho comunidades del Valle del Daboxtha. La casa de agua de San Miguel Tlazintla es autónoma, independiente del gobierno (*vid supra*, cap. I). En la región no hay sistema de drenaje; en su lugar usan fosas sépticas y baños secos.

La emigración es un fenómeno importante en San Andrés. En el grupo, todas las socias han tenido un emigrante en EUA. Para 2015, quince socias tenían emigrantes, aunque explican que en los últimos años irse a trabajar a EUA ya casi “no costea”:

Ya lo han intentado más de dos veces [tres esposos de las socias], sin embargo, la migra es muy dura y cuesta más el pago del pollero. Cobran entre 35,000 y 50,000 pesos, dependiendo de la región. Esta inversión no es segura ya que no siempre se logra pasar al “otro lado” y los polleros no regresan el dinero si no se pasa (socias de la Milpa Maguey, 20 de febrero de 2015).

Las remesas son importantes en la economía familiar de las hñähñús de San Andrés: se destinan a la alimentación y educación de los hijos, y también se invierten en la construcción de la casa. La frecuencia de envío oscila entre uno y dos meses y medio. Tanto la frecuencia como la cantidad de las remesas dependen del emigrante. Solo una socia recibe de su esposo cerca de \$8,000 pesos mensuales: tenía hijos estudiando en la universidad (2015). Para las socias que reciben remesas, el ingreso oscila entre \$1,500 o \$1,200 cada mes y medio, con lo cual sostienen en promedio a tres hijos en edad

escolar (primaria y secundaria). Sin embargo, por lo menos tres socias, a pesar de tener emigrantes en el norte, no reciben remesas y enfrentan los gastos familiares solas, lo que las coloca en mayor vulnerabilidad económica, moral y social.

Las Manzanas está integrada por siete mujeres cuyas edades oscilan entre los 54 y los 76 años. Son casadas o viven en unión libre; únicamente el esposo de una socia trabaja en la Ciudad de México. Solo una de las integrantes concluyó la primaria: es la encargada de registrar las ventas e insumos y ayuda a la tesorera, aunque siempre alguna hija de las socias está dispuesta a apoyar en las tareas de registro y contabilidad. A excepción de una mujer, todas tienen casa propia como parte del patrimonio familiar, aunque ninguna tiene tierras o certificados a su nombre. Todas tienen hijos mayores de edad e independientes, aunque comparten residencia. Solo una socia es responsable del cuidado de su nieta de nueve años. Los hogares de las socias tienen al menos dos habitaciones exclusivas para dormir y su cocina es independiente de la casa. Las casas son construidas con material de concreto. La comunidad tiene agua potable por mediación del comité autónomo. Cada hogar paga anualmente una cantidad cercana a los 300 pesos para renovar la tubería del sistema. El agua proviene de un manantial cercano.

Como en San Andrés Daboxtha, las remesas de los emigrantes se destinan para construir o ampliar las casas de los habitantes de Las Manzanas. Las socias conservan el fogón con el que ahorran gas y disfrutan del sabor de los alimentos, a diferencia de las de San Andrés, donde prefieren el uso de estufas de gas. Cuatro de las socias viven solo con su esposo, dos socias viven con un nieto y el esposo, y una socia vive sola.

Todas han tenido o tienen algún familiar trabajando en Estados Unidos, aunque no todos envían remesas. Para 2015, sus hijos ya tenían sus propias familias. Generalmente el envío de dinero es ocasional y representa un regalo más que un ingreso. Los envíos son más prolongados, entre tres y cuatro meses, y la cantidad es menor (no supera los 3,000 pesos); el envío se produce cuando los padres enferman o cuando deben cuidar a los nietos.

El grupo El Doní está integrado por cuatro mujeres y dos hombres, hijos de las socias fundadoras, de 37 y 44 años. Las mujeres fundadoras tienen 74, 67 y 66 años, y una socia tiene 38 años. Al igual que en Las Manzanas, en El Dexthi los lazos de parentesco son muy cercanos: todos son primos y/o sobrinas. Ninguna de las socias fundadoras tiene esposo: una es viuda, la otra se divorció hace años y una más nunca se casó. Una de ellas vive con su hijo y las otras dos viven solas, pero cerca de sus familiares (sobrinos e hijos). Los socios más jóvenes son una pareja, tienen tres hijos y un nieto; todos comparten la casa.

En este grupo, los hijos de las socias fundadoras estudiaron para maestros de primaria; uno de ellos optó por irse de emigrante, vivió en Estados Unidos más de diez años y dejó su oficio de maestro. El otro joven se sigue preparando. A excepción de la socia de mayor edad, todas saben leer y escribir; la socia en cuestión habla hñähñü y comprende español,

mientras que las otras dos hablan hñähñú y español, e incluso una de ellas sabe escribir algunas palabras del hñähñú. Todos tienen casa propia con al menos una habitación para dormir y su cocina es independiente; el material es de concreto. Desde 2013 no tienen agua por problemas con las comunidades vecinas; el consumo de agua lo solventan con la compra de pipas de agua, lo que encarece su consumo.

Las remesas en este grupo no representan una fuente de ingreso considerable, ya que solo el hijo de una socia trabaja actualmente en EUA. Sin embargo, tiene una familia que mantener y ocasionalmente envía dinero como obsequio, no como ingreso regular. Sin embargo, la experiencia de emigración al norte ha sido importante. Uno de los socios fue emigrante y gracias a su trabajo en el norte construyó su casa, mejoró la alimentación de su familia y dio educación escolarizada a sus tres hijos.

3.3. La diversidad de actividades campesinas: hombres y mujeres trabajando

A continuación se analizan las actividades socioeconómicas recopiladas en encuestas y entrevistas aplicadas de julio de 2014 a enero de 2015 a la totalidad de socias y socios de las cooperativas. El estudio examina los principales gastos monetarios promedio mensuales agrupados. En los casos de El Dexthi y Milpa Maguey es posible identificar los ingresos familiares diferenciada por género (esposa, esposo e hijos); en Las Manzanas se incorporan los ingresos aproximados de los esposos, calculados por las socias.

Una tarea más complicada es identificar las actividades no generadoras de ingresos monetarios, pero que sí implican tiempo de trabajo familiar. Estas actividades son la base de la economía doméstica y campesina: la producción de maíz, frijol, haba, forraje, avena, maguey, aguamiel, pulque, huevo y hortalizas, bienes medulares para el sustento familiar. La diversificación de actividades productivas y culturales de los hogares es atribuida a la diferencia de género; en algunos casos, el trabajo entre hombres y mujeres es complementario.

En esta sección es importante relativizar las economías campesinas domésticas, ya que las variables estudiadas están relacionadas con múltiples factores: número de integrantes de la familia, edades, ciclos de vida, etcétera, razón por la que se inició el capítulo con el análisis sociodemográfico antes que describir la economía doméstica. Esta no es una unidad que tenga vida independiente, sino que, justamente por la multiplicidad de relaciones que enfrenta, no es posible estudiarla aisladamente.

3.3.1. Gastos de las socias de la Milpa Maguey

Para las socias de la Milpa Maguey, la parcela o traspatio es central. En esta comunidad, la siembra de maíz es importante. Con ella complementan la provisión de alimentos para la familia y los pequeños rebaños de borregos y otros animales (caballos, cabras y gallinas); además, siembran frijol, avena y cebada. A diferencia de Las Manzanas y El Dexthi, en San Andrés las familias mantienen un hato de entre cinco y quince borregos como riqueza, que en tiempos de necesidad o de fiesta son vendidos.

Entre las entrevistadas de San Andrés se presenta el más alto gasto monetario promedio mensual. La mitad de las socias viven con menos de cinco personas y la otra mitad con cinco, seis o siete personas. Del tamaño de la unidad familiar dependen los gastos, así como el trabajo en la parcela y en la casa. Para una visión más específica de los gastos familiares, estos se presentan agrupados por rangos.

El primero representa los gastos promedio mensuales de más de 4,500 pesos. Los hogares están integrados por más de seis personas (Tabla 2). Los hogares representan al 21% de las socias. La cosecha de 2013 fue próspera. En promedio, estas familias sembraron cinco hectáreas y cosecharon 20 costales de maíz, solo una familia cosechó 200 cuartillos. Dicha producción alcanzó para alimentar a la familia y a los animales durante 2014 (a una familia solo le alcanzó para ocho meses, ya que tiene un hato de borregos más numeroso). Entre estas familias el mayor gasto se destina a la compra de abarrotes (28%), seguido del gasto en transporte (21%), principalmente por los hijos que estudian en Ixmiquilpan, Cardonal o Pachuca. Los gastos en colegiaturas y cooperaciones escolares también son significativos (19%). Las erogaciones que realizan para la compra de verduras y fruta representan el 28%.

Grupo de gasto de más de 4,500 pesos mensuales

Productos	Cant.	Precio (2014)	Medida/frecuencia	Total en pesos MXN	Observaciones:
Maíz	20	7	Cuartillos	140.00	Compra y tienen en milpa
Frijol	2.33	30	Cuartillos	70.00	Compra
Huevo	4	28	Kilogramo	112.00	Compra y tiene gallinas
Carne (pollo o roja)	1.33	80	Kilogramo	106.40	Pollo una vez a la semana
Verduras	4	200	Semanal	800.00	Zanahoria, papas, calabaza
Frutas	4	150	Semanal	600.00	Manzanas
Otros alimentos	2	600	Quincenal	1,400.00	Aceite, sopas, abarrotes
Escuela (colegiaturas, gastos relacionados)				970.00	Mensuales
Transporte	1	20	Bimestral	1,040.00	Muy variados
Vestido				100.00	Una vez al año
Vivienda				258.00	250 (bimestral) + 200 anual

Medicinas				300.00	Gasto promedio
Otros productos (diversión, celular)				123.33	Recarga ocasional
Gastos monetarios promedio mensual en pesos MXN				4,980.60	

Tabla 2. Fuente: Elaboración propia (datos 2014-2015).

El segundo grupo de gasto está formado por familias con gastos que van de 2,500 a 4,499 pesos (Tabla 3). Los hogares representan el 35% de las cooperativistas; en promedio, los hogares tienen cinco miembros. La mayor erogación monetaria es la compra de verduras y frutas representan un gasto de 27%, seguido del gasto en medicinas y consultas médicas, representa el 23% del total, seguido de la compra de abarrotes (16%). La compra de maíz también es relevante (14%). Las parcelas sembradas de estas familias tienen una extensión menor a dos hectáreas.

Grupo de gasto de entre 2,500 y 4,499 pesos mensuales

Productos	Cant.	Precio (2014)	Medida/frecuencia	Total en pesos MXN	Observaciones:
Maíz	28.83	14	Kilogramo	403.67	Compra, la mitad lo tiene de su milpa
Frijol	3.25	25	Cuartillos	81.25	Compra
Huevo				0	Tiene pollos
Carne (pollo o roja)	1.75	50	Kilogramo	87.50	Pollo y res
Verduras	4	100	Semanal	504.00	Lechuga y coliflor
Frutas	4	150	Semanal	533.33	La mitad no compra
Otros alimentos	4	200	Semanal	616	Leches, aceite, sopas, azúcar
Escuela (colegiaturas, gastos relacionados)				250	Solo una gasta en colegiaturas
Transporte			Quincenal	273	Un hogar no gasta
Vestido				22	Cuatro no compran y una gasta 270 pesos anual
Vivienda				193.33	800 (bimestral) + 200 agua anual
Medicinas				875	Un hogar no gasta
Otros productos (diversión, celular)				46.67	Recarga mensual
Gastos monetarios promedio mensuales en pesos MXN				3,887.75	

Tabla 3. Fuente: Elaboración propia (datos 2014-2015).

El tercer grupo está representado por las socias con gastos mensuales de entre 1,000 y 2,499 pesos (Tabla 4). En promedio, son familias con tres integrantes, aunque en una familia viven siete personas. Los gastos más representativos son la compra de medicinas (24%), el consumo de abarrotes (24%) y la compra de frutas y verduras (24%). Al transporte destinan el 10%, y el 5% a la compra de maíz para completar sus necesidades de consumo. El huevo no se compra ya que tienen gallinas; el frijol se siembra poco en la comunidad, pero si los vecinos tienen excedentes lo obsequian.

Gastos de entre 1,000 y 2,499 pesos

Productos	Cant.	Precio (2014)	Medida/frecuencia	Total en pesos MXN	Observaciones:
Maíz	16	14	Kilogramo	112.00	La mitad cosechó maíz y la otra mitad lo compró
Frijol	4	30	Kilogramo	60.00	La mitad lo consume
Huevo				0	Todas tienen gallinas
Carne (pollo o roja)	1	60	Kilogramo	60.00	Está caro; no compran seguido
Verduras	0	0	Diario	150.00	Jitomate, papa
Frutas	4	80	Semanal	373.00	Manzanas, plátanos
Otros alimentos	2	300	Quincenal	525.00	Leches, aceite, sopas, azúcar
Escuela (colegiaturas, gastos relacionados)				0	Ninguna gasta
Transporte	2	50	Quincenal	219.00	
Vestido				18.00	Solo una; las demás no gastan
Vivienda				92.00	La mitad no hace mejoras
Medicinas				519.00	La mitad no gasta en eso
Otros productos (diversión, celular)				50.00	Compra muy ocasional
Gastos monetarios promedio mensuales en pesos MXN				2,178.00	

Tabla 4. Fuente: Elaboración propia (datos 2014-2015).

El último grupo está integrado por socias que gastan menos de 1,000 pesos al mes (Tabla 5), que representan el 15% de las socias; son mujeres que viven con los nietos e hijos y entre todos se ayudan en el gasto. En este grupo el gasto más representativo es la compra de maíz para completar el consumo (34% del total del gasto), seguido de la compra de abarrotes (26%) y los gastos escolares (13%). También siembran sus parcelas, como en los demás grupos. La extensión sembrada fue menor a dos hectáreas; el maíz cosechado logró satisfacer las necesidades de la familia durante medio año; la cosecha de 2013 también fue próspera para las campesinas entrevistadas.

Gastos menores a 1,000 pesos mensuales

Productos	Cant.	Precio	Medida/ frecuencia	Total en pesos MXN	Observaciones
Maíz	25	14	Cuartillos	350.00	Para completar el consumo
Frijol	0.25	25	Cuartillos	6.50	Compra
Huevo	1	34	Kilogramo	34.00	
Carne (pollo o roja)	1	40	Kilogramo	40.00	Pollo
Verduras	1	20	Semanal	20.00	Varias
Frutas	1	30	Semanal	30.00	Varias
Otros alimentos	1	250	Semanal	250.00	Leches, aceite, sopas, azúcar
Escuela (colegiaturas, gastos relacionados)				125.00	
Transporte			Quincenal	0	
Vestido				0	No compra
Vivienda				60.00	Pago semanal de agua y luz
Medicinas				0	No se han enfermado
Otros productos (diversión, celular)				40.00	Recarga cada mes
Gastos monetarios promedio mensuales en pesos MXN				954.00	

Tabla 5. Fuente: Elaboración propia (datos 2014-2015).

En la Tabla 6 se resumen los gastos. El grupo de gasto IV, que tiene menor disponibilidad monetaria (menor a 1,000 pesos), destina una parte importante del gasto a la compra de maíz, muy por encima de los otros grupos, y disminuye considerablemente su consumo de frutas y verduras. El grupo I, con la más alta disponibilidad de gasto, es el que presenta el mayor consumo de abarrotes y transportes, mientras que los grupos II y III destinan entre el 23% y el 24% de su gasto al consumo de medicinas o consultas médicas.

En todos los grupos el consumo de carne representa una parte del gasto muy baja (menor al 4%), aun en los grupos de mayor ingreso. Casi ninguna de las socias gasta en vestido; en su mayoría son regalos de sus familiares. En ausencia de remesas o ingresos extraordinarios, no se invierte en vivienda: apenas los ingresos alcanzan para comprar lo necesario de alimentación, servicios de agua, luz, medicinas y escuela para los hijos y nietos. A continuación se muestra los bienes de consumo que son producidos en sus parcelas o traspatios.

Grupos de gasto (% del gasto monetario destinado a la compra de bienes)

Productos	I	II	III	IV
Maíz	3%	10%	5%	37%
Frijol	1%	2%	3%	1%
Huevo	2%	0%	0%	4%
Carne (pollo o roja)	2%	2%	3%	4%
Verduras	16%	13%	7%	2%
Frutas	12%	14%	17%	3%
Otros alimentos	28%	16%	24%	26%
Escuela (colegiaturas, gastos relacionados)	19%	6%	0%	13%
Transporte	21%	7%	10%	0%
Vestido	2%	0%	1%	0%
Vivienda	5%	5%	4%	6%
Medicinas	6%	23%	24%	0%
Otros productos (diversión, celular)	2%	1%	2%	4%
Total	100%	100%	100%	100%

Tabla 6. Fuente: Elaboración propia (datos 2014-2015).

En los hogares de las socias de la Milpa Maguey se combinan estrategias para diversificar su canasta de consumo: siembran sus parcelas y cuidan de los animales de traspatio; estos les proveen de huevo y carne e incluso les permiten hacer intercambio de alimentos en tiempos de necesidad y de fiesta. A pesar de la buena cosecha de 2013, aún el 61% de las mujeres tuvo que gastar en la compra de maíz, el 61% compró alguna cantidad de frijol, el 46% compró huevo, el 31% compró carne (en su mayoría de pollo), el 92% compró verduras, el 69% compró frutas, todas compraron abarrotes, el 23% gastó en escuela y el 20% se compró algo de ropa o zapatos. Todas pagaron los servicios de vivienda (agua, luz), el 64% tuvo que gastar en medicina y consultas y el 77% en la compra de tiempo aire para sus celulares (Tabla 7).

Relación de compra de productos y alimentos sembrados en la parcela

Productos que obtienen de la milpa	Origen de los bienes	% de la población que no eroga recursos monetarios	% de las mujeres que combinan recursos monetarios con lo obtenido en su milpa o traspatio
Maíz	Parcela	38%	
Frijol	Parcela	38%	
Huevo	Gallinas	69%	
Verduras	Del mercado y la milpa (temporal: quelites, nopales, verdolagas, calabazas)		100%
Frutas	Del mercado y la milpa (temporal: duraznos, tunas)		100%

Tabla 7. Fuente: Elaboración propia a partir de encuestas de ingreso y gasto (2014-2015).

3.3.2. Las fuentes de ingreso de los hogares en la Milpa Maguey

La socioeconomía de los hogares es diversa también en las fuentes de ingresos. Se identifica la aportación por sexo y rol en la familia, la frecuencia del ingreso y su certidumbre. En los hogares campesinos estudiados, la mayoría de los integrantes generan ingresos monetarios por su trabajo remunerado, la venta de los excedentes, apoyos económicos del gobierno y remesas. A pesar de la diversidad de las unidades familiares, es posible clasificarlas de acuerdo a su ingreso promedio en cuatro grupos:

- I) Con ingresos de 1,000 a 3,000 pesos mensuales.
- II) De 3,001 a 5,000 pesos mensuales.
- III) De 5,001 a 7,000 pesos.
- IV) De más de 10,000 pesos.

Los ingresos están en función del número de hijos e hijas, su edad, compromisos con la comunidad, salud y medios de producción disponibles, principalmente.

Con la finalidad de estudiar los principales ingresos, se muestran los promedios de aquellas actividades que ocurren con mayor frecuencia en todas las socias. Los ingresos que son demasiado eventuales o exclusivos de una socia son retirados del cálculo porque se interesa mostrar un panorama general; sin embargo, se describirán las actividades no frecuentes fuera de los promedios.

Procesamiento de la fibra del maguey en San Andrés Daboxtha



Foto 11. Fuente: Fotografías propias (2015).

En el grupo I (ingresos de 1,000 a 3,900 pesos) se encuentra el 43% de las socias. El número de integrantes de estos hogares varía entre dos y cuatro personas. Para estas familias, los ingresos del taller les representan el 23%: como pago a su trabajo (12%) y la venta de aguamiel al taller (11%), según se observa en la Tabla 8. Los ingresos por remesas representan el 43%, aunque no son seguros. Otros ingresos más reducidos y esporádicos, como la venta de artesanías y borregos, complementan sus ingresos.

Fuentes de ingreso por sexo: grupo I de ingresos

Persona que lo recibe o genera	Origen del ingreso	Cantidad	Porcentaje	Ocurrencia
Esposa	Taller	880.00	24%	Muy probable
	Recolección de aguamiel	420.00	12%	Probable
	60 y más (subsidijs)	575.00	15%	Seguro
Esposo	Procampo (subsidijs)	143.00	4%	Anual
Esposo migrante	Remesas	1,666.00	45%	Eventual
Total		3,684.00	100%	

Tabla 8. Fuente: Elaboración propia con datos de julio de 2014 a enero de 2015.

El ingreso de Prospera (antes Oportunidades) no se incorpora en la tabla debido a su variabilidad en cada familia, pues depende del número de hijos inscritos. Para las familias que lo reciben, aporta al ingreso familiar total entre el 5 y el 23%.

En el grupo II se consideran las familias con ingresos entre 3,901 y 5,000 pesos, que representan al 36% de las socias; los hogares están integrados por entre tres y seis miembros, incluidos niños en edad escolar (primaria y secundaria). En la Tabla 9 se observan los ingresos generados en el taller como pago a su trabajo. Estos aportan el 15% del ingreso del hogar, en tanto que la venta de aguamiel al taller representa el 15% del ingreso doméstico; en suma, el taller provee cerca del 30% del ingreso monetario disponible para este grupo de familias. La venta de los excedentes de la parcela (aguamiel) a intermediarios también forma parte del ingreso por venta de aguamiel. Los intermediarios pagan el litro de aguamiel a 1.30 pesos, mientras que el taller lo paga a 1.50 pesos.

Fuentes de ingreso por sexo: grupo II

Persona que lo recibe o genera	Origen del ingreso	Cantidad	Porcentaje	Ocurrencia
Mujer	Taller (remuneración)	740.00	15%	Muy probable
	Aguamiel (venta)	713.00	15%	Muy probable
Hijos	Prospera (subsidijs)	1,065.00	22%	Seguro
Esposo	Jornaleo	1,500.00	31%	Variable
Esposos emigrantes	Remesas	850.00	17%	Eventual
Total		4,868.00	100%	

Tabla 9. Fuente: Elaboración propia con datos de julio 2014 a enero de 2015.

Para el grupo II, el ingreso esporádico del esposo jornalero representa el 31% del ingreso disponible total del hogar. En su mayoría trabajan como albañiles y campesinos en los poblados cercanos de Capula y Tolantongo. En las familias con emigrantes, las remesas representan el 17% del ingreso total del hogar; este ingreso es aún menos frecuente que el trabajo de jornalero. El programa de Prospera provee un ingreso importante: es seguro y frecuente, y se utiliza para satisfacer las necesidades más apremiantes de consumo y educación. Todas las familias de este grupo reciben pagos de Prospera. También las actividades de bordado de ixtle, venta de lana o algunos borregos generan ingresos monetarios, pero su frecuencia es muy baja. Este último trabajo lo realizan principalmente las mujeres.

En el grupo III (ingresos de 5,000 a 7,000 pesos mensuales) se encuentran el 14% de las socias (Tabla 10). Los hogares son más numerosos, integrados por entre cinco y siete integrantes. Tienen niños en edad escolar básica. Entre estos hogares, el ingreso del taller representa el 12% por pago de trabajo y 11% por venta de aguamiel. Las socias de este grupo reciben Prospera por su cuenta, que representa el 7% del ingreso total; la venta de borregos (principalmente lana) y artesanías representa el 2%; los ingresos provenientes de las becas estudiantiles de los hijos representan el 21%; las remesas juegan un papel fundamental, aunque variable, pues gran parte del sostén económico de estas familias proviene de este rubro (46%).

Fuentes de ingreso por sexo: grupo III

Rol familiar/persona que percibe o genera el ingreso	Origen del ingreso	Cantidad	Porcentaje	Ocurrencia
Mujer	Taller	775.00	12%	Muy probable
	Prospera	490.00	7%	Seguro
	Aguamiel	700.00	11%	Muy probable
	Borregos	133.00	2%	Variable
	Artesanías	120.00	2%	Variable
Hijos	Prospera	1,375.00	21%	Seguro
Esposos/hijos	Remesas	3,000.00	46%	Muy probable
Total		6,593.00	100%	

Tabla 10. Fuente: Elaboración propia con datos de julio a enero de 2015.

En el grupo IV se encuentran las familias con ingresos de más de 10,000 pesos, que representan el 5% del total: solo una familia, que está integrada por siete personas, entre las cuales hay jóvenes universitarios (Tabla 11). El esposo tiene al menos quince años viviendo y trabajando en EUA, sin conseguir la ciudadanía norteamericana; mantiene una fuente de empleo segura.

Fuentes de ingreso por sexo: grupo IV

Sexo/rol familiar	Origen del ingreso	Cantidad	Porcentaje	Ocurrencia
Mujer	Taller	800.00	7%	Probable
	Tienda de abarrotes	2,000.00	18%	Probable
Hijo	Oportunidades	400.00	4%	Seguro
Esposo	Remesas	8,000.00	71%	Muy probable
Total		11,200.00	100%	

Tabla 11. Fuente: Elaboración propia con datos de julio a enero de 2015.

Al analizar comparativamente las fuentes de ingreso (Tabla 12), se observa que los grupos de menores ingresos (I y II) representan al 79% de las socias. El ingreso que generan en el taller (por su trabajo y la venta de aguamiel) representa el 33% de sus ingresos para las del primer grupo y 30% para las del segundo grupo. La dependencia de las remesas se acentúa para los grupos con mayor ingreso (III y IV). La importancia de los apoyos gubernamentales va creciendo en todos los grupos, a excepción del que presenta los ingresos más altos. El trabajo remunerado o jornaleo representa una menor aportación en promedio; sin embargo, en el grupo II es muy relevante.

Comparativos entre grupos de ingreso y fuentes de ingreso Milpa Maguey

Grupos de ingreso	Coop.	Aguamiel	Apoyos gob. (*)	Trabajo remunerado externo/ jornaleo	Remesas	Artesanías/ borregos	Total
I	23%	11%	19%	0%	43%	4%	100%
II	15%	15%	22%	31%	17%	0%	100%
III	12%	11%	28%	0%	46%	3%	100%
IV	7%	0%	4%	18%	71%	0%	100%
Promedios	14%	9%	18%	12%	44%	2%	100%

Tabla 12. Fuente: Elaboración propia con datos de julio 2014 a enero de 2015.

(*) Prospera, Procampo y 60 y Más.

Las mujeres obtienen ingresos de muy variadas actividades. Sin embargo, sus remuneraciones son menores, por ejemplo, en la situación de las artesanías, la venta del aguamiel y de los derivados de los borregos, mientras que las aportaciones de los esposos en promedio representan el 53%, y las de los hijos (a través de la beca de Oportunidades) el 11.75%. La aportación de los esposos proviene de las remesas y eventualmente de sus trabajos como jornaleros. De entre todas sus

fuentes de ingresos, la que consideran relativamente más segura y frecuente es la que corresponde a los programas sociales (Prospera, 60 y Más, y de apoyo para el campo), aunque su representación en el total del ingreso sea menor.

Además, es posible identificar la aportación monetaria por sexo y rol (Tabla 13) en la unidad familiar de acuerdo a los grupos de ingreso. La aportación femenina al ingreso familiar en promedio es del 34.5%; sin embargo, en el grupo de más bajos ingresos (grupo I), su aportación es más elevada que la del esposo. Conforme va aumentando el ingreso de las familias disminuye su participación porcentual. De esta forma, las economías domésticas campesinas analizadas muestran las diversas estrategias productivas que emplean sus miembros para generar sustento, en donde el trabajo en las cooperativas, como una estrategia más dentro del conjunto, logra enlazar la remuneración del trabajo y el aprovechamiento del aguamiel.

Aportación monetaria por sexo y origen del ingreso

Grupo	Rol/sexo/persona que genera o recibe el ingreso	Origen del ingreso	Porcentaje
I	Esposa	Taller, aguamiel, 60 y Más	49%
	Esposo	Procampo, remesas	47%
	Hijos	Oportunidades	4%
II	Esposa	Taller, aguamiel	30%
	Esposo	Jornaleo, remesas	48%
	Hijos	Oportunidades	22%
III	Esposa	Taller, Oportunidades, aguamiel, borregos, artesanías	34%
	Esposo	Remesas	45%
	Hijos	Oportunidades	21%
IV	Mujer	Taller, tienda de abarrotes	25%
	Esposo	Remesas	71%
	Hijos	Oportunidades	4%

Tabla 13. Fuente: Elaboración propia con datos de julio de 2014 a enero de 2015.

En los cuatro grupos de ingreso, el papel de los apoyos gubernamentales no es estandarizado ya que depende del número de hijos susceptibles de beca para el programa, principalmente Prospera. El taller es una más dentro de las estrategias de sustento y generación de ingresos de los hogares campesinos estudiados. La cooperativa representa una fuente de ingresos ya significativa para los hogares: aportó entre el 20% y el 49% de los ingresos monetarios disponibles.

3.3.3. Balance de ingresos y gastos de las socias de la Milpa Maguey Tierno de la Mujer

A pesar de la diversidad de los gastos e ingresos de los hogares, es posible identificar algunos promedios para inferir su situación económica. En promedio, las familias tienen un ingreso de 4,165 pesos mensuales, mientras que sus gastos en el mismo periodo son cercanos a los 2,980 pesos. Esto significa que hay un superávit monetario de 1,180 pesos. Sin embargo, en el análisis por caso, se observa que el 38% de las familias presentan déficit: los ingresos no les alcanzan para cubrir las necesidades más básicas. En algunas familias, el déficit alcanza el 43% de sus ingresos. Es decir, con lo que ganan apenas podrían comprar casi la mitad de lo que necesitan y no lo producen en sus parcelas. Los gastos para fiestas familiares y comunitarias, que generalmente se cubren con la venta de borregos o remesas, dependen de su rol en la fiesta. Las madrinas de la iglesia gastan entre 2,000 y 3,000 pesos para el adorno. Todos los hogares donan a las distintas reuniones (desayunos y comidas) tamales, atole, barbacoa de pollo, mole de olla y tortillas, y gastan entre 1,000 y 2,000 pesos por familia para estas actividades, además de la cooperación general que ronda entre los 250 y 500 pesos por jefe de familia.

A pesar de que los recursos monetarios sean escasos, el 100% de las socias ahorra. Han creado una caja de ahorro en la cual depositan 20 pesos cada semana; además, el 70% de ellas dice guardar un dinero para alguna emergencia: gastos médicos y educación. Además del gasto corriente para el sustento, las familias campesinas invierten para producir en la parcela: contratan el servicio de la máquina para sembrar y dicha inversión cuesta 350 pesos la hora (en 2014), lapso en el que es posible arar una hectárea. En promedio, los campesinos invierten 700 pesos anuales para esta actividad. La semilla no representa un gasto ya que conservan de las cosechas anteriores. Ocasionalmente contratan algún peón para que limpie la parcela sembrada, al cual le pagan 150 pesos el día, además del almuerzo y la comida.

3.3.4. Ingresos-gastos en la Unión de Mujeres San José de las Manzanas

Los principales gastos monetarios entre las socias de Las Manzanas son la compra de verduras, que representa el 18% del egreso, y los gastos en vivienda (que se destinan al pago de agua y luz principalmente) y constituyen el 17% (Tabla 14). La compra de frutas absorbe el 14%, seguida de la compra de maíz, con el 10%. Aunque en la tabla no se registra el gasto en medicinas, por las características de las unidades familiares, este rubro representa una preocupación constante para las socias, sea por su salud o las de sus esposos. Principalmente los gastos en salud son absorbidos por los hijos, que trabajan fuera de la comunidad (remesas); por ello no están integrados a los gastos de la unidad familiar.

Gastos promedio mensuales de las socias en Las Manzanas

Producto:	Cantidad	Unidad de medida/ frecuencia.	Precio (2014)	Importe
			pesos MXN	pesos MXN
Maíz	25	Cuartillos	8.80	220.00
Frijol	8	Kilogramo	17.00	136.00
Huevo	1	Kilogramo	30.00	30.00
Carne	2	Kilogramo	30.00	120.00
Verduras	2	Mensual	200.00	400.00
Frutas	2	Mensual	150.00	300.00
Abarrotes	4	Mensual	50.00	200.00
Escuela	0	—	0	100.00
Transporte	1	Mensual	140.00	140.00
Vestido	1	Anual	100.00	100.00
Vivienda	270 luz + 100 agua	Mensual	370.00	370.00
Medicinas			0	0.0
Otros productos: Celular, diversión	1	Tarjeta celular	50.00	100.00
Total				2,216

Tabla 14. Fuente: Elaboración propia con datos de julio de 2014 a enero de 2015.

La mayoría de las familias siembran frijol, calabazas, jitomates, verdolagas y algunas hortalizas, alimentos que complementan la canasta básica de consumo. La compra de huevo solo ocurre en extrema necesidad, cuando las gallinas se mueren o reciben a más familiares de los esperados. El consumo de carne es limitado: solo ocurre en fiestas o cuando hay visitas.

Las enfermedades son tratadas con médico particular en los casos muy graves; cuando se trata solo de un dolor, consumen los jarabes naturales que elaboran. El Centro de Salud es una opción limitada por la baja disponibilidad de medicinas.

Las serranas no mantienen un hato de borregos tan grande: lo máximo que tienen son cinco borregos. En el año 2000 tuvieron incluso ganado mayor, sin embargo, por lo caro que resulta sostenerlos y las enfermedades, se les murieron. Algunas familias siembran en promedio dos hectáreas, de las cuales destinan a la siembra de maíz y frijol media hectárea; si la cosecha se logra, esta cantidad puede alimentar a una familia de dos integrantes durante siete meses.

Parcela de orégano en la sierra hidalguense: Tlahuiltepa



Foto 12. Fuente: Fotografía propia (2014).

Las fuentes de ingresos entre los hogares de las socias (Tabla 15) se centran en la siembra, la cosecha y la venta de orégano, aunque también han sembrado duraznos, chayotes y manzanas para la venta. Han intentado de todo, dice la señora Vicenta: “Sembramos duraznos pero les llegó la plaga y ya no crecieron, y los chayotes se sembraron con la promesa de un contrato que nunca se hizo”.

En Las Manzanas ninguna de las socias conoce la cantidad de dinero que ganan sus esposos en la producción de orégano, aunque trabajan en todo el proceso (siembran, cortan, riegan, almacenan; no participan en la venta, que es exclusiva de los esposos). Aunque el orégano ya se sembraba desde hace más de veinte años, no fue sino hasta 2008 que le encontraron mercado. La siembra de orégano es la principal fuente de ingresos en la comunidad y la región. Una

familia que trabaja 5,000 matas de orégano en general realiza cuatro cortes al año. Dependiendo de la época de secas, y si el clima lo permite (no mucha lluvia ni mucha sequía), cosechan de 60 a 80 kg de orégano. El precio en la cooperativa de productores fue de 100 pesos en marzo de 2017, lo que equivale a un ingreso familiar promedio por venta de orégano de 7,000 pesos cada tres meses (Tabla 15).

Ingresos promedio mensuales de las socias de Las Manzanas

Sexo/rol familiar/ que recibe el ingreso	Origen del ingreso	Cantidad	Porcentaje	Ocurrencia
Esposa	Trabajo remunerado fuera del hogar	500.00	9%	Eventual
	Prospera	445.00	8%	Seguro
	Taller	375.00	7%	Probable
Hijos/ esposos	Remesas	2,000.00	35%	Poco frecuente
Hijos/ esposos	Producción de orégano	2,300.00	41%	Probable
Total		5,620.00	100%	

Tabla 15. Fuente: Elaboración propia con datos de julio 2014 a enero de 2015.

Los ingresos de las socias provienen de sus actividades como asistentes de salud o por la venta de alimentos; estos generan el 9% del ingreso monetario mensual. Dicha actividad es muy poco frecuente, porque los excedentes del hogar son estacionales y los mercados donde venderlos les implican un alto gasto de transporte (140 pesos hacia Ixmiquilpan). El ingreso más seguro proviene de los programas sociales (Prospera y 60 y Más), que representa el 8%. Las remesas les reportan el 35% de la disponibilidad monetaria (aunque es poco frecuente), mientras que los ingresos del taller aportan el 7% del ingreso familiar. La venta de orégano le provee a la familia el 41% del ingreso. La producción y venta de pan es otra actividad económica de las socias, que les permite mayor consumo, aunque reporta baja o nula ganancia monetaria.

3.3.5. Balance ingreso-gasto en la Unión de Mujeres San José de las Manzanas

Las socias tienen un ingreso promedio mensual de 5,620 pesos y gastos de 2,216 pesos. Presentan un superávit monetario de 3,404 pesos. Sin embargo, en este grupo muy pocas socias ahorran: dos de seis. En el estudio se incorporaron los gastos más apremiantes; sin embargo, las familias tienen gastos que consideran extraordinarios, cada vez más frecuentes y elevados, como la educación para sus hijos y los gastos médicos, que incluyen las enfermedades más frecuentes (como

gripa o tos) y las graves (presión arterial, colesterol y diabetes), que les demandan tratamientos caros y urgentes. En su mayoría, los padecimientos son tratados con médicos particulares. Estos factores hacen más vulnerable a la economía doméstica campesina.

En el estudio de los ingresos y los gastos no se incorporan las erogaciones de las socias para la fiesta patronal (cada familia aporta 250 pesos para la reunión comunitaria y celebran a San José). En la comunidad no se contratan jornaleros para la siembra de sus parcelas. Este trabajo en la unidad doméstica se solventa con los miembros del hogar.

3.3.6. Ingresos-gastos de El Doní

En este grupo, al igual que en Las Manzanas, debido a la cantidad de socias y a la relativa similitud entre sus características sociodemográficas, la información es agrupada. Las y los integrantes tienen en su mayoría más de 50 años; hay también una pareja de esposos cuyas edades son de 44 y 38 años, y un joven de 37 años. Las mujeres son jefas de familia y la pareja comparte responsabilidades en el gasto familiar. Las mujeres de mayor edad (66, 67 y 74) no tienen hijos pequeños, aunque cuidan a sus nietos.

En El Dexthi, San Juanico, ocasionalmente se siembra maíz. La mayoría de las familias se dedican a la lechuguilla: se vende en greña (a granel) y se procesa por su fibra en tres talleres dentro de la comunidad. Las socias y los socios tienen múltiples actividades además del trabajo en el taller: siembran lechuguilla, trabajan como jornaleros fuera de la comunidad y venden diversos productos (artesanías, champús, pomadas, etcétera). La manutención de animales de traspatio se limita a pocos borregos (máximo cinco) en el caso de una socia, y gallinas para las demás. No mantienen demasiados borregos por el gasto en pastura que representan.

Para este grupo, el mayor gasto (Tabla 16) se destina a la compra de abarrotes (23%), seguido del gasto en verduras (20%) y en medicinas (12%). Destinan a la compra de maíz el 8% de su gasto total y el 7% a la compra de carne (la consumen una vez al mes y prefieren el consumo de carne blanca). Las medicinas son un gasto importante sobre todo porque la enfermedad nunca es prevenida.

Gastos mensuales de las socias y los socios de El Doní

Producto:	Cant.	Unidad de medida/ frecuencia	Precio (2014) en pesos MXN	Importe (promedio mensual) en pesos MXN
Maíz	27.67	Cuartillos	8	214.17
Frijol	3.33	Kilogramos	35	116.67
Huevo	1.33	Kilogramos	35	46.67
Carne	2	Kilogramos	103.33	206.67
Verduras	4	Compra semanal	143	573.33
Frutas	4	Compra semanal	67	266.67
Abarrotes	3.33	Compra semanal		640
Escuela	1.33	Anual		97.22
Transporte	9.67	Viajes	16	148
Vestido	0			0
Vivienda	0.33	Mensual		136.67
Medicinas	0	Mensual		333.33
Otros productos: Celular, diversión	0	Celular tarjeta	1	33.33
Total				2,812.72

Tabla 16. Fuente: Elaboración propia con datos de julio de 2014 a enero de 2015.

En la región se practica recurrentemente la recolección de flores de sábila, maguey, tunas y xoconostles, que complementan y diversifican la alimentación familiar. El huevo lo proveen las gallinas de sus hogares. Estas familias destinan el 9% del gasto a la compra de fruta. En la parcela familiar, hombres y mujeres trabajan colectivamente en la siembra y el corte de lechuguilla. Sin embargo, las mujeres diversifican más sus actividades generadoras de ingreso: venden champús (actividad que aporta el 20% del ingreso disponible del hogar), tienen acceso a Prospera (10%) y trabajan en la parcela. En general, aportan el 55% de los ingresos totales, mientras que los hombres contribuyen con el 45% del ingreso monetario mensual.

Por el lado de los ingresos, los más estables son los subsidios gubernamentales (Tabla 17). Además, se ayudan de las despensas que el gobierno estatal provee. La mayor aportación se encuentra en el corte de lechuguilla, que representa el 49% del ingreso. También se contratan como jornaleros principalmente los hombres, lo que representa una fuente de empleo eventual que aporta el 22% de los ingresos.

Ingresos monetarios promedio de las socias y los socios de El Doní

Sexo/rol familiar que recibe o genera el ingreso	Origen	Promedio de ingreso mensual (MXN)	Ingresos por género	% de aportación por sexo	Frecuencia del ingreso
Mujeres	Venta producto	741.67	2,064.17	55%	Eventual
Mujeres	Prospera	400.00			Seguro
Mujeres/ hombres	Trabajo con recursos de la comunidad	1,845.00	1,722.5	45%	Eventual
Hombres	Jornaleo	800.00			Eventual
Total		3,786.67			

Tabla 17. Fuente: Elaboración propia con información de julio de 2014 a enero de 2015.

En esta familia las remesas no son una fuente de ingreso, sin embargo, la mayoría de las socias en algún momento han dependido de ellas y en la comunidad es una actividad muy recurrente. La emigración hacia EUA se ha dificultado por los controles migratorios y lo caro que resulta para los campesinos. Otra alternativa es el trabajo nacional; en esta comunidad emigran principalmente a la ciudad de Querétaro.

3.3.7. Balance ingreso-gasto en El Doní

En El Doní se observa un ingreso promedio mensual de 3,786.66 pesos y una canasta básica de consumo de 2,812.72 pesos, lo que representa un superávit monetario de 973.94 pesos. Como en las otras comunidades, en los gastos de la canasta básica no se incorporan las aportaciones que las familias hacen a la comunidad, principalmente para la fiesta patronal (anual). Este gasto oscila entre los 250 y los 500 pesos por familia. Como en Las Manzanas, en El Dexthi el trabajo de la milpa se realiza con el apoyo de la familia y no se contratan servicios de jornaleros ni pago de maquinaria.

Las socias tienen otros gastos, como la educación de los hijos, que les demandan erogaciones extraordinarias. Incluso algunos de sus hijos no concluyeron su formación escolarizada en parte por ausencia de ingresos. A pesar de que todas tienen acceso al Seguro Popular, este no cubre sus necesidades (una de ellas tiene diabetes y presión arterial). En esta familia no ahorran: explican que apenas alcanzan a costear sus necesidades más apremiantes.

El peso de las decisiones de gasto en los hogares no solo depende de las fuentes de ingreso de las socias y sus familiares, sino también de los compromisos comunitarios asumidos por las socias desde sus deseos e intereses. Por ese motivo se analizan las actividades que no generan ingresos, pero sí toman tiempo para las socias. Dichas actividades las colocan como agentes activos de sus hogares y comunidades.

3.4. De la participación de las mujeres en actividades que les interesan y les preocupan

Las socias que integran los grupos tienen una vida comunitaria y familiar activa, desde las actividades de sustento más importantes, como elaboración de alimentos, mantenimiento de sus traspatios y hogares, cuidado de hijas, hijos, nietos, etcétera., hasta la organización de celebraciones religiosas, como las fiestas patronales, organización de los rosarios y catecismos, y su rol en actividades comunitarias, como las faenas mensuales o su participación en los comités de padres de familia y comités del agua.

Aquí se analizan los roles que ocupan las socias, desde lo religioso y cultural en sus comunidades. La voluntad ha jugado un papel muy importante al interior de los grupos. Las socias dan cuenta de ello en diversas entrevistas y charlas, y por ello se coloca a la voluntad como una base sobre la que se caracteriza a las socias. Dicha voluntad se mezcla con las personalidades individuales y los contextos comunitarios. El objetivo es mostrar a las actoras no determinadas por estructura, condición socioeconómica, étnica o de género; desde luego, su desarrollo tampoco depende exclusivamente de su voluntad. Se analizan los procesos desarrollados en su contexto para sobreponerse a él y a sus configuraciones sociales.

3.4.1. En la Milpa Maguey

En San Andrés Daboxtha, las socias de la Milpa Maguey participan de la religión católica y de sus fiestas. La más grande de ellas es el 30 de noviembre, día de San Andrés. La fiesta dura al menos cuatro días y es organizada con un año de anticipación por el comité de fiesta, que es electo en asamblea comunitaria (*vid supra*, cap. I). Al menos cinco de las 21 socias del colectivo han sido mayordomas de la fiesta, y participan con toda la familia. Ser mayordoma es una tarea grande, explica una socia que fue mayordoma en 2014:

Yo con mi esposo fuimos mayordomos. Tenemos que organizar el arreglo de la iglesia. Es un gasto fuerte, asistimos a pláticas una vez al mes con el padre y debemos llegar antes a la misa. En el pueblo la misa se hace un sábado al mes. Somos varias familias que nos encargamos del comité de la iglesia. Es tiempo y dinero el que uno da a la fiesta, pero para nosotros es un orgullo, lo hacemos con mucho gusto. Es un honor, debemos hacer las cosas bien por nuestro Santo y nuestro pueblo (entrevista a socia, 5 de diciembre de 2014, Ixmiquilpan, Hidalgo).

Otra socia expresa su experiencia como mayordoma de la fiesta grande:

Mi esposo y yo fuimos mayordomos. Nos tocó el arreglo de la iglesia y apoyar al padre cada que hay misa. No es solo apoyar a la misa: uno tiene un compromiso con la comunidad y la iglesia. Uno debe tener buen comportamiento, es una responsabilidad grande y es un orgullo para la familia. Para mí fue toda la tarea en San Andrés, pero la hice con gusto porque mi esposo trabaja en Estados Unidos. Él siempre cumple sus compromisos y mandó el dinero necesario; también hizo un esfuerzo por venir a San Andrés y participar en la feria. Estuvimos muy contentos con toda la familia (entrevista a profundidad, 10 octubre de 2012, San Andrés Daboxtha).

Ser mayordomo y mayordoma es una responsabilidad económica y moral importante para la comunidad. Es una tarea compartida entre la familia, aunque las mujeres con esposos emigrantes se encargan de la mayor parte de las tareas. Destinan algunos fines de semanas al mes, participan en la misa y dan pláticas a los padres de los niños de la primera comunión y a las parejas casaderas. Su cargo es honorario por un año.

La gente planea con anticipación su participación en las fiestas, y organiza su tiempo y dinero para cumplir adecuadamente con ella. Es importante el ejemplo de convivencia de las familias mayordomas. Las madrinas y padrinos de los santos visitan a San Andrés el 30 de noviembre; son recibidos con flores y cantos. Durante la ceremonia se realizan bendiciones y una peregrinación a lo largo de las cuatro manzanas que componen el pueblo. Todas las integrantes del grupo han participado de esta tarea a lo largo de su vida; así como ser mayordoma, ser madrina de los santos es también un privilegio. A diferencia de la tarea de mayordoma, la madrina recibe al santo con flores y canticos solo una vez al año.

Otra de las funciones relevantes de la vida religiosa de San Andrés es la enseñanza de los valores católicos a la niñez. La encargada de esta función ha sido una socia fundadora. Ella es la catequista de comunidad. Ha cumplido con su función los últimos veinte años de su vida casi todos los fines de semana y la hace con gusto. Explica:

He sido la catequista muchos años. Durante todos los años trabajo con los niños los fines de semana. Nunca he fallado. Solo cuando nos fuimos a Italia por lo del grupo; ahí pedí permiso a la iglesia, pero no hay fin de semana que falte. En el catecismo enseñé la religión católica a los niños, cómo debemos de respetar a la iglesia, a nuestra familia y a nuestros hermanos. La base de todo es el respeto, los sacramentos y las reglas que llevamos en la iglesia y en la familia. En el grupo de la iglesia también nos reunimos con las hermanas [monjas] que nos visitan una vez al mes. Con ellas tenemos pláticas y algunas veces trabajamos para hacer conservas como chiles o dulces; a mí me gusta participar en la educación de los niños y enseñarles cómo hay que vivir como buen católico (entrevista a profundidad, 11 de febrero de 2015).

Otras fiestas importantes en la comunidad son la de la Candelaria, la que se hace en honor a San Isidro Labrador, otra a la Guadalupana y las posadas. En ellas, la participación femenina es importante: son madrinas de los santos y elaboran los alimentos para compartir en la comunidad. La cooperativa Milpa Maguey participa en las fiestas como grupo en las posadas, recibe a los peregrinos y comparten los rezos, los alimentos y la alegría con su pueblo.

Las socias tienen una vida comunitaria activa desde su representación como jefas de familia, ciudadanas, esposas o madres. En la cooperativa, todas se autodenominan jefas de familia, ya que también contribuyen al gasto familiar, aunque solo cuatro son ciudadanas o jefas de casa y representan a sus familias en las asambleas. A las viudas ya no les corresponde hacer faena porque son mayores de 60 años; las demás son acompañantes de sus maridos o de sus hijos mayores de edad, que son representantes de la familia en la asamblea.

A las madres o abuelas cuidadoras de sus hijos o nietos en edad del preescolar, en la primaria o la secundaria les corresponde integrar los comités de padres de familia. Limpian y pintan los planteles una vez al mes y preparan los desayunos para los estudiantes al menos un día a la semana. En la cooperativa, cinco mujeres tienen hijos menores de edad, ocho mujeres cuidan a sus nietos y, a pesar de su edad, participan en las tareas organizadas por el comité de padres.

En las tareas comunitarias, el liderazgo de una socia ha sido central. Ella representó a su hijo en un cargo en el comité de agua de San Miguel Tlazintla y fue la representante del pueblo de San Andrés en los trabajos del mantenimiento de la línea. Las socias consideran que en la asamblea las mujeres desempeñan un papel importante y su participación ha ido en aumento. Están en los comités de salud, escolares, del agua y para la fiesta, aunque hasta el momento ninguna ha sido delegada. Una socia fundadora expresó:

No ha habido mujer delegada. Yo, por ejemplo, aunque quiera, no sé leer ni hablar español muy bien. Además de que no tengo tiempo porque tengo muchas actividades. Pero pienso que las mujeres más jóvenes ya tienen la preparación y podrían participar (entrevista a profundidad, 30 de junio de 2012).

Las pláticas de los programas Prospera y 60 y Más son muy importantes. Dichos apoyos les demandan acudir a revisiones periódicas en el Centro de Salud y cumplir con ciertas tareas. Las reuniones son bimestrales; cumplir con ellas es prioritario, pues de estas dependen los pocos ingresos frecuentes y seguros disponibles para el hogar.

Además de las tareas cotidianas, las socias de Milpa Maguey han reflexionado sobre su rol de mujeres en su comunidad y expresan lo que les gusta y lo que no. Lo que les gusta es: “convivir y bailar, compartir con la familia, ser mamá, bordar,

cocinar y trabajar en el campo. Dar vida, producir miel en el taller, tener el cabello largo, cocinar, ir al campo, la faena” (minuta de la reunión de los tres grupos, 7 de septiembre de 2012). Mientras que lo que no les gusta es de ser mujer es:

Lavar, guisar, el trato que le dan, porque la hacen menos. Que los hombres les digan cosas en la calle, lavar, tener problemas en la casa y en la comunidad. Hacer tortillas, cuando ve la cantidad de maíz molido que tiene que usar para hacer las tortillas se molesta. Que los hombres las señalen como incapaces para tener hijos, cuando la determinación del sexo la aportan los cromosomas que posee el espermatozoide. Antes los hombres decían “tú no sirves para tener hijos varones”. Que no nos merezcamos la misma alegría cuando nacemos que la que les proporciona el nacimiento de un hombre (FDG, 7 de septiembre de 2012, San Andrés Daboxtha, Cardonal, Hidalgo).

Al interior del grupo, algunas socias cuestionan algunos roles tradicionalmente asignados a ellas. Dos socias fundadoras que decidieron convertirse en jefas de familia, aun cuando esta decisión en la comunidad no era bien vista, narraron su experiencia. La primera expresa:

Yo me siento como si estuviera divorciada. Tomé la decisión de asumir la educación de mis hijos sin la intervención de mi pareja porque me di cuenta de que el padre educaba con la violencia y decidí que sería la única responsable. Eso lo comuniqué a mis hijos. En cuanto al papel que he desarrollado como representante de la comunidad, trabajé hombro a hombro con los hombres allá en el cerro. Cuando se acercó la hora de la comida, me pidieron que calentara las tortillas y les tuve que decir a los hombres líderes de sus comunidades “yo no vine a calentar sus tortillas, vine a hacer el trabajo”. Entonces algunos señores se dieron cuenta de que había superado esas costumbres y me tuvieron respeto (entrevista a profundidad, 7 de septiembre de 2012).

En tanto, la señora H asumió la defensa de su tierra en un juicio civil, ya que al separarse de su exesposo se quedó con la responsabilidad de sostener a sus cuatro hijos. Fue de las primeras en demandar tierra, tuvo que ser ciudadana y cumplir con las faenas hasta que uno de sus hijos fuera mayor de edad. A pesar de la adversidad, expresa:

Yo logré sacar adelante a todos mis hijos con mi trabajo en el campo y con mi tierra. Nunca me fui al norte, aunque todos mis hermanos y hermanas estaban allá y me decían que había espacio para mí. Yo me quedé aquí porque me gusta más estar en mi propia casa. Tuve y tengo necesidad, pero prefiero vivir con lo que tengo en San Andrés; aquí tengo mi negrito [se refiere a su miel de maguey] (entrevista a profundidad, 12 de abril de 2015, San Andrés Daboxtha, Cardonal, Hidalgo).

Los testimonios no se generalizan. Sin embargo, aun en la diferencia de contextos familiares y personales, la totalidad de las socias destacan su trabajo en la cooperativa porque es un apoyo económico, aprovechan el maguey, hay espacios de convivencia y aprenden de otras cosas, aspectos que han sido muy importantes para mantenerse unidas y que además les permiten desarrollar nuevas habilidades: “Hay confianza y eso hace que se encuentre uno en el taller. Aquí es donde platicamos de problemas y ahí sí hemos tenido mucha ganancia porque podemos salir de casa y platicar. Encontrar una salida a un problema familiar, aunque sea de olvido” (FDG, 2014).

He aquí otro ejemplo de lo que han logrado en el taller, de un cambio en su manera de ver los problemas:

Hace falta trabajar más, aprender a convivir. A veces se desahoga uno en el grupo y se aprende a resolver problemas de la vida diaria. Siempre hay que sonreírle a la compañera; ya después de tantos años que hemos trabajado, nosotras somos familia. Puede ser que tomemos en cuenta la idea de una compañera, que nos dé un consejo si tenemos un problema en la familia. La vida sigue y nosotras, en el grupo, nos hemos enfrentado a problemas, pero debemos saber salir adelante. Hay que aprender de las compañeras. Puede ser que haya algo en la vida de [nombre de socia] que yo pueda aprender para resolver un problema. Darse cuenta de su calidad como mujer y aprender, como que darse cuenta de que sus formas de vida y de solucionar problemas son muy valiosas. La ganancia es convivir con las compañeras, además de ganar un dinero. En la casa nada más da sueño. Nos reímos, contamos las penas, nos ayudamos (fragmentos tomados de la minuta del FDG, 7 de agosto de 2013, San Andrés Daboxtha, Cardonal, Hidalgo).

Durante la convivencia en el taller, las socias han fortalecido su autoestima individual y colectiva. En el espacio colectivo se comparte y valoran las decisiones personales. Finalmente, las socias aprenden mutuamente de sus experiencias. El fortalecimiento de la autoestima individual y colectiva sustentada en un trabajo remunerado y autoorganizado es un elemento central para la continuidad de los colectivos.

3.4.2. En Las Manzanas

En Las Manzanas, las socias tienen una intensa vida familiar y comunitaria. Dadas las condiciones geográficas del lugar, las reuniones son menos frecuentes que en los otros grupos. Por lo general, las mujeres se encuentran en los rezos que se realizan en la iglesia al menos una vez a la semana y son coordinados por dos mujeres de la comunidad. Una de ellas es socia fundadora del grupo, también es ayudante de la enfermera y asiste al sacerdote los domingos, cuando oficia misa. La iglesia es un buen lugar para encontrarse con los amigos y las amigas (FDG, 29 de mayo de 2015).

En ausencia del sacerdote, una de las socias fundadoras organiza la mayor parte de las festividades religiosas, mientras que otra señora es la catequista. El catecismo se prolonga durante un año; todos los domingos los niños asisten. En la comunidad no hay presencia de otras religiones: todos profesan la religión católica, aunque en el poblado más cercano, El Roble, la mitad de sus habitantes son cristianos y la otra mitad católicos. Los lazos de parentesco entre El Roble y la comunidad de Las Manzanas son muy cercanos y, sin importar las diferencias religiosas, la vida festiva y comunitaria se organiza pacíficamente.

La fiesta patronal de la comunidad se celebra el 19 de marzo (*vid supra*, cap. I) y los ciudadanos cooperan con 250 pesos. Aunque no hay mayordomos como en San Andrés, en Las Manzanas se elige un comité que organiza la fiesta, electo en asamblea comunitaria con un año de anticipación. Sus funciones son recolectar las cooperaciones, organizar las faenas de la iglesia para mantenerla limpia y diseñar la logística de la fiesta y los gastos que esta genera. Hombres y mujeres participan de la fiesta, sin embargo, las tareas son diferentes. Las mujeres se encargan de preparar las tortillas, los tamales, el atole y en general los alimentos, y aunque los hombres también elaboran alimentos (barbacoa, carne de puerco), las socias consideran que las tareas masculinas concluyen cuando se termina de cocinar, mientras que las mujeres, además de preparar los alimentos, se encargan de la limpieza y de organización de la comida.

En Las Manzanas celebran comunitariamente las fiestas de la Candelaria, la Nochebuena, el Año Nuevo, las posadas a partir del 16 de diciembre y la fiesta de la Virgen de Guadalupe; además, durante los meses de abril, mayo y junio tienen diversos novenarios para su fiesta patronal (San José de las Manzanas) y el de la Virgen María. Las socias del grupo son las más activas en la participación de los rosarios. Narró una socia fundadora:

Cuando tocan la campana ya empezamos a alistarnos, por ejemplo, ahora que estamos aquí en el taller quién sabe cuántas vayan al rosario, porque casi siempre somos nosotras las que más participamos. María [nieta de una socia] siempre va, ya sabe llevar el rosario (entrevista a profundidad, agosto de 2012).

Aunque las fiestas familiares no sean propiamente comunitarias, los pobladores contribuyen y asisten. Su ayuda va desde preparar los alimentos hasta donar tortillas y animales. Las tareas comunitarias se realizan al menos una vez al mes. Ese día la gente se encarga de limpiar las áreas comunes y el camino, recoger la basura, cortar la hierba, arreglar la cancha y lavar los baños y la casa de salud; todos participan y no es necesaria la convocatoria del delegado. Las tareas comunitarias se realizan por igual entre hombres y mujeres, que participan de ellas como representantes de sus familias.

La participación femenina en cargos de delegadas no se ha observado. Sin embargo, una de las socias fundadoras de la cooperativa ha sido la quinta regidora del municipio de Tlahuiltepa, por el PRI, en el periodo de 2006 a 2009. Ella explicó:

Yo he sido electa porque siempre ando por todas partes. Ya que busco un apoyo para los abuelitos, ya que busco algo para los niños, para las madres. Creo que por eso me eligieron para ser regidora, y aunque tuve un salario, también trabajé en el comité de protección civil. Había veces que me iba lejos a ver qué pasaba con los huracanes, otras veces fui a ver un deslave y a decidir cómo se podía ayudar a la gente. Cuando me tocaban las reuniones del cabildo, salía desde las 4:00 de la mañana porque me iba caminando a tomar un carro y de ahí cerca de ocho horas hasta llegar a la cabecera municipal. No era mucho lo que me pagaban pero sí me gustaba participar y hablar directamente con el presidente municipal (entrevista a profundidad, 25 de julio de 2012, Las Manzanas, Tlahuiltepa, Hidalgo).

A pesar de que la socia ha ocupado un cargo a nivel municipal, las demás socias y algunas de sus hijas explicaron en entrevistas que este tipo de tareas les demandan conocimientos y prácticas que no tienen, así como disponibilidad de tiempo, el cual es muy limitado, ya que sus actividades domésticas diarias son extenuantes.

Para algunas de las mujeres en Las Manzanas, el desarrollo familiar es posible. En primero lugar, a partir de la armonía que exista en la pareja; en segundo lugar, consideran necesario mantener ingresos suficientes; en tercer lugar, tener servicios de agua, luz, salud y drenaje adecuados en sus hogares. En tanto, entre las mujeres del Alto Mezquital (San Andrés Daboxtha y El Dexthi) lo más importante en el desarrollo familiar es la educación y la capacitación, sin importar la edad; en segundo lugar, los servicios. En cuanto a su desarrollo personal las socias de todos los grupos expresaron que lo más importante es mantener un trabajo que les genere ingresos, y que estos se mantengan y crezcan. Las socias de Las Manzanas consideran que el taller es un lugar en el que se genera un trabajo que se paga y es propio porque se organizan de acuerdo a sus necesidades y deseos. Sin embargo, expresan que es necesario que se dinamice su comercialización para obtener un poco más de ingresos.

En la vida familiar sus actividades diarias implican el trabajo doméstico, el quehacer en la milpa y el cuidado de esposos y nietos, así como el de sus animales de traspatio. Un tema que les preocupa recurrentemente es su propia salud, y la de sus esposos y nietos. Dos de las socias tienen enfermedades vinculadas a los efectos nocivos del uso del fogón, mientras que las enfermedades de los esposos son principalmente diabetes y alcoholismo.

3.4.3. En el grupo El Doní

En El Doní, las mujeres de mayor edad han sido jefas de familia y han participado de la vida comunitaria de muy diversas formas. Una de ellas ha sido catequista durante los últimos diecinueve años de su vida; enseña a los niños en hñähñú tanto el catecismo como en el coro de la iglesia. Se divorció de su esposo porque peleaba con su hijo; esto ocurrió en 1996. A partir de ese momento tuvo que ser padre y madre de sus hijos; participó en la comunidad, pero sobre todo en la iglesia.

[En] Lo que más empeño pongo y lo que más me interesa es ver que los hijos salgan adelante: orientar como madre. Me gusta convivir con los hijos, con los jóvenes. Sí, de algo sirve la educación que doy a los jóvenes y niños en mi comunidad. Por eso he sido catequista y mi papel es educar, primero en la casa y luego fuera. en la comunidad. Yo sonrío a la vida, me gusta saludar a todos en la calle, hacer bromas. Soy alegre (entrevista a profundidad, 21 de junio y 23 de agosto de 2013).

En El Dexthi, la fiesta patronal se organiza desde la asamblea comunitaria con un año de anticipación. Se festeja la fiesta de la Lechuguilla en honor a la Virgen de la Inmaculada Concepción del 6 al 9 de diciembre. Las tareas vinculadas con la fiesta son organizadas por los mayordomos y los delegados en turno. En esta comunidad del Alto Mezquitil la presencia de otras religiones, protestantes, aun cuando va en aumento, no ha interferido con la cohesión comunitaria ni con las celebraciones católicas.

Uno de los socios del grupo fue delegado suplente durante 2014. A las socias del grupo no les interesa ser delegadas o tener un puesto comunitario, por la responsabilidad que representa. La mayor parte de las mujeres del grupo se vinculan con las actividades que promueve la Iglesia católica en la región. También algunas monjas de Cardonal e Ixmiquilpan trabajan con las mujeres en actividades vinculadas a la conservación de alimentos y al uso de plantas medicinales.

3.5. De los ingresos y los gastos en los hogares de los grupos

En este acercamiento a la economía doméstica campesina, principalmente desde la visión femenina, son analizadas las actividades remuneradas y las no remuneradas que sustentan a los hogares. Incorporar el estudio de ingreso y gasto con variables sociodemográficas y de participación por género nos permite tener una visión contextualizada que dimensiona el papel de lo que generan las mujeres en los talleres, ya que, por pequeños que parezcan los pagos a sus trabajos, en un contexto de ausencia de trabajos remunerados (y emigración) mantener una fuente de trabajo basada en la autoorganización que compense frecuentemente el trabajo y permita usar el excedente local como insumo principal es considerado una estrategia importante para las mujeres socias y sus familias. Narra una socia: “si no ganáramos en el taller ya no estaríamos aquí” (socia de Milpa Maguey, septiembre de 2015).

Se observa una mayor diversidad de trabajos entre las mujeres del Alto Mezquital, que mantienen una mayor diversidad: elaboran artesanías de ixtle y venden derivados de los borregos (lana, carne), aguamiel, pulque, fibra de lechuguilla y plantas de sábila, además de los productos que elaboran en los talleres. Por su parte, entre las serranas las actividades que les reportan ingresos monetarios se centran en la venta de sus productos naturales y en la comercialización de pan. Entre las actividades no remuneradas se cuentan el cuidado, cocinar, limpiar y la provisión de alimentos a partir de la recolección.

Las hñähñús mantienen un control más directo sobre las remuneraciones de algunos integrantes de sus familias: el esposo o los hijos jornaleros y emigrantes (Tabla 18). En tanto, el flujo de información entre las mujeres serranas y sus esposos es menos directo. En la Tabla 18 se presentan los porcentajes promedio de ingresos. En promedio, los ingresos del taller les reportan el 15% del total. Esta fuente de ingreso depende de las ventas; en promedio, cada dos meses se reparten estos ingresos.

Fuentes de ingresos monetarios por grupo

Grupo/fuentes de ingreso	Milpa Maguey	El Doní	Las Manzanas	Promedios generales
Taller	14%	20%	7%	14%
Productos de su milpa (excedentes)	10%	49%	41%	33%
Trabajo remunerado	12%	21%	9%	14%
Remesas	44%	0%	35%	26%
Artesanías, borregos	2%	0%	0%	1%
Subsidios gubernamentales	18%	11%	8%	12%
Total	100%	100%	100%	100%

Tabla 18. Fuente: Elaboración propia con datos de julio de 2014 a enero de 2015.

La venta de los productos de la milpa (aguamiel, plantas, orégano) representa un 33% del ingreso total disponible del hogar, mientras que el trabajo remunerado un 14%. Las remesas les aportan en promedio el 14%, mientras que los subsidios gubernamentales representan el 12% (es un ingreso bajo, pero seguro y frecuente).

Por el lado del gasto (Tabla 19), se observa que en todos los grupos el consumo de carne (roja y blanca) es limitado; sin embargo, las mujeres cuidan la compra de frutas y verduras. En los tres grupos resultó ser el gasto más relevante: representa el 28% del gasto total.

Ingreso-gasto (promedios mensuales) por grupo

Grupo	Ingreso	Gasto	Superávit monetario
Milpa Maguey Tierno de la Mujer	4,165	2,980	1,185
Unión de Mujeres San José de las Manzanas	3,320	2,116	1,204
El Doní	3,786.66	2,812.72	973.94

Tabla 19. Fuente: Elaboración propia con datos de julio de 2014 a enero de 2015.

La relación ingreso-gasto es positiva en promedio en todos los grupos. Sin embargo, existen déficits en el 40% de las familias encuestadas. La fragilidad de los trabajos remunerados pone en peligro su reducida estabilidad. Un gasto que eleva la vulnerabilidad es la enfermedad, ya que se ha incrementado la presencia de enfermedades crónicas degenerativas, como la diabetes y el cáncer, que provocan erogaciones monetarias mayores para la consulta, los medicamentos y los tratamientos. Las clínicas públicas no tienen medicamentos ni responden a la urgencia que viven las familias campesinas. Los gastos por fiestas familiares y comunitarias entre la mayoría de las socias son solventados con anterioridad gracias a las remesas, a la venta de animales y a los ahorros.

Desde las actividades sociales y comunitarias, las mujeres socias de los grupos están vinculadas con actividades religiosas: han provisto la educación moral a través del catecismo, expandiendo más allá de sus hogares sus actividades de cuidado. Estas funciones también dependen del ciclo de vida de las mujeres, ya que cuando tenían hijos pequeños no las podían realizar. Estas prácticas dan cuenta de la complejidad de actividades que las mujeres emprenden en el ámbito rural y comunitario: desde la provisión de alimentos hasta la formación comunitaria de valores pasan por su dominio. Estas actividades forman parte de las responsabilidades asumidas como madres, que al mismo tiempo les ha permitido aprender nuevas formas organizativas con las cuales han accedido a más recursos y a la toma de decisiones desde la arena de sus hogares, al interior de las cooperativas y en sus respectivas comunidades.

CAPÍTULO IV

Los procesos productivos

Introducción

Los procesos de producción de las cooperativas son acciones colectivas encaminadas a la formación de organizaciones cuyas prácticas están delimitadas por el acceso de las socias a recursos naturales locales y a la cultura campesina situada. Los repertorios culturales y el sistema sexo/género, si bien condicionan las prácticas de las socias,⁽⁴⁾ no determinan el actuar de estas. Las socias de las cooperativas han ganado agencia y han desarrollado habilidades organizativas y productivas con las que definen nuevas formas de ser, a la vez que enfrentan retos colectivos de largo plazo. En este capítulo se analiza la producción en las cooperativas a partir de tres ejes: género, cultura campesina y recursos naturales, entrelazados en procesos contradictorios o ambivalentes que, a su vez, contribuyen en la construcción de la subjetividad de las socias frente al manejo de recursos naturales y sus procesos productivos.

Para la producción, en las tres cooperativas las socias han luchado por acceder a recursos naturales, en un marco en el que la propiedad de la tierra y la apropiación del excedente es limitada para ellas por el conjunto de relaciones sociales y de poder en las que se ven inmersas en dos arenas: los hogares y la comunidad. Además, las cooperativas han emprendido acciones colectivas sustentadas en sus prácticas campesinas situadas, como en el manejo de maguey, lechuguilla o plantas medicinales. Para su organización han tomado elementos de sistemas informales, adicionales a los sistemas formales de reglas y representación con los que delimitan su convivencia al interior de los colectivos. Así, las prácticas, que son la base de los procesos de producción, parten de la cultura campesina situada y del sistema de conocimientos campesinos y los procesos de género y de organización en los que se ven involucradas.

Socia de la Milpa Maguey en un maguey xamoni



Foto 13. Fuente: Fotografía propia, julio de 2008.

Con la finalidad de analizar los procesos de interacción entre los recursos naturales, el género, la cultura campesina situada y los procesos de organización productiva, se utilizan las lentes propuestas por la ecología política feminista (Rocheleau *et al.*, 1996; Nightingale, 2006, 2011; Mollett y Faria, 2013). En ella se estudian los mecanismos con los que las necesidades materiales y simbólicas de las mujeres son afectadas por la disponibilidad de recursos naturales en los espacios cotidianos de trabajo, donde las mujeres redefinen prácticas que, a su vez, afectan la disponibilidad de dichos ecosistemas, reconstruyendo en este proceso sus subjetividades. Sin embargo, aunque las categorías propuestas por la ecología política feminista nos permiten analizar la interrelación con recursos naturales, género, cultura y etnia, las cooperativas han transitado por un proceso de organización a través del cual han limitado el abuso a través de la construcción de reglas, mientras que con las habilidades desarrolladas han enfrentado desafíos colectivos.

Los procesos de organización estudiados por Crozier y Thoenig (1976) y Friedberg (1993) nos permiten analizar las acciones colectivas en donde interactúan estructuras formales e informales con las cuales los integrantes de las colectividades regulan sus prácticas y se confrontan con el exterior en procesos de interfaz (Long, 2007). En estos procesos,

los agentes interactúan y negocian en situaciones conflictivas y de cooperación en contextos específicos de relaciones de poder. En tanto, el sistema campesino de conocimientos propuesto por Ortiz (2009) nos permite comprender las prácticas campesinas que son el punto de partida de las organizaciones.

Dichas prácticas tienen como base a la heurística: prueba, error y mejoramiento. Esto no implica solo experimentación, sino desarrollar un bagaje de conocimientos legitimado por otros campesinos con los que se explican los fenómenos y los transforman. De esta forma, la observación y la experimentación de los campesinos y campesinas constituyen un espacio privilegiado en donde se despliega la agencia individual y colectiva. El análisis por separado de los ejes mencionados no capta la complejidad de las prácticas organizativas cotidianas de las socias, por lo que se entrelazan en el estudio del proceso productivo, donde convergen y se materializan.

En la primera sección del capítulo se desarrolla el marco analítico. Posteriormente se analiza la interacción entre los ejes mencionados a partir del papel de las mujeres en los hogares para la producción del excedente y su apropiación como insumos básicos para las cooperativas. En ellas se analiza el proceso de organización y producción, sus implicaciones en la generación de valor y en la construcción de la subjetividad de las socias frente al manejo de los recursos naturales locales y su organización. Finalmente, se analizan, a partir de los procesos de interfaz, los mecanismos con los cuales las socias han construido nuevas formas de ser, se han organizado y se relacionan con agentes externos, como instituciones gubernamentales o académicas, para mejorar su proceso productivo.

4.1. La ecología política feminista, la organización y el sistema campesino de conocimientos

La realización de los colectivos de producción mayoritariamente femeninos está vinculada al uso de recursos naturales en los hogares y en la comunidad. Desde sus inicios, la base de la producción han sido los recursos locales relativamente abundantes: el maguey, la lechuguilla, la sangre de grado y algunas plantas medicinales. El acceso de las mujeres a los recursos producidos en los hogares campesinos ha sido negociado entre los miembros y delimitado por dos aspectos principales: el acceso a la tierra como medio de producción y los recursos producidos en la parcela.

En este contexto, la negociación sobre los sistemas de recursos se complejiza e involucra marcos legales que determinan la herencia de la tierra, la legitimidad legal del reclamo de las mujeres, la forma en que las mujeres son percibidas en la comunidad, su estatus educativo y legal, su relación con oficiales del gobierno que regulan el acceso a la propiedad y los recursos económicos y sociales con los que cuentan para enfrentar su reclamo. De esta forma, el acceso a los recursos

de los hogares atraviesa dos arenas no separadas (aunque sí físicamente), sino entrelazadas: las diferencias de género y jerarquías dentro del hogar, por un lado, y por otro los marcos legales, la percepción respecto del papel de las mujeres fuera del hogar y sus vínculos en el contexto comunitario y frente a la burocracia gubernamental (Agarwal, 1997).

Analizar estas dos arenas visibiliza los mecanismos diferenciados con los que las mujeres negocian o reclaman el acceso a recursos naturales en cada una de ellas. Dichos mecanismos van desde la negociación con los maridos emigrantes, el nivel de estudios de las socias y el apoyo de los familiares (hijos) para sus reclamos, hasta sistemas legales de orden nacional, en los cuales las mujeres tienen poco margen de negociación desde su papel individual. El estudio de la ecología política feminista nos permite clarificar dichos niveles y colocar en la reflexión a los mecanismos con que las mujeres se vinculan con los recursos naturales a partir de sus intereses materiales y simbólicos.

Las categorías que se observan con esta lente son: el acceso de derecho y de hecho sobre los recursos, por ejemplo, exclusivos, compartidos; el uso de los recursos por género, para subsistencia o para el comercio; las responsabilidades de género en el manejo ambiental para la provisión de la unidad doméstica (agua, comida, leña) o para proteger ciertos ambientes (bosques, manantiales o seguridad). Estas categorías se negocian en relaciones de cooperación, conflicto, complementariedad y coexistencia entre los agentes involucrados (Rocheleau *et al.*, 1996).

En los estudios de la ecología política feminista, el género es una constante que interactúa con otros elementos, como los recursos naturales, la cultura, la casta, la etnicidad, la edad y la política, a través de procesos contradictorios y ambivalentes que dan forma a las prácticas de manejo ambiental. En esta interacción, el género como proceso es constitutivo de la subjetividad de las mujeres (Nightingale, 2006). En este cruce de variables, la división entre elementos simbólicos y materiales se colapsa y en su lugar se da cuenta de una serie de relaciones dinámicas de poder, múltiples, no lineales y jerárquicas, desde donde se produce la diferencia social que tiene implicaciones en procesos ecológicos.

Así, la ecología política feminista, por un lado, se abre al análisis del poder en múltiples dimensiones, más allá del ejercicio del poder vertical de opresión versus empoderamiento, y, por otro lado, provee herramientas para analizar el juego de poder que se enrola en las prácticas simbólicas y materiales respecto del manejo de recursos naturales (Nightingale, 2011). Con la lente que aporta la diferenciación por género que provee Agarwal (1997) y las categorías procesuales del género interrelacionadas con la cultura y la etnia que aporta la ecología política feminista (Rocheleau *et al.*, 1996; Nightingale 2006, 2011) en la situación de las mujeres campesinas de las tres cooperativas, se busca dar cuenta de las prácticas ambientales y de las relaciones de poder imbricadas en la cultura campesina e indígena y sus implicaciones en el acceso y la disponibilidad de recursos naturales para las socias en sus hogares y comunidades para producir colectivamente.

En los procesos de producción de los colectivos, las socias definen prácticas organizativas con las que delimitan sus acciones. Las cooperativas emergen como un nivel intermedio entre los intereses al interior de cada hogar de las socias y también como un actor colectivo con intereses propios que se enfrenta con agentes externos, como la comunidad y las instituciones. Para tal motivo, los colectivos, en más de quince años, han construido y reconstruido en su organización mecanismos de coordinación, integración, comunicación, representación y vigilancia para mantenerse trabajando, mecanismos que interactúan con las arenas del hogar y los agentes externos, para el acceso a recursos naturales y mejorar la producción.

La organización que estudia Crozier (Guerra, 1995) aporta elementos para analizar el comportamiento de los colectivos. La organización se plantea como un universo de conflicto, de relaciones de poder y negociación, donde los participantes generan acuerdos para lograr un objetivo superior al individual. Aunque la organización delimita el actuar de los agentes, estos conservan un margen de libertad con el cual negocian. Los repertorios culturales contribuyen en la delimitación de estrategias colectivas.

La organización no es una suma de engranes, sino la interacción entre los participantes que da lugar a diversas posibilidades o juegos. Plantear la organización como sistemas abiertos que existen independientemente de los intereses individuales de los agentes que los constituyen (Crozier y Thoenig, 1976) nos permite estudiar cómo fluye el poder entre los agentes, así como lo que representa para la organización y su impacto en la regulación. Así, “el ejercicio de poder no se reduce a la oposición de fuerzas, pero se puede apreciar el peso, lo que significa desde sus sentimientos y actitudes de los protagonistas” (p. 563). En este proceso de poder existe regateo e interdependencia entre los agentes. Para la negociación en las cooperativas intervienen relaciones jerárquicas y simbólicas que influyen en la toma de decisiones. Este constante regateo genera tensión en las cooperativas.

Para ampliar el estudio de la organización se analiza la propuesta de Friedberg (1993). Para él, la organización como proceso es la forma más artificial, intencional y elaborada de las estructuras de la acción colectiva que tienen resultados concretos (aunque solo sea el mantenimiento de la organización). Sus características son el resultado de la interacción entre los agentes para delimitar sus mecanismos de regulación. Esta lente amplía el horizonte de las organizaciones más allá del criterio de eficacia. En las organizaciones interactúan sistemas formales (codificados, de normas) e informales (que son las prácticas más abundantes y generalmente no previstas oficialmente, incluso clandestinas) que se apoyan entre sí.

De este juego entre sistemas formales e informales emerge la regulación, que nunca es total ni determinada exclusivamente por un factor o campo y no elimina completamente la incertidumbre. Es decir, existe un dilema entre los sistemas formales e informales que posibilitan diversos juegos o alternativas entre los integrantes de la organización, en los

cuales las reglas se pueden corroer, erosionar, vaciar y ser reemplazadas por otras, como en los procesos de cambio. Este conjunto de posibilidades está delimitado por la relación de fuerzas al interior de los colectivos, la estructura y el ejercicio de las relaciones de poder y los procesos de intercambio.

A su vez, las aptitudes de las organizaciones dan cuenta de su capacidad para aprender de los problemas y de la relación para participar en los distintos juegos, que pueden ser tanto de cooperación como de conflicto, a partir de las reglas. Aunque estas delimitan el comportamiento de los agentes individuales, no los determinan directamente:

Las reglas formales de una organización son una descripción aproximada a la verdadera organización, el trabajo real se aleja del prescrito, las líneas jerárquicas se sortean y evitan, los procesos de decisión sólo siguen parcialmente los esquemas teóricos y el conjunto de formalidades adopta configuraciones inesperadas (Friedberg, 1993, p. 286).

Las reglas estructuran los espacios de negociación y los agentes despliegan su capacidad para movilizar recursos. Los campos de acción para estudiar los mecanismos de regulación son: la naturaleza de su estructura, los fines más o menos definidos y la integración de la estructura. En cada uno de estos campos se observan el grado de formalización y codificación de las reglas, el grado de conciencia sobre dichas reglas, la finalización de la regulación y la delegación explícita de la regulación. Estos se dan como procesos continuos no forzosamente paralelos o carentes de desfases. La organización supone un mínimo de conocimiento recíproco de circulación de información y de conocimiento común; este permite anticipaciones a los comportamientos de otros. En tanto, para la delegación de responsabilidades dentro de la organización se generan actores en posición de mediar entre los intereses conflictivos de los agentes y efectuar ajustes y compensaciones, sin los cuales el sistema se debilitaría. Así, la organización es un conjunto de interdependencias y reciprocidades que nunca está equilibrado.

Estudiar a la organización en las cooperativas como un espacio de conflicto y tensión en varios niveles, no solo al interior de ellas, sino a través de las interacciones que generan entre los hogares y la comunidad para acceder y negociar recursos naturales, nos permite reconocer los sistemas formales e informales que delimitan su regulación, delegación de responsabilidades, relaciones de poder, comunicación y supervisión con las que se autorregulan, han generado agencia y modificado sus normas a lo largo del tiempo. La organización, entonces, es el resultado del intercambio negociado y de cooperación que las socias se provean en su contexto, con el cual delimitan reglas de naturaleza contradictoria, no

determinadas solo por una variable, sino que en este proceso confluyen la voluntad de sus integrantes, el azar y el conjunto de repertorios culturales, étnicos y de género.

En la interfaz, las socias y los agentes externos a las cooperativas, principalmente instituciones educativas o gubernamentales, cruzan diferentes y a menudo conflictivos mundos de vida o campos sociales. En dichas interacciones los problemas giran en torno a “acomodar, segregar o disputar puntos de vista sociales, evaluativos y cognitivos” (Long, 2007, p. 136). Así, la interfaz es también un espacio de conflicto en donde se negocia o existe incompatibilidad entre los agentes involucrados a partir de elementos en común, por ejemplo, en las cooperativas, el mejoramiento de sus procesos de producción. Este proceso de interfaz se identifica principalmente en las relaciones que establecen las socias del grupo con el bagaje de conocimientos que han construido, sustentados en su práctica productiva cotidiana, frente a las técnicas o recomendaciones productivas y administrativas que instituciones les presentan.

Las prácticas organizativas y productivas realizadas por las cooperativas se han caracterizado por iniciar con los saberes tradicionales sobre el manejo ambiental y técnicas de producción local. La receta del néctar de aguamiel, por ejemplo, provenía del atole de aguamiel con el que las abuelas en época de mayor escasez alimentaban a los hijos y nietos. Esta bebida altamente energética sustituía la ausencia de nutrientes de la dieta local. Pero, por otro lado, en el proceso de producción existe adaptabilidad e innovación, no solo por los procesos de capacitación e interfaz en los que se involucran las cooperativas, sino por la dinámica del sistema de conocimientos campesinos, con el cual las socias, a partir de su observación y experiencia, contribuyen al mejoramiento de sus prácticas, tanto individuales como colectivas.

El sistema campesino de conocimientos (Ortiz, 2009) se distingue por construirse en la práctica cotidiana de trabajo de los campesinos y las campesinas, que recoge sabidurías ancestrales y técnicas modernas, con las cuales construye categorías cognitivas y procedimientos técnicos. Este conocimiento está en constante transformación y refinamiento. En él, los campesinos siguen los principios que provee la tradición, los canales de observación y experimentación que interactúan con procesos de innovación con agentes externos. De este juego de interrelaciones realizan abstracciones y generalizaciones de conocimientos con los que transforman procesos productivos. Esto implica, por un lado, desplegar la agencia individual del campesino y la campesina, y la agencia colectiva que requiere de la legitimación del conocimiento y su divulgación con pedagogías que Ortiz (2009) denomina indígenas.

Así, “los campesinos son sujetos que gustan de confrontar sus ideas, de experimentar con nuevos productos y especies. Que día a día van modificando su entorno, sus costumbres, sus valores y sus creencias” (p. 92). El conocimiento campesino es complejo y está lejos de tratarse únicamente de la operación ensayo-error-mejoramiento. Los campesinos se obligan a echar mano de mecanismos de conocimiento para explicarse las causas y los efectos de los fenómenos cotidianos de

trabajo, además de sus destrezas y habilidades. Este tipo de conocimiento no es homogéneo ni estandarizado, sino situado y relacionado con la cantidad de variables que los campesinos deben ponderar, por ejemplo, el clima, el terreno, las corrientes de aire y los impactos de la alimentación para sus animales de traspatio, además de los factores externos al lugar, como el fenómeno migratorio o la percepción del comportamiento de los mercados, en el caso de que la producción sea para el comercio. Su enfoque holístico le dota de una capacidad de respuesta y transformación lenta.

El trabajo campesino exige de los agentes atención y experimentación constantes, la formulación de explicaciones, la experimentación y contrastación de las posibles respuestas frente a otros campesinos y especialistas locales, por ejemplo, los técnicos o los sabios del pueblo. Así, los campesinos, por un lado, estiran las categorías con las que interpretan sus procesos productivos promoviendo con ello su agencia individual, y, por otro lado, tiene lugar un proceso de legitimación, labor de los especialistas en el campo. Ortiz (2009) identifica dos tipos: “aquellos que funcionan como agentes modernizadores y los que operan como especialistas de procesos más bien tradicionales que con sus acciones específicas facilitan el movimiento, circulación y avance del sistema campesino” (p. 116), no necesariamente vinculados con una educación escolarizada.

En el sistema de conocimientos campesinos, el proceso de trasmisión de conocimientos se realiza de generación en generación y es respaldado por una pedagogía informal, que no sigue cursos rígidos o etapas específicas ni exámenes de aprobación. La trasmisión de conocimientos “se subordina a una preparación moral-espiritual que instala en el aprendiz una serie de mecanismos sensoriales y espirituales que lo predisponen al aprendizaje, al trabajo” (Ortiz, 2009, p. 137). Es decir, hay formación en una ética del trabajo que le permita al aprendiz enfrentar un mundo productivo cambiante de una manera flexible. Los lugares de formación no se limitan a las parcelas: son también las fiestas, las instituciones religiosas, los lugares de encuentro familiar y comunitario. Esto significa que, para la trasmisión de los conocimientos, es necesaria la inmersión en la cultura campesina situada. Sin ello, la observación del entorno resulta descontextualizada.

Introducir la lente del sistema campesino de conocimientos nos permite entrelazar el juego entre la innovación y la tradición en los procesos productivos, a partir de mecanismos campesinos como la observación atenta, la experimentación, la contrastación, la legitimación y el papel de los especialistas, la negociación y trasmisión de los conocimientos campesinos que se dan entre los agentes involucrados. En este proceso se despliega la agencia individual y colectiva con la que transforman la producción.

4.2. Los recursos naturales negociados por las socias de las cooperativas

La interacción entre los hogares, las cooperativas y sus comunidades involucra relaciones de poder, jerarquías y percepción sobre el trabajo de las mujeres en sus mismas comunidades, elementos determinantes en la negociación de las mujeres para acceder a recursos naturales y organizarlos para la producción colectiva. En este proceso se analizan la capacidad de agencia individual y colectiva de las socias para delimitar prácticas de manejo ambiental en las parcelas familiares. Y en el ámbito productivo-colectivo se reflexiona sobre la interacción entre la tradición de los saberes indígenas y campesinos situados así como sobre la innovación, la intervención y los mecanismos de respuesta de las socias a partir de la interfaz, en procesos productivos y de manejo ambiental.

4.2.1. Las mujeres en la milpa: su acceso a recursos y flujo del excedente

Los hogares son la esfera primaria de división del trabajo y definición del acceso, uso y propiedad de los recursos naturales disponibles. Uno de los argumentos utilizados para la creación de los colectivos fue “hacer algo más con lo que se saca de la milpa” (entrevista a profundidad, socia de Milpa Maguey, 2014) y venderlo a un precio más elevado. Las socias han buscado acceder a dichos recursos a partir de acuerdos familiares, mejorando su posición al interior de sus hogares y agregando valor a la producción campesina.

El trabajo en los colectivos desde el comienzo trajo consigo una forma diferente de organizarse. Aunque las socias como integrantes de sus hogares han participado del trabajo campesino en las parcelas, en los colectivos de producción desarrollaron habilidades y estrategias de negociación diferentes a las usadas en el hogar. Si bien los recursos utilizados tuvieron como objetivo contribuir a la economía familiar, su proceso de producción salía de la esfera doméstica. Al principio, este insumo no era remunerado ya que durante el periodo de aprendizaje aún no vendían. El acceso a los excedentes de la parcela familiar fue regateado bajo la premisa de generar ingresos extra. Una socia fundadora narró:

Al principio todo era pérdida. Tardé como cuatro años para ver algo de ganancia. Él [el esposo] me decía “¿A qué vas a ese taller? A perder el tiempo, y lo poco que tenemos de aguamiel lo desperdicias. ¿Cuándo vas a entender?” (entrevista a profundidad, fundadora de la Milpa Maguey, agosto de 2014).

No solo las socias fundadoras de la Milpa Maguey se enfrentaron a la desconfianza de los esposos para ceder parte de los excedentes para las cooperativas. En Las Manzanas, la desconfianza provenía por el tiempo disponible de las

mujeres, ya que el periodo de aprendizaje les demandaba tiempo que usualmente destinaban a las actividades de limpieza y cuidado en el hogar. Durante los primeros años se dedicaron a trabajar y guardar lo que ganaban para reinvertir (FDG, Las Manzanitas, 22 de junio de 2013). En Gil y Sánchez (2013), las socias narraron: “ya pasado de los años fue cuando nos fuimos pagando poquito, comenzamos de \$30, luego \$40, \$50 y así. Luego nos dimos \$100.00 al día...” (p. 85). Salir de la rutina doméstica implicó conseguir permisos de los esposos y renegociar actividades a cambio: más apoyo en las labores de la milpa, llevar lo que producían para el consumo familiar (jarabes, pomadas, jabones) y con ello aliviar algunos gastos. Una socia fundadora en Las Manzanitas explicó:

Ahora estoy más contenta con el trabajo. Al principio sufrí mucho por mi trabajo; era otro, ir por palma y tejer petates y todo el tiempo encerrada en la casa y salía solo para traer agua para la cocina. Antes no sobraba nada del trabajo, estaba ajustada y tenía muchos hijos. Encontramos este trabajo de la medicina. Ahora siquiera salimos a convivir juntas y platicar. Ha sido un apoyo de a poco. Borregos y pollos no generan nada extra, hasta que llegó el pan, y la medicina. Pero de la medicina nos repartimos además algo de ganancia al final del año (entrevista a profundidad, 22 de junio de 2013).

Aunque en Las Manzanitas la producción cooperativa no utilizó el excedente central de lo cosechado en las parcelas familiares, sí se afectó el tiempo de trabajo de las mujeres y el uso de lo producido en el traspatio. Ahí, las mujeres serranas experimentan la domesticación de las plantas medicinales y siembran hortalizas con las que elaboran parte de la medicina natural. Por ejemplo, para 2008, el 54% de las plantas utilizadas en la producción de jarabes era silvestre, 10% comprada y 36% la proveen de sus traspatios; en la producción de pomadas, cerca del 62% se realiza con plantas silvestres y 37% provienen del traspatio: solo compran el 1%; y en la producción de jabones, el 90% de la planta utilizada es silvestre y el 10% del traspatio (ver Anexo 1). En el caso de El Doní, el acceso a los recursos producidos en la parcela, principalmente la lechuguilla (ya que la sábila se mantiene en el traspatio y la sangre de grado se recolecta entre los cerros), proviene del manejo campesino que se impulsó desde 1988 y 1993, durante la reforestación comunitaria en el Alto Mezquital.

Una de las socias fundadoras de El Doní explica el papel de la organización civil ERRAC en las campañas de reforestación de la flora local:

ERRAC trabajó también para la comunidad; lo más importante fue la reforestación. El Lic. Enrique [fundador de ERRAC] caminó con nosotros en el cerro. Siempre recordamos a ese alguien que nos ayudó. De esta reforestación se sacó más lechuguilla para seguir vendiendo. Eso es un recuerdo; cuando vemos las cosas, sabemos que tenemos algo propio y eso le agradecemos a ERRAC. Este fue un apoyo para los más pobres que raspan lechuguilla: todavía siguen viviendo de esas plantitas (entrevista a profundidad, 21 de junio y 23 de agosto de 2013).

La negociación intradoméstica para acceder a los excedentes de la economía doméstica campesina contempla la producción en la milpa y el tiempo de trabajo. Para determinar su uso en las cooperativas, los criterios no se centraron exclusivamente en la relación entre esposos, esposas y, en la ausencia del marido emigrante, la suegra: también los hijos jugaron un importante papel para delimitar el uso de los excedentes. Una socia fundadora de Milpa Maguey explicó los desafíos experimentados dentro del hogar:

Yo le encargaba los hijos pequeños a la hija mayor, para que entre todos se cuidaran mientras yo venía al taller y no pedirle apoyo a mi suegra. Me ayudaba la niña en el quehacer de la casa, en la recolección del aguamiel y le daba de comer a las borregas (entrevista a profundidad, agosto de 2014).

En Las Manzanas, una socia narró:

Para mí ha sido engo hijas, ellas ya no viven en Las Manzanas y no me pueden ayudar. Mis hijos me regañan cuando vengo al taller porque no tengo tiempo para darles de comer o ayudarles (entrevista a profundidad, septiembre de 2013).

El apoyo que lograron negociar con los hijos para liberarse de tareas y acceder a ciertos recursos ha sido relevante para mantener el trabajo colectivo en relativa armonía y cumplimiento. En Las Manzanas, por ejemplo, debido a la edad de las socias y a las condiciones particulares de sus familias, tienen menos hijas en la comunidad en quien apoyarse, mientras que los hijos (al menos en cinco de las siete socias) les demandan más tiempo y penalizan su participación en el colectivo. A pesar de ello, las socias continúan reacomodando sus tiempos, producen en el taller y cumplen con algunas de sus tareas

con los hijos, mientras que los esposos apoyan el trabajo en la cooperativa. Uno de ellos explicó: “El trabajo de la señora en el taller es importante para la casa porque hemos visto que da un poco de dinero. Ella viene al taller y algunas veces yo apoyo en la casa cuando no está” (entrevista a profundidad a un esposo de una socia de Las Manzanas, agosto de 2009).

En la mayoría de los hogares, el trabajo en la milpa, no así en el traspatio o en la limpieza del hogar, ha sido colaborativo entre hombres y mujeres, aunque, como explica Paz Paredes (2014), “hay en esta sociedad complementariedad y sinergias entre hombres y mujeres, lo que no excluye inequidades de género” (p. 81). Las socias negociaron con los miembros de su hogar otras actividades a cambio, realizar alianzas y mostrar que los excedentes tenían una finalidad superior: generar mayores ingresos para el hogar en un futuro no muy lejano. Sin esa promesa, la penalización del trabajo femenino en los colectivos era mayor.

A los acuerdos negociados por las socias para acceder marginalmente al excedente de la milpa en los inicios de la historia de las cooperativas se suma el marco legal que delimita su acceso a la propiedad de la tierra. En la Milpa Maguey, de las veinte socias y un socio que la integran, trece de las mujeres y el socio son propietarios, mientras que siete socias no tienen tierras. De estas últimas, dos mujeres no son propietarias porque no son originarias de la comunidad y el padre de sus hijos no les ha cedido ningún derecho. Las otras cinco mujeres no tienen tierras a su nombre, sin embargo, usan la del esposo y la consideran también suya porque la trabajan entre ambos, es decir, son usufruarias y las trabajan en complementariedad. Por su parte, entre las socias de Las Manzanas ninguna posee tierras a su nombre. En El Doní, cuatro socias tienen propiedades aunque sus documentos no están actualizados. La no regularización de la tierra se generaliza para las socias de los otros dos grupos y da cuenta de la relación entre las instituciones gubernamentales y las necesidades legales de campesinos y campesinas.

Socia de El Dexthi, San Juanico, Ixmiquilpan



Foto 14. Fuente: Fotografía propia, 2014.

El acceso legal a la propiedad para las mujeres rurales se planteó en la Ley Federal de Reforma Agraria de 1971. Las mujeres ejidatarias podían acceder a tierra al igual que los ejidatarios hombres, además de tener voz y voto en la asamblea general (Hamilton, 2002; Arizpe, 2014). Con las reformas neoliberales de 1992 sobre la tierra, se favorecieron el modelo individual de derechos de propiedad y la privatización de las tierras colectivas; para enero de 1999, el 66% del total de los ejidos habían completado el Programa de Derechos Ejidales y Titulación de Solares (Procede) como resultado de la contrarreforma de 1992. Para Deere y Leon (2001, p. 39) la reforma de 1992 “favorecía la equidad de género”, ya que proveía la adjudicación conjunta y títulos de tierra a la pareja o daba prioridad a las jefas de hogar mujeres. Aunque la reforma significó el término de la distribución de tierras del Estado y no propició su restitución. En Latinoamérica, las mujeres propietarias accedieron a la tierra por herencia, más que por la restitución del Estado o por su compra en el mercado.

En su análisis comparativo, Deere y Leon (2001) consideran que antes de la contrarreforma los derechos de las mujeres sobre la propiedad de la tierra en México eran más explícitos que en otros países latinoamericanos como Bolivia y Ecuador. El Estado mexicano garantizaba que las mujeres adultas pudieran ejercer sus derechos como ejidatarias y participar en las decisiones del ejido, aunque la habilidad para practicar estos derechos se limitó exclusivamente a las jefas de hogar. Por otro lado, el usufructo del ejido era considerado un patrimonio familiar y daba derecho a cada uno de los miembros de la familia a la tierra y a otros recursos. Las disposiciones de la herencia en los ejidos protegían el patrimonio familiar mediante la restricción testamentaria sobre las parcelas a la esposa o a los hijos.

Con la contrarreforma, las decisiones tomadas en el ejido descansaron sobre los representantes legales, desconociendo el derecho de las esposas y la familia sobre el ejido: apenas el 5% de las mujeres tenían derechos como miembros del ejido directamente. Aunque con esta ley las mujeres y los hijos podían ser los primeros en comprar las tierras por “el derecho de tanto”, disponían de 30 días para realizar los acuerdos. En el contexto del campo mexicano, de bajos niveles de ingreso de las mujeres, no pudieron adquirirlos. Los cambios en las disposiciones de herencia no aseguraban que la parcela permaneciera en la familia. El marco legal de la contrarreforma incrementó la vulnerabilidad de las mujeres frente al despojo y herencia (Hamilton, 2002) y “dio paso a la individualización de los derechos de propiedad donde las mujeres fueron ampliamente excluidas” (Deere y Leon, 2001, p. 55).

De esta forma, aunque con las reformas neoliberales las mujeres pueden acceder a tierras, lo que se muestra en las tres cooperativas es que las propiedades que poseen las socias han sido por herencia de sus padres. Ninguna es ejidataria (únicamente en San Andrés Daboxtha hay propiedad ejidal; en Las Manzanas y El Doní, la propiedad es privada y comunal). Solo una de las socias accedió a la propiedad de la tierra por un reclamo legal cuando se divorció del esposo y se convirtió en jefa de hogar, siendo de las pocas mujeres en la comunidad que han tenido esta posibilidad. Logró hacer frente a su reclamo con el apoyo de su hermana abogada. A pesar de que existe la posibilidad de hacerse de tierras a partir de la compra, este es un recurso del que ninguna ha dispuesto.

Las socias narraron su condición para el uso de tierras:

Aquí la gente sí puede vender tierras, pero es caro. ¿De dónde vamos a sacar dinero para comprarlas? Se trabaja la tierra de los esposos y de ahí se saca para el aguamiel, los borregos, la casa (entrevista a profundidad, socia de la Milpa Maguey, septiembre de 2014).

En Las Manzanitas, muy pocas mujeres tienen tierras a su nombre; los esposos heredan directamente a los hijos. Las tierras que llegan a tener las mujeres es porque un padre le dejó a la hija, pero las esposas no tienen tierras directamente (entrevista a profundidad, socia de Las Manzanitas, agosto de 2013).

Del total de socias que integran las tres cooperativas, el 42% se considera poseedora de tierras. Tener acceso y propiedad de la tierra les permite ganar un dinero (no exclusivo para la mujer) por la venta de los excedentes en el mercado local o con los intermediarios, aunque a precios muy bajos, además de contribuir con consumo doméstico.

El trabajo en los hogares se basa en la complementariedad de la fuerza de trabajo y se observa en los tres colectivos. Entre las socias de la Milpa Maguey, la siembra del maguey, avena, maíz y frijol se prepara en la unidad doméstica. Regularmente se contrata el servicio de un tractor que prepara la tierra (e incluso siembra la semilla) y de algunos jornaleros, dependiendo de la extensión de la parcela. Esta inversión la realizan una vez al año, dependiendo del ciclo de las lluvias, durante los meses de mayo, junio y a más tardar julio. El servicio se paga por hora (aproximadamente 300 pesos) y su demanda crece durante los meses de barbecho y siembra. Las semillas de avena y cebada se adquieren en las tiendas forrajeras cercanas y de Ixmiquilpan; las de frijol y maíz se conservan en la comunidad o se intercambian entre los vecinos.

A pesar de que el trabajo se concentra en los meses mencionados, cuidar el maguey es una práctica cotidiana que se realiza de lunes a domingo y participan todos los miembros de la familia. Esta práctica implica saber cuál es la mejor época para trasplantar el hijuelo, identificar el lugar con más oportunidad de sobrevivir del extremo calor, de la ausencia o exceso de humedad, del frío y de las heladas. Aunque en general hombres y mujeres realizan las tareas por igual en la milpa, los hombres son los encargados de delimitar las melgas donde se siembran los hijuelos, ya que “saben hacer derecha la línea”, mientras que las mujeres trasplantan a los pequeños magueyes (FDG, Milpa Maguey, agosto de 2016).

Las prácticas agrícolas del manejo del maguey pulquero toman aproximadamente diez años. En el primer año se prepara el terreno; entre el primer año y el segundo se seleccionan los hijuelos, comienza el trasplante, se deshieran y, en caso de plaga, se busca controlarlas. Del tercer al décimo año hay un cultivo intenso de magueyes y se podan anualmente. En las milpas se alterna la siembra de maíz, frijol, avena, haba y cebada. Después de cuatro años, el maguey da hijuelos y se repite el proceso de trasplante. Durante el proceso, se aplica estiércol de borrego seco cerca de los agaves. Entre los diez y los doce años comienza el proceso de castración, picazón, raspado, recolección de aguamiel y elaboración de pulque y su comercialización (Jacinto y García, 2000).

Los hogares ponderan los magueyes para raspar. Esta práctica conjuga las necesidades monetarias, la capacidad familiar para trabajar y sus necesidades de consumo doméstico, además de los procesos azarosos de emigración, en los que las mujeres principalmente deben hacer frente a los arreglos productivos de los hogares. En ocasiones deciden no “capar” el maguey y dejar que floree, en lugar de rasparlo: las flores del maguey también son alimento.

El manejo de los magueyes es central para la economía campesina ya que provee de alimento para los miembros de la familia y a los animales de traspatio, además de combustible y bebida. A pesar de la complementariedad en los trabajos de la milpa entre hombres y mujeres, estas últimas identifican como actividad casi exclusiva de ellas al pastoreo; aunque algunos esposos se anoten para recibir los apoyos, las mujeres son las que terminan cuidando a las borregas y el corral es visitado casi exclusivamente por las mujeres. Las reparaciones del corral las realiza el esposo.

Reforestación de la socia de la Milpa Maguey Tierno de La Mujer, SSS



Foto 15. Fuente: Fotografía propia, 2008.

En Las Manzanas, las mujeres se dedican principalmente al mantenimiento de la casa y al cuidado de los hijos y los hombres a las actividades fuera del hogar: al trabajo en la parcela de orégano y maíz (y tienen algunos frutales), a la representación en la asamblea y a los negocios (compra y venta de orégano, en su mayoría). Las mujeres desde pequeñas mantienen un rol central en las actividades domésticas. Sobre ellas se ejerce una presión comunitaria por el pronto matrimonio, la perseverancia en la crianza de los hermanos pequeños y los hijos, así como el cuidado de la familia en general, todo lo cual se inculca desde la niñez.

El que las mujeres se dediquen específicamente al cuidado de la familia y los hombres a la búsqueda del sustento fuera del hogar refuerza las estrategias de supervivencia de las mujeres vinculadas a sus necesidades de cuidado. La creación del grupo es analizada desde este contexto ya que representa un espacio femenino en donde las mujeres despliegan sus prácticas cotidianas de cuidado a partir de saberes vinculados tradicionalmente a su género, como la medicina natural. Para Bucholc (2014), hombres y mujeres usan distintas estrategias, esforzándose por incrementar su relativo poder. Estas dependen de sus posiciones sociales y desde su cultura construyen herramientas para redistribuirlo. Bucholc parte de analizar la noción de figuración en la cual se definen las opresiones estructurales, destacando la dimensión espacial y de proximidad entre hombres y mujeres. Para nuestro análisis se recurre al estudio de la propiedad privada y de los recursos, al uso del tiempo libre así como a los espacios que son frecuentados a partir de las diferencias de género.

La base de la medicina son las plantas que proveen las mujeres de su traspatio o las recolectan. Así, la hierbabuena chica y grande, los distintos tipos de toronjil, epazotes, nochebuena, marrubio, cedrón, albahaca, salvia, rosas, gordolobo, guayacanes y oliloche, entre otras, están sembradas en el traspatio, mientras que las cortezas de encino, nogal y tepozán se cortan del monte en distintas épocas. Cuatro mujeres mantienen semilleros de plantas medicinales en sus patios; otras tres contribuyen en la recolección de las plantas en el cerro. Las socias solo compran dos tipos de cortezas en el mercado: el cuachalalate y el tepezcohuite.

Matas de orégano en Las Manzanas



Foto 16. Fuente: Fotografía propia, 2013.

En Las Manzanas, el espacio es diferenciado por género, y aunque las mujeres trabajen en la siembra del orégano, la milpa no es considerada un lugar exclusivamente femenino: su labor es de colaboración. En el traspatio, las mujeres deciden qué siembran, cómo lo cuidan y para qué se usa. El cuidado de las plantas medicinales se realiza junto con el trabajo del traspatio, y aunque las mujeres le dediquen tiempo, este no es considerado penoso ya que satisface el gusto por tener plantas que adornen la casa y diversidad de hierbas para preparar té, explica en una socia de Las Manzanas.

Somos personas a las que nos gusta cuidar y tener plantas. Antes tenía más; ahora tengo semillero de albaca, epazote, hierbabuena, de todo tengo. Mi comadre es la que tiene las flores más bonitas; también se necesita tener buena mano y curia. Con cariño se tratan las plantas (entrevista a profundidad, Las Manzanas, Tlahuiltepa, 15 de enero de 2013).

Cada planta requiere de trato especial. Es necesario conocer el tipo de semilla, así como las condiciones óptimas para sembrarlas y cortarlas. En este saber se ponen en juego las prácticas heredadas: la cuidadosa observación y la experimentación de las campesinas para reproducir ciertas plantas silvestres. El trabajo con las plantas medicinales empieza a generar un gasto cuando las silvestres escasean en la región e implican un traslado mayor para su recolección.

Las socias han identificado en que la región del cerro hay más disponibilidad de planta, en qué época florecen y cuándo se pueden cortar.

De esta forma, las prácticas campesinas de cuidado y recolección de las plantas medicinales se dan en coexistencia con las prácticas campesinas para la producción y venta de orégano de los hombres. Aunque la medicina natural también se vende, su origen está vinculado con satisfacer necesidades de cuidado y autoconsumo. Dichas prácticas responden a necesidades simbólicas y materiales diferenciadas para las socias y sus esposos, ya que el cuidado de la salud es una práctica mayoritariamente femenina: son las mujeres las que principalmente “soban”, “curan de espanto” y cuidan las plantas y las flores. Además, una trabaja como auxiliar en la Casa de Salud.

En El Dexthi, la siembra y cosecha de lechuguilla ha sido un motor importante en la economía campesina del Alto Mezquital más seco (región norte de Ixmiquilpan) ya desde los estudios de Boege (1989), Vargas (1990) y Gómez (2013). Su cultivo es de temporal. El socio de El Doní explica:

La lechuguilla tiene su chiste. Si no se trabaja bien, se seca y tarda más en recuperarse. Una vez que se siembra, se deben esperar dos años para hacer la primera poda, y en época de sequía, ya que se debe esperar a que las hojas de la lechuguilla retengan agua. Esta actividad es la principal fuente de empleo de los campesinos, ya que hay dos talleres que compran la fibra por kilo a 17 pesos. Hay otros coyotes, pero lo pagan mucho más barato, precios que no nos convienen a los campesinos. Esta fuente de empleo es temporal y se evita trabajar en la temporada de lluvias [julio y agosto]. Las matas de lechuguilla se siembran dejando dos metros entre cada mata (entrevista a profundidad, 11 de febrero de 2015, El Dexthi, Ixmiquilpan, Hidalgo).

Las actividades campesinas al interior del hogar son de complementariedad entre la familia. Requiere de cuidado y atención no solo la poda de la lechuguilla, sino también el proceso del temporal. En la organización del trabajo familiar, los hijos y las hijas aprenden a sembrar y cortar la lechuguilla como una actividad campesina regional vigente.

Explica un socio:

El gobierno tiene la idea de que los campesinos de lechuguilla ganan mucho, pero no se dan cuenta que la familia es quien trabaja y no se les paga. También se gasta en los traslados, combustible, tiempo... Además, el gobierno cada

vez pide más permisos y requisitos para cortar la lechuguilla (entrevista a profundidad, El Dexthi, Ixmiquilpan, 11 de febrero de 2015).

En las tres cooperativas, la división de las tareas y el acceso a los recursos naturales se enfrenta a dinámicas de poder entre los miembros del hogar. Regatean usando distintas estrategias: no disputando los recursos prioritarios como en Las Manzanas, buscando aliados, como sus hijas e incluso esposos con relativa autoridad o jerarquía, renegociando tiempo y actividades en contraprestación o reforzando las actividades atribuidas a su género, como el cuidado y la alimentación. Sin embargo, la alternativa del acceso directo a la propiedad, como se observa, es más lejana porque les demanda recursos (dinero) no disponibles. A pesar de no poseerlas legalmente, las socias trabajan activamente sus milpas y traspatios.

4.2.2. El proceso productivo en lo colectivo

El proceso de producción de la Milpa Maguey utiliza aguamiel como insumo del néctar. El taller tiene una capacidad instalada de cuatro fogones de gas y seis espejos solares. Para producir, se han organizado en cinco equipos de producción, liderados por cinco jefas: las mujeres que tienen mayor edad y autoridad. Los equipos trabajan un día a la semana, aunque duplican su jornada cuando tienen pedidos extra.

El trabajo en el taller empieza poco antes de las ocho de la mañana. Las jefas verifican la limpieza y la cantidad de gas disponible y pesan el aguamiel que reciben de sus integrantes o de los campesinos de la comunidad. La jefa de equipo es responsable de supervisar la higiene de las socias y proveer los artículos de limpieza general, así como registrar en su cuaderno la cantidad de aguamiel que procesan. En el reglamento se estipula que todas las socias deben “usar: bata, cofia, cubre-boca, uñas recortadas y no usar aretes, anillos o alhajas”. En general cumplen con esta regla de producción, en promedio poco más del 90% de las socias (lista de control de calidad, resumen jefas de equipo, agosto de 2016).

Nieta de una de las socias de la Milpa Maguey, SSS, trabajando el aguamiel



Foto 17. Fuente: Fotografía propia, septiembre de 2014.

El néctar se elabora deshidratando el aguamiel: 90% de este es agua y 10% es néctar. El aguamiel se hierbe aproximadamente por seis horas. Durante el proceso, filtran el aguamiel, lo vierten en las ollas y mueven. Esta actividad requiere constante monitoreo hasta lograr la consistencia y los grados brix necesarios para su control de calidad (ver Anexo 2). Este proceso puede variar en tiempo, dependiendo de la dulzura del aguamiel y del tipo de maguey. Un aguamiel más fresco y dulce tarda menos tiempo en ser procesado. Una vez que termina el proceso, todas limpian el taller. Concluyen su trabajo cerca de las 4:30 de la tarde, después de ocho horas. Este proceso se realiza con gas.

El proceso con energía solar es más costoso en tiempo y menos efectivo, razón por la cual desde 2013 decidieron utilizarlo parcialmente. En los últimos cinco años, el grupo ha buscado hacer más eficiente el proceso y se ha capacitado en control de calidad y prácticas de limpieza. El néctar tiene mayor aceptación y es más homogéneo en color y consistencia. La producción hasta la fecha solo tiene un límite: las condiciones climáticas. Si llueve no es posible raspar y procesar, ya que el aguamiel contiene más agua y su proceso consume más gas.

Espejos solares en la Milpa Maguey Tierno de la Mujer, SSS.



Foto 18. Fuente: Fotografía propia, abril de 2008.

En 2010, el taller albergó a veintiún hogares, con una capacidad productiva respaldada por 60 hectáreas. Tenían plantados 17,350 magueyes, de los cuales 1,690 eran magueyes maduros para rasparse (casi 10% del total). La disponibilidad de aguamiel fue de 26,405 litros, de los cuales 10,823 los vendieron a intermediarios y el taller compró 6,198 litros (23% del total disponible); 1,080 litros se destinaron al consumo doméstico. Para el año 2013, la disponibilidad de magueyes menguó principalmente por la plaga torito. La capacidad de siembra del grupo se mantuvo cerca de las 61 hectáreas. Los magueyes plantados se aproximaron a los 17,150, mientras que los maduros aumentaron a 2,050. La producción de aguamiel se mantuvo cerca de los 26,500 litros anuales. El consumo de aguamiel de la cooperativa se incrementó cerca del 20%; fueron necesarios anualmente cerca 13,000 litros de aguamiel. El aumento en la demanda del aguamiel se originó por

un incremento de más del 25% en la comercialización del néctar. Aun con las citadas condiciones, los hogares conservan alrededor de 950 litros de aguamiel para autoconsumo. Esta situación incrementó el ingreso de las familias no solo para las socias, sino también para los vecinos que proveen de aguamiel al taller y cumplen con las normas de producción orgánica que necesita la cooperativa. El grupo paga un sobreprecio, a 1.5 pesos el litro de aguamiel, mientras que el de los intermediarios oscila entre 1 y 1.3 pesos.

La necesidad de disponer de magueyes para el aguamiel en el taller ha llevado a las socias a tener mayor conciencia sobre su manejo. Explica la señora Yolanda Díaz: “luego que me llega el dinero de las ventas del grupo, compro maguey, porque si no nos quedamos sin planta y hay que cuidarlos también por la plaga” (entrevista, 2 de agosto de 2014).

La necesidad de cuidarlo no se limita a la voluntad individual de las socias. El reglamento grupal obliga a reforestar con al menos 50 magueyes anuales en las parcelas familiares registradas en el grupo. En los hogares y la comunidad, ha ido cambiando la percepción sobre el trabajo de las socias en el taller. Esto se debe a varios factores: la cooperativa fomenta el cuidado del maguey, las socias ganan un ingreso frecuente y se compra aguamiel a los campesinos a un sobreprecio, aunque esta última variable depende de los pedidos del grupo; como regla, primero se compra el aguamiel de las socias.

Las cooperativas y los hogares interactúan de múltiples formas. Una de ellas es a partir de las decisiones de reforestación en las milpas familiares. El grupo ha formado un sistema de control interno, en el cual tres socios supervisan que las milpas registradas no usen químicos y sean abonadas. Estas son prácticas ya conocidas entre los campesinos, pero se han hecho más frecuentes entre las socias. De este modo, el manejo campesino de la milpa es un sistema que, si bien se refuerza por la costumbre de las experiencias, también se abre a la posibilidad de nuevas estrategias, siempre y cuando estas no pongan en riesgo lo poco que les permite el temporal. Esta interacción es cuidadosa ya que, aunque el comité interviene en las milpas familiares a través de las normas de reforestación, abono y no uso de químicos, existe respeto implícito por las decisiones que se tomen al interior de los hogares (normas no formales). Se busca que no haya confrontación con los esposos o familia. Las normas de manejo orgánico propuestas no se contraponen con el manejo doméstico de la milpa, aunque demandan más tiempo en la parcela y que las mujeres tomen decisiones sobre ella, pero no se requiere mayor inversión monetaria.

Como resultado de los talleres de capacitación para la producción, el grupo ha mejorado el uso de las instalaciones y el aprovechamiento del aguamiel (ver Anexo 3). Así, en dos periodos consecutivos se incrementó el aprovechamiento del aguamiel en un 69% en promedio (aunque los equipos presentan tasas de aprovechamiento variados). Las reglas de producción sugieren una cantidad mínima de aguamiel tal que no pierdan en el uso del gas (que es el insumo más costoso en el proceso).

El control de la producción y los costos son compartidos en la cooperativa y registrados por cada jefa de quipo y administrados por el comité (presidenta, secretaria y tesorera), cuyas integrantes distribuyen pedidos, ganancias y costos. Las reuniones de distribución de los ingresos y gastos son el espacio propicio para analizar su situación económica y productiva, expresa la señora Hortencia: “lo que más nos preocupa es el precio del gas, sube cada mes y nosotras no podemos subir nuestro precio, hemos mejorado y trabajamos, pero ¿cuándo será el día en que despeguemos?”.

Debido al constante incremento del gas, en 2008 se introdujo el uso de espejos solares. Para las socias esta técnica no es eficiente. Las conclusiones sobre la utilidad de los espejos fueron tomadas después de cinco años de experimentación. El excesivo tiempo de trabajo no compensa el ahorro de gas. Esta preocupación supera a la de los efectos ambientales de la plaga, los regañíos de los esposos e incluso las dificultades burocráticas que enfrentan ante el Registro Agrario Nacional o el sistema hacendario.

La práctica organizativa y productiva se sustenta en la experimentación: si una norma no funciona, se estudian las razones y se cambia de estrategia. En el grupo, las normas sobre el uso de los bienes colectivos y la calidad de la producción son discutidas y negociadas en asamblea, aunque para algunos equipos acatar las normas toma tiempo. Las responsables de vigilar el control de calidad de la producción y el cumplimiento de los acuerdos son las jefas de cada equipo. Pese a los errores que comúnmente tienen en el proceso, en general estos son menores y no implican altos costos. Sin embargo, si se infringe una regla frecuentemente, entonces el comité actúa de manera directa castigando la venta de dicho equipo.

En Las Manzanas realizan cinco productos diferentes: jarabes, pomadas, jabones, tinturas y pan (aunque este proceso tiene un lugar específico). A pesar del almacén para las plantas medicinales, no todas están disponibles todo el año, así que planean su producción por estaciones y por la cantidad de jarabes almacenada disponible para vender. En promedio trabajan un día al mes. En la Unión de Mujeres “todas hacen de todo”, ya que consideran que es “mejor ayudarse entre todas”. Eso no significa que todas dominen el manejo de las plantas: son las mujeres con mayor conocimiento sobre las plantas quienes guían el proceso.

Doña Vicenta es la que más sabe de plantas. Explica: “como es medicina la que hacemos, conviene trabajar algunos días en que la luna sea más buena y evitar otros días porque la luna no favorece” (entrevista individual, Las Manzanas, Tlahuiltepa, 13 de junio de 2013).

Socias de la Unión de Mujeres San José de las Manzanas, etiquetando los jabones



Foto 19. Fuente: Fotografía propia, febrero de 2013.

Las socias destinan un día completo para la producción. Inician a las 8:00 de la mañana y terminan a las 4:30 o 5 de la tarde. Sin embargo, su día inicia más temprano, porque la mayoría de las mujeres antes de llegar al taller ya han preparado el desayuno, la comida y las tortillas para la familia. El proceso de elaboración de jarabes consiste en preparar infusiones que servirán de base para concentrar las propiedades de las plantas. Las tareas radican en proveer la planta y verificar que esté disponible en cantidad y calidad en el almacén, seleccionar las partes de la planta que utilizan, hervir el agua y agregarle las plantas dependiendo de sus cualidades. Por ejemplo, las cortezas son las primeras en mezclarse, posteriormente se agrega la planta “débil” o verde. Una vez que el té está listo, se le adiciona una fuerte cantidad de azúcar, miel o piloncillo (dependiendo del tipo de jarabe), se deja hervir poco más de seis horas y reposa toda la noche. Al día siguiente es colado

y se almacena, para posteriormente envasarse. Durante todo el proceso los cuidados de limpieza son indispensables.

El procedimiento para la elaboración de pomadas consiste en poner al fuego la vaselina que sirve como base. Se calienta en el fogón, son incorporadas las plantas verdes directamente ya doradas y adicionan la planta más seca. Dicha mezcla se mueve continuamente hasta que toda la planta esté dorada. La mezcla se cuela y agregan alcanfor (cuando sea el caso). Una vez que la mezcla se entibia, es envasada. La elaboración de los ungüentos toma entre una y media y dos horas, sin embargo, la preparación de las plantas, la limpieza del taller y el envasado de los tarros prolonga el tiempo de trabajo.

Secado de los jabones. Unión de Mujeres San José de las Manzanas



Foto 20. Fuente: Fotografía propia, febrero de 2013.

Para la preparación de jabones, las socias reparten el jabón Zote para rallarlo en sus casas. Las socias recolectan de manera individual las plantas en el monte o las proveen de sus traspatios. En el taller calientan el agua para verter las

plantas dependiendo de su calidad, mantienen el té hasta que el agua hierve y lo dejan reposar. A esta mezcla se adiciona el jabón previamente rallado espaciadamente, ya que causa un fuerte picor. Cuando la mezcla se entibia, es amasada y colocada en moldes. Los dejan secar por poco más de quince días, dependiendo del clima: si hay mucha humedad, requerirán más de un mes para estar listos. El grupo ha decidido pagarse los días trabajados a los precios del jornal en la región, que corresponde a 100 pesos por socia, independientemente de la producción realizada.

En caso de que alguna socia no pueda asistir y justifique su falta, la situación se discute en colectivo y deciden el pago que le corresponde. Además del pago por trabajo, al final del año reparten las ganancias sin descuidar el fondo que permite la compra de insumos y el mantenimiento de su taller. Los recursos provienen de la comercialización de la medicina, mientras que la elaboración y venta de pan no genera los suficientes ingresos para pagarse los jornales, aún menos para repartir excedentes. Sin embargo, tiene mayor movimiento y contribuye a que las socias y sus familias lo consuman.

En El Doní trabajan un día a la semana o al menos un día al mes en la producción de champuses. En el caso de que tengan pedidos grandes, extienden sus días de trabajo. Tienen una capacidad de producción máxima de 100 litros de champú diarios. Con la demanda del 2015, procesan en promedio 50 litros mensuales, que representan 160 piezas de champú de 450 ml. Realizan tres tipos de champú ya que son los que presentan mayor demanda, aunque poseen ocho recetas para elaborar diferentes tipos de champú. En el proceso de trabajo dedican al menos una jornada laboral de ocho horas.

El proceso de producción inicia con la recolección y limpieza de planta hecha con anticipación. Utilizan plantas secas o con menor cantidad de agua. En al menos dos reuniones de capacitación (septiembre de 2013 y agosto de 2014), se ha insistido en la importancia de los cuidados del manejo de planta, por ejemplo, secarla a la sombra, lavarla con cuidado, aprender a cortarla, usar la cantidad de planta exacta y evitar la saturación en el champú. Tales prácticas se han incorporado al proceso productivo. La división de las actividades no está definida y obedece a las capacidades de las socias. Debido a su edad, los socios más jóvenes se encargan de las tareas más pesadas, como cargar los insumos o mover las preparaciones.

Por cada cinco litros de agua se utilizan 550 gramos de diversas plantas como base (romero, sábila y lechuguilla), y 300 gramos de las plantas son el extracto (por ejemplo: chile, jitomate, órgano picado, cáscara de nuez u orégano). La primera etapa consiste en pelar y cortar las diversas plantas. Se utilizan principalmente tallos y se evita el uso de la raíz para prevenir la deforestación. Una vez que la planta está limpia, seca y cortada, es separada y pesada de acuerdo a la cantidad de agua que se procesa. Primero se pone a hervir la base del champú que integra tres plantas (sábila, sangre de grado, lechuguilla); una vez que estas hierven, se agregan los extractos naturales que darán el nombre y las propiedades al champú, sea de jitomate, organogal, mixto, chile, etcétera. Este segundo momento de ebullición se mantiene durante diez minutos. Una

vez que concluye el tiempo de ebullición, empiezan el proceso de colado de la sustancia; el líquido se cuela varias veces para evitar restos de la planta. Posteriormente agregan los conservadores químicos y las sustancias jabonosas que le darán consistencia. Las sustancias que se adicionan requieren de mucho cuidado ya que se manejan líquidos a altas temperaturas y pesados.

Producción de champú en el grupo de El Doní, el Dexthi, San Juanico



Foto 21. Fuente: Fotografía propia, 2014.

Al igual que los otros dos colectivos, El Doní destina al menos dos horas a la limpieza y un medio día adicional al envasado del champú. En la limpieza todas participan, mientras que para el envasado y etiquetado se dividen las tareas entre las vendedoras más activas. Pero, a diferencia de los otros dos grupos, la distribución del pago por el tiempo de trabajo y la ganancia en el grupo El Doní opera en función de la cantidad de piezas que venden. Cada socia y socio, además de ser productores, también venden su champú; a medida que venden, aumenta su compensación por trabajo y ganancia. Este grupo paga cerca del 50% del precio del producto a la fuerza de trabajo y la comercialización; de esta forma, incorpora al trabajo remunerado las actividades de comercialización y evita el riesgo de que se repita su experiencia con LAMSSS (que los socios no trabajen en la comercialización).

4.2.3. La generación de valor y los componentes del precio

Los precios de todos los productos se determinan a partir de los costos. Para el análisis de los precios hemos clasificado los tipos de costos. Se identificaron los costos de los insumos que se producen con recursos locales, los cuales se refieren al aguamiel, las plantas medicinales y al trabajo que implicó su procesamiento. Este trabajo es de carácter colectivo, es decir, se realiza en los talleres. También se identificaron los costos de insumos que se producen fuera de las comunidades; a estos se les llama costos foráneos y se refieren al pago del gas, etiquetas, envases y costos de traslado. A partir de esta clasificación se realiza el análisis de los componentes del precio.

En las tres cooperativas utilizan recursos locales y foráneos que son producidos en los hogares y las cooperativas (ver Anexo 4). En la Milpa Maguey, el 48% del precio del néctar remunera a los insumos locales que se trabajan de manera colectiva. El 15% del precio paga los insumos que se realizan en la esfera doméstica. El 63% del precio puede pagar a los recursos locales, es decir, el trabajo de las socias y el costo del aguamiel. Y el 37% del precio se destina a pagar insumos foráneos, es decir, aquellos que se adquieren fuera de la comunidad: 25% corresponde al pago del gas, 9% a los envases y 3% a las etiquetas.

En 2011, el 31% del precio del producto final correspondía a compra de insumos foráneos; para 2014, este porcentaje aumentó a 36.63%. Esto se debe principalmente al incremento en el precio del gas. La revisión continua de los costos de producción ha sido una práctica que ha permitido al grupo tomar decisiones sobre las ventas e identificar su margen de ganancia. Las encargadas de estas actividades son la presidenta, la secretaria y la tesorera, que en general son mujeres con estudios de secundaria y habilidades contables desarrolladas en la práctica (Soto-Alarcón, 2011).

En El Doní, 58% del precio del champú se produce con recursos locales (el 2% corresponde al pago por las plantas

en la unidad familiar). El 56% se produce en las instalaciones colectivas. El 42% se destina para pagar recursos foráneos (11% para el gas, 9% para insumos químicos, 17% para envasado y 5% para la compra de etiquetas). La compensación del tiempo de trabajo remunerado a las socias se calcula sobre el precio de un jornal (100 pesos en la región). En el proceso de producción participan cuatro socias. En las ganancias, las socias incorporan un pago extra por el tiempo que destinan a la venta y este representa poco más del 50% del precio del producto. El grupo no descuida su fondo para reinversión, el cual está incorporado en el pago de insumos, etiquetas, envases y gastos de mantenimiento. Los integrantes necesitan incrementar su venta, refiere uno de los socios:

De ganancias hemos visto muy poco porque casi no se vende mucho el producto en las localidades cercanas. Solo tenemos pedido con la organización Semilla de Maguey, que lo está promoviendo fuera de la comunidad y en las ciudades. Pensamos que en las ciudades se puede pagar un precio más alto, porque entre la gente de aquí casi no se vende. Tenemos ventas por cuenta del grupo de apenas 200 pesos al mes. Es muy poco. Estamos esperanzados que promoviéndolo fuera se puedan tener más ganancias (FDG, 7 de agosto de 2013).

En Las Manzanas se analizó el precio del jarabe más caro. El jarabe denominado Tejocotito se produce 50% con recursos locales y 50% con recursos foráneos. Los hogares aportan el 1% del precio y la esfera colectiva el 49% (incorpora remuneración del trabajo y ganancia). Los recursos foráneos que representan el gasto más alto son la provisión de insumos. En el proceso de producción de las pomadas, el 48% de su valor se destina a pagar los recursos locales, mientras que el 52% se destina para pagar recursos foráneos.

Este porcentaje varía de acuerdo al tipo de producto. Los jarabes que dan mayor margen de ganancia al grupo son los jarabes Penquita y Tejocotito, que proveen un margen de ganancia del 25% y el 40%, respectivamente (para el 2014). En tanto, las pomadas en promedio les generan el 23% de ganancia. La generación de recursos está supeditada a la venta de la medicina y al mantenimiento de la planta. Simultáneamente, el grupo ha buscado mantener una producción sustentada mayoritariamente en recursos locales y trabajo colectivo en todas las facetas del proceso.

4.2.4. La interfaz: espacios para el ejercicio de la subjetividad individual y colectiva

En los tres colectivos han existido procesos de intervención de organizaciones civiles y gubernamentales y de universidades que han contribuido en los procesos de producción. En la Milpa Maguey, universidades y escuelas técnicas han colaborado a partir de prácticas profesionales y capacitaciones. La Escuela Bancaria y Comercial (EBC), la Universidad LaSalle, la Tecnológica del Valle del Mezquital y la Autónoma del Estado de Hidalgo han enviado estudiantes al taller, mientras que el CebeTha de El Tephé ha capacitado al grupo para procesar el néctar desde sus inicios. Con al menos cuatro cursos de distintas temporalidades, las socias han logrado ganar calidad y confianza en su proceso productivo.

Las socias manifiestan sus logros productivos:

Nadie más que nosotras sabemos cómo se trabaja la miel. Es cierto que vienen los estudiantes y quieren trabajar, pero deben trabajar lo que nosotras hacemos y darnos ideas para mejorar. Está en nosotras la forma de llevarlo a cabo (FDG, Milpa Maguey, junio de 2014).

La capacitadora del CebeTha expresa:

El curso se dio durante un mes de las 8:00 a la 1:00 de la tarde. Les enseñé a medir la miel para no gastar gas extra y aprovechar la consistencia. Hicimos muchas prácticas. Las mujeres siempre tuvieron ganas de trabajar y de aprender (entrevista a profesora del CebeTha Tephé, Ixmiquilpan, agosto de 2013).

Capacitación para el uso de computadoras en la Milpa Maguey



Foto 22. Fuente: Fotografía propia, 2014.

Los procesos de capacitación no se limitan al ámbito productivo en el taller. También se refieren al manejo del maguey en las parcelas. Instituciones como la Conaza, y las secretarías del Medio Ambiente federal y estatal han promovido proyectos de reforestación del maguey y de construcción de bordos y presas filtrantes como parte del empleo temporal en la región. Este tipo de intervención se da en la esfera de los hogares, aunque las cooperativas se benefician contando con mayor disponibilidad de planta o empleo remunerado durante un tiempo.

El grupo era muy receptivo a la colaboración con los programas del gobierno. Hemos trabajado reforestaciones, producción orgánica y temas de equidad de género. Son mujeres muy hábiles en la reforestación y en los principios de equidad (entrevista a la encargada de despacho de la Secretaría del Medio Ambiente para los programas de equidad de género para octubre de 2008, agosto de 2016, Pachuca, Hidalgo).

Los encargados de supervisar los proyectos de la Milpa Maguey destacan que es un grupo responsable que cumple con lo proyectado, justifica su trabajo y es transparente en el manejo de recursos. Otro factor que influye en los procesos de interfaz lo conforman las personalidades de las socias y los liderazgos al interior del grupo y frente a los colectivos que los visitan.

En los grupos existen liderazgos con capacidad para mediar las propuestas de intervención. Si alguna institución intenta imponer algún criterio, la estrategia del grupo ha sido escuchar su propuesta y debatirla posteriormente en asamblea y sin ningún intermediario. Se discute en hñähñú y, una vez que se llegue a un acuerdo, este es comunicado a la institución o colectivo. Difícilmente las respuestas son inmediatas; todas las propuestas se debaten en reuniones generales, independientemente de la urgencia con que se presenten (observación participante).

En Las Manzanas, debido principalmente a su lejanía, la relación con instituciones ha sido más limitada que la de la Milpa Maguey, aunque se han vinculado con organizaciones civiles y políticas, escuelas y el municipio. Por ejemplo, ERRAC ha trabajado con el grupo desde que este inició, Nuhuseje, A. C. las ha invitado a participar en ferias y ocasionalmente envía voluntarios y la Unión Nacional de Trabajadores Agrícolas (UNTA) elaboró un proyecto con el que adquirieron su panadería (aunque la opinión de las socias sobre dicho proyecto no resultó positiva). Sin embargo, los apoyos de producción en las parcelas para mejorar la provisión de insumos han sido limitados. ERRAC se ha ocupado de la capacitación para el uso y reproducción de plantas locales. Con la intermediación de esta organización, el Instituto Politécnico Nacional (IPN) durante 2000 y 2002 y la UAEH en 2006 lograron identificar cerca del 60% de las plantas medicinales y experimentaron para evaluar la efectividad del jarabe Penquita. De acuerdo al estudio de la eficacia en la salud humana del jarabe Penquita referido en la tesis de Licenciatura “Estudio Etnofarmacológico de las diferentes especies endémicas de agave en la medicina tradicional del Estado de Hidalgo”, los científicos encontraron que este tiene propiedades curativas contra el cáncer de garganta (Ayón, 2007).

Para las socias de Las Manzanas, los costos del transporte complican la construcción de vínculos de mediano y largo plazo y el intercambio de experiencias. A pesar de ello, las reuniones bimestrales que se organizan en una incipiente red

entre cinco colectivos de producción, en la que participan Las Manzanas, Milpa Maguey y El Doní, han contribuido para motivar el diálogo con otros grupos y promover su venta. Además, pertenecer al grupo y mantener un espacio físico exclusivo para sus reuniones les favorece. Algunas socias explican:

Antes ni nos conocíamos, cada quien [*sic*] en su casa y ni nos veíamos, ahora hasta diario estamos juntas. Si no nos vemos un día o dos ya nos extrañamos. Si porque ya estamos planeando, hoy vamos a hacer esto y mañana lo otro. Hasta para los convivios, para convivir en nuestro grupo[,] o sea con la demás gente del pueblo, convivimos[,] ya hay más divertimento. Se ve uno más con las amistades y antes nosotras trabajábamos en nuestra casa todo el tiempo cerradas, nada más de la casa ir a traer agua al drenaje, ir a lavar ropa (Gil y Sánchez, 2013, p. 84).

Las Manzanas ha delimitado su actuar frente a otros agentes. En caso de que la intervención no les satisfaga, deciden no continuar con la propuesta. Durante 2007 y 2008, el grupo fue visitado por voluntarios para elaborar jabones y tinturas con mejor presentación, pero con insumos más caros. Aunque los productos tenían mejor presentación, el gasto excesivo en compra de insumos y el tiempo de trabajo invertido limitó la producción. Dichos productos tenían una baja concentración de plantas medicinales, por ello las socias no continuaron con la producción de dicha medicina.

En El Doní, los procesos de interfaz están presentes desde su formación en la llamada “transferencia de tecnología” del Instituto de Química de la UAEH y LAMSSS (Díaz *et al.*, 2005).

Con el maestro Filardo nos entendimos bien. Nos abrió las puertas de su laboratorio, nos enseñó y apoyó en cuanto pudo. Después de que terminó la capacitación, me dijo: “Si necesitas algo, un estudio, me visitas”. yo muy pocas veces fui después, pero siempre estuvo abierto a ayudarnos aun después que se terminó LAMSSS (entrevista a socia fundadora, 23 de agosto de 2013).

También se vincularon con el laboratorio de edafología de la UNAM desde 1996, cuando inició un proyecto de reforestación y mejoramiento de los suelos. Dicha institución mantiene un laboratorio para estudiantes. Se relacionan con la presidencia municipal de Ixmiquilpan como artesanos para exponer sus productos y con organizaciones como ERRAC, Nuhuseje y el Centro de Estudios Económicos y Ambientales. Con dicha interacción han mejorado sus prácticas

productivas, aunque también se sienten más desconfiadas de aquellos actores que les proponen cambiar su forma de trabajo: “En LAMSSS aprendimos a tener cuidado de los demás y sí hemos sido muy desconfiadas, principalmente de aquellos que quieren que nos demos de alta en Hacienda y que mande sin hacer el trabajo que les toca” (FDG, 2 de agosto de 2013).

Capacitación en el taller de El Doní: Lic. Enrique Gómez de ERRAC



Foto 23. Fuente: Fotografía propia, 2007.

Capacitación para mejorar la calidad del champú, en el grupo de El Doní



Foto 24. Fuente: Fotografía propia, 2014.

De las capacitaciones realizadas con organizaciones civiles, las socias de los tres colectivos explican:

Las capacitaciones me han servido porque hay cosas que desconocemos. Falta capacitación en el proceso de elaboración de los productos. También hemos aprendido, por ejemplo, del comercio justo: ahora sabemos que no es necesario tener una gran cantidad de producto para vender y exportar, sabemos que se puede apoyar en los mercados a los pequeños productores. Eso sí que nos hace falta (FDG, 15 de octubre de 2013, San Andrés Daboxtha, Cardonal, Hidalgo).

Las prácticas aprendidas de las acciones colectivas las han hecho sentir más seguras de su saber y trabajo. Al menos en la situación de las mujeres de mayor edad, expresa una socia fundadora de El Doní:

Con toda honestidad, el cambio de mi vida ha sido muy favorable. He intercambiado con otras personas, me he desenvuelto mucho, me gusta hablar, enfrentar a la gente, lo que quiero decir lo digo gracias a la capacitación como representante legal. Por ejemplo, ahora vengo regresando de México. Estuve ahí cantando en hñähñú (entrevista a profundidad, 21 de junio y 23 de agosto de 2013, El Dexthi, San Juanico, Ixmiquilpan, Hidalgo).

Sin embargo, en el manejo de los recursos naturales, los socios y las socias del grupo de El Doní no han emprendido prácticas de reforestación: exclusivamente cuidan la lechuguilla, pero las plantas silvestres, como la sangre de grado, no son sujeto de cuidado, aunque la sábila se provee de sus traspatios y su reforestación es supervisada.

Las prácticas de cuidado del entorno natural promulgadas por las tres cooperativas han mostrado cómo las subjetividades de género, la normatividad legal y las costumbres, así como el contexto cultural, son variables que intersecan el acceso y uso de los recursos naturales para producir excedente colectivamente.

CAPÍTULO V

La economía campesina moral comunitaria para la provisión de medios sustentables de vida

Introducción

Desde inicios de la década de 1980, las mujeres se han incorporado a actividades que tradicionalmente eran realizadas por los hombres en el México rural. Este cambio fue motivado por los efectos de los programas de ajuste estructural impulsados después de la crisis de deuda de 1980 y la firma del Tratado de Libre Comercio con América del Norte, que redujeron el rol del gobierno y abrieron el sector agrícola a la competencia del mercado internacional (Quintana, 2000). Estos cambios fortalecieron la producción de exportación y concentraron la riqueza, pero empobrecieron a la población rural, que sufrió por la falta de una vía alternativa para la provisión de medios de vida (De Grammont, 2001; Polaski, 2004). Ante esta severa tensión, muchos hogares rurales han diversificado estrategias de sustento. Una de ellas ha sido la emigración masculina (Rivera y Quezada, 2011). En las zonas con pocos hombres en edad de trabajar, las mujeres que se quedan han tomado más responsabilidades en sus hogares y en las comunidades, incorporándose a la realización actividades agropecuarias sin por ello abandonar las actividades domésticas (Appendini, 2010).

Esta tendencia de integración de las mujeres a los esfuerzos del desarrollo ha sido ampliamente reconocida no solo en México, sino también en la arena internacional, desde el Año de la Mujer en 1975. Las mujeres fueron consideradas “un recurso no explotado que puede contribuir al desarrollo económico” (Moser, 1989, p. 1800). El enfoque de eficiencia que reconoce a las mujeres como actores individuales promotoras del crecimiento económico y con capacidad de erradicar la pobreza empezó a ser relevante en las políticas públicas (Bonfil y Del Pont, 1989; Kusnir *et al.*, 1997; Riquer 1997; Chant, 2008). El Plan de Compensación que se introdujo en 1988 en México (Barajas, 1997) es un ejemplo de este tipo de políticas instituidas para facilitar un mayor rol de las mujeres en el desarrollo. Uno de los programas iniciales que derivó de dicho plan fue Mujeres en Solidaridad, bajo el Programa Nacional de Solidaridad (1988-1994) (Mingo, 1997). Mujeres en Solidaridad subsidió el capital inicial y promovió el rol productivo de las mujeres a través de proyectos que generaran ingresos usando la estrategia grupal (Angulo, 2000).

Los proyectos generadores de ingresos fundados por el Estado frecuentemente no sobreviven sin su financiamiento (Pérez *et al.*, 2008). Estudios existentes han propuesto algunas explicaciones de sus fallas. Primero, dichos proyectos operaban bajo restricciones estructurales para las mujeres: falta de recursos (tierra), bajos niveles de educación, falta de capacitación e inequidades en la competencia de mercado (Buendía *et al.*, 2008). Estas limitaciones no facilitaron el trabajo de los grupos de producción femeninos, ya que no contribuían a la producción para el sustento en sus hogares y, en consecuencia, su trabajo se devaluaba. Segundo, estos proyectos exclusivos de mujeres, al excluir la participación masculina, sobrecargaban el trabajo hacia las primeras y no les permitía enfrentar la masculinidad hegemónica en el hogar (L. Martínez *et al.*, 2005). Así, estos proyectos exacerbaban las relaciones de género tradicionales y la división del trabajo al interior del hogar (Loza-Torres y Vizcarra-Bordi, 2014). Tercero, los proyectos impusieron necesidades externas a las mujeres, consideradas como actores pasivos, atadas a requisitos burocráticos y a las condiciones dadas en sus hogares y contextos culturales (Angulo, 2000). Dichos proyectos sobrecargan sobre las mujeres los objetivos de los proyectos, lo que los ha hecho insostenibles (Chant, 1996). Finalmente, las mujeres permanecen como la parte cosmética de los esfuerzos para el desarrollo (Monzón *et al.*, 2003). Los proyectos que fracasaban eran frecuentemente criticados por considerar a las mujeres individualmente y no situarlas adecuadamente en sus actividades diarias en los hogares y en la vida comunitaria (Pineda *et al.*, 2006; Riaño y Okali, 2008). A pesar de esta crítica bien estudiada por cerca de tres décadas, las políticas mexicanas continúan promoviendo a los grupos generadores de ingreso que sean autosostenibles y que aporten medios de vida.

Aunque la mayoría de este tipo de proyectos no se ha mantenido en el tiempo (Angulo, 2000), algunos continúan en operación. Tener en cuenta las críticas tiene como finalidad proporcionar un apoyo más eficaz a los esfuerzos de las mujeres socias de los grupos que siguen funcionando y trabajan para lograr medios de vida sostenibles. Las críticas existentes defienden el reconocimiento de las mujeres situadas en la vida cotidiana, dentro de sus hogares y en sus comunidades, que en algunas ocasiones respaldan las operaciones de los grupos.

En este capítulo extendemos el marco de las economías morales de la comunidad, tal como lo describen Tufuor *et al.* (2015), con ideas derivadas del estudio de la economía moral campesina (Thompson, 1971; Scott, 1976; A. Bartra, 2008), con el fin de iluminar las prácticas de género empleadas por las socias de las cooperativas, extendiendo su compromiso moral más allá de sus hogares y produciendo su bienestar propio, además del familiar, el cooperativo, el comunitario y el ambiental.

Abrimos con el marco conceptual. Posteriormente son analizadas las prácticas sustentadas en el mercado y fuera de él que posibilitan la generación de ingresos en las cooperativas. Las prácticas son situadas en los espacios interrelacionados

entre las cooperativas, los hogares y sus comunidades, en tres contextos específicos. Nuestro análisis destaca las condiciones propicias para la continuación de las cooperativas de mujeres subvencionadas inicialmente por el Estado y organizaciones no gubernamentales. La economía comunitaria moral campesina profundiza nuestra comprensión del mecanismo a través del cual las cooperativas de mujeres generan medios de vida sostenibles.

5.1. La economía campesina moral comunitaria

Se recurre a la combinación de aspectos extraídos de los marcos teóricos de las economías comunitarias, la economía moral de los hogares y la economía moral campesina porque centran la atención en el papel de la dinámica intragrupal y en las relaciones de los grupos con los hogares de las socias y las comunidades en las que están integradas las operaciones de las cooperativas.

Aunque las cooperativas fueron inducidas externamente por iniciativa gubernamental, y con el apoyo de organizaciones no gubernamentales, sus orígenes no necesariamente las definen ahora. Las cooperativas se reconocen como economías comunitarias, ya que generan un espacio político y ético de decisión sobre la producción, apropiación y distribución de excedentes para el bienestar comunitario (Gibson-Graham, 2006). Usamos seis coordenadas discutidas por Gibson-Graham *et al.* (2013) para analizar tales espacios: necesidades, excedente, encuentro, consumo, comunes y finanzas. El estudio, guiado por estas variables, ilumina la interdependencia entre actores tradiciones, naturaleza y conocimiento local, aspectos que son fundamentales para la comunidad y para la continuidad de las cooperativas.

Las coordenadas son útiles para examinar cómo se solventan las *necesidades* en los hogares y las comunidades, identificar la producción, apropiación y distribución del *excedente* en los hogares campesinos y en las cooperativas, y analizar el papel del *encuentro* humano y no humano en la construcción del bienestar, además de identificar las formas de consumo asociadas a la sustentabilidad. En las cooperativas y en las comunidades, los *comunes* son cuidados bajo ciertas prácticas; además, en los hogares se generan y destinan inversiones para *financiar* a las nuevas generaciones. El marco de la economía diversa (Gibson-Graham, 2006) complementa la atención tradicionalmente dada a los mercados con sensibilidad a las prácticas no mercantiles que apoyan el funcionamiento de los colectivos.

Las socias y los socios de las cooperativas pertenecen a sus hogares, donde las obligaciones morales de sus miembros son prominentes e interactúan con las prácticas internas de las cooperativas. Trabajar en la cooperativa es una más de las estrategias de sustento de los hogares. Los integrantes movilizan recursos en los hogares para generar excedentes en las cooperativas y distribuirlos en función de sus necesidades. Esta distribución se estructura por las relaciones familiares y de

amor (Fraad *et al.*, 1994) con miras a fortalecer el bienestar familiar (Niehof, 2004). La obligación moral motiva las acciones de los miembros individuales del hogar para mantener una relación duradera basada en la cooperación y la solidaridad al interior de este. La economía moral de los hogares descansa en la proximidad de sus integrantes, los roles y las relaciones sociales, todo lo cual resulta en una ideología explícita de apoyo mutuo, que provee en el largo plazo estabilidad económica (Cheal, 1989). Siguiendo a Tufuor *et al.* (2015), se describen las relaciones entre el compromiso moral de las mujeres con sus hogares y el de otros actores para contribuir al bienestar de las socias, de sus hogares, comunidades e incluso del medio ambiente.

Las cooperativas están incrustadas en comunidades históricamente campesinas donde las nociones de coexistencia y bienestar se sustentan en compromisos éticos y morales enraizados en la identidad indígena y campesina, llamada economía moral campesina (Scott, 1976). La economía moral tiene sus antecedentes en el feudalismo, caracterizado como un sistema jerárquico, donde las personas producen excedentes que son apropiados por el propietario de la tierra y distribuidos a partir de obligaciones morales entre ellos, en un intercambio equilibrado (Scott, 1976) sin la intermediación de los mercados (Fraad *et al.*, 1994). Se identifican dos principios en la economía moral campesina (Scott, 1976): normas de reciprocidad y derecho a la subsistencia. Ambas posibilitan el intercambio, distinguiendo la economía moral campesina de la de los hogares. Primero, las normas de reciprocidad son motivadas por compromisos morales basados en la confianza, la religión, el honor y las actividades campesinas relacionadas con la agricultura a pequeña escala. La reciprocidad implica que “uno ayuda a quien le ayuda” y significa que “el regalo o servicio genera, para el receptor, una obligación recíproca de regresarlo en un valor comparable, en una fecha futura” (Scott, 1976, p. 167) más allá de la familia y de las relaciones de amor. Entrar a las relaciones de reciprocidad más allá del ámbito de los hogares representa una inversión a través de la cual los hogares amplían su consumo futuro y su disponibilidad financiera. La reciprocidad es considerada una obligación, es la base de la vida comunitaria que delimita reglas no escritas en los acuerdos sociales y también penaliza a quienes no cumplen con las normas de reciprocidad. La relación entre reciprocidad y comunidad también es analizada en la economía solidaria. Esta corriente destaca su potencial emancipatorio en la transición hacia sistemas no capitalistas (Marañón y López, 2013).

Segundo, el derecho a la subsistencia, que involucra que “todos los miembros de la comunidad tienen un presunto derecho para vivir de acuerdo a las posibilidades de los recursos locales” (Scott, 1976, p. 176). Esto implica considerar a la tierra como medio de trabajo, y mantener el control del territorio, la propiedad comunal y colectiva de los recursos naturales, así como una economía basada en el bienestar (A. Bartra, 2008). El derecho a la subsistencia en el México rural esta históricamente vinculado a demandas materiales y culturales por la tierra y la autodeterminación indígena y campesina

(Bartra y Otero, 2008). Comprender la economía moral campesina nos permite analizar la relación entre las cooperativas, los hogares y sus comunidades organizadas bajo una estructura jerárquica.

Contrario a la noción común, no se ha discutido en la teoría algo que sugiera una relación entre la supervivencia de largo plazo de las cooperativas y la armonía entre estas, sus miembros, los hogares de las socias y las comunidades en donde se encuentran. Por ejemplo, aunque los hogares usualmente procuren el bienestar conjunto, también presentan inequidades de género en su interior (Sen, 1983) las cuales son sustentadas por acuerdos sociales, cultura, marco legal y costumbres, que contribuyen a delimitar la percepción de la situación de las mujeres en los hogares y comunidades (Agarwal, 1997) y que dan forma a las prácticas de negociación de las mujeres dentro y fuera de los hogares. Se asume que esto aplica para las cooperativas y las comunidades.

Para examinar las dinámicas dentro y fuera de los hogares se comprende el género como un proceso (Butler, 1988). Esta noción de género como proceso se realiza a partir de la repetición de actos individuales y colectivos en contextos. Dicha comprensión nos permite reconocer las dimensiones de género de las prácticas de las mujeres socias que fluyen a lo largo de los espacios: cooperativas, hogares y comunidades. El modelo de Butler también nos permite atender la naturaleza de las contradicciones de las representaciones de género: las prácticas de las mujeres pueden transformar las normas de género, aunque estas mismas prácticas pueden reproducir algunos aspectos de género que critican (Tufuor y Sato, 2017). A través de sus prácticas de género ubicadas, las mujeres definen y promulgan estrategias individuales y colectivas para producir y distribuir excedentes dentro de sus cooperativas, sus hogares y sus comunidades.

Con la formulación elaborada de las economías de la comunidad moral campesina que acabamos de exponer, es posible iluminar las condiciones propicias para la durabilidad de las cooperativas que se producen a través de las prácticas de los miembros individuales y colectivos al interior de las cooperativas, de los hogares y de sus comunidades en un entorno específico.

5.2 Practicando la economía campesina moral comunitaria

Por cerca de dos décadas, las tres cooperativas dirigidas por mujeres se formaron para crear medios de vida alternativos en contextos en los que el principal sustento provenía de la venta de productos locales con bajo valor agregado y con bajos precios (Boege, 1989). Ante la ausencia de los esposos migrantes, las mujeres socias de las cooperativas querían encontrar una alternativa al uso de recursos propios. Esa fue su primera necesidad. La decisión de invertir tiempo en tales actividades implicaba la posibilidad de quedarse en la comunidad y mantener el cuidado de su familia. Comparada con las estrategias

de los hombres (actividades agrícolas y emigración), las prácticas de las mujeres son más diversas y se basan tanto en el mercado como en acciones fuera de él (Tabla 20).

A continuación exponemos nuestras conclusiones en términos de prácticas de mercado y no mercantiles situadas más relevantes para la durabilidad de las cooperativas a través de la lente proporcionada por la economía moral, campesina y comunitaria elaborada anteriormente. Nuestro análisis se divide en tres secciones. En primer lugar, se examinan las prácticas de las cooperativas en relación con los hogares de las socias, las comunidades en las que están integrados, su hogar y su cooperativa y el entorno más amplio. En segundo lugar, analizamos cómo las prácticas dentro de los hogares de las socias contribuyen a las cooperativas. En tercer lugar, estudiamos las prácticas individuales y colectivas de las y los integrantes de las cooperativas en sus comunidades, que a su vez benefician a los colectivos.

Prácticas basadas en el mercado y no mercantiles

<i>Basadas en el mercado</i>
Ventas de las cooperativas
Consumo de bienes locales y servicios: material prima, contratar a cargadores y choferes
<i>No mercantiles</i>
Apoyo financiero gubernamental y de organizaciones no gubernamentales
Conocimiento local: promoción de plantas medicinales y agaves a través de pláticas en escuelas locales y en los hogares
Ampliar los comunes
Flujo al interior de los hogares: cuidado colectivo de los niños en el taller, compartir comida
Finanzas colectivas: Milpa Maguey y Las Manzanas
Apoyo: asistencia de los esposos no remunerada, apoyo emocional, rotación de la ayuda para fiestas familiares, apoyo para el cuidado de la salud en emergencias y tareas comunitarias, provisión de la faena para mantener a las cooperativas, apoyo reciproco para el trabajo en las parcelas
Liderazgo moral: fiestas comunitarias y comités
Reajuste en los roles de género dentro de la casa y en las comunidades

Tabla 20. Fuente: Encuestas, entrevistas a profundidad (2012) y foros de discusión grupal (2014).

5.2.1. Las cooperativas en relación con los hogares, las comunidades y el ambiente

La necesidad colectiva y de los hogares mantenía un interés común, respaldado por una serie de financiamientos de ONGs y del gobierno. En promedio, el 75% de las necesidades de infraestructura de las cooperativas ha sido subsidiada por dichos actores (Gómez, 2013; Díaz *et al.*, 2005). Los socios y las socias han cubierto los costos de infraestructura reduciendo sus ingresos y redistribuyendo excedente para invertir en los colectivos, además, proveen trabajo no remunerado para

mantener las instalaciones. Durante este proceso no ha sido suficiente con los financiamientos y subsidios; también es fundamental el conocimiento local campesino a partir del cual reforestan plantas medicinales y agaves.

La Milpa Maguey ha sustentado su desarrollo colectivo en el uso del aguamiel. Las integrantes iniciaron una serie de capacitaciones para transformarlo en los centros tecnológicos educativos locales. Las Manzanas y El Doní aprendieron técnicas para preservar las plantas medicinales y mejorar su uso con el apoyo de botánicos y mujeres de mayor edad que tenían conocimiento tradicional. Esta capacitación fue ocasionalmente financiada por las cooperativas al dedicar parte de su excedente y compensar a la mujer que las capacitó a partir del trueque (ERRAC, 2002). En las tres cooperativas, tales prácticas fueron enriquecidas con investigación científica realizada por el Instituto Politécnico Nacional (2004) y la UAEH (2006) (Archivos ERRAC). Una socia fundadora de El Doní narró:

Antes la lechuguilla se vendía a granel. No teníamos herramientas y no sabíamos cómo venderla, pero tomamos un curso en la universidad. Nosotros sabíamos plantar la lechuguilla, ya que es nuestra principal actividad desde niños, pero no sabíamos preparar champú (entrevista a socia de El Doní, agosto de 2014, El Dexthi).

En las cooperativas, las socias y los socios trabajaron para mantener las plantas medicinales locales y los agaves y generaron medios de vida valiosos para la biodiversidad en el Alto Mezquital, ya que los agaves contribuyen a reducir la desertificación y mantener agua en el suelo. Las cooperativas han desarrollado prácticas ecológicas que mantienen un balance entre el uso de las plantas y su renovación. Por ejemplo, cada miembro de la Milpa Maguey debe reforestar cierta cantidad de agaves anualmente. En Las Manzanas y El Doní, la mitad de sus socias mantienen semilleros de plantas medicinales. En las decisiones respecto de los recursos naturales, los socios manifiestan la interdependencia entre su vida y el entorno natural.

El nuevo conocimiento fue financiado por actores no vinculados con el mercado y desarrollaron nuevas técnicas productivas tanto en la milpa como en los talleres. Este conocimiento, junto con el conocimiento campesino, permitió a las cooperativas reforestar plantas locales y encontrar usos alternativos para ellas, fortalecer su producción y ampliar los comunes, principalmente vinculados a la reforestación de agaves y plantas medicinales. Antes de las cooperativas, las campesinas trabajaban en sus parcelas familiares para satisfacer la subsistencia de sus familias. Cuando se crearon las cooperativas, con apoyo financiero local y regional, las socias y los socios pudieron mejorar la producción de sus parcelas, con la reforestación se mejoró el aprovechamiento en los hogares, se incrementó el consumo doméstico y el

excedente se destinó al mercado local y a la producción colectiva. Las necesidades de las mujeres, tanto individuales como colectivas, para alimentar a sus familias fueron cubiertas por la producción y distribución del excedente de los hogares. La distribución del excedente de los hogares a las cooperativas se basó en la interconexión de los espacios ocupados por las mujeres en su hogar, en su comunidad y con el medio ambiente.

El conocimiento y las habilidades aprendidas por las mujeres fueron utilizados como inversiones para las generaciones futuras. Promovieron maneras sostenibles de manejar sus recursos naturales locales, por ejemplo, en la siembra de agave, en el uso de plantas medicinales y lechuguilla. Las socias dieron charlas en sus comunidades y en las escuelas primarias locales. Los encuentros entre las socias y las generaciones más jóvenes en las escuelas y con los miembros de la comunidad tenían como objetivo aumentar la conciencia de la importancia de las plantas locales para sus vidas. Aunque estas prácticas no comerciales no parecen contribuir directamente a la producción excedentaria de las cooperativas, las socias representaron estas actividades educativas intergeneracionales como necesarias para sostener el nexo entre la comunidad y el medio ambiente por generaciones como miembros responsables de la comunidad. Los integrantes de las cooperativas identificaron que el conocimiento de las plantas locales satisface una necesidad de subsistencia común a las generaciones actuales y futuras en ausencia de subsidios públicos y remesas.

En las comunidades principalmente indígenas de Milpa Maguey y El Doní, las socias y los socios de las cooperativas promovieron la reforestación y el manejo de agaves a través de las prácticas campesinas de trabajo recíproco en parcelas. Con el trabajo prestado (recíproco), los campesinos de San Andrés Daboxtha y El Dexthi San Juanico se apoyan en la siembra o cosecha; dichas prácticas se han convertido en eventos anuales de la comunidad. Insertadas en las prácticas laborales recíprocas entre los campesinos, las cooperativas expandieron colectiva y colaborativamente los bienes comunes mediante la reforestación con plantas locales junto con otros campesinos. A través de la expansión del trabajo recíproco, las socias y los socios contribuyeron no solo a sus propias cooperativas, sino también a su comunidad y su medio ambiente. Así, la producción de las cooperativas es interdependiente del trabajo no remunerado (faena) de los miembros de la comunidad, lo cual es otra condición propicia para su operación a largo plazo.

Como ya se dijo, la necesidad de los hogares de cuidar a sus miembros y generar mejores medios de subsistencia a nivel local empujó a los residentes con necesidades comunes en las comunidades a iniciar una cooperativa local. Al principio, todas las socias tenían hijos y nietos para cuidar, a pesar de que no vivían juntos. En Milpa Maguey, las socias cuidaban de sus nietos y de otros niños en la cooperativa. Extendían una obligación moral intrínseca a los integrantes de la familia hacia otros niños más allá de sus hogares. Además, tal cuidado fue más allá de la atención infantil en el lugar. Una integrante de Milpa Maguey dijo:

Nosotras confiamos en la compañera para procesar y limpiar el taller. Mantener la cooperativa depende de la responsabilidad compartida. Somos como una gran familia. Cuando una socia tiene un problema y no puede hacer la faena o trabajar, buscamos una solución entre todas, platicando. Pero si ella se ausenta sin ninguna razón, se le aplica el reglamento y paga su falta (entrevista a profundidad, socia de Milpa Maguey, agosto de 2014).

Las prácticas de las socias descansan en la confianza basada en la reciprocidad y las responsabilidades compartidas cultivadas a lo largo de los años, lo que les permitió comprender las necesidades de cada una. Estas cualidades morales también se reflejan en la práctica de ahorro colectivo en Milpa Maguey y Las Manzanas que financian el consumo futuro de las integrantes de las cooperativas. Las socias asignan una cantidad de sus ventas para crear un fondo de ahorro colectivo puesto a disposición de los miembros de los hogares en caso de enfermedad o reuniones familiares. Estas actividades no productivas se presentaron como necesidades en ámbitos en los que el Estado no está presente.

Después de más de quince años, las cooperativas han generado un proceso organizacional y productivo que afecta los niveles de consumo en los hogares de las socias y en las comunidades. En los hogares, los ingresos de las cooperativas han posibilitado mayor consumo de alimentos y servicios educativos para los hijos (entrevistas a profundidad, 2012; foros de discusión grupal, 2014; encuestas socioeconómicas, 2014-2015).

Los ingresos generados en las cooperativas representan en promedio el 13% del ingreso del hogar (Tabla 21). Aunque es menor que las remesas provistas por el esposo, es significativo para los hogares porque es más regular que las ventas de los excedentes de los hogares campesinos, ya que en El Doní la venta de lechuguilla es ocasional y en Milpa Maguey el pulque tiene precios muy bajos, mientras que en Las Manzanas la venta de vegetales es estacional; en tanto, las artesanías que elaboran las socias de El Doní y Milpa Maguey no tienen un mercado regular.

Fuente de ingresos bimestrales de los hogares de las socias

Fuente de ingreso	Producido o manejado por	Milpa Maguey	El Doní	Las Manzanas	Promedios generales
Cooperativas	Mujer	14%	14%	11%	13%
Excedente hogares	Hombre-mujer	10%	48%	2%	20%
Trabajo remunerado	Hombre	12%	21%	15%	16%
Remesas	Hombre	44%	1%	60%	35%
Artesanías	Mujer	2%	5%	0%	2%
Subsidio gubernamental	Mujer	18%	11%	12%	14%
Total		100%	100%	100%	100%

Tabla 21. Fuente: encuesta ingreso-gasto (2014-2015).

Comparadas con las estrategias de los hombres (agrícolas y de emigración), las estrategias de sustento de las mujeres son más diversificadas y con frecuencia en especie: cocinar, cuidar, sembrar y cosechar la milpa con el esposo y vender en el mercado el excedente agrícola producido en los hogares. Su trabajo en las cooperativas permitió un mayor nivel de bienestar de los miembros de los hogares, al mismo tiempo que contribuyó a la reproducción de una subjetividad femenina socialmente reconocida que se centra en su papel de madre: aquella que está obligada a distribuir todos los ingresos obtenidos de actividades de cooperación a toda la familia.

Las cooperativas han tomado decisiones para consumir localmente: El Doní y Las Manzanas consumen materia prima local a precios de mercado y Milpa Maguey consume a precios más altos de los pagados por intermediarios comerciales. Una socia narró: “Aunque no tengamos ventas, compramos el aguamiel a los vecinos, porque sabemos que es uno de los pocos ingresos que se generan en la comunidad. Ellos confían en nosotras. Ayudar a otros también está en nuestra mente” (entrevista a profundidad, socia de Milpa Maguey, septiembre de 2014).

El consumo local de las cooperativas es motivado por el compromiso moral de las socias con sus amigos y vecinos: ellos también necesitan medios de vida. La elección de comprar a empresas locales a precios más altos que los intermediarios comerciales ilustra que la simple maximización de las cooperativas no es el único propósito. La obligación moral dirigida hacia el bienestar de otros miembros de la comunidad es importante para los colectivos. Tales prácticas contribuyen a la reproducción del principio del derecho a la subsistencia en su economía moral. La decisión de los socios y las socias de pagar más por los bienes locales cuando estos son los únicos ingresos posibles de los vendedores reforzó la noción del derecho a la vida en la medida en que los recursos lo permitan (Scott, 1976).

Por años, las cooperativas han sido un espacio que produce excedente y también recrea una subjetividad colectiva diferente. Antes del establecimiento de las cooperativas, el lugar de las mujeres era al interior del hogar y la interacción entre las mujeres y personas ajenas a su contexto familiar se limitaba a fiestas familiares y reuniones religiosas. Las cooperativas ofrecieron un espacio de encuentro individual fuera del contexto de los hogares y encuentros familiares. Aunque las socias enfrentaron resistencia en los inicios por parte de los integrantes de su familia, lograron mantener un espacio sin la supervisión de sus esposos y suegras, que representan la vigilancia tradicional hacia las mujeres en el campo. Para las socias, las cooperativas han sido un espacio en donde se despierta la conciencia colectiva, se brindan apoyo emocional mutuo y se generan condiciones para hablar del rol de las mujeres en sus hogares y comunidades. Por ejemplo, respecto de las ideas compartidas en la comunidad sobre el nacimiento de las niñas y los niños, una socia de Milpa Maguey narró: “No me gusta realmente cuando los hombres me dicen que no soy capaz de tener hijos hombres. Como mujer, me merezco la misma alegría al nacer que cuando nace un bebé niño” (FDG, socia de Milpa Maguey, 2014).

Al repensar las ideologías situadas de género, los miembros identifican desventajas que provienen de las normas de género situadas. Esto ha sido un proceso fundamental para revalorar las necesidades, las estrategias y el trabajo de las socias como mujeres, esposas y madres al interior de los colectivos. Otra socia narró en un foro de discusión grupal:

Nosotras debemos aprender de nuestras compañeras. Puede haber algo en la vida de la compañera de la cual pueda aprender para solucionar un problema. Nosotras reconocemos nuestro valor como mujeres y apreciamos nuestra forma de vida. Esto nos ayuda a resolver los conflictos (FDG, socia de Milpa Maguey, 2014).

Ha sido relevante que las socias y los socios de las cooperativas sean propietarios del espacio que han creado juntos y hablen en él libremente, sin temor a represalias. Esta práctica no basada en el mercado ha proporcionado apoyo mutuo y fortalecido la autoestima. Este fortalecimiento de la autoestima, en combinación con las nuevas prestaciones de género, ha permitido la producción de una deseada subjetividad colectiva que contrarresta las indeseables ideologías de género situadas en sus comunidades. El aprecio por este espacio protegido contribuye a la continuación de las tres cooperativas.

La analogía entre las cooperativas y las familias no lleva consigo la implicación de que todos son iguales o que las relaciones son siempre armónicas. La reciprocidad es obligatoria y obliga a las socias y los socios a dedicar un tiempo de trabajo equivalente. Cuando un miembro no cumple, paga un precio. Narró una socia: “Si ella está ausente sin ninguna razón, le pondremos falta, como lo dice el reglamento” (entrevista a socia de Milpa Maguey). Estas reglas son, en Milpa Maguey, pagar con dinero o tiempo de trabajo adicional por ausencia sin justificación o por producción de jarabe de agave de mala calidad; en Las Manzanas y El Doní las reglas son más flexibles porque tienen menos socios, lo que les permite comunicar sus necesidades y actividades diarias más fácilmente. Además, El Doní identifica las necesidades y las responsabilidades basadas en sus lazos familiares; esto, sin embargo, no significa que el salario de todos sea igual. Expresó un socio de El Doní: “Nuestros ingresos provienen de las ventas. Si mi mamá es mejor vendedora que yo, ella gana más, porque yo no vendo diario” (entrevista, socio de El Doní, 2014). En El Doní, la distribución de los beneficios se basa en una distribución equitativa de la riqueza y en las actividades cotidianas de los integrantes de la cooperativa.

La reciprocidad es un principio obligatorio que trae consigo un costo secundario. Las ideologías situadas de género colocan a las mujeres en un papel en el que deben asumir roles reproductivos sociales para ampliar los comunes, mejorar las actividades campesinas y ampliar el conocimiento para generar mejores medios de vida para las generaciones futuras. A fin de desempeñar adecuadamente sus roles de género en la cooperativa (la reciprocidad en este caso), se exige de las

socias mayor participación en las conversaciones en las escuelas locales y en la formación fuera de su trabajo regular. A pesar de que estas prácticas enriquecen el conocimiento campesino para mejorar su producción y les da apoyo de los miembros de la comunidad, implican dedicar más tiempo de sus ya abrumadoramente ocupadas vidas. Como lo explica una socia: “Soy la primera en despertarme y la última en dormir, porque tengo muchas actividades que hacer” (socia de Las Manzanas, FDG, 2014). Por lo tanto, estas prácticas sociales reproductivas de género no deben ser romantizadas: los principios morales que subyacen de las obligaciones comunitarias y colectivas a las socias les demandan exceso de trabajo.

Las prácticas de las cooperativas son interdependientes de los hogares de las socias, de sus comunidades y entornos e interactúan con la producción de la parcela doméstica, el conocimiento, la generosidad de los miembros e instituciones de la comunidad y los recursos naturales. Estas relaciones, en su conjunto y complejidad, proporcionan condiciones para la continuación de las cooperativas.

5.2.2 Los hogares en relación con las cooperativas

Ahora se analiza el conjunto de relaciones entre los hogares y las cooperativas, a la vez que se discute la contribución de aquellos a la continuidad de estas. Las socias reportan que los colectivos no podrían continuar sin la comprensión y soporte de sus familiares. Sin embargo, el apoyo de estos ha sido duramente ganado. Participar en las actividades de las cooperativas modificó las tareas que realizaban las socias en sus hogares. Dichos cambios causaron tensiones al principio.

Hubo un cambio en el sistema de trabajo dentro del hogar porque tomamos un curso de las 8:00 am a la 1:00 de la tarde.

Era una capacitación intensa. No estábamos en la casa. Tuvimos muchos problemas porque la comida no estaba lista ni la ropa limpia. Esposos y suegras no estaban felices (socia fundadora de Milpa Maguey, FDG, 2014).

Las socias fueron criticadas por sus familiares por no seguir sus roles socialmente asignados en sus hogares. En Milpa Maguey, la resistencia inicial fue mayor principalmente por los bajos ingresos generados en la cooperativa. En Las Manzanas la resistencia de los miembros de la familia provino del bajo estatus asignado al trabajo que las mujeres hacían en la cooperativa. Además, los maridos, que no tenían conocimiento de las plantas medicinales, no veían valor en el trabajo con ellas. Frente a la resistencia familiar, las socias afirmaron que el trabajo cooperativo tendría dos beneficios: vender el excedente campesino de las familias a las cooperativas como materia prima y traer más alimentos con los ingresos

suplementarios que producían. Para lograr la comprensión de los miembros del hogar, las socias tenían que negociar en sus hogares reorganizando el tiempo que dedicaban a las parcelas agrícolas de los hogares y comprometiéndose a distribuir sus ingresos cooperativos a los hogares. Además, las socias ajustaron la administración de sus hogares: “Yo me levanto más temprano y hago las tortillas con anticipación cuando tengo que ir a trabajar. Tengo que explicar a mi esposo mi trabajo” (socia de Las Manzanas, FDG, 2014).

Ciertas condiciones, tales como la prolongada ausencia de los esposos migrantes, la falta de ingreso, el ajuste en las tareas del hogar y el reconocimiento del trabajo de las mujeres en las cooperativas, han sido relevantes para el bienestar de los miembros de la familia. Todo esto ha contribuido para que el trabajo de las socias sea aceptado.

En algunos casos, los integrantes de los hogares ayudan a las cooperativas con trabajo y en otros casos las socias han usado sus lazos familiares para perseguir objetivos colectivos. Una socia fundadora explicó: “Le pedimos ayuda a mi esposo, ya que él tenía una posición en el ejido y necesitábamos una parte de sus tierras para construir el taller. Tomamos ventaja de que era secretario y convenció a los demás miembros” (entrevista a profundidad, socia fundadora de Milpa Maguey, agosto de 2014).

Los integrantes masculinos de la familia, que fueron reconocidos por la comunidad debido a su voz en la asignación de la tierra colectiva, apoyaron la demanda de la tierra de la cooperativa. Los miembros de la familia, como los maridos, no solo eran obstáculos, sino también facilitadores del trabajo de las cooperativas.

Las prácticas antes mencionadas realizadas por las mujeres son de género y contradictorias. Por un lado, alientan a los miembros de la familia a aceptar su trabajo cooperativo, contribuyendo así a los cambios en las normas de género existentes que dictan lo que es aceptable para las madres; por otro lado, aumentaron la carga de trabajo de las socias y, en cierta medida, reprodujeron normas de género para las madres. Sin embargo, tales contradicciones en los roles de género siguen evolucionando. Los cambios en los arreglos de los hogares produjeron nuevas formas de desempeño de género estimuladas por las interacciones entre el hogar y las prácticas cooperativas. Un esposo de una socia expresó:

He visto que su trabajo [el trabajo de su esposa en la cooperativa] ayuda a la familia. Yo trato de ayudar en las tareas de la casa. Algunas veces yo cocino cuando ella está en la cooperativa. También ayudo a pintar las paredes de la cooperativa y cargar cosas pesadas (entrevista a esposo de una socia de Las Manzanas, 2014).

Este esposo, reconociendo los beneficios que fluyen del trabajo de su esposa en la cooperativa hacia el bienestar común de la casa, apoyó a la familia e incluso a la cooperativa. Si bien este caso no es en absoluto universal, sí muestra que los roles de género se están transformando en la vida cotidiana de los hogares de las socias y los socios.

El apoyo de los miembros del hogar es crucial para la continuación de las cooperativas. Este amenaza y aumenta la participación de las mujeres en actividades cooperativas y la adquisición de recursos por parte de las cooperativas, como la tierra. Las actuaciones de género de las socias y los socios de las cooperativas, que reciben apoyo de otros miembros del hogar, también son contradictorias. Cuando se gana este apoyo, contribuye a transformar las normas de género situadas hacia las madres en reconocimiento de su trabajo cooperativo y su contribución a los hogares. Sin embargo, estas transformaciones están delimitadas por las prácticas de negociación diferenciadas por género utilizadas por los socios y las socias de la cooperativa en su hogar y al mismo tiempo reproducen parcialmente las normas de género situadas.

5.2.3. Las comunidades en relación con los hogares y las cooperativas

Las socias de las cooperativas no solo pertenecen a los colectivos y a sus hogares, sino también a sus comunidades. Las socias participan de la vida comunitaria como integrantes de sus hogares y como parte de las cooperativas. En las tres comunidades estudiadas existen reglas no escritas de reciprocidad, las cuales están relacionadas históricamente a la faena como una forma de trabajo diferenciada por género. Faena es trabajo no pagado basado en una división del trabajo por género: los hombres proveen trabajo para plantar y cosechar en las parcelas familiares, mientras que las mujeres forman parte de los comités de padres de familia y limpian las áreas comunes (tales como escuelas y caminos). La faena debe ser realizada por todos los hogares en la misma cantidad y calidad. Esto es una responsabilidad obligatoria para todos los ciudadanos. La mayoría de las mujeres no son consideradas directamente como ciudadanas, porque esta categoría está vinculada a la propiedad de la tierra, y la propiedad de la tierra pertenece a sus esposos; sin embargo, si los esposos han emigrado, la esposa toma su lugar como representante de su hogar en la asamblea del pueblo y se incorpora al trabajo comunitario (Rivera, 2006). Además, las cooperativistas realizan faena en nombre de sus cooperativas: “Somos parte de la comunidad también. Aunque somos independientes de la asamblea, sabemos nuestra responsabilidad. Cuando la autoridad nos pide hacer la faena, nosotras respondemos. Sabemos nuestra responsabilidad” (entrevista a socia de Milpa Maguey, septiembre de 2014).

Para las socias, realizar la faena proporciona un espacio de encuentro con otras personas de la comunidad. Desempeñar la faena ejemplifica que las socias reconocen que su negocio es interdependiente de los servicios públicos (por ejemplo,

el sistema de agua potable y la carretera), los cuales se mantienen parcialmente a través de faenas hechas por miembros de la comunidad. A través de la ejecución de la faena, las cooperativas promulgan el principio de reciprocidad. El papel central que desempeñan las socias en la práctica de la faena es asegurar las condiciones necesarias para la continuación de sus cooperativas, ya que al hacerlo se les reconoce como actores responsables que contribuyen al bienestar comunitario. Dicho esto, la realización de la faena por las socias de las cooperativas no se sustrae de lo requerido de sus hogares. Así, el reconocimiento de las cooperativas por la sociedad aumenta la carga de trabajo para sus socias.

El principio de reciprocidad también se promulgó en prácticas tales como reuniones religiosas y festivas para las cuales los miembros proveen comida y trabajo. Estas prácticas no comerciales entrelazan a las socias y los socios de las cooperativas con sus hogares y comunidades. Una socia narró:

Nosotras [las socias de las cooperativas] nos apoyamos especialmente para las fiestas familiares. Tenemos un registro de quién da tiempo o comida cuando tenemos una fiesta y nosotras debemos regresar la ayuda. Si alguien abusa [no regresa el favor], ella nunca recibirá una ayuda más hasta que pague los favores recibidos (entrevista a profundidad, socia de Milpa Maguey, 2014).

La rotación de la ayuda para las fiestas familiares conocida como *mano vuelta* es ampliamente practicada en comunidades rurales e indígenas. Las socias de Milpa Maguey llevan un registro de las contribuciones; en Las Manzanas, las integrantes no lo llevan, ya que esta noción de reciprocidad descansa principalmente en los lazos familiares; la reciprocidad entre las socias y los socios no depende de si el esposo se encuentra o no en la comunidad. Tales practicas colectivas fuera del trabajo de las cooperativas reducen la carga de trabajo en los hogares y proporcionan fondos de consumo futuro para los hogares y las comunidades, ya que los regalos generan la obligación de regresar cuando una familia lo necesita en, por ejemplo, en momentos difíciles de enfermedad o reuniones familiares. Representa algo que las mujeres deben a la persona que da el regalo. Estas prácticas no mercantiles, incrustadas en arreglos sociales de reciprocidad y solidaridad, ayudan a las socias y los socios a desarrollar una mayor confianza, vínculos y un sentido de familia más allá de sus parientes que proporcionan condiciones para la continuidad de las cooperativas.

Al promulgar compromisos morales para apoyar el bienestar de su comunidad, las cooperativas son reconocidas como actores que trabajan para el bienestar de la comunidad como miembros de la comunidad. Este reconocimiento ayuda a las cooperativas a autorizar proyectos, adquirir materias primas y familiarizarse con las ONG para promover sus

ventas. Por ejemplo, el liderazgo moral de una integrante de Milpa Maguey proviene de su servicio como catequista por más de 20 años; estos compromisos morales también contribuyeron a que fuere seleccionada como representante de la comunidad en el comité de suministro de agua intercomunitario de San Miguel Tlazintla. En Las Manzanas, el liderazgo moral colectivo, en el que la cooperativa apoya las necesidades de la comunidad, se practicaba a través del liderazgo de las socias en reuniones religiosas y también a través de la provisión de medicina natural en ausencia del sistema de salud gubernamental. Además, hubo un miembro que sirvió como consejero municipal. En El Doní, un socio fue secretario en la asamblea general local y otra socia trabajó como catequista durante más de 20 años. Aunque estos roles de liderazgo que algunas socias desempeñaron en la comunidad no fueron elegidos directamente para beneficiar a sus cooperativas, reforzaron la percepción comunitaria de que la cooperativa está comprometida con el bienestar de su comunidad. A partir de esta percepción, las cooperativas obtuvieron apoyo material y financiero que ha contribuido a su continuación. En entrevista, un delegado municipal explicó: “Hemos visto que el trabajo en el taller es productivo y da empleo a las mujeres; como autoridad, yo las apoyo” (entrevista al delegado municipal, Las Manzanas, 2014).

El reconocimiento público de las cooperativas y de sus integrantes individuales comprometidos con el bienestar de la comunidad permitió a los colectivos negociar permisos y proyectos con autoridades del ejido, maestros, miembros activos de la Iglesia e incluso emigrantes retornados que tienen mejores medios financieros o mantienen el control de los recursos comunitarios, como subsidios gubernamentales e intermediación comercial de la producción campesina (fibra de lechuguilla y agave). La socia de Las Manzanas que trabajó como consejera municipal declaró: “Mostré la medicina a las autoridades municipales. Estaba buscando apoyo. Ellos me comunicaron con la oficina de Turismo y el presidente municipal me dio materia prima para mejorar el taller” (entrevista a profundidad, socia de Las Manzanas, 2014).

Poco a poco, la producción y la gestión de los recursos de las cooperativas generaron confianza. Estos ejemplos nos dicen que la participación de las socias en posiciones de liderazgo comunitario y la confianza del público en las cooperativas son condiciones propicias para su continuidad.

5.3. Principales hallazgos

En este capítulo se han descrito las condiciones que pueden ayudar a explicar cómo tres cooperativas dirigidas por mujeres han permanecido en operación por más de 15 años después de la terminación de los fondos que derribaron a la mayoría de otras cooperativas. El camino que este estudio ha tomado es examinar las prácticas de género en los espacios de interconexión de las cooperativas, los hogares de los socios y las socias, y las comunidades en sus propios ambientes

específicos a través de un marco teórico proporcionado por la economía moral campesina y comunitaria. Este estudio ha ilustrado cómo las prácticas cotidianas de las mujeres han producido condiciones que permiten a sus cooperativas seguir generando medios de subsistencia mucho tiempo después de finalizar la financiación pública.

Encontramos que las seis coordenadas éticas sugeridas por Gibson-Graham *et al.* (2013) —necesidades, excedente, encuentro, consumo, bienes comunes y finanzas— son útiles para hacer visibles interdependencias entre las cooperativas y sus contextos. En los tres casos estudiados, estas coordenadas nos permitieron ver las promulgaciones específicas del contexto de las economías de la comunidad moral campesina. Los socios y las socias de las cooperativas negociaron la toma de decisiones sobre lo que cuenta como necesidades. Han manejado sus recursos en el hogar, en las cooperativas y en las comunidades para generar excedentes productivos y utilizarlos para satisfacer las necesidades identificadas en sus empresas sociales, necesidades que van más allá de los intereses de las cooperativas e incluso de los intereses de sus propios hogares, como las reforestaciones y la divulgación de los conocimientos locales sobre el manejo de los agaves.

Las normas de reciprocidad y el derecho a la subsistencia se articulan como principios en los encuentros entre las socias y los socios de las cooperativas con otras personas y la naturaleza dentro de sus hogares, al interior de los colectivos y en las comunidades. El funcionamiento de la reciprocidad es observable en sus prácticas de consumo de materias primas. Los socios y las socias aseguran que los comunes (como las plantas y agaves y el suelo) son atendidos por la reforestación, y comparten sus conocimientos con las generaciones presentes y futuras. Examinando cómo estas seis coordenadas se articulan e intersecan con los dos principios de la economía moral campesina discutidos por Scott (1976), una norma de reciprocidad y el derecho a la subsistencia (Thompson, 1971), comprendimos mejor las prácticas cotidianas de las mujeres en sus cooperativas. Los hogares de las socias y los socios están interrelacionados con sus comunidades. En esta interacción entre los hogares, las cooperativas y las comunidades se construye mutuamente bienestar.

Tanto las prácticas de mercado como las que no están sustentadas en operaciones mercantiles han apoyado la continuidad de las cooperativas. Estas prácticas ocurren entre los hogares y las cooperativas, al interior de las cooperativas y entre las cooperativas y las comunidades. La combinación de dichas prácticas ha permitido la producción de las cooperativas, el apoyo familiar y comunitario y la sostenibilidad ambiental. Las prácticas basadas en el mercado de las cooperativas, como la venta de sus productos y el consumo de bienes y servicios para la producción, están respaldadas por prácticas no mercantiles en las cooperativas, en los hogares de los socios y las socias y en las comunidades donde están incrustadas. Al interior de las cooperativas, los integrantes proporcionaron trabajos de mantenimiento no remunerado y mantuvieron actividades de cuidado en los colectivos. En sus hogares movilizaron recursos como el tiempo de trabajo, el excedente de los hogares y el apoyo familiar no remunerado. En sus comunidades, realizaron faenas como cooperativistas y cumplieron

con las obligaciones especificadas por las normas de reciprocidad y han promovido la ampliación de los comunes como parte del derecho a la subsistencia para las generaciones presentes y futuras.

En estas prácticas vemos a las personas y a la naturaleza fuera del contexto del mercado, a las socias en sus hogares y en sus comunidades, en donde participan activamente, además de su entorno más amplio, por ejemplo, en el conocimiento campesino, las capacitaciones productivas y el manejo de los recursos naturales locales que han contribuido a la producción de las cooperativas.

Aunque las prácticas de las socias y los socios en los tres espacios interrelacionados estudiados han permitido su persistencia, son contradictorias. Con el fin de superar la dinámica intrafamiliar y obtener apoyo familiar, las mujeres han hecho esfuerzos adicionales para satisfacer las demandas de su familia para ajustarse a las normas de género establecidas para las madres. Cuando se enfrentan a acuerdos sociales en los que las mujeres tienen un estatus secundario en su comunidad, las socias han asumido posiciones de liderazgo moral y se desempeñan individual y colectivamente en entornos comunitarios. Estas prácticas de género, por una parte, contribuyen a la transformación de las normas de género situadas, y por otra reproducen algunos aspectos de esas mismas normas de género situadas. La realización de actividades reproductivas domésticas y comunitarias, por ejemplo, es lo que caracteriza tradicionalmente a una buena madre.

Este estudio encuentra que el marco proporcionado por la *economía moral campesina y comunitaria* ofrece una visión productiva de las condiciones que han permitido la continuación de las cooperativas de mujeres basadas en grupos de generación de ingresos. Este marco conceptual hace visibles algunas condiciones complejas que permiten la operación de las cooperativas más allá del mercado formal y del apoyo gubernamental en el que están insertas estos proyectos. En los tres casos examinados, las prácticas de las mujeres cooperativistas no solo contribuyen al bienestar de sus cooperativas y sus hogares, sino también al de la comunidad y sus entornos. La asistencia a los proyectos generadores de ingresos y medios de vida sostenibles de las mujeres para generar sería más eficaz si se conceptualizan sus prácticas en estos espacios interconectados en entornos específicos.

Conclusiones

Al cabo de dos décadas de vida de las cooperativas, su contribución es sustancial para proveer medios de vida en los hogares y las comunidades de sus miembros. La organización colectiva ha hecho posible incrementar el capital productivo de las mujeres y generar al menos 35 empleos directos remunerados de largo plazo, adaptados a las necesidades de mujeres campesinas, con consecuencias positivas en sus comunidades por el consumo sustentable de recursos locales campesinos; además, promueve activamente el cuidado del maguey, la lechuguilla y algunas plantas medicinales. Complementariamente, a lo largo de su historia es posible identificar estrategias de género que involucran el sobretrabajo y la negociación para resolver dificultades en los ámbitos doméstico, comunitario y colectivo.

La lente de género es el eje transversal en tres arenas: los hogares de las socias, al interior de sus cooperativas y en sus respectivas comunidades y mercados. Estos espacios están interconectados y el apoyo o rechazo a las actividades que realizan las socias en ellas es sustancial para la continuidad de sus cooperativas. La organización cooperativa tiene implicaciones en las relaciones de poder entre los sexos al interior de los hogares y en sus comunidades indígenas y campesinas. La perspectiva de género permite analizar los territorios material, simbólico y político desde donde parten las socias, las coyunturas que atraviesan y el espacio que ganan desde lo personal, lo doméstico, lo cooperativo y lo comunitario-público. El género como proceso es contradictorio: las socias ganan espacios en el ámbito público y productivo, pero a costa de un mayor esfuerzo en el hogar, en la parcela, en la comunidad y en la escuela, además del trabajo en las cooperativas, mientras que, desde lo subjetivo, su rol como madres es un motor sustancial para su desenvolvimiento personal en sus cooperativas.

Las relaciones entre las cooperativas, los hogares y sus comunidades son dinámicas. Aunque las cooperativas son autónomas en sus decisiones productivas, comerciales y administrativas, parte de su continuidad se explica porque las socias retoman prácticas comunes en sus entornos campesinos e indígenas, como las faenas y el sistema de conocimientos campesinos. Además, han hecho uso de sus lazos de parentesco para apoyar la organización colectiva y solventar parcialmente necesidades como el acceso a tierra y a medios de producción. En esta configuración social, las socias se enfrentan a sistemas de organización que privilegian el trabajo masculino, desconocen las aportaciones de las mujeres a la vida comunitaria, colectiva, doméstica y les demanda mayores cargas de trabajo. Los principales hallazgos entre estas tensiones de espacios, a veces ganados por las mujeres con grandes esfuerzos, se presentan en las conclusiones organizadas por arenas. En ellas se entrelazan los debates teórico y empírico. Se inicia con la comunidad-público, entendida como un territorio biológico, histórico y político; posteriormente se presentan los hallazgos vinculados con las cooperativas como

un espacio de tensión organizativa, productiva y comercial, para finalmente presentar las implicaciones en los hogares y las subjetividades de las socias.

El territorio donde se localizan las cooperativas, el Alto Mezquital y la Sierra Alta, se estudió a partir de variables históricas y coyunturales, desde los entornos biológico, cultural, económico y político. En dichas variables, el género se discutió transversalmente para observar la configuración social: se muestra cómo hombres y mujeres indígenas y campesinas han luchado para acceder y aprovechar los recursos naturales. Durante este proceso han definido la propiedad de los medios de producción en determinadas coyunturas y entre grupos sociales. Por ejemplo, desde el periodo colonial, las familias españolas se dedicaron a actividades vinculadas con el pastoreo, la minería y el aprovechamiento forestal, mientras que la población indígena se afianzó de las actividades campesinas que históricamente conocían: siembra y cosecha de maguey y lechuguilla, o la producción de pulque y jarciería, como ayates y cuerdas que son utilizados en la minería. El manejo del maguey y la lechuguilla se ha entrelazado a la identidad indígena y campesina del Alto Mezquital: ambos elementos han simbolizado el sustento, la resistencia indígena y también la riqueza de conocimientos campesinos que las y los hñähñús y serranos han desarrollado.

Desde la época colonial, los pueblos indígenas se rebelaron frente a las injusticias de los españoles, vinculadas a la sobreexplotación de los recursos, exceso de trabajo y despojo de tierras, al tiempo que desplegaron estrategias de adaptación, como la dispersión poblacional y la recolección y provisión de agua, principalmente. Contradictoriamente, en estos procesos, algunos indígenas con rango en la comunidad accedieron a tierras, por su papel como intermediarios y gestores entre sus comunidades y los españoles. Así se entrelaza el acceso a recursos naturales con las formas de organización política y económica situadas.

Los reclamos por tierras en el Mezquital se materializaron después de la Revolución Mexicana, aunque la resistencia de los hacendados, con la complicidad de autoridades, retrasó el reparto agrario. En este contexto, la propiedad de la tierra se volvió central para redefinir el rol de autoridad en las comunidades. En San Andrés Daboxtha, la lucha por la tierra formó al grupo de ejidatarios que logró tierra colectiva; estos se volvieron gestores de los servicios para su comunidad, manteniendo un papel central. Además de la tierra colectiva, el acceso a la propiedad privada en las tres comunidades ha sido central para organizar la vida comunitaria. La participación en los comités de agua autónomos, la ciudadanía, las faenas, la organización de las fiestas y en general todos los servicios que la comunidad provee atraviesan la construcción de ciudadanía anclada al jefe de familia que posee propiedad, aunque no tenga títulos agrarios.

En esta configuración social, el papel de las mujeres se ha ubicado históricamente en el espacio doméstico, inicialmente sin acceso a la tierra colectiva (aunque en San Andrés en los últimos cinco años ya hay presencia de mujeres) y aún menos

a la parcela familiar. Este acceso limitado a la propiedad y a los medios de producción también relegó a las mujeres de la esfera comunitaria, desvinculándolas de la toma de decisiones en la asamblea, aunque en otras esferas de la vida pública su papel ha sido central, como en las fiestas patronales y en las actividades campesinas, donde trabajan al lado del esposo en la parcela familiar, y dedican más tiempo a las actividades de sustento entre la parcela, el trabajo remunerado y el doméstico. De esta forma, el concepto de configuración social atravesado por la lente de género es útil para la investigación ya que visibiliza las tareas en las que han estado involucradas las mujeres campesinas en sus entornos comunitarios y la importancia de su trabajo en la recreación de la vida comunitaria, más allá de la posesión de la tierra o de la ciudadanía históricamente atribuida a los jefes de familia.

El territorio, por otro lado, es visto como un espacio político en donde se presentan procesos de intermediación y representación entre la comunidad y la burocracia gubernamental. En las coyunturas analizadas, los intermediarios, inicialmente caciques, han gestionado tierras, agua, caminos, recursos públicos, proyectos productivos. Los brókeres políticos y económicos se caracterizan por el sistema jerárquico, en el que, por un lado, condicionan la participación política de los ciudadanos, y por otro se ven obligados a negociar ciertos bienes para la comunidad (por ejemplo, proyectos de agua, programas de apoyo, tierras, etcétera). En esta interacción participan líderes, delegados, caciques locales y políticos foráneos.

En la historia de cacicazgo e intermediación regional del Alto Mezquital y la Sierra Alta, los hombres fuertes son el centro; así, la política de intervención tiene rostro masculino. Los espacios donde se negocian presupuestos, caminos y obras públicas son mayoritariamente frecuentados por los hombres o jefes de familia, dejando poco espacio para la interacción con las mujeres y en particular con las socias de las cooperativas. De esta forma, las integrantes de las cooperativas no solo se enfrentan a un territorio que se caracteriza por ser clientelar, sino además por ser mayoritariamente masculino. Para hacer frente a estas condiciones, las socias han demostrado unión y fortaleza en sus cooperativas frente a la comunidad. Han desarrollado mecanismos de rendición de cuentas, de tal modo que muestran habilidad para manejar recursos públicos y privados (tiempos y excedentes productivos de las familias), que son confiables, que están organizadas y que además benefician a sus hogares y pueblos con sus acciones en las cooperativas. Y aunque las socias no estén presentes en los espacios de negociación mayoritariamente masculinos, se han ganado un nombre desde el cual negocian.

Han existido otras cooperativas y grupos de mujeres que han sido frenadas. Así, los colectivos femeninos han sido limitados al interior de sus hogares por resistencias de sus familiares y violencia machista, además del machismo de los delegados comunitarios que ven con desconfianza la organización de mujeres. Milpa Maguey y Las Manzanas han ido ganando reconocimiento comunitario con el que hacen frente a las inequidades de género de la configuración social en la

que viven. Hacer frente no implica que siempre se beneficien, pero han labrado un camino desde el cual pueden negociar en una configuración que privilegia lo masculino.

La configuración social en la que viven los grupos ha cambiado en el tiempo. Un momento medular ha sido la transición hacia un modelo socioeconómico neoliberal. Antes de 1982, el papel de las mujeres en esta intermediación ocurría desde el ámbito doméstico, con limitada participación. En el neoliberalismo, el rol del Estado en las áreas rurales cambia: ya no solo está en juego ganar la presencia política por medio del partido hegemónico (PRI), sino además disponer del amplio sistema de apoyos de subsistencia, para con ellos manipular electoralmente a la población. Las mujeres mantienen un papel central en la política clientelar neoliberal por varios aspectos: los programas de alivio a la pobreza tienen como beneficiarias principalmente a las mujeres y, por normatividad, son quienes administran el subsidio, pero sobre todo recae sobre ellas la responsabilidad de “salir de la pobreza”, también por la coyuntura migratoria que atraviesa la región desde al menos treinta años, además de las dificultades estructurales que enfrenta la producción campesina local, de baja rentabilidad monetaria.

En el neoliberalismo, el proceso de intervención y gestión se complejiza: ya no se limita al cacique, sino que se abre a otros interlocutores locales y foráneos, como las organizaciones civiles, técnicos profesionales certificados por las secretarías e incluso escuelas que mantienen un perfil de servicio social y gestionan o manejan recursos públicos y privados. Los enfoques de la intervención son muy variados y dependen de las condiciones de las instituciones que interactúan con la comunidad y los grupos.

Paralelo a estas coyunturas ambientales, políticas y económicas, el proceso migratorio redefine estructuras comunitarias, colectivas y al interior del hogar en aspectos productivos, económicos, de representación política y jefatura doméstica. Frente a estas coyunturas, el papel de las mujeres en el campo ha sido cada vez más importante, pues fingen como representantes y responsables de sus hogares ante la ausencia de los maridos emigrantes; también es relevante su función de intermediarias ante la asamblea y en las faenas sobre las que descansa la organización comunitaria, y como negociadoras frente a los proyectos de intervención de organizaciones civiles y políticas públicas que se promueven desde el discurso del desarrollo.

En las tres comunidades donde se localizan las cooperativas, el acompañamiento de ERRAC ha sido constante. El proceso de interacción entre las cooperativas y ERRAC ha evolucionado a lo largo del tiempo, ya que depende de las necesidades de las comunidades y de los colectivos. La ética de ERRAC subraya que ante todo los campesinos y las campesinas son sujetos sociales con prácticas, conocimientos y autonomía. De esta forma, cuando a finales de la década de 1990 los campesinos y las campesinas del Mezquital y la Sierra se movilizaron comunitariamente para la reforestación,

ERRAC acompañó dichas actividades; posteriormente, las condiciones cambiaron y las campesinas decidieron organizarse en colectivos más pequeños; ERRAC contribuyó en esta organización. En ambos procesos, la intervención de ERRAC reconoce y valora las necesidades y ambiciones de las campesinas y los campesinos. Así, el trabajo de ERRAC con los colectivos es un proceso de acompañamiento dialógico que se nutre de las problemáticas cotidianas de las campesinas socias de las cooperativas, a diferencia de los procesos de intervención gubernamental, que operan a través de programas con normas delimitadas desde fuera de los contextos comunitarios y que desconocen las condiciones situadas de las mujeres en sus hogares. Estos programas se caracterizan por el corto plazo con el que operan (regularmente de tres a seis meses); durante este periodo se les demanda a los proyectos de mujeres rentabilidad, organización y productividad. Los criterios cortoplacistas y de eficiencia productiva y mercantil que privilegian estos programas, además de los reducidos recursos con que cuentan, limitan el desarrollo de la capacidad organizativa, productiva, ambiental y mercantil de las mujeres campesinas que emprenden este tipo de proyectos.

Estudiar el territorio desde una perspectiva feminista, usando la lente de la configuración social, nos permite observar las interacciones entre los géneros y su relativa importancia en distintas coyunturas históricas. Así, vemos cómo las tareas de las mujeres campesinas e indígenas no solo se desarrollaban en la esfera doméstica, sino que han tenido un papel importante en la recreación de la vida comunitaria, desde la provisión de alimentos para los convivios hasta su organización y liderazgos en ellos, por ejemplo. La vida comunitaria campesina e indígena situadas también da cuenta de una genealogía de la autoridad que recae en las figuras masculinas y se representa a partir de la posesión de la tierra y de los distintos organismos comunitarios (ejido, comités de agua, comités comunitarios, delegados, principalmente). Sin embargo, al mirar la interacción entre los géneros es posible identificar las distintas estrategias que las mujeres han implementado para sobreponerse o trabajar paralelamente a estas estructuras y relaciones de poder desiguales. El enfoque de la configuración social atravesado por las distintas coyunturas (sean estas internas de las comunidades, como la migración, o claramente unilaterales, como las políticas neoliberales) nos permite analizar los cambios en las reglas de juego entre los sexos al interior de los hogares y en sus comunidades. De esta forma, este enfoque nos permite alejarnos de la posición romántica de las mujeres como un todo homogéneo que es capaz de sobreponerse a cualquier obstáculo, pero también de aquella posición que las identifica como víctimas del desarrollo: son agentes centrales del proceso de transformación en sus hogares, colectivos y comunidades.

Las cooperativas se han construido como un actor social relevante no aislado de las actividades comunitarias y las coyunturas políticas, sociales y económicas que atraviesa la región. Aunque las cooperativas están integradas mayoritariamente por mujeres, analizar las estrategias implementadas en el largo plazo para autoorganizarse implicó

reconocer la historia organizativa desde sus comunidades y la forma en que mujeres y hombres se relacionan con ellas y las recrean. Los proyectos comunitarios de reforestación y organización productiva sustentados en actividades campesinas fueron la base para construir una alternativa frente a la adversidad productiva y la diferencia cultural y de género.

A finales de la década de 1980, y durante más de diez años, el movimiento de prácticas de sustento financiado por ONGs, programas gubernamentales y agencias internacionales posibilitó la formación de un actor colectivo fuertemente vinculado a su entorno por el uso de la materia prima y el manejo de sus recursos naturales. La base organizativa de este movimiento reconocía la importancia de la comunidad y de sus hogares, aglutinados en distintos comités comunitarios de reforestación. Los líderes locales, junto con los campesinos, mejoraron su capacidad de incidencia para gestionar recursos y reproducir sus medios de vida a partir de procesos de interfaz, en donde se confrontaban con las formas burocráticas gubernamentales, escuelas, al interior de los propios colectivos y en la jerarquía comunitaria. En este proceso de agencia se asignó un rol secundario a las mujeres como asistentes de las actividades de los esposos o como representantes de estos.

Varios factores contribuyeron para que el movimiento comunitario cambiara y se diversificaran las prácticas de sustento, entre ellas, la precarización de las condiciones de vida, la disminución e ineficacia de los presupuestos públicos y la competencia al interior de los colectivos comunitarios. De esta forma, mientras que los hombres principalmente buscaron fuentes de trabajo con mayor remuneración en la emigración, las mujeres fueron tomando en sus manos las actividades de la parcela y la comunidad y encontraron en la organización productiva colectiva una alternativa a la precariedad de las fuentes de empleo local y al uso de los recursos locales. Así, las socias fundadoras construyeron las tres cooperativas y tomaron en sus manos la responsabilidad de dirigir las.

Desde sus necesidades y contextos, las mujeres diseñaron sus estrategias dentro de las cooperativas. No fue construir autonomía porque sí, sino que la autorregulación les permitió resolver conflictos, mediar intereses en los hogares de las socias, fortalecer la identidad colectiva respecto de los intereses de la comunidad, acceder a recursos biológicos, producir colectivamente y tener ganancias, en Las Manzanas a través de la producción de la medicina natural y alimentación, mientras que en Milpa Maguey y El Doní gracias al aprovechamiento de los agaves. Los colectivos femeninos fueron superando sus dificultades en la vida cotidiana, buscaron construir un espacio propio para ellas y sus necesidades. Ya no se presentaban como acompañantes de los ciudadanos (como usualmente ocurría en la asamblea) o esposas en la casa: construyeron su titularidad superando la adversidad individual y colectiva, dando paso a otra forma de organización con base colectiva y no comunitaria.

En cada grupo, las mujeres tuvieron que adaptar sus tiempos, confrontaron las preguntas y dudas del esposo, los hijos, la suegra. Las principales dificultades se referían a sus roles de género. Las resistencias se identificaron desde el ámbito del

hogar por los esposos y familiares, mientras que en el ámbito comunitario la resistencia estaba representada en la negativa de las autoridades comunitarias por apoyar algunas de sus iniciativas. También han existido dificultades al interior de los colectivos mixtos, como en el caso de LAMSSS, cuando los integrantes sobrecargaron de actividades a las socias mujeres.

Trabajar en los talleres implicó construir una colectividad en la que había necesidad de juntarse, de hablar y de intercambiar ideas. Los grupos desarrollaron reglas con las cuales delimitaron tareas y funciones y aseguraron su continuidad. Las reglas se basan en la negociación, la comprensión entre las socias, los lazos de parentesco, las actividades campesinas que faciliten la organización. Estas reglas son delimitadas a partir de las experiencias (Schutz y Luckmann, 2001), que confrontan a la costumbre y la tradición con la necesidad de nuevos conocimientos y prácticas que les demandan sus cooperativas. Así, los planes organizativos y productivos conservan estrategias con resultados positivos, como la formación de equipos para producir la miel en Milpa Maguey, diseñados desde sus inicios, al tiempo que definen nuevos mecanismos de trabajo, como la redistribución de trabajo individual en Las Manzanas.

Las acciones colectivas se han complejizado a lo largo del tiempo. El límite de la innovación es no comprometer lo ganado. La organización de los colectivos ha implicado superar los problemas y definir nuevos rumbos donde las reglas se cumplan y exista colaboración y compromiso. Aunque las reglas están escritas, las socias priorizan el diálogo. Esto las ha llevado a repensar el conjunto de reglas que delimitan sus acciones productivas y comerciales, reduciendo la incertidumbre.

La identidad colectiva de los grupos conlleva un proceso de agencia que implica cierta capacidad de conocer y reflexionar experiencias compartidas, desarrollar habilidades relevantes para acceder a recursos materiales y no materiales e involucrarse en prácticas organizativas particulares. Este es un proceso con historia, sustentado en las actividades campesinas locales y la identidad indígena. A lo largo de este proceso, las mujeres han aprendido y resignificado su papel frente a las instituciones de gobierno y otros agentes externos, como capacitadores, universidades, clientes, etcétera. La agencia que han ganado las habilita para salir de su casa, de su comunidad, de su entidad e incluso del país.

El actor colectivo (Long, 2007) no solo se contextualiza a partir de su marco histórico, sino que la base campesina e indígena que da cuenta de la filiación familiar y la organización comunitaria e indígena (A. Bartra, 2008) es un motor sustancial para la conformación del mismo. Esta base comunitaria e indígena y campesina se confronta y reconfigura a partir de los conocimientos que las socias han generado desde de sus mundos de vida y prácticas colectivas. Tanto la base comunitaria (por ejemplo, los conocimientos campesinos) como la necesidad de conocimientos nuevos han posibilitado la autoorganización de las cooperativas con la que construyen acuerdos internos y negocian con actores externos. Este proceso ha implicado que las socias redimensionen su experiencia personal, su rol de género y los conocimientos adquiridos en su formación colectiva en capacitaciones, asambleas, viajes de comercio, etcétera, para diseñar formas organizativas

distintas con las que han alcanzado bienestar en sus hogares y comunidades, aunque con ello se multipliquen sus tareas.

La producción en las cooperativas se sustenta en los recursos locales más abundantes, producidos en la esfera doméstica. En las tres cooperativas, el acceso a estos recursos ha sido negociado en términos de cooperación y conflicto con los miembros de sus hogares. Los excedentes de la producción campesina utilizados en las cooperativas (aguamiel, plantas medicinales y agaves) son producidos en complementariedad y coexistencia entre los miembros del hogar a partir de estrategias que reconocen jerarquías, así los jefes de familia trabajan los recursos que tienen mayor remuneración o son centrales para la economía campesina doméstica (por ejemplo, orégano en la comunidad de Las Manzanas), mientras que las socias disponen de recursos que no compiten con esta distribución del trabajo y beneficios. Para acceder a estos recursos, las socias han desarrollado estrategias, por ejemplo, se apoyan de las hijas para cubrir las tareas domésticas que no logran concluir mientras trabajan en el taller, e incluso a lo largo del tiempo algunos de los esposos se han incorporado al trabajo del hogar y apoyan las tareas colectivas al reconocer la importancia de este trabajo en la economía familiar. A pesar del apoyo de los miembros de la familia, la mayor resistencia se encontró entre algunos de los hijos que aún desapruaban las actividades de sus madres en las cooperativas.

La transformación de recursos locales en bienes con mayor valor agregado, ha implicado para las socias diversificar prácticas en los hogares y cooperativas. Por un lado, en las actividades familiares las mujeres trabajan en la parcela sin remuneración, se levantan más temprano para preparar la comida y cumplir con las tareas asignadas tradicionalmente a su papel de madre. Por otro lado, participar en los colectivos les ha permitido generar un excedente propio (de la socia), no en compañía del esposo o familia, y agregar valor a los recursos de la parcela que no son centrales (como las plantas medicinales en el caso de El Doní y Las Manzanas, y el aguamiel en Milpa Maguey), sin descuidar la venta principal del hogar, por ejemplo, para el pulque que elaboran en sus hogares o para la venta con intermediarios que acopian aguamiel en la región.

El trabajo en los colectivos surge como estrategia de los hogares para ampliar la alimentación de las familias y disponer de mayores recursos. A lo largo de las historias colectivas, las socias han aprendido a negociar recursos, usar técnicas productivas en la parcela y en los talleres de producción, innovar técnicas de administración, contabilidad y comercio, tomar decisiones sobre los recursos naturales de sus hogares, plantear la necesidad de volverse propietarias de ellos y redefinir su manejo. Un ejemplo de ello es la reforestación sistemática del maguey y los semilleros de plantas medicinales. Así, las prácticas colectivas inicialmente motivadas por el papel de madre cuidadora abrieron la posibilidad a nuevas formas de ser mujer y desarrollar habilidades que no se limitan a roles tradicionalmente atribuidos a su género, como hablar en público, negociar proyectos y solicitar créditos, entre otros.

Los recursos a los que acceden las socias son usados desde su naturaleza simbólica. Por un lado, las socias cubren sus necesidades de sustento para sus familias, como el cuidado, y también satisfacen necesidades materiales. Los productos son elaborados con recursos locales; poco más de la mitad de su precio paga los insumos locales (54%) y cerca del 70% de su precio remunera el trabajo colectivo. A pesar de los aún bajos niveles de comercio, las tres cooperativas han logrado agregar valor a los recursos locales, sustentados en la organización y en las prácticas campesinas e indígenas de manejo ambiental.

Dentro de los colectivos, se dan relaciones de poder sobre los recursos ambientales, de tal modo que las especialistas campesinas deben su autoridad al saber tradicional sobre su manejo. Con este se definen las prácticas productivas de las cooperativas que tienen implicaciones en los hogares y en las reglas del control de calidad. Así, a lo largo de la vida colectiva, se han diseñado y rediseñado prácticas organizativas que delimitan las reglas del juego, que parten de reconocer la experiencia y las jerarquías. En este proceso también se permiten un margen de libertad para la agencia individual, tal que no se “ahorque” la comprensión endureciendo los controles. En la delimitación de las normas de producción han combinado la cultura local que descansa sobre la autoridad de la asamblea y el papel de la faena en los tres casos (estructuras formales) y la comprensión de las necesidades de los hogares para evitar la confrontación (estructuras informales). La eficacia de las normas, así como su relativa movilidad y adaptación, está sustentada en la negociación y el grado de aceptación de estas. Si una regla sobre el manejo ambiental o productivo les demanda mayores costos o inversiones inciertas, como los espejos solares de Milpa Maguey o la producción de bienes con baja utilización de insumos locales como en Las Manzanas, que arriesgan el limitado margen de ganancia colectiva e individual, las condiciones se analizan y, si es viable, las normas se reajustan o cambian. La autorregulación en las cooperativas no está aislada del sistema campesino de conocimientos para la producción, sustentado en la observación, experimentación, innovación y enseñanza en un contexto de múltiples variables.

Los grados de concientización sobre la eficacia de las reglas se desarrollan en la práctica productiva. Este proceso es dialogado en las asambleas. En ambas esferas, las socias despliegan la agencia individual-subjetiva frente a una norma que no les satisface. Aunque se busque la comprensión, las cooperativas limitan el abuso a partir de castigar la producción o la venta. Las decisiones de estos actos recaen sobre un consenso en asamblea que delimita también las responsabilidades individuales y se materializa en los costos de supervisión, por ejemplo. En los procesos de ajuste de normas para el uso de recursos y producción, la comunicación y flujo de información es central. En Milpa Maguey, la responsabilidad recae en las jefas de equipo, que son las especialistas, mientras que en Las Manzanas y El Doní se delega esta autoridad a las mujeres de mayor conocimiento.

En la interacción entre el sistema campesino de conocimientos para la producción colectiva y los conocimientos de universidades, centros educativos y organismos públicos, se confrontan los saberes tradicionales y técnicas. En la mayoría de las situaciones, las cooperativas recurren a la experimentación antes de modificar radicalmente su manejo ambiental y productivo. Aunque se han adaptado a los procesos de capacitación e interfaz con los que algunas veces dialogan (no pocas instituciones han buscado imponer normas, hasta la fecha con poco éxito), este proceso es un juego entre la tradición y la innovación. La respuesta de los colectivos no es inmediata. Los saberes tradicionales, como el uso de plantas, se enriquecen con conocimientos botánicos provistos por las universidades hasta un límite: no arriesgar el limitado margen de ganancia. Así, la interfaz lleva implícito un proceso de negociación, discusión y evaluación en el que las socias despliegan su agencia individual y colectiva.

La interfaz se da también entre los hogares y las instituciones públicas (por ejemplo, con los programas de Empleo Temporal de la Conaza en el Alto Mezquital o de reforestación en la comunidad de Las Manzanas). La interfaz entre los colectivos y las instituciones favorece la confrontación. En ella, los grupos defienden su experiencia y dialogan, expresando sus necesidades. Los colectivos han labrado una fuerza colectiva, que es particularmente importante en la configuración social que habitan, ya que desde una posición individual, las mujeres no pueden negociar por recursos. En algunas situaciones, las mujeres campesinas e indígenas logran tener una fuerza individual asociada al lugar que ocupan en la jerarquía comunitaria como delegadas o secretarías comunitarias. Sin embargo, esa posibilidad no se ha dado para las mujeres de los tres grupos.

De esta forma, la imposición de criterios por parte de agencias gubernamentales en la ejecución de proyectos y donativos no resulta funcional a los grupos de mujeres, primero porque lo que muestra la experiencia de las cooperativas es que la identidad colectiva es un proceso de largo plazo que no se agota con talleres de discusión durante seis meses (periodo aproximado de un proyecto productivo subsidiado por los gobiernos o agencias de desarrollo), ya que necesita de un seguimiento productivo y comercial que identifique los problemas que enfrentan las cooperativas, y segundo, porque al separar a las mujeres de sus demás actividades en el hogar, su ciclo de vida y su posición en las comunidades, no solo se desconocen sus aportaciones a la vida comunitaria, sino que también se descuida la base sobre la que los grupos se organizan y que parte de la identidad indígena y campesina.

Las características presentadas de las tres colectivas las hacen diferentes de algunos grupos promovidos por el gobierno. La mayoría de ellos permanecen mientras el subsidio está vigente. Estos grupos surgen por las necesidades burocráticas de los programas gubernamentales y no alcanzan a desarrollar un sentido de identidad colectiva que les permita idear su autorregulación —como en el caso de las tres cooperativas estudiadas aquí— y mucho menos construir e incrementar un

capital colectivo con el que sostienen sus actividades. A partir de la experiencia de las tres cooperativas, se encuentra que no es suficiente con aportar capital semilla, como lo proponen proyectos planteados desde los criterios de los gobiernos, sino que es indispensable este capital sea oportuno y acorde a las necesidades de las campesinas y los campesinos, que incorpore un proceso de formación, capacitación e innovación constante, que valore los conocimientos campesinos y que también sea redituable para las productoras y los productores, aún más frente a la adversidad económica, las crisis recurrentes y los bajos niveles de rentabilidad monetaria, específicamente para pequeños productores y pequeñas productoras.

La interacción entre las cooperativas y los hogares de las socias ha sido central para comprender la continuidad de estos colectivos. En esta investigación, la economía doméstica ha sido estudiada desde la crítica feminista al concepto de hogar, ya que permite analizar la diversidad de actividades que las socias y sus esposos realizan, así como el control que se ejerce sobre los recursos producidos en la esfera doméstica campesina (Folbre, 1986; Appendini, 2002). En el estudio de las estrategias de sustento implementadas por los integrantes de las familias, lo que se encuentra es que, a partir de la producción en las cooperativas, las socias han logrado ganar control sobre algunas de las actividades productivas, y los ingresos derivados de estas se distribuyen entre los miembros del hogar. El control que las socias han ganado se debe a los procesos de negociación y regateo al interior de los hogares, que modifica la balanza de poder entre los sexos. De esta forma, en las comunidades hñähñús, por el proceso emigratorio, la posición de jefas de hogar y la representación que trae consigo, además de por las dinámicas comerciales de los talleres y la diversificación de actividades de las mujeres, las socias han logrado forjar cierto reconocimiento y autonomía en sus decisiones de gasto y consumo. Al analizar el peso de los ingresos generados en el taller, aunque varía entre los hogares, este resulta representativo por dos elementos centrales: los bajos niveles de empleo remunerado en la región para las mujeres y la posibilidad de vender a un mejor precio los excedentes de sus hogares, es decir, el aguamiel y la lechuguilla.

De esta forma, lo que parece pequeño y marginal en una economía que privilegia las variables macroeconómicas de la agroindustria es significativo desde la visión campesina, comunitaria y feminista. En esta economía campesina doméstica y productiva de las socias, la producción y comercialización de las cooperativas les ha permitido tener ingresos propios con los que incrementan sus niveles familiares de consumo de alimentos y hacen menos difíciles los procesos de educación de sus hijos. Estas son los dos principales ámbitos en los que invierten sus ingresos. Para las serranas de Las Manzanas, el ingreso que generan en sus talleres contribuye en menor proporción al ingreso monetario familiar que en la situación de las hñähñús del Alto Mezquital.

El enfoque feminista en el estudio de los hogares campesinos nos permite reflexionar sobre una diversidad de variables que interactúan constantemente, al estilo de una socioeconómica que presenta patrones jerárquicos desde los cuales los miembros de los hogares negocian. Las variables estudiadas se amplían al trabajo en especie y el tiempo de cuidado y no solo a las unidades monetarias (denominadas productivas). Además, es posible identificar la interacción entre distintas actividades campesinas, si son hombres, mujeres, niños o niñas quienes realizan estas actividades, con qué frecuencia y qué tan certeros son los resultados que obtiene la familia. Todas las actividades realizadas tienen como finalidad el sustento del hogar, es decir, la satisfacción de las necesidades. Cabe aclarar que dicho sustento no se limita a la alimentación, sino también incluye a la inversión que los hogares realizan: planear la siembra, organizar los tiempos de trabajo disponibles y desarrollar los conocimientos con los que cuentan para trabajar en su milpa, hasta la inversión en la educación de sus hijos. En los hogares campesinos se produce excedente, que en la situación de las cooperativas es utilizado para generar bienes para el mercado.

La negociación al interior de los hogares está entrelazada con el rol que juegan las mujeres y los hombres en configuraciones sociales más amplias delimitadas por los marcos legales, costumbres y culturas, que forman espacios de interacción y contribuyen al acceso de las socias a medios de producción y así como a la percepción que se tiene de ellas en sus comunidades. Así, las mujeres participan de la vida comunitaria a partir de sus roles de género; desde los comités comunitarios de agua, de padres de familia, en las fiestas patronales y familiares, las mujeres contribuyen al bienestar comunitario. Vinculadas a su rol de madres, han generado liderazgos que son reconocidos en sus entornos comunitarios, buscando que sean respetadas y se les perciba como mujeres responsables que generan bienestar a partir de decisiones éticas.

Por otro lado, la promoción del Estado para la defensa de los derechos de las mujeres no se ve acompañada de acciones que se complementen con recursos materiales para que las mujeres campesinas y sus hogares vivan en mejores condiciones. Como se analizó, el acceso a la salud, a la educación y a la vivienda, así como el seguimiento comercial de la producción femenina campesina, ha sido muy limitado, al grado de que gran parte de la vulnerabilidad de los hogares campesinos se concentra en la falta de acceso a este tipo de servicios. Además, en sus comunidades, las mujeres se confrontan con ideologías de género en las que se les considera en una posición subordinada, que implica menores recursos y limitado acceso a la titularidad de la tierra.

En consecuencia, las tareas que realizan en sus hogares, las cooperativas y las comunidades implican mayores cargas de trabajo y fatiga, y deben estar respaldadas no solo por decisiones individuales de los hogares, sino también por marcos legales y culturales más allá de su hogar. Caminar por una vía diferente ha implicado para las socias reconocer en su

voluntad y subjetividad una posibilidad para construirse en la diferencia a partir de espacios productivos propios donde han ganado libertad, confianza y solidaridad.

En esta subjetividad, la voluntad ha sido central para constituirse como agentes con capacidad de decisión y practicarla. Es por ello que el espacio social (Bourdieu, 2008) es repensado a partir de dos factores importantes: la voluntad de las socias y su rol en las distintas arenas en donde se desenvuelven. Más que capitales, el espacio social da cuenta de una trayectoria de trabajo que empieza a ser reconocido desde una economía diversa que considera en su base las actividades de cuidado, en las que las mujeres campesinas mantienen un papel central. La negociación y regateo en las relaciones de poder es multivariada: se alimenta de los papeles que juegan las mujeres en las distintas arenas y de la configuración social contemporánea.

En las relaciones hay intersticios, espacios para la resistencia. En la experiencia de las tres cooperativas, la resistencia se ha materializado como organización colectiva. Esto implica trascender más allá del empoderamiento, por ejemplo, en las decisiones de gasto o de acceder a los excedentes de la parcela. Lo que se muestra desde la trayectoria de las cooperativas es que la balanza en el equilibrio de las relaciones de poder se mueve por el regateo constante. Es decir, no es que se decida qué comprar o cómo invertir como si fuera una meta aislada de otras decisiones al interior de los hogares y de las propias cooperativas, sino que esta decisión se respalda por la interacción entre las variables presentadas. Algunas veces se pierde tiempo a cambio de ganar una inversión de largo plazo. Esto no implica que únicamente se llegue a una situación mejor simplemente, sino que el camino recorrido ha sido un proceso de aprendizaje en el que hay que dejar la tradición para aventurarse a los trabajos de las cooperativas y a la innovación. En algunas ocasiones las socias ganan poder y agencia para desarrollarse fuera de sus ámbitos tradicionales y negociar proyectos y al mismo tiempo reproducen roles de género tradicionales cuando tienen que cubrir todas las tareas domésticas y sus roles comunitarios.

En este contexto, por el esfuerzo que las socias han invertido en la construcción de sus cooperativas, el proceso de transición hacia sus herederas ha sido cauteloso. La cesión de derechos de las socias fundadoras hacia sus hijas como sucesoras ha implicado enseñarles el proceso de producción y persuadirlas de que los talleres son una opción laboral viable y redituable para sus contextos rurales. Sin embargo, como se mostró en las experiencias de las socias en sus hogares, la brecha generacional entre las madres y los hijos y las hijas da cuenta de la falta de interés de las y los más jóvenes por trabajar en actividades campesinas, en parte porque consideran que los esfuerzos son demasiado altos y la rentabilidad, baja. A esta causa se suma que las mujeres jóvenes con hijos pequeños tienen que satisfacer necesidades inmediatas que el taller no logra pagar aún.

Las socias fundadoras apostaron por el largo plazo como una de las pocas salidas que encontraban ante la precariedad del Mezquital y la Sierra en una configuración social particular. En 2017, los más jóvenes (hombres y mujeres) encontraron una salida de corto plazo en los trabajos en el sector servicios en las ciudades cercanas y en la emigración hacia EUA, a pesar de los controles migratorios. Sin embargo, aunque no estén preparadas completamente para la sucesión, las hijas más jóvenes respaldan con mayor frecuencia a sus madres en los trabajos de las cooperativas, mientras que los hijos varones incluso se han opuesto a este tipo de trabajo. Aunque dentro de los hogares la percepción que se tiene del trabajo de las cooperativas ha cambiado y se apoya con mayor frecuencia al trabajo de las socias, para los jóvenes las actividades del campo no son redituables.

En la presente investigación se examinaron las estrategias de sustento implementadas por tres cooperativas de mujeres para mantenerse trabajando en el largo plazo. Analizamos la administración interna y su relación con sus hogares y las comunidades. En las tres arenas se discute cómo el género y los excedentes integran una dinámica interconectada a partir de la cual las cooperativas generan producción local (estrategia de mercado) con la cual han promovido y financiado el consumo en sus hogares y comunidades. Esta dinámica las ha llevado a interactuar con instituciones locales, al tiempo que se reconoce el conocimiento campesino e indígena local.

Mantenerse trabajando ha implicado un proceso de organización interna donde las cooperativas diseñan sus normas de convivencia sustentadas en sus necesidades y al mismo tiempo dichas normas limitan los liderazgos jerárquicos que presentan. Las reglas les permiten resolver conflictos internos y distribuir beneficios. Este proceso es parte de las economías comunitarias y está basado en decisiones éticas ya que las cooperativas han generado bienestar sobre la base de reconocer la interdependencia social más allá del hogar.

Las socias de las cooperativas han negociado en sus hogares tiempo y excedentes para su trabajo colectivo. Se han enfrentado a una estructura jerárquica ya que su trabajo no era reconocido y los excedentes eran apropiados por el jefe del hogar (esposo) desde sus normas de género. Para superar dichas condiciones, han reajustado sus actividades domésticas y buscado el apoyo de los miembros de sus hogares (estrategias no basadas en el mercado), con lo cual las socias han ganado el control de sus ingresos: ellas negocian a partir de las experiencias compartidas en la organización interna de los colectivos como un proceso de organización independiente.

Las socias y los socios de las cooperativas han participado de las reglas de género al interior de sus comunidades. A pesar de que no son las representantes directas de sus hogares (atribución que suele corresponder al esposo), contribuyen a las normas de reciprocidad promulgadas en la asamblea. También participan en las normas no escritas de reciprocidad

basadas en el género, ya que ayudar en la cocina y proveer alimentos a las fiestas comunitarias y familiares son consideradas actividades de las mujeres que se fortalecen por los compromisos morales adquiridos.

El liderazgo de las socias de las cooperativas ha sido relevante en sus comunidades. Con su participación formal en los comités han apoyado el mantenimiento de servicios vitales, como el suministro de agua, y representan las necesidades de la comunidad ante las autoridades locales. En las actividades no formales vinculadas a la educación moral y ecológica, las líderes han contribuido a recrear la vida comunitaria campesina y su bienestar (A. Bartra, 2008). Con tales actividades han ganado reconocimiento desde el cual negocian con las autoridades comunitarias permisos legales requeridos por los colectivos.

Las negociaciones de las socias líderes de las cooperativas se han enfrentado a la posición de los ciudadanos más conservadores, quienes asumen que el rol de las mujeres debe ser al interior de sus hogares (Rivera, 2006). Los ciudadanos más conservadores usan recursos materiales y culturales disponibles para preservar el control de los recursos comunitarios en una asamblea general jerárquica. Tal oposición ha retardado algunas iniciativas de las cooperativas que deben esperar a autoridades comunitarias más abiertas a sus necesidades. El dilema entre las cooperativas y la interferencia comunitaria es latente, ya que las cooperativas son un espacio colectivo de libertad desde el cual pueden hacer frente a sus necesidades, mientras que el soporte comunitario depende del juego de poder al interior de sus comunidades. De esta forma, el proceso de negociación en los tres contextos no puede darse por sentado, ya que ha sido un proceso de aprendizaje a partir de las prácticas cotidianas de las socias.

Un elemento que fortalece el rol de las cooperativas en sus comunidades se basa en la producción porque compran productos locales como insumos básicos, con lo cual contribuyen al derecho a la subsistencia (Scott, 1976), además de reforzar el conocimiento local sobre el manejo de los recursos naturales basados en la identidad indígena y campesina (A. Bartra, 2008). Los recursos naturales han sido cruciales para proveer el sustento y organizar la vida comunitaria. Se ha mostrado que la combinación de la economía moral de los hogares, las economías comunitarias y la economía moral campesina, así como el género (Butler, 1988), capturan sus estrategias y prácticas. A este proceso interconectado le llamo *economía moral campesina y comunitaria*, donde las prácticas colectivas y actores comunitarios se esfuerzan por mejorar el bienestar comunitario.

La noción de la *economía moral campesina y comunitaria* pinta un cuadro a pequeña escala de interdependencia de las estrategias de género para el sustento donde se reconocen localmente el comercio y el intercambio. Dichas estrategias tienen como base a la reciprocidad (que responde a las obligaciones morales), la identidad indígena y campesina, la experiencia compartida y el conocimiento social donde se desarrollan las cooperativas. El género juega un papel crucial

en las estrategias adaptadas que comprometen las mujeres en las tres arenas y da forma a la *economía moral campesina y comunitaria*. Esta investigación documenta cómo las tres cooperativas se mantienen trabajando después de más de dos décadas a través de analizar sus estrategias de sustento, donde los socios y las socias reconocen su interdependencia, usan sus lazos familiares y los principios de la identidad indígena y campesina, factores a partir de los cuales combinan y diversifican actividades. Y se revela la combinación de estrategias de sustento de mercado y no-mercado que han sido relevantes para generar excedentes en las tres arenas. La literatura sobre proyectos de mujeres generadores de ingresos frecuentemente ignora las estrategias de no-mercado. Actividades como el cuidado, el apoyo, el financiamiento, el trabajo, la producción y cumplir con las obligaciones comunitarias son la base de la administración de las cooperativas, y resultan indispensables para entender su continuidad. Este estudio encuentra que dichas prácticas generan y captan la complejidad de las relaciones económicas y sociales de las que dependen los proyectos de cooperativas de mujeres. El apoyo financiero gubernamental no es suficiente, ya que falla en comprender la complejidad de dichas relaciones.

Referencias

- Agarwal, B. (1997). Bargaining and gender relations: within and beyond the household. *Feminist Economics*, 3(1), 1-51. DOI: <https://doi.org/10.1080/135457097338799>.
- Angulo, L. (2000). Déjate sacar un ojo para luego sacar los dos. *Revista de Estudios de Género: La Ventana*, 1(11), 120-143. <https://www.redalyc.org/pdf/884/88412392006.pdf>.
- Appendini, K. (2002). La perspectiva de género en la teoría económica y en los estudios de desarrollo. *Revista Umbrales*, 11, 131-162. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/bolivia/cides/umbrales/umbrales11.pdf#page=131>.
- Appendini, K. (2010). Economic liberalization, changing livelihoods and gender dimensions in rural Mexico. En *Gender dimensions of agricultural and rural employment: differentiated pathways out of poverty Part III*. FAO, IFAD, ILO.
- Arizpe, L., y Botey, C. (2014). *Migration, Women and Social Development*. Springer International Publishing. DOI: <https://doi.org/10.1007/978-3-319-06572-4>.
- Ayón, Y. (2007). *Estudio Etnofarmacológico de las diferentes especies endémicas de agave en la medicina tradicional del Estado de Hidalgo*. Tesis para obtener el grado de Licenciado en Farmacia. Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- Barajas, G. (1997). Comités de solidaridad en México: Surgimiento y evolución de la estructura organizativa promovida a partir del Pronasol. *Estudios Sociológicos*, 741-771. <https://www.jstor.org/stable/40420479?seq=1>.
- Bartolomé, M. (2006). Los laberintos de la identidad. *Revista AVÁ*, (9), 28-48. <https://rid.unam.edu.ar/handle/20.500.12219/1665>.
- Bartra, A (2008). Campesindios: Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado. *Boletín de Antropología Americana*, (44), 5-24. <https://www.jstor.org/stable/41426470?seq=1>.
- Bartra, A., y Otero, G. (2008). Movimientos indígenas campesinos en México: La lucha por la tierra, la autonomía y la democracia. En S. Moyo y P. Yeros (eds.), *Recuperando la tierra: El resurgimiento de movimientos rurales en África, Asia y América Latina* (401-428). Clacso.
- Bartra, R. (1975). Campesinado y poder político en México. En R. Bartra, E. Boege, P. Calvo, J. Gutiérrez, V. Martínez y L. Paré, *Caciquismo y poder político en el México rural* (5-30). Siglo XXI.
- Benería, L. (1995). Toward a greater integration of gender in economics. *World Development*, 23(11), 1839-1850. DOI: [https://doi.org/10.1016/0305-750X\(95\)00095-T](https://doi.org/10.1016/0305-750X(95)00095-T).

- Boege, E. (1989). La lucha por la tierra de las comunidades otomías en el Valle del Mezquital. *Cuadernos de trabajo*, (4), 47-91.
- Boege, E., y Calvo, P. (1975). Estructura política y clases sociales en una comunidad del Valle del Mezquital. En R. Bartra, E. Boege, P. Calvo, J. Gutiérrez, V. Martínez y L. Paré, *Caciquismo y poder político en el México rural* (131-147). Siglo XXI.
- Bonfil, P., y Del Pont, R. (1989). *Las mujeres indígenas al final del milenio*. Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Comisión Nacional de la Mujer (Conmujer).
- Bourdieu, P. (2008). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2012). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2013). *La miseria del mundo*. Fondo de Cultura Económica.
- Bucholc, M. (2011). Gendered Figurational Strategies in Norbert Elias's Sociology. *Polish Sociological Review*, 4(176), 425-436. <https://www.ceeol.com/search/article-detail?id=208243>.
- Buendía, A., Manzanares, P. Vázquez, V. Pacheco, S. y García, L. (2008). Factores que limitan el éxito de los proyectos productivos de mujeres en el municipio de Texcoco: Un análisis de género. *Espacios Públicos*, 11(23), 279-297. <https://www.redalyc.org/pdf/676/67611217014.pdf>.
- Butler, J. (1988). Performative acts and gender constitution: An essay in phenomenology and feminist theory. *Theatre Journal*, 40(4), 519-531.
- Buve, R. (2003). Caciquismo un principio de ejercicio de poder durante varios siglos. *Relaciones* 96, 19(24), 17-39.
- Buvinic, M. (1986). Projects for women in the third: Explaining their misbehavior. *World Development*, 14(5), 653-664. DOI: [https://doi.org/10.1016/0305-750X\(86\)90130-0](https://doi.org/10.1016/0305-750X(86)90130-0).
- Calvo, P. (1972). La ideología de la burguesía agraria. *Revista Mexicana de Sociología*, 34(3/4), 713-739.
- Cameron, J., y Gibson-Graham, J. K. (2003). Feminising the economy: Metaphors, strategies, politics. *Gender, Place and Culture: A Journal of Feminist Geography*, 10(2), 145-157. DOI: <https://doi.org/10.1080/0966369032000079569>.
- Catálogo de población indígena de la CDI* (2010). CDI.
- Censos económicos* (2005). Inegi.
- Censos económicos* (2010). Inegi.
- Chant, S. (2008). The 'feminisation of poverty' and the 'feminisation' of anti-poverty programmes: Room for revision? *The Journal of Development Studies*, 44(2), 165-197. DOI: <https://doi.org/10.1080/00220380701789810>.

- Chant, S. (1996). Women's roles in recession and economic restructuring in Mexico and the Philippines. *Geoforum*, 27(3), 297-327. DOI: [https://doi.org/10.1016/S0016-7185\(96\)00022-X](https://doi.org/10.1016/S0016-7185(96)00022-X)Get.
- Cheal, D. (1989). The household economy: Reconsidering the domestic mode of production. En R. Wilk (ed.), *Strategies of Resource Management in Household Economies: Moral economy or political economy* (11-22). Westview Press.
- Combes, H. (2011). ¿Dónde estamos con el estudio del clientelismo? *Desacatos*, 36, 13-32.
- Croce, B. (2010). *La historia como hazaña de la libertad*. Fondo de Cultura Económica.
- Crozier, M., y Thoenig, J. (1976). The Regulation of Complex Organized Systems. *Administrative Science Quarterly*, 4(21), 547-570. <http://www.jstor.org/stable/2391716>.
- De Grammont, H. (2001). El campo mexicano a finales del siglo XX. *Revista Mexicana de Sociología*, 63(4), 81-108.
- De Lauretis, T. (1989). *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*. Indiana University Press.
- De Oliveira, O. (1988). Unidades domésticas y familias censales. *DemoS: Carta Demográfica sobre México*, 1, 22-23.
- Deere, C. D. (2002). ¿Qué diferencia resulta de la perspectiva de género?: Repensando los estudios campesinos. *Revista Umbrales*, 11, 163-188.
- Deere, C., y Leon, M. (2001). Reform of agriculture institutional under neoliberalism: The impact of the women's and indigenous movements. *Latin American Research Review*, 36(2), 31-63. <http://www.jstor.org/stable/2692087>.
- De Vries, P. (2002). Vanish Mediators: Enjoyment as Political Factors in Western Mexico. *American Ethnologist*, 29(4), 901-927.
- Díaz, F. J., Díaz, F., y Filardo, K. (2005). Conocimiento local y tecnología apropiada: Lecciones del Alto Mezquital mexicano. *Alteridades*, 15(29), 9-21.
- Directorio de apoyos institucionales a proyectos productivos y de empleo para mujeres*. (2009). Instituto Nacional de las Mujeres.
- Enríquez, M., Michael, E., Tuñón, E., y Soto, L. (2003). Proyectos productivos para mujeres: Discurso y experiencias. *Convergencia: Revista de Ciencias Sociales*, 10(32), 111-142.
- ERRAC (1989). *Aspectos técnicos y económicos de los proyectos en el Alto Mezquital: Sobrevivencia campesina* [informe].
- ERRAC (1998). *Historia del grupo: Milpa Maguey Tierno de la Mujer* [folleto].
- ERRAC (2012). *Informe de proyecto Indesol* [informe].
- Espinosa, D. G. (2010). Mujeres indígenas y territorios. En C. Rodríguez, L. Concheiro y M. Tarrío (coords.), *Disputas territoriales. Actores sociales, instituciones y apropiación del mundo rural* (25-48). Universidad Autónoma Metropolitana.
- Fabre, D. (2004). *Una mirada al Valle del Mezquital desde los textos*. Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- Fals, O. (1999). Orígenes actuales y retos de la IAP. *Análisis Político*, 38, 73-90.

- Folbre, N. (1986). Hearts and spades: Paradigms of household economics. *World Development*, 14(2), 245-255.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50(3), 3-20.
- Fraad H., Resnick, S., y Wolff, R. (1994). For every knight in shining armor, there's a castle waiting to be cleaned: A marxist-feminist analysis of the household. En H. Fraad, S. Resnick y R. Wolff (eds.), *Bringing It All Back Home: Class, Gender and Power in Modern Household* (1-41). Pluto Press.
- Friedberg, E. (1993). Las cuatro dimensiones de la acción organizada. *Gestión y Política Pública*, II(2), 283-313.
- Gibson-Graham, J. K. (2006). *A postcapitalist politics*. University of Minnesota Press.
- Gibson-Graham, J. K., Cameron, J., y Healy, S. (2013). *Take Back the Economy: An Ethical Guide for Transforming Our Communities*. University of Minnesota Press.
- Gil, V., y Sánchez, V. (2013). Sistematización de la Experiencia de la organización San José de las Manzanas. En R. Raygadas y F. Tobal (eds.), *Memoria Colectiva en Hidalgo: Saberes y haceres de organizaciones civiles. Tomo I: Experiencias de autonomía campesina en producción, comercialización y gestión* (65-94). Red Unida, Oxfam México, UAM-Xochimilco.
- Gómez, E. (2013). *Para escribir entre todos(as) la historia de nuestra organización: Enlace Rural Regional, A. C., 1988-2013*. Enlace Rural Regional.
- Gómez, E. (19 de agosto de 2014). Entrevista.
- González, H. (2008). *Alternancia y cambio político en Hidalgo: La elección municipal del 13 de noviembre de 2005 en Ixmiquilpan* [tesis de licenciatura]. Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- Guerra, E. (1995). Sociedad y cambio social en Touraine y Crozier. *Argumentos*, 23, 73-92.
- Guerra, E. (1998). Intermediarios políticos y poder local en Michoacán (1920-1940): El caso del Municipio de Teratan. *Argumentos*, 30, 8-32.
- Guerra, E. (1999). Poder regional y mediación política en el Bajío Zamorano (1936-1940). *Historia Mexicana*, 49(1), 95-135.
- Gutiérrez, J. (1975). Comunidad agraria y estructura de poder. En R. Bartra E. Boege, P. Calvo, J. Gutiérrez, V. Martínez y L. Paré, *Caciquismo y poder político en el México rural* (62-87). Siglo XXI.
- Hamilton, S. (2002). Neoliberalism, Gender, and Property Rights in Rural Mexico. *Latin American Research Review*, 37(1), 119-143. <https://www.jstor.org/stable/2692106>.
- Herrera, A. (1995). *Los movimientos campesinos en el estado de Hidalgo, 1850-1876*. Gobierno del Estado de Hidalgo, Fundación Arturo Herrera Cabañas.
- Herrera, A. (1991). Poder y familia en el Mezquital. En C. Martínez y S. Sarmiento (coords.), *Nos queda la esperanza: El Valle del Mezquital* (135-147). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

- Índices de intensidad migratoria México México-Estados Unidos* (2010). Colección índices sociodemográficos. Conapo.
- Jacinto, J., y García, E. (2000). Remoción cuticular (“mixiote”) y desarrollo foliar en los agaves pulqueros (*Agave salmiana* y *A. mapisaga*). *Boletín de la Sociedad Botánica de México*, 66, 73-79.
- Kabeer, N. (2001). Resources, Agency, Achievements: Reflection on the Measurement of Eomen’s Empowerment. *Development and Change*, (30), 435-464.
- Knight, A. (2000). Cultura política y caciquismo. *Letras Libres*, 16-20.
- Kusnir, L., Jusidman, C., Townsed, J., y Mijares, E. (1997). Consideraciones para la elaboración de un estado del arte sobre las políticas públicas y la mujer. En J. Alatorre, G. Careaga, C. Jusidman, V. Salles, C. Talamante y J. Townsend (coords.), *Las mujeres en la pobreza* (295-324). El Colegio de México, GIMTRAP.
- Lanks, H. C. (1938). Otomi Indians of Mezquital Valleys. *Economic Demography*, 14(2), 184-194.
- Long, N. (2007). *Sociología del desarrollo: Una perspectiva centrada en el actor*. Ciesas, El Colegio de San Luis.
- López, A. (2005). *Símbolos del tiempo: Inestabilidad y bifurcaciones en los pueblos indios del Valle del Mezquital*. Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo.
- Loza-Torres, M., y Vizcarra-Bordí, I. (2014). Necesidades femeninas básicas y fugitivas de la política social, en comunidades productoras de maíz nativo. *Agricultura, Sociedad y Desarrollo*, 11(3), 315-336.
- Malhotra, A., Schuler, R. y Boender, C. (2005). *Women Empowerment as a Variable in International Development*. Work Bank Publications.
- Martínez, L., Zapata, E., Alberti, P., y Díaz, R. (2005). Género y poder en tres organizaciones rurales de la región lagunera. *Revista Mexicana de Sociología*, 67(1), 271-319.
- Martínez, V., Ramos, B., y Trujeque, P. A. (2001). *Milpa Maguey Tierno de la Mujer* [tesis de licenciatura]. Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Marañón, B., y López, D. (2013). Una propuesta teórico-metodológica crítica para el análisis de las experiencias populares colectivas de trabajo e ingresos: Hacia una alternativa societal basada en la reciprocidad. En B. Marañón (coord.), *La economía solidaria en México* (25-58). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Melville, E. (1990). Environmental and Social Change in the Valle del Mezquital, Mexico, 1521-1600. *Comparative Studies in Society and History*, 32(1), 24-53.
- Mendizábal, O. (1941). La evolución agropecuaria en el Valle del Mezquital: Contribución al estudio de la Historia Económica y Social del México Colonial. *Investigación Económica*, 1(2), 149-190.

- Mendoza, S. (1999). *Estructura y relaciones familiares ante la migración de los padres y jefes de familia a Estados Unidos 1986-1997: Estudio de caso del Maye, Ixmiquilpan, Hidalgo* [tesis de doctorado]. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Meyer, J. (1973). *Problemas campesinos y revueltas agrarias (1821-1910)*. Secretaría de Educación Pública.
- Míngo, A. (1997). *¿Autonomía o sujeción?: Dinámica, instituciones y formación en una microempresa de campesinas*. Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mollett, S., y Faria, C. (2013). Messing with gender in feminist political ecology. *Geoforum*, 45, 116-125. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2012.10.009>.
- Monzón, M., Michael, E., Tuñón, E., y Soto, L. (2003). Proyectos productivos para mujeres: Discurso y experiencias. *Convergencia Revista de Ciencias Sociales*, (32), 111-142.
- Moser, C. (1989). Gender planning in the third world: meeting practical and strategic gender needs. *World Development*, 17(11), 1799-1825.
- Narayan-Parker, D. (2002). *Empowerment and Poverty Reduction: A Sourcebook*. World Bank Publications.
- Niehof, A. (2004). The significance of diversification for rural livelihood systems. *Food Policy*, 29(4), 321-338.
- Niehof, A. (2011). Conceptualizing the household as an object of study. *International Journal of Consumer Studies*, 35(5), 488-497.
- Nightingale, A. (2006). The nature of gender: Work, gender, and environment. *Environment and Planning D: Society and Space* (24), 165-185. DOI: <https://doi.org/10.1068/d01k>.
- Nightingale, A. (2011). Bounding difference: Intersectionality and the material production of gender, caste, class and environment in Nepal. *Geoforum*, 42(2), 153-162. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2010.03.004>.
- Ortiz, P. (2009). *Conocimientos campesinos y prácticas agrícolas en el centro de México: Hacia una antropología plural del saber* [tesis de doctorado]. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Ostrom, E. (2000). *El gobierno de los bienes comunes*. Fondo de Cultura Económica.
- Pansters, W. (2005). Goodbye to the Caciques, Definition, the State and the Dynamics of Caciquismo in Twentieth-century Mexico. En A. Knight y W. Panters (eds.), *Caciquismo in the Twentieth century Mexico* (349-376). Institute for the Study of the Americas.
- Paré, L. (1975). Caciquismo y estructura de poder en la sierra norte de Puebla. En R. Bartra, E. Boege, P. Calvo, J. Gutiérrez, V. Martínez y L. Paré., *Caciquismo y poder político en el México rural* (31-61). Siglo XXI.
- Paré, L. (1972). Diseño teórico para el estudio del caciquismo actual en México. *Revista Mexicana de Sociología*, 34(2), 335-354. <http://www.jstor.org/stable/3539510>.

- Paz Paredes, L. (2014). *Ambientalismo, género y violencia. La Organización de Mujeres Ecologistas de la Sierra de Petlatán, Guerrero* [tesis de doctorado]. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Pedrero, M. (2004). Género, trabajo doméstico y extradoméstico en México: Una estimación del valor económico del trabajo doméstico. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 56, 413-446.
- Pérez, M., Vázquez, V., y Zapata, E. (2008). Empoderamiento de las mujeres indígenas de Tabasco: El papel de los fondos regionales de la CDI. *Cuicuilco*, 15(42), 165-179.
- Pineda, S., Vizcarra, I., y Lutz, B. (2006). Gobernabilidad y pobreza: Proyectos productivos para mujeres indígenas mazahuas del Estado de México. *Indiana*, 23, 283-307.
- Polanyi, C. (2014). *Los límites del mercado: Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*. Capitán Swing.
- Polaski, S. (2004). Jobs, Wages, and Household. En J. Audley, D. Papademetriou, S. Polaski, y S. Vaughan (eds.), *NAFTA's Promise and Reality: Lessons from Mexico for the Hemisphere* (11-37). Carnegie Endowment for International Peace.
- Proyecto Trienal de Reforestación en el Alto Mezquital de Hidalgo, México, 1997-2000* (2000). Unión de Reforestadores Hñähñús del Alto Mezquital de Hidalgo (Urhamhi).
- Quezada, M. (2008). *La migración hñähñú del Valle del Mezquital, estado de Hidalgo*. Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.
- Quintana, R. (2000). El sector agropecuario y los paradigmas del desarrollo económico mexicano. *Economía: Teoría y Práctica*, (7), 25-41.
- Rangel, S. (1987). *Etnobotánica de los agaves del Valle del Mezquital* [tesis de licenciatura]. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Razavi, S. (1999). Gendered Poverty and Well-being: Introduction. *Development and Change*, (30), 409-433.
- Rejón, L. (1998). Mujer maya, mujer bordadora. En G. Mummert, y C. Ramírez (coords.), *Rehaciendo las diferencias: Identidades de género en Michoacán y Yucatán* (269-291). El Colegio de Michoacán.
- Reporte anual para ASTM-Luxemburgo* (2002). Enlace Rural Regional.
- Reporte para el INDESOL* (2012). Enlace Rural Regional.
- Rescher, G. (2006). Ciudadanía transnacional, política local y desarrollo: El caso de dos localidades en el Valle del Mezquital. *Estudios de cultura Otopame*, 5, 231-247.
- Riaño, R., y Okali, C. (2008). Empoderamiento de las mujeres a través de su participación en proyectos productivos: Experiencias no exitosas. *Convergencia*, 15(46), 119-141.

- Riquer, F. (1997). La situación de la mujer como objeto de política pública: El Programa Nacional de la Mujer 1995-2000 Alianza para la Igualdad. En L. Valencia (ed.), *A dos años de la política social de Ernesto Zedillo*. Red Observatorio Social.
- Rivera, M., y Quezada, M. (2011). El Valle del Mezquital, estado de Hidalgo: Itinerario, balances y paradojas de la migración internacional de una región de México hacia Estados Unidos. *Tracce Procesos Mexicanos y Centroamericanos*, 60, 85-101.
- Rivera, M. (2006). La negociación de las relaciones de género en el Valle del Mezquital: Un acercamiento al caso de la participación comunitaria de mujeres hñahñus. *Estudios de cultura Otopame*, 5(1), 249-266.
- Robles., H. (2013). Ejercicio del presupuesto de SAGARPA por programa y entidad federativa. *Subsidios al campo*. [Fecha de consulta: 14 diciembre de 2018].
- Rocheleau, D., Tomas-Slayter, B., y Wangari, E. (1996). Gender and environment: A feminist political ecology perspective. En D. Rocheleau, B. Tomas-Slayter y E. Wangari (eds.), *Feminist Political Ecology: Global issues and local experiences* (1-23). Routledge Series.
- Rodríguez, O. (23-25 de octubre de 2003). *Migración y remesas en una comunidad otomí del estado de Hidalgo*, [Conferencia]. Primer Coloquio Internacional Migración y Desarrollo: Transnacionalismo y Nuevas Perspectivas de Integración. Migración y Desarrollo, Zacatecas, Zacatecas, México. http://meme.phpwebhosting.com/~migracion/ponencias/8_4.pdf.
- Sato, C. (2014). Toward transnational feminist literacy practices. *Rethinking Marxism: A Journal of Economics, Culture & Society*, 26(1), 44-60.
- Schutz, A., y Luckmann, T. (2001). *Las estructuras del mundo de vida*. Amorrortu.
- Scott, J. (1976). *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*. Yale University Press.
- Sen, A. (1990). Gender and cooperative conflicts. En I. Tinker (ed.), *Persistent Inequalities: Women and World Development* (123-149). Oxford University Press.
- Sen, A. (1983). Economics and Family. *Asian Development Review*, 1(2), 14-26.
- Serrano, T. (2006). El municipio de Ixmiquilpan, Corazón del Valle del Mezquital, lugar de origen que concentra el mayor volumen de migrantes internacionales y de receptores de remesas del estado de Hidalgo. En L. A. Ortiz y P. S. López (coords.), *Viejos y nuevos problemas demográficos en el estado de Hidalgo* (38-48). Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- Sierra, T. (1997). Esencialismo y autonomía: Paradojas de las reivindicaciones indígenas. *Alteridades*, 7(14), 131-143.
- Solís, M., y Fortuny, P. (2010). Otomíes hidalguenses y mayas yucatecos: Nuevas caras de la migración indígena y viejas formas de organización. *Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social en Migraciones Internacionales*, 5(4), 1-38.

- Soto-Alarcón, J. M. (2011). *La experiencia organizativa de la Milpa Maguey Tierno de la Mujer, SSS* [tesis de maestría]. Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Thompson, E. (1971). The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century. *Past & Present*, 50(1), 76-136.
- Tufuor, T., Niehof, A., Sato, C. y Van der Horst, H. (2015). Extending the Moral Economy beyond Households: Gendered Livelihood Strategies of Single Migrant Women in Accra, Ghana. *Women's Studies International Forum*, 50, 20-29.
- Tufuor, T., y Sato, C. (2017). What Motivates Single Women to Migrate from Northern Ghana to Accra? *Norwegian Journal of Geography*, 71(1), 56-59.
- Vargas, P. (2001). Transformaciones agrarias e identidad en el Valle del Mezquital, México. *Ecuador Debate*, (53), 185-195.
- Vargas, P. (1990). Cultura política y elecciones en Hidalgo. *Nueva Antropología*, 11(38), 131-145.
- Wacquant, L. (1985). Heuristics Models in Marxian Theory. *Social Forces*, 64(1), 17-45.
- Wolf, D. (1990). Daughters, Decisions and Domination: An Empirical and Conceptual Critique of Household Strategies. *Development and Change*, 21, 43-74.
- Zemelman, H. (2011). *Conocimientos y sujetos sociales: Contribución al estudio del presente*. Instituto Internacional de Integración del Convenio de Andrés Bello (III-CAB).

Notas

(1) Las críticas feministas a la integración de las mujeres a la economía y el desarrollo se centraron en el concepto de elección racional y en el individualismo promovido en programas gubernamentales que siguieron a las crisis estructurales de la década de 1990. En primer lugar, las políticas macroeconómicas se centraron en la eficiencia y la riqueza nacional, sin analizar los problemas en la distribución; los programas para el desarrollo fueron diseñados por expertos no vinculados a las problemáticas nacionales. En segundo lugar, las políticas de ajuste estructural no lograron capturar los cambios necesarios para subsanar las inequidades creadas, principalmente vinculadas a la división del trabajo y a las asimetrías en las relaciones de género, que ya existían antes de los programas de ajuste. Y en tercer lugar, desde la perspectiva de género, las políticas de ajuste estructural debieron de estar acompañadas de dos tipos de políticas sociales: de corto plazo, que compensaran las necesidades urgentes y los efectos negativos de los programas de ajuste, y de largo plazo, enfocadas a la distribución, al mejoramiento de derechos humanos, etcétera.

(2) El concepto de empoderamiento ha sido ampliamente utilizado para analizar (evaluar) proyectos generadores de ingresos para mujeres vinculadas a la pobreza. Malhotra, Schuler y Boender (2005) identifican los discursos desplegados por agencias para el desarrollo, gobiernos nacionales, academia y organismos multilaterales, entre ellos el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo. El empoderamiento se define, según el Banco Mundial, “como la expansión de la libertad de acción y elección” (Narayan, 2002, xviii). De acuerdo a esta definición, el empoderamiento se representa por “la habilidad de las personas para definir estrategias de vida en un contexto que les niega dicha posibilidad” (Kabeer, 2001). Su caracterización se centra en dos aspectos: entenderlo como un proceso y la capacidad de agencia que lleva implícita. La operacionalización del concepto lo coloca como un indicador agregado que incorpora variables económicas, psicológicas, políticas y sociales en distintos niveles: micro, relacionados al ámbito del hogar y la subjetividad; meso, que representa elementos intermedios entre lo micro y lo macro, como el mercado; macro, representados por las políticas públicas. Los estudios que más utilizan el concepto, de acuerdo a Malhotra, Schuler y Boender (2005), se centran en fertilidad y uso de anticonceptivos, salud infantil y bienestar, salud de las mujeres y procesos de desarrollo, mientras que el examen de las políticas públicas o iniciativas de programas no tienen una alta prioridad en las investigaciones empíricas. Entre

las críticas al concepto, se enfatiza la relación entre pobreza y mujeres. Y se descarga sobre las mujeres la necesidad de aliviar la pobreza: lo que importa es empoderar a las mujeres para con ello superar los problemas socioeconómicos de las regiones más pobres. Por otro lado, el concepto presenta problemas metodológicos y dificultades de interpretación en relación con los resultados del bienestar (Razavi, 1999), particularmente cuando se transita de logros básicos, como longevidad y educación, a terrenos más difíciles, como el poder, la agencia y la elección. Escribe Kabeer (citada en Razavi, 1999): “este indicador no sólo comprime una gran cantidad de información en la estadística, también asume lo que significa la información. En casos de contextos culturales complejos, las nociones de autonomía por ejemplo, no pueden ser analizadas sin su contexto particular” (p. 419). Además de la importancia del contexto (crítica que también incorporan las académicas y los académicos que usan el concepto), lo central en la crítica al concepto de empoderamiento es que no puede capturar y analizar los procesos históricos y sociales complejos que implica el cambio en las relaciones económicas, políticas, subjetivas y de poder entre los géneros. Centrarse en la metodología que propone el concepto implica alinearse a la idea de causalidad simple a pesar de que en la teoría y en la metodología se proponga un indicador multiagregado y multiescalar, difícilmente observable en los estudios empíricos.

(3) A lo largo de la investigación se citan los informes. Estos han sido financiados y evaluados por agencias gubernamentales como el Instituto Nacional de Desarrollo Social (Indesol), la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol), la Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat) y la Comisión Nacional de Pueblos Indígenas (CDI), así como agencias de solidaridad internacional, entre otras. En la investigación se da cuenta de al menos ocho proyectos ejecutados a lo largo del periodo 2006-2014, con duraciones que van desde los seis meses hasta los dos años.

(4) Para De Lauretis (1989), el sistema sexo/género es una estructura conceptual y una construcción sociocultural “íntimamente interconectado en cada sociedad con factores políticos y económicos. [...] predicada en oposición conceptual de dos sexos. [...] que asigna significado (identidad, valor, prestigio, ubicación en la jerarquía social) a los individuos en la sociedad” (p. 11).

Mujeres organizadas en el Alto Mezquital y la Sierra Alta hidalguense:

La vida en tres cooperativas dirigidas por mujeres campesinas
e indígenas (1990-2016)

se terminó de imprimir en el mes de abril de 2022,
en los talleres de la Imprenta Universitaria de la UAEH.

Cuidado del texto: Julio Romano Obregón.